

KNUT HAMSN

Bendición de la tierra

Traducción de José Leonart

BENDICIÓN DE LA TIERRA

De KNUT HAMSUN
(Lom, Noruega, 1859 – Grimstad, 1952)

Idioma original: noruego

Título original: *Markens Grøde*

Traducción: José Lleonart

Primera edición: Kilboghamn, 1917. Gyldendal Ed.

Esta edición: Septiembre, 2005

Digitalización y diseño del libro: Patyta ☺

PRESENTACIÓN

Algo tiene la prosa acompasada del noruego Knut Pedersen Hamsun del ritmo con que se suceden las estaciones, las noches y los días, la vida y la muerte. Su latido profundo es tal que los protagonistas humanos, por hondas que sean sus pasiones, jamás llegan a opacar a ese otro gran personaje que aparece siempre en las obras de Hamsun: la tierra, feraz e inmensa. Es tal vez esa raíz telúrica lo que explica el atractivo enorme que este narrador nórdico ha ejercido sobre artistas de latitudes muy distantes. Al hablar de las lecturas que más lo impresionaron durante lo que él considera su periodo formativo, el escritor Juan Rulfo ha señalado:

Entre ellas, las obras de Knut Hamsun, las cuales leí –absorbí realmente– en una edad temprana. Tenía unos catorce o quince años cuando descubrí este autor, quien me impresionó mucho, llevándome a planos antes desconocidos. A un mundo brumoso, como es el mundo nórdico, ¿no? Pero que al mismo tiempo me sustrajo de esta situación tan luminosa donde vivimos nosotros –este país tan brillante, con esa luz tan intensa. Quizá por cierta tendencia a buscar precisamente algo nublado, algo matizado, no tan duro y tan cortante como era el ambiente en que uno vivía. Entonces, de los autores nórdicos, Knut Hamsun fue en realidad el principio...

Knut Pedersen Hamsun nació en Judbranstal, en Noruega, el 4 de agosto de 1860. Huérfano desde pequeño, fue educado por un tío que vivía en las islas Loften: antes de que cumpliera diecisiete años estaba ya convertido en aprendiz de zapatero, aunque al mismo tiempo había comenzado a escribir. Pronto decidió correr mundo y probar fortuna: cruzó el Atlántico y llegó a los Estados Unidos, donde se dedicó a labrar la tierra, a ordeñar vacas, a dictar conferencias, a conducir un tranvía tirado por caballos... Enrichido sólo con la experiencia, en 1883 regresó a su patria, en donde pasaría los tres años siguientes dedicado al periodismo. En 1886 retornó a los Estados Unidos, ahora como corresponsal del periódico Verdens Gang –aunque su espíritu aventurero lo llevó a trabajar algún tiempo como pescador en Terranova, en embarcaciones tan pequeñas que «a su lado era grande una cáscara de nuez».

A su regreso a Noruega, Hamsun publicó La vida espiritual de los Estados Unidos (1888), que no llamó la atención de nadie, como había sucedido antes con un par de obritas que no pasaban de ser entusiastas arrebatos de adolescente. En cambio, en 1890 la aparición de Hambre lo colocó de inmediato entre los escritores importantes del momento. Esta novela consta de un largo monólogo en que vemos cómo el protagonista, un joven aspirante a escritor, vive en una pesadilla perenne, acosado por la necesidad de comer: todo lo que lo rodea, todas sus aspiraciones, todos sus recuerdos palidecen ante la urgencia de satisfacer el llamado de su estómago vacío.

Dos años más tarde, en 1892, dio a la estampa otra novela extraña, Misterios, que es la historia mística de un hombre solitario. A veces se ha reprochado a Hamsun su falta de sentido social, su preferencia por los

protagonistas solitarios, marginados, incluso en rebeldía contra las convenciones sociales. Lo cierto es que tales personajes constituyen no solamente estudios interesantes de ciertos aspectos de la psicología humana, sino también una conmovedora profesión de fe en los valores individuales, en la capacidad del hombre para sobreponerse por sí mismo a las circunstancias más adversas. A lo largo de su abundantísima producción, una y otra vez veremos alzarse a esos solitarios que se enfrentan a la vastedad de la tierra confiados en la fuerza de sus brazos.

Uno de tales errabundos titanes es precisamente Isak, el protagonista de Bendición de la tierra. En uno de los últimos párrafos de la novela, Hamsun lo presenta así:

Allí va Isak atravesando el campo. Sembrando. Un coloso, un tronco. Va vestido con la lana que le proporcionan sus rebaños, y calza zapatos de la piel de sus propios terneros y vacas. Conforme al uso piadoso, va con la cabeza descubierta mientras siembra. Es calvo en la parte superior del cráneo, pero una corona que forman sus cabellos y su barba encuadra su cabeza. Es Isak, el margrave.

Tal es la imagen ideal del hombre que propone Hamsun: temeroso de Dios, inclinado hacia la tierra para ganarse la vida, dueño de lo que tiene porque todo lo ha obtenido de su trabajo; apartado de la sociedad de los hombres, enemigo del progreso que facilita las labores, explorador y domeñador de tierras nuevas.

Bendición de la tierra (también traducida como Los frutos de la tierra) es en varios sentidos una culminación de la prolífica carrera de Hamsun, que lo llevó a recibir en 1920, junto con el poeta suizo Spitteler, el premio Nobel de

literatura. En esta novela es quizá donde mejor expresa su mensaje: la única forma en que el hombre puede encontrarse a sí mismo es retornando a la naturaleza con el alma y el corazón puros. Este es un libro saturado de ternura, donde los personajes se enfrentan al escepticismo que inevitablemente despierta en ellos la dura lucha por la supervivencia. Sin embargo, por encima de esos momentos de vacilación, prevalece en ellos la impronta que les deja el más puro ascetismo y la religión suprema del amor.

En 1940, durante la ocupación alemana de Noruega, Hamsun simpatizó con el régimen pro nazi de Quisling, lo que le valió la reprobación de intelectuales de todo el mundo. Tras la liberación de su patria fue arrestado, multado y encerrado en un hospital psiquiátrico (1943). La última de sus obras, Por los senderos otra vez silvestres (1949), es un alegato en que quiso justificar su actitud. Después de su muerte, acontecida en 1952, sus compatriotas han preferido relegar a un plano secundario ese episodio desafortunado, y han rendido justo homenaje a sus altas virtudes como escritor.

Los Editores

LIBRO PRIMERO

1

La larga senda que luego de cruzar el pantano penetraba en el bosque, ¿quién la había trillado? El primer hombre, el primer ser humano que pisó esas tierras no halló senda ninguna. Más tarde, uno u otro animal debió de andar sobre las leves huellas que atravesaban charcas y ciénagas, y marcó un poco más la senda, y luego, husmeándola, algún que otro lapón la aprovecharía en sus caminatas de montaña en montaña para vigilar sus renos.

Y así surgió el camino, cruzando aquella anchurosa dula;¹ camino de nadie, a través de la tierra de nadie.

El hombre llega en dirección Norte. Lleva a la espalda un saco, el saco contiene víveres y alguna herramienta. Es un hombre fornido y áspero, con una barba herrumbrosa y unas cicatrices pequeñas en la cara y en las manos. ¿Proviene esas señales del ejercicio de su faena o de la lucha? Acaso acaba de salir de la cárcel y busca dónde esconderse; o es, quizás, un filósofo que busca la paz. Lo cierto es que va de camino un hombre en medio de esa inmensa soledad. Anda y anda; la quietud que le rodea no la turba ni el canto de un pájaro, ni voz de animal alguno. De vez en cuando habla unas palabras consigo mismo. «¡Ay, sí; Dios eterno...!», dice. Cuando llega a tierras pantanosas, a lugares amenos o a claros del bosque, deja abandonado el saco, da

¹ Dula: Cada una de las porciones del terreno comunal o en rastrojera donde por turno pacen los ganados de los vecinos de un pueblo.

una vuelta por el paraje, investiga las condiciones del suelo; vuelve al cabo de un rato, se echa el saco a la espalda y prosigue su marcha. Esto dura todo el día; el hombre conoce las horas rigiéndose por el sol, y cuando cierra la noche se tiende en el suelo, sobre los brezos, y duerme haciendo almohada del brazo.

Pasadas unas horas, reanuda su camino. ¡Ay, sí, Dios eterno! Vuelve a andar en dirección Norte, consulta el sol para saber la hora y se permite una tregua al mediodía para comer un pedazo de pan duro y queso de cabra, bebe agua de un riachuelo y emprende de nuevo la caminata. Y viene otro día de marcha sin interrupción; que son muchas las tierras que ha de examinar para comprobar si son hospitalarias. ¿Qué es lo que busca? ¿Espacio habitable, tierra de cultivo? Será, quizás, un emigrante de las aldeas; pues sus ojos escrutan en derredor, y más de una vez otea en todas direcciones desde la cima de una colina a la que ha trepado. El sol va de nuevo al ocaso.

Se encuentra ahora en la parte oeste de un extenso valle de vegetación mezclada, frondoso a trechos, donde alternan el bosque y los pastos. Y así horas enteras. Oscurece; pero el hombre percibe el rumor de un río, y este leve rumor es como algo vivo y le reanima. Al llegar a lo alto, ve mucho cielo lejano hacia el Sur, y el valle entreoscuro tendido abajo. Y se echa para dormir.

Por la mañana se le revela el extenso paisaje de bosque y pradera. Baja, y desde un rellano verde puede ver abajo un pedazo del río y una liebre que ha pasado de un salto a la otra orilla. Con un movimiento de cabeza, el hombre se manifiesta complacido de que la anchura del río sea tan poca que pueda saltarla una liebre. Aletea de pronto a sus pies una polla de las nieves y silba, arisca, a sus oídos; el hombre vuelve a cabecear con agrado: «¡Aquí hay aves, hay otras bestias! ¡Esto se presenta bien!» Pasa por encima de las matas de arándanos y de recortadas estrellas del bosque y bajos helechos; al detenerse

una y otra vez y escarbar en el suelo con un hierro, encuentra aquí una tierra forestal y más allá tierra cenagosa, abandonada desde miles de años con follaje y ramas podridas. El hombre cabecea: ¡Se establecerá aquí! ¡Vaya si se establecerá! Unos días más recorre la comarca, y vuelve cada noche a la ladera donde tiene su lecho de ramas de abeto, al abrigo de un saliente de la roca.

Lo más difícil había sido encontrar el sitio, un sitio que nadie ocupara, todo para él; ahora comenzarían los días laboriosos. Antes que nada se llegó a los bosques algo más lejanos para arrancar la corteza de los abedules, mientras la savia estaba todavía en los árboles; apiló luego las cortezas, muy apretadas, poniendo unas piedras encima, y las dejó secar. Cuando tenía una buena carga la llevaba a la aldea, que distaba de allí algunas millas y las vendía como material de construcción, y subía en cambio a la falda que escogiera como abrigo nuevos sacos repletos de víveres y herramientas: harina, tocino, un puchero, una azada. Incansable, recorría la senda trazada, siempre agobiado. Era un ser hecho para la carga; una gabarra² que atravesara los bosques. ¡Ah! Parecía amar su profesión de andar mucho y de ir muy cargado cual si juzgara que la existencia sin llevar algo sobre la espalda era menospreciable e indigna de él.

Un día volvió con su pesada carga a la espalda y, además, con un par de cabras y un macho cabrío atado a una soguilla. Era tal su satisfacción que aquellas cabras le parecían valer lo que un par de vacas, y las trataba muy bien. El primer forastero, un lapón que iba de camino, apareció cierto día. Vio las cabras y adivinó que iba a dar con alguien a quien pertenecían y que se había establecido allí, y preguntó:

² Gabarra: Barco pequeño y chato destinado a la carga y descarga en los puertos.

—¿Piensas quedarte?

—Sí —respondió el hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Isak. ¿Sabrías dónde encontrar una muchacha que quisiera entrar a mi servicio?

—No, pero hablaré de ello en el lugar de donde vengo.

—Sí, hazlo. Diles que tengo animales domésticos, pero que me falta quien los cuide.

—¿Isak, dijiste? Bien.

El lapón parecía dispuesto a cumplir el encargo. El que habitaba en aquella ladera no tenía trazas de fugitivo; de serlo, no hubiera dado su nombre. ¿Él, un fugitivo? En tal caso le hubieran seguido la pista. Era, sencillamente, un hombre laborioso que recogía forraje para el invierno, pensando en sus cabras; empezaba a remover la gleba³ para convertirla en campo de cultivo, quitaba las piedras y levantaba cercas. En otoño había edificado ya su vivienda, una cabaña de barro, una choza caliente y de gruesa pared; no crujían sus juntas al embate de la tormenta y era de material incombustible. El hombre podía entrar en su morada, cerrar la puerta tras de sí, y permanecer dentro, o, también, podía quedarse a la puerta mostrándose como dueño de su casa a cualquiera que pasara. Estaba la morada dividida en dos partes; la una era su habitación, y la otra para las bestias. En el fondo, al abrigo del saliente de la roca, instaló el henil. No faltaba nada.

Otros dos lapones pasan por aquel sitio, padre e hijo. Se han detenido, y apoyando ambas manos sobre el cayado examinan la choza y la tierra preparada para el cultivo, y oyen allá arriba las esquilas de las cabras.

³ Terrón que se levanta con el arado.

—Gente ha venido aquí que vale mucho —dicen, después de dar los buenos días. Los lapones son siempre aduladores.

—¿No sabrías de una moza que me sirviera? —pregunta Isak, que no tiene otra idea.

—¿Una moza para las faenas? No. Pero indagaremos.

—Me haréis un gran favor. Diréis que tengo una casa y tierra de labranza, y ganado, pero me falta una sirvienta que me ayude.

Cada vez que bajaba a la aldea cargado de corteza de abedul, buscaba él mismo tal moza, pero no era fácil hallarla. Se había entrevistado con una viuda y con algunas doncellas, ya de cierta edad, pero no se atrevieron a ofrecerle sus servicios e Isak no acertaba a comprender el porqué. ¿Es que, realmente, no lo comprendía? ¿Quién iba a querer servir a aquel hombre, tan lejos, en la tierra desierta, a varias millas de los demás hombres? ¡El lugar habitado más próximo se encontraba a un día entero de viaje! Y él no tenía nada grato en su presencia; cuando hablaba, no era precisamente un tenor con los ojos puestos en el cielo; antes bien, su voz era áspera, tenía algo de animal. Tendría que resignarse a vivir solo.

Durante el invierno fabricaba artesas⁴ de madera, las vendía en la aldea, y regresaba a través de las nieves con sacos llenos de víveres y de herramientas. ¡Ásperas jornadas aquéllas! ¡Y cuán pesada la carga! Los animales domésticos le impedían estar mucho fuera de su morada. ¿Cómo arreglarse? La necesidad aguza el ingenio; y el hombre tenía un cerebro fuerte, sin desgaste, y lo ejercitaba más cada vez. Lo primero que hacía antes de ausentarse era dejar sueltas las cabras para que pudieran satisfacer el hambre mordisqueando las ramas del bosque. Pues no era éste su único recurso; suspendía sobre el río un

⁴ Cajón cuadrilongo, por lo común de madera, que por sus cuatro lados va angostando hacia el fondo. Sirve para amasar el pan y para otros usos.

gran cubo de madera que comunicaba con una reguera estrecha; el cubo tardaba unas catorce horas en llenarse. Cuando iba a rebosar tenía precisamente el peso requerido para bajar, y al hacerlo tiraba de una cuerda que estaba en comunicación con el henil, abríase una escotilla y caían tres raciones suficientes para el alimento de las bestias, y así éstas quedaban saciadas.

Tales eran sus recursos. Ingenioso invento, tal vez inspiración divina, lo cierto es que el hombre salía del paso. Esto dio buen resultado hasta muy avanzado el otoño; vino luego la nieve, y la lluvia, y después más y más nieve. La instalación para el suministro del heno funcionaba mal: llenábase el cubo de agua de lluvia, y la escotilla se abría antes de tiempo. El hombre tapó el cubo, que volvió a funcionar por corto tiempo; al llegar el invierno el tubo se heló y la instalación quedó inutilizada.

Como su dueño, las cabras tuvieron que aprender a pasar necesidades.

Fueron días de prueba. El hombre que tanto necesitaba de ayuda, no la recibía de nadie. No por esto se desanimó. Perseverante en el acondicionamiento de su morada, abrió una ventana en la cabaña, una ventana con dos cristales. Fue un día memorable y radiante aquel en que no necesitó ya la llama del hogar para poder ver claro. Ahora podía estar sentado en el interior, y trabajar a la luz del sol en las artesas de madera que trocaba por víveres abajo en la aldea. Esto alivió su situación. ¡Ay, sí, Dios eterno!

No abría nunca un libro, pero Dios ocupaba a menudo sus pensamientos; y es que la confianza y la adoración moraban en su alma. El cielo estrellado, el susurro del bosque, la soledad, las moles de nieve, las fuerzas de la tierra, y por encima de la tierra, ocupaban su ánimo y le movían a la reflexión y a la piedad; sentíase pecador y conocía el temor de Dios. Llegado el domingo, se lavaba para honrar el día festivo, pero trabajaba como los demás días.

Al asomar la primavera, labró su pequeño campo, y sembró en él unas patatas. Había aumentado el número de su ganado, pues cada una de las cabras tuvo pequeños, y eran ahora entre grandes y menores siete cabras. Previsor, ensanchó el establo, y también allí sentó un par de ventanas con sus cristales. Todo lucía más.

Un día llegó la ayuda deseada; antes de atreverse a presentarse vagó largamente por aquella ladera, y ya anochecía cuando se decidió a bajar. Era una muchacha de buena estatura, de ojos pardos; exuberante y tosca, tenía las manos vigorosas y aunque no era lapona, calzaba zapatos de lapón; a la espalda llevaba un saco de piel de ternera. Ya no era joven; por decirlo discretamente, lindaba en los treinta años.

¿Por qué había de tener miedo? Después de saludar, añadió prontamente:

—Iba de paso hacia la sierra, y por eso he tomado este camino.

—¡Ah! —dijo el hombre.

No entendía bien a la moza, porque hablaba con poca claridad y volviendo el rostro.

—Sí —prosiguió la muchacha—. ¡Y qué camino tan largo!

—Sí —respondió Isak—. ¿Y vas a la sierra?

—Sí.

—¿A qué?

—Tengo allí a mi gente.

—¡Ah! Tu gente vive allí... ¿Cómo te llamas?

—Inger. ¿Y tú?

—Isak.

—¡Ah! Isak. ¿Y tú vives aquí?

—Aquí vivo, como ves.

—Pues, no está mal —dijo la muchacha en tono de elogio.

Isak raciocinaba ahora como todo hombre, y se le ocurrió la idea de que alguien había mandado a la moza directamente desde su casa y que no pensaba proseguir su camino. Probablemente tenía noticia de que necesitaba el apoyo de una mujer.

—Entra y descansa —dijo Isak.

Entraron en la choza, comieron de la provisión que ella traía, y bebieron leche de cabra; prepararon luego café del que la muchacha venía provista y, entretanto, reinaba ya la cordialidad entre los dos, antes de retirarse para dormir. Durante la noche, Isak la codiciaba, y ella no se negó.

Por la mañana Inger no continuó su marcha y al día siguiente tampoco; se hacía indispensable, ordeñaba las cabras y restregaba los envases de madera con arena fina, para dejarlos flamantes. Ya no pensó en la vuelta. Ella se llamaba Inger, y él Isak.

Empezó una nueva vida para el varón solitario. Sólo había un pero: su compañera hablaba un poco confuso, y por razón de tener el labio hendido a semejanza de un hocico de liebre, volvía continuamente la cara; pero no cabía lamentarse, porque sin esta boca desfigurada tal vez no se hubiera acercado nunca a él; de modo que aquel labio hendido era, al fin, causa de su felicidad. ¿Y él, no tenía también sus defectos? Achaparrado, y con su barba herrumbrosa, parecía visto a través de un cristal combado. ¿Y quién andaba por el mundo con tal expresión en el rostro? Si parecía estar siempre a punto de echar de sí una especie de Barrabás. Ya era mucho que Inger no se hubiera escapado.

Y no se escapó. Al volver él, terminadas sus faenas, Inger velaba en la choza, ella y la casa eran una y la misma cosa.

Ahora Isak tenía que preocuparse de una persona más, pero las compensaciones bien valían la pena: podía permanecer más tiempo fuera de

casa, podía moverse. Había un río cercano, un río amable, no sólo por su aspecto, pues era profundo y de corriente rápida; tenía cierta importancia, y seguramente venía de un gran lago situado en la sierra. Isak se procuró los aparejos, y salió en busca del lago. A la vuelta, ya anocheciendo, llevaba una regular provisión de truchas y salmones. Inger le recibió asombrada, completamente anonadada y, juntando las manos, exclamó: «¡Quién lo diría!» No dejaba de ver el gozo y orgullo que su elogio levantaba en el hombre, y añadió todavía otras frases amables: que en su vida había visto cosa semejante, y que no comprendía cómo había logrado él conseguir tales cosas.

En éste y en otros aspectos, Inger era una bendición para el solitario de antaño. No tenía precisamente un rostro bonito y era más o menos inteligente; había dejado en casa de sus familiares dos ovejas con sus corderitos, y fue a buscarlos. Era lo que más falta hacía en aquella morada, ovejas con buena lana, y los corderos: cuatro animales vivos. Maravillaba ver cómo aumentaba el rebaño. Inger no olvidó de traerse también sus prendas de vestir y otros objetos que le pertenecían: un espejo, una pulsera de abalorios de cristal, unas cardenchas⁵ y una rueca. De seguir ella así, llenaría la casa del suelo al techo, y la casita no daba para tanto. A Isak, naturalmente, le conmovió mucho la vista de esos bienes terrenales, pero como era de sí parco en el hablar, le costaba manifestarlo. Salió, dio una vuelta a la casa, consultó el cielo, volvió a entrar. Había tenido suerte de veras; y sentía cada vez más intensamente un cálido impulso que subía en su interior: llámesele inclinación, amor o como se quiera.

—¿Para qué traer tantas cosas? —le dijo un día.

—Pues quedan más en otro sitio. Y luego tengo a mi tío Sivert, el hermano de mi madre. ¿No has oído hablar de él?

⁵ Cardencha: Carda para limpiar y separar la lana.

—No.

—Mi tío es rico; tiene el cargo de tesorero del distrito.

El amor vuelve necio al sabio: Isak anhelaba también mostrarse amable, y exageró.

—¿Qué iba a decirte? —comenzó—. ¡Ah! No eres tú quien ha de cavar las patatas. Lo haré yo esta noche cuando vuelva.

Había tomado el hacha y salió con dirección al bosque. Ella le oyó poco después en la labor de abatir los árboles, pues no estaba muy lejos, y conocía por el crujir que los troncos eran muy grandes. Después de escuchar un rato, salió, y se puso a entrecavar el campo de patatas. El amor hace sabio al necio.

Al caer la tarde, Isak llegó con una viga de gran tamaño, que arrastraba por medio de una cuerda. ¡Vaya con el rudo y bonachón de Isak! Al arrastrar la viga hacía todo el ruido posible para que ella se asomase y quedara un poco admirada de él.

Y logró su intento.

—Creo que estás loco —le dijo, al verle—. No pareces un hombre.

A él no se le ocurrió siquiera replicar. No valía la pena hablar de que, comparado con un tronco de árbol, se es más que un hombre.

—¿Y para qué quieres ese tronco? —preguntó la mujer.

—Pues ni yo mismo lo sé —dijo él, dándose tono.

Pero de pronto, vio que ella había cavado el campo de patatas, para no ser menos activa. Mas Isak no podía conformarse con ello. Aflojó la cuerda atada al tronco, y se fue.

—¿Te vas otra vez? —preguntó ella.

—Sí —respondió él, ofendido. Y volvió con otro árbol. Ni resollaba, ni hacía ruido, sino que lo arrastraba como haría un buey, hasta la choza, al pie

de la cual lo dejó. Y fueron muchos los troncos que depositó allí en el transcurso del verano.

Un día Inger volvió a llenar de provisiones de boca su saco de piel de ternera, diciendo:

—Voy a hacer otra visita a mi gente. Una visita corta.

—¡Ah! —dijo Isak.

—Sí; he de tratar algún asunto con ellos.

Isak se demoró un poco, y al pasar luego el umbral, detrás de ella, no demostró gran curiosidad, pero cuando Inger iba a desaparecer a la entrada del bosque, sintió no sé qué temores y le gritó:

—¿Verdad que volverás?

—¿Y por qué no he de volver? —replicó ella—. Creo que estás bromeando.

—Bueno. Bien.

Estaba de nuevo solo. ¡Ay, sí, Dios eterno! Con su vigor y su afición al trabajo esta soledad le sobrecogía, mientras entraba y salía de la casa. Empezó a desnudar de ramas los troncos, los cuales alisaba por los lados. Fue su ocupación hasta la noche; luego se puso a ordeñar las cabras, y después de esto se acostó.

Soledad y silencio. Era un silencio sordo, que subía del suelo de barro, de las paredes de turba. Pero la rueca y las cardenchas estaban en su sitio y el brazalete de abalorios bien guardado. Inger no se había llevado nada. Tan necio era Isak, que en medio de la clara noche de verano sentía temor a las tinieblas,

y le parecía ver deslizarse tan pronto una como otra forma detrás de los cristales de la ventana. Cuando por la claridad exterior podía colegirse que eran las dos, prefirió levantarse, y desayunó.

Para no perder más tiempo en la cocina, coció en un gran puchero una cantidad de sémola que bastara para las comidas de todo el día. Y hasta la noche se dedicó en los bancales de patatas a ampliar la tierra de cultivo.

Tres días trabajó alternativamente en romper el terruño destinado a labrantío y en pelar los troncos. Esperaba a Inger para el día siguiente. No estaría de más si se encontraba a la llegada con unos peces. Salió de pesca, haciendo un rodeo que le llevó a parajes desconocidos, donde sólo había unas rocas grises y unos guijarros de color oscuro, piedras muy pesadas, que podían ser de plomo o de cobre. ¿Qué no podía encontrarse en ellas? Tal vez plata y oro; mas como la materia le era desconocida, le tenía sin cuidado. Llegó al sitio de la pesca; los peces picaban bien aquella noche, y de nuevo se marchó de allí Isak con una gran cantidad de salmones y truchas. ¡Allí vería Inger! De vuelta, al rayar el alba, por el mismo camino, cogió unos guijarros de color moreno con manchas de azul oscuro, que pesaban mucho.

Inger no había llegado, ni llegó en todo el día. Hacía ya cuatro que había marchado. Isak se puso a ordeñar las cabras como en aquellos días pasados que no había tenido más compañía que ellas, y no le ayudaba nadie; y luego fue a recoger piedras, de las que reunió un buen montón: piedras para levantar una pared... En verdad, la labor era mucha.

A la quinta noche se acostó con cierto recelo en el corazón; no porque no estuviera allí la rueca, como de costumbre, y las cardenchas, y también el brazalete de abalorios. ¡Era la misma soledad, el mismo silencio! Las horas se le hacían largas, y cuando oyó, por fin unos pasos fuera, pensó que eran figuraciones suyas. «¡Ay, sí, Dios eterno!» Dijo instintivamente estas palabras

que de costumbre no pronunciaba sin reflexión. Volvió a oír los pasos, y poco después vio algo animado y con cuernos. Saltó de la cama, salió fuera, y vio algo. «¡Dios o el diablo!», mascullaba. Y esto Isak no lo decía a no ser que se sintiera forzado a ello. Vio una vaca. Vio a Inger que se llevaba la vaca; y vio cómo desaparecían ella y el animal en el establo.

A no ser porque oía a Inger hablando cariñosamente con la vaca, hubiera creído que sus ojos le habían engañado; pero la oía. En el mismo instante le asaltó una mala idea: ¡Cielos! Era una gran mujer, endiablada mujer, desde luego. Pero todo tiene un límite: la rueca y las cardenchas, pase; el brazalete de abalorios, pase, por lo fino. ¡Pero, traerse una vaca, que habría hallado en su camino, o, tal vez, en el prado de un labriego; una vaca cuyo dueño la echaría de menos, y en busca de la cual vendrían seguramente...!

Inger salió del establo, y dijo, sonriendo con orgullo:

—Es que he traído mi vaca.

—¡Ah! —dijo él.

—He tardado tanto porque con la bestia no podía andar más de prisa por el monte. Espera cría.

—Conque, te has traído una vaca... —acentuó él.

—Sí —respondió Inger, tan satisfecha de sus bienes terrenales, que hubiera estallado de satisfacción—. ¿Crees acaso que te miento?

Isak temía lo peor; pero se contuvo y se limitó a decir:

—Entra, y comerás algo.

—¿Te has fijado en la vaca? ¿No es acaso una hermosura?

—¡Preciosa! ¿De dónde la has sacado? —le preguntó con toda la indiferencia de que era capaz.

—Se llama *Cuerno de oro*. ¿Qué piensas hacer con esta pared que has empezado? Vas a matarte trabajando, Isak. Sí. Bueno. Ven a ver la vaca.

Salieron. Isak iba en paños menores, pero esto carecía de importancia. Miraron la vaca por todos lados; la cabeza, las ubres, la cruz, los flancos; era roja y blanca, de buena estampa.

Isak preguntó con cierta preocupación:

—¿Cuántos años le echas?

—Te diré exactamente los que tiene. Está en su cuarto verano. La he visto crecer, y ya todos decían que era la ternera más fina que habían visto desde niños. ¿Qué te parece? ¿Tendremos forraje para ella?

Isak empezó a tener por cierto lo que tanto le ilusionaba, y manifestó:

—Por lo que toca al forraje, no ha de faltarle.

Entraron en la casa y comieron y bebieron, y se echaron luego a dormir. Pero hablaron todavía mucho rato de la vaca, el acontecimiento del día.

—Di si no es una vaca de buena estampa. Pronto va a tener un segundo ternero. Se llama *Cuerno de oro*. ¿Duermes, Isak?

—No.

—Y, fíjate bien, me conoció en seguida, y ayer me siguió como un cordero. Ayer noche tomamos un descanso en el monte.

—Vamos...

—Pero será bueno que todo el verano esté sujeta en el pasto, porque si no, se escapará.

—¿Y dónde ha estado hasta ahora? —preguntó, por fin, Isak.

—Cuidaban de ella mis parientes. Se resistían a dármela, y los niños lloraban cuando me la llevé —respondió ella.

¿Cabía en Inger el mentir tan bonitamente? No. Decía realmente la verdad: la vaca era suya.

Pronto tendría de todo en el próspero hogar. ¡Oh, aquella Inger! Isak la amaba, y ella le correspondía. Eran sobrios, vivían en la edad de la cuchara de

madera, y les iba bien. «Vamos a dormir», pensaba. Y en efecto, dormían. Con los primeros destellos del alba se levantaban. No es que les faltaran penas que ahuyentar; el gozo y la pena alternaban, sí; porque así es la vida.

Allí estaban, por ejemplo, aquellas vigas. ¿Probaría de asentarlas él solo? Se proponía añadir un ala a la construcción. Ovejas, vaca, las cabras, que se habían multiplicado, y las que seguirían, toda esta cría desbordaba ya los límites de la construcción. Hacíase urgente una solución, mientras iban a echar flor las patatas y la cosecha del heno no había empezado. Inger echaría una mano en caso de necesidad.

Isak se despierta aún de noche, y se levanta. Inger, después de su jornada a pie, tiene el sueño pesado. Isak visita de nuevo el establo. Ahora ya no habla a la vaca como antes, con adulaciones antipáticas; pero le da unas cariñosas palmadas y vuelve a mirarla por todos lados, para ver si encuentra algún indicio, una marca que denote que pertenezca a un extraño. Pero, al no hallar marca alguna, sale más aliviado.

Allí están los troncos para la construcción. Isak empieza a separarlos rodando, los pone derechos, y un gran rectángulo destinado a cocina comedor, y otro más pequeño para el cuarto, van adquiriendo forma. A Isak le entretenía y solicitaba de tal modo la labor, que llegaba a olvidarse del tiempo. Salía humo de la chimenea; Inger se presentaba, anunciando que el desayuno estaba a punto. «¿Qué piensas hacer?», preguntaba ella. Y él: «¿A qué levantarte tan temprano?» Con todas sus reservas, a Isak le complacía que Inger le interrogara y que tuviera la curiosidad despierta y diera mucha importancia a sus planes. Después de comer, permanecía un rato en la choza antes de volver al trabajo. ¿Qué es lo que esperaba?,

—¡Ea! ¿Qué hago aquí sentado? —decía finalmente—. No es que me falte trabajo —añadía, levantándose.

—¿Estás construyendo una casa? —le preguntaba ella.

Isak, sintiéndose muy grande, descomunal, por el hecho de construir una casa y estar al frente de todo, se dignaba responderle:

—Bien ves qué estoy construyendo.

—¡Ah! Sí, sí...

—¿Qué he de hacer, si no? —observaba él—. Tú te presentas aquí con una vaca, pues a mí me atañe procurar que tenga su establo.

¡Pobre Inger, que no poseía el talento de él, de Isak, el señor de la creación! Aun antes de conocerle más a fondo y de interpretar su modo de expresarse, se daba el caso de que ella dijera:

—¡Pero no irás a construir de veras un establo!

—¡Ah...! —decía él.

—Te estás burlando; pues mejor sería que hicieras una casa.

—¿Tú crees? —replicaba él, mirándola con una expresión ausente, como si después de su pregunta le hubiera venido la idea.

—Sí; y entonces podrían ocupar la choza las bestias.

—Creo que será lo mejor —asentía él, una vez había reflexionado.

—¿Ves cómo, al fin —decía la victoriosa Inger—, tengo la cabeza bien sentada?

—No lo dudo. ¿Y qué me dices de un cuarto de estar, junto a la habitación?

—¡Un cuarto de estar! ¡Entonces viviríamos como las demás personas!
¡Ah, si fuera así...!

Y así fue. Isak construía: rejuntaba, golpeaba, colocaba las vigas, daba forma al fogón con las piedras adecuadas. En este último trabajo no estuvo muy acertado, y hubo ratos en que se mostraba descontento de sí mismo.

Llegaba la época del heno, tuvo que dejar el andamio para segar la hierba, y se le veía cargado de haces enormes que almacenaba en el henil.

Un día lluvioso Isak manifestó que le era preciso ir al pueblo.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Ni yo mismo lo sé de fijo —respondió él.

Partió; dos días estuvo ausente, y llegó, por fin, cargado con un fogón de cocina.

—No te tratas como una persona —le amonestó Inger.

Isak derribó el hogar, que desmerecía de la casa nueva, y colocó en su lugar el fogón.

—No todos tienen un fogón como éste —dijo Inger—. ¡Y ahora lo tenemos nosotros!

La cosecha del heno seguía su curso. Isak lo traía en enormes cantidades, porque la hierba de los bosques es, desgraciadamente, inferior a la de los pastos. En medio de esta labor, Isak veíase obligado a trabajar sólo los días lluviosos en la construcción, y ésta avanzaba lentamente de modo que, en agosto, cuando tuvo el heno al abrigo del saliente de roca, la casa nueva estaba todavía a medio hacer.

En setiembre, Isak habló a Inger:

—Esto no marcha. Me parece que tendrías que bajar al pueblo y traerme un hombre que me ayude.

A pesar de que últimamente la respiración de Inger se había hecho algo difícil, y que ya no andaba con la agilidad de antes, no hay que decir que se dispuso a cumplir el deseo de Isak.

Pero el hombre mudó de parecer; y lleno de orgullo y altanería, una vez más, se dispuso a hacerlo todo él solo.

—No vale la pena de ir en busca de nadie —dijo—. Yo mismo lo acabaré.

—No; no podrás con todo —replicaba Inger—. ¡Pues, no!

—Basta con que me ayudes un poco con las vigas.

Llegado octubre, dijo Inger:

—¡No puedo más!

Fueron momentos difíciles. Las vigas del techo tenían que estar ajustadas antes de que vinieran las lluvias otoñales. Había que acelerar. ¿Qué le pasaba a Inger? ¿Estaría enferma?

De vez en cuando, elaboraba unos quesos, pero de poco más podía ocuparse, a no ser de llevar varias veces al día la vaca a los pastos.

—Cuando vayas al pueblo —habíale dicho a Isak—, trae una canasta grande, o una caja, o algo por el estilo.

—¿Y qué piensas hacer con ello?

—Lo necesito —se limitaba a responder Inger.

Isak izaba las vigas por medio de cuerdas, ella empujaba un poco con la mano y a él le parecía que ella ayudaba con su sola presencia. La construcción adelantaba lentamente. El techo no era muy alto, pero las vigas eran demasiado descomunales y gruesas para una casa tan pequeña.

El buen tiempo de otoño se mantenía bastante satisfactoriamente; Inger arrancó ella sola todas las patatas, mientras Isak afirmaba el hogar en previsión de las lluvias inminentes. Había sido preciso tener las cabras en la habitación por la noche durante un cierto tiempo; pero pudo hacerse; sí, se hacía y resultaba bien. Los dos moradores no se quejaban. Isak se preparaba para una de sus caminatas hacia el pueblo.

—Tendrías que subirme una canasta grande, o una caja —volvió a pedirle Inger. Era como un humilde ruego.

—Tengo encargadas unas ventanas con cristales, que he de recoger — replicó Isak—. Y he encargado también un par de puertas pintadas —añadió con aire de superioridad.

—Bueno, entonces no tendré todavía la canasta —dijo Inger.

—¿Para qué la quieres?

—¿Para qué? ¿Pero no tienes ojos en la cara?

Engolfado en sus pensamientos, emprendió Isak el camino. A la vuelta, unos días más tarde, no solamente traía una ventana, una puerta para la habitación y otra para el cuarto de dormir, sino que le colgaba del pecho la caja destinada a Inger, y en ella diversos comestibles. Ella dijo:

—¡Con tal que no te mates cualquier día con tanta carga!

—¡Ja, ja! ¡Matarme!

Lejos de la idea de morir de cansancio, Isak sacó del bolsillo un frasco de jarabe y se lo dio a Inger, incitándola a que lo tomara para reponerse. Y allí se descargó de la ventana y de las puertas pintadas que eran su orgullo, y se puso a asentarlas inmediatamente. ¡Ah! ¡Aquellas puertecitas blancas y rojas, qué bonitas resultaban y cómo adornaban la habitación, como cuadros en las paredes!

Pasaron a la casa nueva, y el ganado se repartió en lo que había sido choza y morada. A la vaca se agregaba ahora una oveja con sus pequeños, para que no estuviera tan sola.

Aquella gente de las regiones deshabitadas había logrado ya mucho, muchísimo.

3

Mientras el terreno estaba blando, todavía Isak lo limpió de piedras y rizomas, y lo preparó para el año próximo; y cuando llegaron las heladas, fue al bosque y se proveyó de tacos de leña en gran cantidad.

—¿Qué vas a hacer con tanta leña? —le preguntaba, a lo mejor, Inger.

—No lo sé exactamente —respondía Isak, aunque lo sabía muy bien.

La vieja selva virgen, demasiado próxima a la casa, impedía la extensión de los pastos; además, él se arreglaría para bajar, en invierno, como fuera, aquella leña a la aldea y venderla a los que la necesitaban para combustible. Isak, convencido de lo excelente de su idea, guiado por ella, talaba con afán los árboles y los cortaba a la medida conveniente. Inger salía a menudo y le observaba; él fingía indiferencia, como si juzgara baldía su asiduidad; pero ella no ignoraba que le hacía bien sólo con estar allí.

A veces, cambiaban palabras dignas de ser notadas.

—¿No sabes otra ocupación que la de correr por ahí para que el frío te mate? —decía Isak.

—No siento el frío —respondía Inger—. Eres tú quien vas a matarte de puro trabajar.

—Ahora mismo te pondrás mi chaqueta, que hallarás arriba.

—No puedo detenerme más rato aquí, cuando *Cuerno de oro* está a punto de darnos un ternero.

—¿Así está *Cuerno de oro*?

—¿No lo sabías? ¿Y qué vamos a hacer con el ternero?

—Haz lo que mejor te parezca; yo no lo sé.

—Pero no vamos a comérselo; eso no. Luego nos quedaremos otra vez con una sola vaca.

Así razonaban los dos solitarios, seres rudos, entregados a sus impulsos, pero rebosando bondad en el trato mutuo, y para el ganado, y para la tierra.

Cuerno de oro echó, pues, al mundo una ternerita. ¡Día señalado en aquel paraje desierto! ¡Una gran alegría, una felicidad! Dieron a *Cuerno de oro* una buena bebida a base de harina. Aunque Isak mismo la había subido a sus espaldas, decía:

—¡No economices la harina!

La ternera era una hermosura, rosada, y raramente confusa luego de la maravilla que había experimentado. Al cabo de unos años ella también sería madre.

Inger decía:

—¡Esta ternera llegará a ser una vaca magnífica! No sé cómo vamos a llamarla.

Inger tenía algo de infantil, y su inventiva era poca en casos semejantes.

—¿Qué nombre? —apuntó Isak—. No hallaría otro más propio que *Cuerno de plata*.

Cayeron las primeras nieves, y no bien se endurecieron sobre el suelo y se hizo el camino intransitable, Isak bajó a la aldea. Reservado, como siempre, no quiso confiar a Inger sus planes. La sorprendió al comparecer a su vuelta con un trineo y un caballo.

—¡Creo que estás de broma! —observó Inger—. ¿No habrás cogido a alguien ese caballo?

—¿Yo coger un caballo?

—He querido decir si te lo has encontrado casualmente por el camino.

¡Ah! Si Isak hubiera podido decir: «¡El caballo es mío, es nuestro...!» Pero lo había pedido prestado, sólo por cierto tiempo, para transportar su partida de tacos de madera al pueblo. Y así lo hizo; a cambio de ella, subía toda clase de comestibles, y harina y arenques... Un día llegó con un novillo sobre el trineo; lo había conseguido a muy buen precio porque ahora empezaba a reinar la escasez de forraje en el pueblo. Delgado, la pelambre revuelta, el torete, de unos dos años, no podía mugir siquiera con vigor, pero no por esto era un adefesio; y si se le cuidaba bien se desarrollaría rápidamente.

—¡Tú de todo haces botín! —exclamaba Inger.

Sí; Isak, de lo que proporcionaba a los del pueblo, cargaba con todo lo que era útil a su hogar: tablas, una piedra de afilar, formas para hacer pastas, herramientas... Inger nadaba en la abundancia, y comentaba a veces:

—¿Más cosas todavía? Ahora tenemos hasta un toro; no nos falta ya nada.

Y a los pocos días dijo Isak:

—No, lo que es ahora, no traeré nada más.

Les bastó para mucho tiempo lo adquirido. Estaban a salvo. ¿Qué planes serían los de Isak para la primavera? Andando detrás de su carretada de leña, lo había pensado lo menos cien veces: prepararía la tierra en aquella ladera para hacerla cultivable; se ocuparía de sus talas; dejaría secar la madera durante el verano, y cuando llegara el invierno podría doblar los envíos a la aldea. Echó cuentas, y todo le salía a satisfacción. También por centésima vez le había ocurrido otra idea: poner en claro a quién había pertenecido la vaca *Cuerno de oro*. En vano buscaría otra mujer como Inger; a pesar de sus

arranques, su voluntad era la de Isak y se contentaba con lo que él quería. Pero en cualquier momento podía presentarse alguien y reclamar a *Cuerno de oro* y llevársela sujeta a la soguilla. Y las consecuencias podían ser aún peores. Inger había dicho: «¿Es verdad que el caballo no lo has tomado o encontrado al azar en tu camino?» Esto era lo primero que se le había ocurrido a Inger. ¿Podía dudarse de ella? Y, entonces, ¿qué haría él? ¿No había adquirido, acaso, un toro para *Cuerno de oro*, una vaca, probablemente, robada?

Llegaba el plazo en que le sería preciso devolver el caballo. Era una lástima, porque al jaco le lucía el pelo, y les tenía confianza.

—De todos modos —decía Inger para consolarle—, has sacado de él buen provecho.

—¡Tan útil como me sería en la primavera! —replicaba Isak.

Salió un día lentamente al rayar el alba, con su último cargamento de madera, y estuvo fuera dos días enteros. Cuando volvía oyó unas notas singulares que salían de la casa. ¿Qué sería? Aguzó el oído. Un grito infantil... —¡Ay, sí, Dios eterno!—. Era eso y no otra cosa, pero era algo turbador, e Inger no le había dicho nada.

Lo primero que se ofreció a sus ojos al entrar fue la caja, la tan anhelada caja que él mismo había subido, colgada sobre el pecho. Ahora la veía suspendida a modo de cuna y de columpio para el recién nacido. Inger andaba por la casa a medio vestir; ¡y hasta había ordeñado ya la vaca y las cabras!

Cuando la criatura cesó en sus gritos, Isak preguntó:

—¿Y ahora está todo hecho?

—Sí; todo está.

—Bien.

—Fue el mismo día que partiste, al anoecer.

—Sí...

—Sólo tuve que empinar me para colgar la caja, y con eso quedaba todo preparado... Pero no pude soportarlo; me puse mala...

—¿Cómo es que no me has dicho nada antes?

—¿Podía yo fijar el día? Es un niño...

—¡Ah, un chico!

—¡Ay! ¡Si supiera qué nombre le daremos! —dijo Inger.

A Isak le fue permitido ver la carita colorada, bien conformada; no tenía el labio partido, y lucía una mata de pelo tupido en la cabeza. Echado en la caja, era un encanto de niño. Isak no sabía qué pensar y se sentía bastante débil ante el acontecimiento. Aquel coloso se hallaba ante el milagro, que formándose primero envuelto en una neblina sagrada, aparecía ahora en la vida con su carita como un símbolo. Los días y los años harían de aquel prodigio un hombre.

—Ven a comer algo... —dijo Inger.

Isak abate troncos; los amontona. Ha prosperado; tiene ahora una sierra y está preparando la leña para el invierno. Los montones de tacos son enormes; Isak hace con ellos una calle, un pueblo entero. Inger está más sujeta a la casa y no puede como antes ir al sitio en que trabaja el hombre; ahora es éste quien hace, de vez en cuando, una pequeña excursión hacia ella. ¡Tiene gracia un gorgojo así metido en una caja! A Isak ni se le ocurre ocuparse de él, que, además, era sencillamente un gorgojo. ¡Que se quedase donde estaba! Pero... uno es humano, al fin, y no puede oír sin un sentimiento de conmiseración el gritito de una criatura.

—¡No lo toques! —decía Inger—. Seguramente tienes las manos sucias de resina.

—¿Yo, resina en las manos? ¡Estás loca! —respondía Isak—. Desde que acabé la casa no he tenido resina en las manos. Dame el niño, y le meceré hasta que se duerma.

—No; en seguida callará...

En mayo viene de las montañas a la morada de los solitarios una mujer forastera, parienta de Inger y es recibida con agrado.

—Sólo he querido ver cómo le va a *Cuerno de oro* desde que salió de nuestra casa.

—La gente no pregunta mucho por ti —cuchichea Inger, afligida, como si el niño pudiera entenderla—. ¡Claro! ¡Claro! ¡Claro! ¡Eres tan poquita cosa...!

—¡Ah! ¡Este...! —replica la visitante—. Salta a la vista que no le va mal. ¡Es un chico precioso! ¡Quién hubiera dicho hace un año, Inger, que volvería a verte con un marido y un hijito, y la casa y todo!

—De mí no hables —decía Inger—. No vale la pena. Ahí está el que me tomó tal como era.

—¿Estáis casados? Todavía no, ¿verdad?

—Veremos, ahora que el niño va a ser bautizado —dice Inger—. Quisimos casarnos, pero no pudo arreglarse. ¿Qué dices tú a eso, Isak?

—Casarnos, claro.

—¿No podrías subir, Oline, después de la siega del heno, para cuidar del ganado mientras nosotros hacemos el viaje? —pregunta Inger.

Y dice la parienta:

—Veo que no cesáis de construir. ¿Qué va a ser esta vez? ¿No tenéis ya bastante?

Inger mueve la cabeza y dice:

—Pregúntale a él, porque a mí no me lo explica.

—No vale la pena de hablar de lo que construyo —contesta Isak—. Un cobertizo por si lo necesitara. Pero, has preguntado antes por *Cuerno de oro*. ¿Quieres verla?

Y van al establo para mostrarle la vaca y su ternero. El toro es una res magnífica, y la parienta de Inger cabecea complacida a la vista del ganado y del establo; los alaba como de lo mejor, y pondera la limpieza perfecta y las buenas disposiciones de Inger en todo lo que concierne al experto cuidado de las bestias.

—¿Entonces, la vaca *Cuerno de oro* estaba antes en tu casa? —pregunta Isak.

—Sí, desde que nació. En mi casa precisamente, no, en la de mi hijo; pero es lo mismo. Y tenemos todavía a la madre de *Cuerno de oro* en nuestro establo.

Hacía mucho tiempo que no había oído Isak un mensaje tan grato; se le cayó un peso del corazón: *Cuerno de oro* les pertenecía, pues, con pleno derecho, a él y a Inger. Para decir toda la verdad, en medio de sus dudas había decidido degollar a *Cuerno de oro* al llegar el otoño; le arrancaría la piel y enterraría los cuernos para que desapareciera todo rastro de *Cuerno de oro*. Ahora no. Se sentía tan orgulloso de Inger, que, reafirmando la opinión de la forastera, dijo:

—¿Dijiste que Inger es limpia? No hay otra como ella. Estaba escrito, sin duda, que yo tendría un tesoro por mujer.

—Es natural que fuera así —dijo la parienta.

Esta mujer de la otra parte de las montañas, que se llamaba Oline, amable, atinada en el hablar, inteligente, no estuvo en la casa más que dos días y durmió en el cuarto de al lado. Al partir, se llevaba un poco de lana de las ovejas de Inger, pero esto a escondidas de Isak, sea cual fuere el motivo.

Quedaron otra vez solos el niño, Isak y la mujer... El mundo volvió a ser el mismo, con su labor cotidiana, sus pequeñas y urgentes alegrías; *Cuerno de oro* daba leche en abundancia, las cabras tenían sus crías, y daban también buena leche. Inger había elaborado una hilera de quesos blancos y rojos que tenían puestos a secar, fiel a su plan de comprar con su producto un telar. ¡Oh, aquella Inger! ¡Sabía hasta tejer!

Isak levantó un cobertizo, porque también él tenía su plan. Adosado a la antigua choza por medio de un doble tabique de tablas, practicó en él una puerta y una linda ventana con cuatro cristales, puso un techo provisional y esperó el deshielo para poner, entonces, las cortezas de abedul. De momento, sólo se hizo lo indispensable; nada de pavimento de tablas, ni de paredes acepilladas. No aplazó, empero, la construcción del compartimiento para un caballo con su pesebre.

Era ya a fines de mayo; el sol había derretido el hielo en las colinas cuando Isak puso el techado definitivo a la nueva construcción. Después de esto, una mañana, provisto de una comida que le duraría todo un día y algo más, se echó al hombro pico y azadón y bajó al pueblo.

—¿Podrías subirme cuatro varas de indiana? —le pidió Inger.

—¿Qué vas a hacer con eso? —replicó Isak.

Parecía como si no hubiera de volver. Inger examinaba todos los días el cielo, la dirección del viento, como quien espera un barco; salía fuera por la noche, y escuchaba. Le asaltaba la idea de tomar en brazos al niño y ponerse en camino en busca de Isak. Hasta que éste se presentó, por fin, con un caballo y un carro. «¡Soooo!», gritó Isak al llegar delante de la puerta, y, aunque el caballo, sin alborotarse, relinchaba a la vista de la choza desconocida, Isak gritó para que le oyeran desde dentro:

—¿Puedes salir y aguantar un poco el caballo?

Inger salió.

—¿Qué es esto? —exclamó—. Di, ¿has podido pedirlo prestado otra vez? ¿Dónde estuviste tanto tiempo? Hoy es el séptimo día.

—¿Dónde había de estar? Ante todo, he tenido que desembarazar el camino en varios puntos para poder pasar con mi carro. Aguanta el caballo un poco, he dicho.

—¿Con tu carro? ¿He de creer que lo has comprado?

Isak permanecía mudo, reventando de puro silencio. Y empieza a descargar del carro: un rastrillo, un arado, clavos, víveres, una azada, un saco lleno de semillas.

—¿Cómo está el niño? —pregunta de pronto.

—El niño está bien. ¿Has comprado el carro, te he preguntado? ¡Y yo, luchando y sudando para poder comprarme un telar! —dice ella en tono de broma. ¡Tan dichosa se sentía de verle otra vez en casa!

Isak; ocupado en sus adquisiciones, permaneció otro largo rato silencioso y ensimismado. Reflexionaba y miraba alrededor, buscando lugar apropiado para cosas tan diversas. No parecía fácil hallar sitio en el corral para todo. Pero, como Inger había renunciado a hacer más preguntas, y charlaba ahora, dirigiéndose al caballo, Isak rompió el silencio.

—¿Has visto tú alguna alquería que no tenga un caballo y un carro, y un arado, y un rastrillo; todo lo necesario, en fin? Y ya que quieres saberlo: sí; he comprado el caballo, el carro y lo que venía dentro.

Inger sólo acertaba a mover la cabeza y exclamar:

—¡Parece mentira!

Isak ya no se sentía pequeño. Se había desquitado, a lo gran señor, del regalo de la vaca *Cuerno de oro*.

—¡Aquí está! Sí, señor. ¡Yo pago con un caballo!

Era de tan potente musculatura este Isak que, levantando con una sola mano el arado lo llevó hasta la pared, donde lo dejó arrimado. ¡Así, como dueño y señor absoluto! Puso luego al abrigo, en el interior del nuevo cobertizo, el rastrillo, la azada y la horca recién comprados, valiosos aperos de labranza, un verdadero tesoro. ¡Estupendo! ¡Oh! ¡Todos los aperos necesarios! Ahora no faltaba ya nada.

—¡Hum...! Y también llegará para un telar —dijo el hombre—, suponiendo que yo conserve la salud. Y aquí tienes también lo que me pedías; pero no todo: no tenían más que esta tela azul de algodón.

Era inagotable, y seguía sacando cosas. Y cada vez sucedía lo mismo.

—Es lástima —decía Inger— que Oline no pudiera ver todo esto mientras estuvo con nosotros.

¡Exageración y vanidad femenina! El hombre sonreía desdeñosamente. Así y todo, no le habría disgustado si Oline hubiera visto aquella magnificencia.

El niño lloraba.

—Ve a cuidar del niño —dijo Isak—. El caballo está ya más sosegado.

Desenganchado éste, lo condujo a la cuadra. ¡Su propio caballo! Le dio un pienso, le restregó, le acarició. ¿Y qué había quedado a deber por el caballo y el carro? Todo, absolutamente todo. Era una gran deuda; pero hacia fines del verano quedaría saldada. Tenía madera en cuadro, corteza de abedul para la construcción, cortada el año anterior, y, además, algunos buenos troncos.

Cuando la tensión hubo cesado y la osadía del ánimo disminuyó también, vinieron horas de temor y cuidado. ¡Ahora todo dependía del verano y del otoño!

Llenaban los días las labores agrícolas, cada vez más amplias. Limpió de piedras y de rizomas otros pedazos de tierra; los removió con el arado, los

abonó, los entrecavó, rompió terrones con las manos y con los tacones de sus botas. Era un labrador incansable, cuyos campos alisados tenían el aspecto de tierras de felpa. Esperó entonces un par de días, y cuando pareció que iba a llover, sembró el grano. Siglos y siglos habían sembrado el grano sus antepasados. Esta labor se hacía devotamente a la caída de una tarde sin viento; y mejor si caía una llovizna fina como polvo, y cuando los gansos salvajes pasan a bandadas. La patata, en cambio, era un fruto nuevo y su plantación nada tenía de misterio ni de religioso. Mujeres y niños podían asistir a la plantación del tubérculo procedente de un país extranjero, como el café, y que resultaba un alimento excelente; pero que pertenecía a la familia de los tubérculos. El grano era el pan; tenerlo o no tenerlo significaba vida o muerte. Isak andaba, descubierta la cabeza, sembrando en el nombre de Jesús; era como un sarmiento con manos, pero en su interior era como un niño. Cada vez que desparramaba la semilla lo hacía con gran cuidado, y se sentía resignado y amable. Y germinaría el grano y se convertiría en espigas que llevarían muchos granos; y así es en todo el mundo cuando se siembra. En el Oriente, en América y por doquier. Grande es la tierra, y una ínfima parte de ella el campo que Isak labraba. Era el centro de todo, y se esparcían de su mano las semillas como unas alas de luz. Había nubes en el cielo que anunciaban una llovizna fina propicia al sembrado.

Entre las labores de primavera y de otoño se sucedieron días y noches, pero Oline no llegaba.

Labrados sus campos, Isak puso en condiciones dos guadañas y dos rastrillos para la siega del heno; colocó en el carro un fondo de tablas capaz para la carga de la hierba, y requirió lo necesario para construirse un trineo de labor, pensando en el invierno. Se ocupó en otras labores útiles, y por lo que se refiere al interior, colocó dos anaqueles arrimados a la pared, en los cuales podían colocarse las cosas más diversas: el calendario, que, al fin, se había comprado, y el molinillo, y cazos fuera de uso. Inger afirmaba la extraordinaria utilidad de los dos anaqueles. Por lo demás, le parecía todo excelente. Cosa curiosa: *Cuerno de oro* no intentaba ya escapar; contenta con su ternera y el novillo, pacía suelta todo el día en las faldas del bosque. Y las cabras prosperaban de tal modo que casi arrastraban sus ubres cargadas de leche. Inger hacía un vestido largo de algodón azul y una gorrita del mismo género; las prendas más bonitas que soñar se pueda: las ropitas de cristianar para el niño. Reposadamente echado como estaba, el niño seguía con los ojos las labores domésticas. Crecía robusto. Isak acabó por acceder a que le bautizaran con el nombre de Eleseus. Ya dadas las últimas puntadas al vestidillo de bautizar, tenía éste una larga cola de dos varas, y costaba, cada vara, su dinero; pero todo es poco para el primogénito.

—Si alguna vez ha de lucirse tu collar de abalorios de cristal, nunca mejor que ahora —observó Isak.

También Inger se había acordado de los abalorios, que no en vano era madre, llena de sencillez y orgullo. No alcanzaba el ancho de la sarta para que el niño pudiera lucirlos sobre el cuello de su vestido, pero se los pondría en la parte delantera de la gorrita, adornándola así muy bien.

Oline no llegaba.

Si no hubiera sido por el ganado, todos habrían abandonado la casa por tres o cuatro días con motivo del bautizo. Inger, a no ser por el asunto del casamiento, hubiera podido ir sola.

—No aplacemos más el casamiento —decía Isak.

Pero Inger respondía:

—Antes de que Eleseus pueda quedarse solo en casa, y sepa ordeñar, no pasarán menos de diez o doce años.

Y así, Isak tuvo que aguzar el ingenio. El casamiento que se dejó en descuido al principio era tal vez tan esencial como el bautismo. El tiempo amenazaba con una sequía perniciosa si la lluvia no venía pronto a remediarlo

Se agotaría el producto de los campos si Dios no ayudaba. Isak se preparó para ir de prisa al pueblo en busca de alguien que viniera a sustituirles, y tendría que andar muchas millas. ¡Y todo por un casamiento y un bautizo! Son muchos los cuidados pequeños y grandes que pesan sobre los que viven en las regiones deshabitadas...

Y llegó Oline...

Ya era un hecho consumado el casamiento y el bautizo, y todo quedaba arreglado. Su previsión fue tanta que, primero celebraron el casamiento, a fin de que el niño fuera reconocido como legítimo. Pero la sequía era persistente y se agostaban las mieses en los pequeños campos semejantes a tiras de felpa.

¿Por qué? ¡Ah! Todo estaba en las manos de Dios, Isak segó sus praderas, pero la hierba no era muy alta, a pesar del abono que se les había puesto en la primavera. No se cansaba de segar hasta en las laderas más apartadas; y segaba y ponía a cubierto el forraje, ya que ahora poseía un caballo y abundante ganado. Pero en junio se vio obligado a utilizar también la mies como forraje, porque no valía para otra cosa.

Quedaban aún las patatas. ¿Qué era de ellas? ¿Resultaría, como el café, una especie de producto exótico del cual se podía prescindir? ¡Oh! La patata es algo incomparable: resiste la sequía, resiste la humedad y prospera a pesar de todo. Desafía los elementos, todo lo soporta, y por poco que el hombre sepa tratarla, le da el quince por uno. No tienen las patatas la sangre de la uva, pero sí la pulpa de la castaña; se pueden guisar y asar, y van bien con todo. Un hombre puede carecer de pan, pero si le es dado echar mano a las patatas ya no quedará sin alimento. Las patatas pueden asarse con el rescoldo, y tenéis una cena; pueden cocerse en agua, y son un desayuno. Poco complemento requieren. Una taza de leche, un arenque bastan para acompañarlas. Los ricos las aderezan con mantequilla, pero a los pobres les basta con echarles un poco de sal. Isak hacía de ellas su plato dominical, rociándolas con la nata extraída de la leche de *Cuerno de oro*.

—¡Benditas patatas, no lo bastante apreciadas!

Pero esta vez, también las patatas estaban de mal año.

Isak escudriñaba el cielo incontables veces al día. El cielo era azul. Al hacerse de noche, parecía, a veces, que iba a caer un chaparrón. Entonces Isak se metía en la casa, diciendo:

—¡A ver si tendremos lluvia, al fin!

Pero al cabo de un par de horas, toda esperanza había desaparecido.

Siete semanas duró la sequía, y hacía mucho calor. Durante todo este tiempo las patatas florecían de manera extraordinaria, exuberante. Los campos, mirados a distancia, semejabán campos de nieve. ¿Cuál sería el desenlace? El calendario no daba indicación alguna. Y es que los calendarios de ahora no eran como los de antes, no valían nada. Una vez pareció que llovería. Isak se acercó a Inger y le dijo:

—Si Dios quiere, esta noche tendremos lluvia.

—¿Hay indicios?

—Sí; y el caballo sacude los arreos de lo lindo.

Inger salió al umbral y dijo:

—Sí; ahora verás.

Cayeron unas gotas. Pasaban las horas. El matrimonio se retiró a descansar. Pero aquella noche Isak no pudo menos de levantarse para mirar al cielo: estaba azul.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Inger—. Poco tardará en secarse el último ramaje que cortaste...

Y diciendo esto trataba de consolarle.

Sí, Isak había hecho buena provisión del mejor ramaje, que resultaba un pienso muy apreciable; lo trataba como el heno, y lo recubría en el bosque de cortezas de abedul. Pero ahora sólo quedaba un mísero resto. Y por eso, Isak, desesperado e indiferente, respondió a Inger:

—Aunque haya de secarse por completo, no lo entraré.

—No sabes lo que te dices —replicó Inger.

En efecto, al día siguiente no se cuidó de entrar el ramaje. Lo había dicho, y lo cumpliría. Que continuara en nombre de Dios, donde estaba, ya que no venía la lluvia. Lo entraría antes de las Navidades, a no ser que hasta entonces el sol lo hubiese secado por completo.

Hondamente afligido, ya no se gozaba en permanecer sentado a la puerta y admirar sus tierras con mirada poseedora. Allí estaban los campos de patatas floreciendo desafortunadamente para agostarse pronto —¡quédese el ramaje, entonces, donde está!—. En medio de su maciza lealtad, había en Isak, acaso, una idea oculta. ¿Quizá lo hacía todo por cálculo e intentaba provocar al cielo azul, bajo la luna cambiante?

Aquella noche parecía de nuevo presagiar la lluvia.

—Sería mejor que entrases el ramaje —le aconsejaba Inger.

—¿Y para qué? —preguntaba Isak con cara de pocos amigos.

—Sí, sí, búrlate, que a lo mejor está cercana la lluvia.

—¿Pero no estás viendo que este año no va a llover?

Pero durante la noche pareció como si los cristales se oscurecieran más, y hasta parecían humedecerse.

Inger despertó:

—¡Llueve! ¡Fíjate en la ventana!

Isak se limitó a resoplar y dijo:

—¿Lluvia has dicho? Esto no es lluvia. No sé a qué te refieres, mujer.

—No debieras burlarte —replicó Inger.

Isak se engañaba a sí mismo, no tomándolo en serio. En realidad, llovía y no poco; pero después de lo suficiente para que el ramaje que guardaba Isak se empapara, cesó la lluvia. El cielo volvía a aparecer sereno.

—Ya he dicho antes que esta lluvia no tenía importancia —concluyó Isak tercamente, complaciéndose en su incredulidad.

De nada les servía a las patatas el chaparrón. Sucediáanse los días, y el cielo seguía azul. Isak se ocupó afanosamente en la construcción de su trineo de madera. Domeñando su terco corazón, acepillaba con humildad la madera, que convertía en pértigas y en brazos para el trineo. Mientras tanto, el pequeño

iba creciendo con el curso de los días, Inger preparaba mantequilla y quesos, y el caso no era tan apurado. Un mal año es soportable para las personas hacendosas, aunque vivan en despoblado. Y además..., la bendita lluvia llegó, transcurridas nueve semanas; todo un día y toda una noche estuvo lloviendo copiosamente, como si hubieran abierto las cataratas de los cielos; dieciséis horas de lluvia. Si hubiera sido catorce días antes, Isak hubiera dicho a Inger: «Ya es tarde.» Ahora, en cambio, le decía:

—Vas a ver cómo esto no dejará de hacer algún bien a las patatas.

—¡Oh, sí! Se salvará la cosecha del todo.

Y poco a poco el aspecto mejoró; el chubasco era diario; reverdecía la hierba como por encanto, las patatas florecían, si cabe, más que antes, y las hinchadas bayas crecían en sus tallos. Todo marchaba a satisfacción, pero nadie sabía lo que pasaba dentro de la tierra, ni se atrevía Isak a remover la de las patatas. Un día compareció Inger con unas veinte patatas pequeñas que había encontrado al pie de un rodrigón.

—¡Y les quedan todavía cinco semanas para crecer! —le hizo notar.

¡Qué consuelo y qué sanos consejos los de Inger en toda ocasión! Con su labio hendido, con su pobre voz que parecía silbar como cuando el vapor escapa de la válvula, era en aquellas soledades un consuelo, una verdadera bendición en aquellas regiones despobladas. Tenía, además, un buen natural.

—¡Si pudieras construir otra cama...! —pidió a Isak.

—Bien —respondió él.

—Pero no corre prisa —dijo ella.

Empezaron con la recolección de las patatas, la cual, siguiendo la tradición, terminaba alrededor de San Miguel. El año no merecía ser llamado malo: mediano es más justo. Quedó demostrado otra vez que las patatas no dependen tanto del tiempo, sino que resisten bastante y crecen, a pesar de

todo. No se atrevían a echar cuentas con la seguridad de otros años. Un día pasó un lapón, a quien la provisión de patatas dejó admirado, y aseguró que en las aldeas lo pasaban mucho peor.

A Isak le quedaban unas semanas por delante, durante las cuales, antes que llegara el frío y el suelo se helara, se ocuparía en roturar el campo. El ganado pacía ahora a su gusto. Isak estaba gozoso de poder trabajar oyendo las esquilas en derredor. Claro que, a veces, le estorbaba el ganado, sea que el toro se complaciera en arremeter a cornadas los montones de ramaje, o que las cabras se desparramaran por todas partes en sus subidas y bajadas, y hasta que treparan al techo de la cabaña.

¡Pequeños cuidados y grandes cuidados!

Un día Isak oye un grito. Inger está junto a la puerta con el niño en brazos, y señala a Isak el toro y la vaca *Cuerno de plata*. Isak deja a un lado la azada que empuñaba y corre detrás de la pareja; pero ya es tarde. ¡La bruja! Un año tiene; y se adelanta en medio año. ¡Qué locura! ¡Vaya con la niña! Isak la encierra en su establo; pero lo inevitable ha sucedido.

—Mira —le dice Inger—, según cómo, vale más así; de otro modo las dos vacas hubieran tenido cría a la vez en otoño.

¡Quién sabe si Inger había soltado juntos intencionadamente a *Cuerno de plata* y al toro!

Llegó el invierno. Inger hilaba y cardaba la lana; Isak bajaba al valle con enormes cargas de madera seca sobre el trineo; todas las deudas se habían pagado, y eran completamente suyos el caballo y el carro, el arado y el rastrillo. Bajaba al valle con los quesos de cabra que había elaborado Inger, y volvía provisto de lino, de un telar, de la aspadera y de todo lo que convenía a la labor; otras veces subía harina y alimentos, y tablas y clavos. Un día llegó con una lámpara.

—¡Tan cierto como que estoy aquí, tú has perdido el seso! —exclamó Inger.

Pero ella misma había adivinado que la lámpara llegaría tarde o temprano. Por la noche la encendían y se hallaban como en el paraíso, y el pequeño Eleseus creía que era el mismo sol.

—¿No ves qué pasmado está? —decía Isak.

Desde entonces, Inger podría hilar a la luz de la lámpara.

Isak compró también tela para unas camisas, y zapatos nuevos para Inger. Háblele pedido ésta unos colores para teñir la lana, y se vio complacida. Un día Isak compareció con un reloj. ¡Nada menos que con un reloj de pared!

Inger, completamente pasmada, estuvo un rato sin poder pronunciar palabra.

Con todas las precauciones Isak colgó el reloj, subió los pesos y lo puso aproximadamente a la hora. Al oír su sonido grave, el niño volvió los ojos y miró a su madre.

—Razón tienes de admirarte —dijo ésta, y emocionada puso el niño sobre las rodillas. Porque todo lo bueno que en aquella soledad tenían, nada igual al reloj de pared, que sería su compañía en invierno, marcando a campanadas y con precisión cada hora del día.

Distribuida ya toda la madera, Isak volvió al bosque, y abatió los troncos, que llenarían un gran espacio. Cada vez le era preciso alejarse más de la casa. Ahora quedaba libre para el cultivo una extensa ladera. Decidió no cortar ya más sin distinción, sino únicamente los árboles más viejos, con las copas ya resecas.

Naturalmente, no ignoraba la razón por la cual Inger le había hablado de una segunda cama; convenía acabarla pronto. Pero una noche, al llegar del bosque, la realidad se le había adelantado: la familia había aumentado. Era un

chico. Inger estaba en el lecho. ¡Qué Inger aquella! Por la mañana había intentado mandarle a la aldea.

—Tendrías que hacer andar un poco al caballo —le decía—. Está pateando continuamente en la cuadra.

—No tengo tiempo para tonterías —dijo Isak a punto de salir. Ahora se daba cuenta de que Inger había querido alejarle de allí. ¿Pero, por qué? Tal vez hubiera sido conveniente que lo tuviera a su lado—. ¿A qué es debido que no le des a uno el menor indicio? —le dijo.

—Ahora —le instó ella, por única respuesta— no podrás menos de construirte una cama para ti solo.

No se había pensado en las sábanas ni en el cubrecama; tenían una sola cubierta de piel para los dos, esperando el próximo otoño, en que matarían unos carneros; pero no alcanzaría tampoco la piel de un par de carneros. No; los días siguientes no fueron gratos para Isak. Se helaba miserablemente durante la noche. Probó enterrarse en el heno ensilado debajo del saliente de la roca, probó dormir cerca de las vacas, pero no hallaba calor bastante... Andaba desahuciado. Suerte que llegó mayo, y luego junio, julio...

¡Maravillaba ver lo que en tres años se había llevado a cabo! Una vivienda para las personas, una cuadra, unas tierras ya laborables... Y esta vez, ¿qué es lo que estaba construyendo Isak? Un cobertizo más, un granero y un anexo de la habitación. Retumbaba la casa al hincar los clavos de ocho pulgadas, y comparecía Inger clamando piedad para los pequeños.

—¡Ah, los pequeños! Distráeles, entretanto; cuéntales algo; dale a Eleseus la tapadera de la herrada⁶ para que haga ruido. Yo pronto acabaré de clavar, pero ya comprenderás que es indispensable afirmar las traviesas del

⁶ Cubo de madera, con grandes aros de hierro o de latón, y más ancho por la base que por la boca.

tabique entre la habitación y su anexo. Después de esto ya sólo necesitaré clavos de pulgada y media, una bagatela.

¿No hubiera podido él evitar el martilleo? Hasta entonces los barriles de arenques, la harina y otros productos alimenticios quedaban depositados en el establo para no exponerlos a la intemperie, pero la manteca tenía sabor a cuadra. Hízose de primera necesidad una despensa. ¡Que los pequeños se acostumbraran a un par de martillazos contra la pared! Eleseus era, eso sí, más bien flojo, mientras que su hermanito mamaba como un ángel de esos que tocan la trompeta, y cuando no gritaba dormía. ¡Una preciosidad de chico! Isak no se opondría a que le bautizaran con el nombre de Sivert. Tal vez era mejor así, por más que él había acariciado de nuevo el nombre de Jacob. Inger acertaba en algunos puntos. Eleseus era el nombre del párroco que ella había tenido, y era un nombre distinguido; Sivert se llamaba el tío de Inger, el tesorero del distrito, solterón y hombre acomodado, sin herederos. ¿Qué mejor que llamar Sivert al segundo?

Volvió la primavera con sus trabajos, y antes de Pentecostés se sembró todo. Cuando Eleseus era el único, a Inger no le sobraba tiempo para ayudar al marido. Ahora que tenía dos hijos, extirpaba la mala hierba, a más de las horas empleadas en el cultivo de las patatas, las zanahorias y los nabos. No sería fácil dar con otra mujer como ella. En su telar siempre había alguna pieza. No desperdiciaba un momento para entrar donde la tenía y vaciar unas bobinas; el paño era una lanilla indicada para el invierno. Una vez teñida la fibra, tejía géneros de vestir azul y rojo, que llevarían ella y los niños; en otros colores proveía a la ropa de cama de Isak. Cosas todas necesarias y de gran duración.

Los solitarios habían, pues, prosperado, y suponiendo que el año se presentase bien, su situación se haría, realmente, envidiable. ¿Qué les faltaba todavía? Desde luego, un pajar, naturalmente; un buen granero con su era al

lado. Esto era algo para lo futuro, un fin que se conseguiría como todo lo anterior. ¡Sí, con el tiempo! Ahora *Cuerno de plata*, la vaquilla, tenía un ternero; las cabras, cabritillas; las ovejas, corderos. Era todo un rebullir en los prados. ¿Y las personas? Eleseus ya corría solo de un lado a otro, y el pequeño Sivert estaba bautizado. ¿E Inger? Parecía de nuevo encinta, a juzgar por sus redondeces. ¿Qué suponía para ella un hijo más? No digamos que nada; orgullosa estaba ella de aquellas criaturas, y daba a entender que no a todos les reservaba Dios hijos de tan buen ver como los suyos. Inger se desvivía por parecer joven. Tenía la cara desfigurada, y había pasado toda su juventud desdeñada de los mozos. Por muy trabajadora que fuese, y aun sabiendo bailar bien, aquéllos menospreciaron sus virtudes femeninas, volviéndole la espalda. Pero había llegado su hora; se desplegaba su lozanía, florecía de continuo y eran fecundas sus entrañas. Isak, el cabeza de familia, seguía siendo un hombre serio y grave, pero había tenido éxito en sus propósitos, y estaba contento. No se sabía cómo se le había podido hacer llevadera la existencia antes de venir Inger; se había mantenido de patatas y leche de cabra, y otros condimentos sin nombre. Ahora tenía de todo lo que un hombre en sus circunstancias puede exigir.

Volvió la sequía; otro año adverso. Supieron por Os-Anders, el lapón, que acertaba a pasar con su perro, que la gente de la aldea ya había segado toda la mies para destinarla a forraje del ganado.

—¡Ah! ¿Y no hay esperanzas? —preguntó Inger.

—No. En cambio, la pesca del arenque ha sido buena. Tu tío Sivert tendrá su parte como propietario costero. Y como ya tenía alguna provisión en la despensa y en la bodega... Como tú misma, Inger.

—Sí; a Dios gracias, no puedo quejarme. ¿Y qué dicen de mí allá en casa?

Os-Anders cabecea, y responde, lisonjero, que no tiene palabras para expresarlo.

—Si te apetece una taza de leche dulce —y le invita Inger—, no tienes más que decirlo.

—No quisiera privaros de ella. Pero, ¿no tendrías algo para el perro?

Y hubo leche y comida para el perro, además. Os-Anders oyó algo como una música que salía de la casa, y aguzó el oído.

—¿Qué es eso?

—Es nuestro reloj de pared que da la hora —dice Inger, a punto de reventar de puro orgullo.

Os-Anders vuelve a menear la cabeza, y observa:

—Tenéis casa y caballos, vivís bien. ¿Qué no tenéis?

—En verdad, nunca se lo agradeceremos bastante a Dios.

—Oline me ha dado recuerdos para ti.

—Bien. ¿Cómo está Oline?

—Regular. ¿Dónde está tu marido?

—Por los campos andará.

—Por ahí se dice que tu marido no ha comprado —dice Os-Anders, el lapón, de repente.

—¿Comprar? ¿Quién lo ha dicho?

—Se dice...

—¿Y a quién había de comprárselo? Es tierra de nadie.

Hubo una pequeña pausa.

—Y con sus sudores ha regado él estas tierras.

—Dicen que vuestro terreno pertenece al Estado...

Inger no entendía nada de esto, y dijo:

—Puede ser. ¿Tal vez Oline lo ha dicho?

—No recuerdo quién —respondió el lapón, y sus ojos inquietos no acertaban dónde fijarse.

Inger se extrañaba de que no le pidiera algo, porque todos los lapones como Os-Anders son pedigüeños. Pero el hombre permanece tranquilamente sentado, carga su pipa de yeso, y la enciende. ¡Qué pipa! Fuma el hombre resoplando, y toda su cara, surcada de arrugas, parece un pedazo de carne asada.

—Ya no te pregunto siquiera si éstos son tus hijos —dice, más adulator que antes—. ¡Se te parecen tanto! Tan majos son como tú, de niña.

Comparación inoportuna, pues Inger había sido un esperpento, y, sin embargo, ahora sentía henchirse de orgullo su corazón. Hasta un lapón puede hacer dichoso el corazón de una madre.

—Si no estuviera ya tan lleno, te pondría algo en el saco.

—No; por mí no os privéis...

Inger entra en la casa, con el hijo menor en brazos, mientras Eleseus permanece afuera, en buena amistad con el lapón. El niño descubre algo que le llama la atención dentro del saco del caminante, algo velludo que se mueve y que él se atreve a acariciar. El perro gime quedamente y luego ladra. Inger, que vuelve a salir con algo de comer, se sobresalta.

—¿Qué es lo que escondes en el saco?

—Nada; es una liebre. Tu niño ha querido verla. La ha cazado el perro, y me la ha traído.

—Toma tu comida —dice Inger.

Vieja es la experiencia de que a un mal año sigue al menos otro igualmente malo. Isak había aprendido a resignarse. Agostábase el grano en el campo, y la cosecha del heno resultó mediana, pero las patatas parecían rehacerse. La cosa se presentaba, pues, bastante mal, sin ser desesperada. No le faltaba a Isak ni leña para el hogar, ni buenas vigas para proveer a la aldea; y como la pesca del arenque había dado buen resultado en todo el litoral, la gente tenía dinero suficiente para emplearlo en madera y leña. Casi parecía providencial el fracaso de la cosecha porque, sin el granero y sin la era, ¿qué hubiera sido del grano? Sí; Providencia o no Providencia, pero a la larga, no puede dañar.

Otra cosa era aquella novedad que le intranquilizaba. ¿Qué significa lo que un cierto Os-Anders había preguntado a Inger de si Isak había o no había comprado? Aquí yacía la tierra, allá se levantaba el bosque. ¿A qué comprar? Había convertido el yermo en tierras de cultivo, se había construido una casa en medio de la Naturaleza virgen, mantenía a su familia y ofrecía pastos a su ganado, no debía nada a nadie, y trabajaba, trabajaba sin descanso. Repetidas veces se le había ocurrido la conveniencia de hablar de esto al delegado del Gobierno cuando bajaba a la aldea, pero cada vez lo aplazaba para otro día. El delegado no era muy simpático a la gente, y él, Isak, era hombre de pocas palabras. ¿Qué explicación daría al delegado?

Un día de invierno, el delegado se presentó en la alquería con un hombre que llevaba una cartera repleta de papeles. Geissler, el delegado, vio la amplia ladera abierta, la cual, talado el bosque, aparecía desnuda y dijo:

—Grande es la hacienda. ¿Crees tú que puede ser tuya sin más ni más?

¡Ya estaba! Isak estremeciose hasta la médula, y no replicó nada.

—Tendrías que haber hablado conmigo y debiste comprar el terreno — dijo el delegado.

—Sí, señor.

El delegado habló de valoración, de lindes, de impuestos; «impuestos reales», dijo. Isak empezaba a ver claro en todo aquello, y le parecía cada vez menos disparatado. El delegado se dirigió a su acompañante:

—¡Ea, tasador! ¿Qué extensión tiene la finca?

Y sin esperar siquiera la respuesta, apuntó lo que él mismo había calculado a bulto. Preguntó a Isak cuántas cargas de heno y cuántas toneladas de patatas sacaba. Era preciso deslindar; pero con el grueso de nieve a la altura de un hombre no iban a recorrer los lindes; y en verano no habría hombre dispuesto a subir. ¿Qué era lo que Isak había pensado tomar por praderas y cuánto bosque? Ni él mismo lo sabía, porque hasta hoy había creído de su propiedad todo lo que abarcaba con la mirada. El delegado le dijo que el Estado señala los límites.

—Cuanta más tierra tengas —le explicó—, más te cuesta.

—Bien.

—No es tuyo todo lo que alcanzas con la vista, sino lo que necesitas, ni más ni menos.

—Bien.

Inger les sirvió leche, y el delegado y su acompañante la tomaron. Les sirvieron más. ¿Era posible que aquel delegado fuera tan riguroso? Acariciando la cabeza de Eleseus, observó:

—¿Juegas con piedras? ¡A verlas! ¿Qué es esto? Pesan mucho, ¿eh? Seguramente contienen algún metal.

—Pues hay abundancia de esas piedras arriba, en el monte —aseguró Isak. El delegado volvió a lo práctico.

—La parte sur y la parte oeste serán las más provechosas para ti —dijo a Isak—. Pongamos un cuarto de milla en dirección Sur.

—¿Cómo? ¡Un cuarto de milla! —exclamó el acompañante.

—Tú, desde luego, no serías capaz de trabajar ni siquiera doscientas varas de terreno —replicó el delegado secamente.

Isak preguntó:

—¿Cuánto vale un cuarto de milla?

—Ni yo ni nadie podría fijarlo con exactitud —respondió el delegado—. Pero yo propondré un precio bajo. Las comunicaciones son difíciles en esos yermos.

—Pero es que un cuarto de milla... —repetía el acompañante.

A continuación el delegado escribió: «Un cuarto de milla en dirección Sur.» Y preguntó luego:

—¿Y hacia arriba, camino de la sierra?

—Ah, por esta parte me conviene tener hasta el lago. Hay allí un gran lago.

El delegado siguió escribiendo. Y luego preguntó:

—¿Ahora hacia el Norte?

—Aquí no importa tanto; en aquellos aguazales no hay propiamente bosques —respondió Isak.

El delegado escribió por su propia cuenta un octavo de cuartilla.

—¿Y hacia el Este? —inquirió luego.

—De este lado lo mismo da; todo es montaña hasta Suecia.

El delegado tomó nota, y una vez hubo concluido, hizo un repaso, y dijo:

—Desde luego, será una gran hacienda, y si estuviera situada abajo, en el Municipio, no habría quien pudiese adquirirla. Propondré cien táleros por todo. ¿Qué te parece? —preguntó al acompañante.

—Eso es regalado —respondió éste.

—¡Cien táleros! —intervino Inger.

—Es lo que yo digo —interrumpió el acompañante—. ¿Qué haríais con tanto terreno?

El delegado dijo:

—Trabajarlo.

Allí estaba escribiendo y tomándose gran molestia; de vez en vez uno de los niños gritaba en la habitación. No le hubiera gustado a Geissler volver a escribirlo todo. De todos modos iba a regresar a casa a medianoche, es decir, allá al amanecer. Decidido, se metió el documento en el bolsillo, y dijo al que le acompañaba:

—Sal y prepara el trineo. —Y una vez se dirigió a Isak y le expuso—: Propiamente, el terreno que has ocupado debieras tenerlo gratis, y aun con dinero encima, por la labor que has realizado. Y este mi parecer lo haré constar también. Veremos lo que exige el Estado por su contrato de venta.

Dios sabe el estado de ánimo de Isak. Era como si estuviera conforme en que elevara todavía más el precio de lo que tanto trabajo le había costado. Mas, no creyendo imposible el pago de los cien táleros, con el tiempo, no dijo nada. Trabajaría como hasta ahora, perseveraría en el cultivo de la tierra,

transformaría aquellos bosques. No era de los que viven atisbando el paso de la casualidad, sino de los que trabajan.

Inger dio las gracias al delegado y le rogó interviniera en favor de ellos ante el Estado.

—Conforme; pero la solución no depende de mí —dijo aquél—. Yo sólo puedo exponer mi criterio. ¿Qué edad tiene el más pequeño?

—Medio año cumplido.

—¿Niño o niña?

—Niño.

No era el delegado hombre duro, sino superficial y poco concienzudo. No hacía caso de su secretario y tasador Brede Olsen, el alguacilillo. Hasta los más importantes asuntos los decidía a bulto, como mejor le parecía. Y así procedió en aquel asunto tan decisivo para Isak y su mujer, y aun para sus sucesores a través de innumerables generaciones quizá. Se mostró amable con los colonos, sacó del bolsillo una moneda reluciente y la puso en la mano del pequeño Sivert, y, después, saludó amablemente y se dirigió al trineo. De pronto preguntó:

—¿Qué nombre tiene este sitio?

—¿Nombre?

—Sí, ¿qué nombre? Hemos de darle uno.

No le habían dado nombre todavía. Isak e Inger se miraron uno a otro.

—¿Sellanraa? —dijo el delegado.

Seguramente había inventado él aquel nombre. A lo mejor no era siquiera un nombre, pero repitió:

—¡Sellanraa!

Saludó con un ademán y emprendió la carrera. Todo estaba hecho; los límites de las tierras, el precio, el nombre...

Pocas semanas más tarde, estando Isak en la aldea, oyó decir que el delegado atravesaba por una serie de dificultades. Habíanse hecho investigaciones sobre varias partidas de dinero, de las cuales el delegado no supo dar cuenta, y tuvo que comparecer ante el juez provincial. A tales trances están expuestos muchos hombres que van a través de la vida tambaleando, hasta que les derriban aquellos que andan con pasos premeditados.

Un día, al volver de la aldea con uno de sus últimos cargamentos de madera, le salió de pronto al paso el delegado. Salía del bosque con un saco de viaje en la mano, y le dijo:

—Déjame subir.

Los dos estuvieron un rato callados. El delegado sacó del bolsillo una botella, bebió un sorbo, y la pasó a Isak, el cual rehusó, dando las gracias.

—Temo por mi estómago en este viaje —confesó el delegado.

Habló luego del asunto de Isak:

—He instado sobre tu caso, y he abogado por ti calurosamente. Sellanraa es un bonito nombre. En realidad, deberían cederte el terreno gratis; pero si yo hubiera escrito eso, el Estado podía descararse y valorarlo a su conveniencia. Yo escribí cincuenta táleros.

—¡Ah! ¿No habéis puesto cien, como se dijo?

El delegado arrugó la frente, y después de meditarlo un poco afirmó:

—Si mal no recuerdo, puse cincuenta táleros.

—¿Y adónde vais ahora? —inquirió Isak.

—Voy a Vesterbotten, donde mi mujer tiene familia.

—¿En esta época del año? El camino es malo en aquellas alturas.

—Ya me las arreglaré. ¿No puedes acompañarme un rato?

—¿Por qué no? Sería mejor que no fuerais solo.

Llegaron a la alquería, y el delegado durmió en el cuarto anejo al comedor. Por la mañana bebió otro sorbo de su botella, y dijo:

—Me estropearé el estómago.

Por lo demás, demostraba la manera de ser como en su primera visita: bondadoso, decidido y, a la vez, algo confuso y despreocupado con respecto a su propia suerte. ¿Quién sabe? A lo mejor no era su situación tan triste como parecía. Al manifestar Isak que sólo estaba cultivada una pequeña parte de la enorme ladera, algunos campos, el delegado le sorprendió, replicando:

—Sí; ya me di cuenta cuando estuve aquí la otra vez escribiendo. Pero Brede, el que guiaba el trineo, no entendía nada de eso; es un asno. El Gobierno tiene una especie de listas; y si en una extensión grande de terreno se recogen pocas carretadas de heno y sólo unas cuantas toneladas de patatas, esas listas dicen que el terreno es miserable, y, por consiguiente, barato. Yo me puse de tu parte, y me juego con gusto el eterno descanso con tal de haber logrado semejante picardía. Porque es lo que yo digo: En este país se necesitan dos y hasta tres mil hombres como tú.

El delegado meneó la cabeza corroborando lo dicho, y se dirigió a Inger:

—¿Cuántos años tiene el más pequeño?

—Ya tiene nueve meses.

—¿Y es un chico?

—Sí.

—Lo que has de hacer —dijo a Isak— es acometer seriamente el asunto, y arreglarlo cuanto antes. Hay un hombre que está dispuesto a comprar a medio camino entre la aldea y este sitio, y entonces subirá el precio del terreno. Tú compra ahora, y luego deja que suba el precio. Será un modo de obtener algo en premio a tus fatigas. Tú has sido el iniciador en estas tierras yermas.

Agradeciéndole el consejo, le preguntaron si no podía rematar él mismo el asunto. Él repuso que ya había hecho lo suyo; ahora sólo dependía del Estado.

—El término de mi viaje es Vesterbotten, y no creo que vuelva más por aquí —afirmó con toda franqueza.

Dio una moneda a Inger, lo cual ya era demasiado.

—No te olvides —le dijo— de bajar a la aldea y llevar a mi familia algo para que hagan la matanza; alguna res: sea una ternera o un cordero; mi mujer te lo pagará. Bájales también, de vez en cuando, un par de quesos; son la afición de mis chicos.

Isak le acompañó hasta trasponer la sierra. Allí la nieve estaba endurecida, y se podía adelantar con menos dificultad. Isak tuvo de propina un tálero.

Tal fue la partida del delegado Geissler; y no volvió nunca más a la aldea. La gente decía que poco les importaba; le juzgaban hombre informal y de ánimo aventurero. No es que le faltasen conocimientos; precisamente, era muy instruido. Pero alardeaba demasiado de ello, y hacía uso de dineros ajenos. Se murmuraba que su huida había sido motivada por el alcalde, Pleym, que había enviado un escrito en términos severísimos. Nada de desagradable le pasaría a su familia —su mujer y tres hijos—. Y así prolongaron su estancia en la aldea. Por lo demás, pronto llegó de Suecia la suma que faltaba, y si la familia Geissler seguía en la aldea era por su propia voluntad.

Lejos de Isak e Inger estaba el considerar al delegado como un hombre malo. ¡Dios sabe de qué modo tomaría su sucesor el asunto del terreno, y si tal vez tendrían que empezar de nuevo!

El alcalde envió al pueblo como delegado a uno de sus escribientes. Era un mocetón, hijo de un administrador, y se llamaba Heyerdahl. Demasiado

pobre para estudiar y obtener luego un empleo, se había pasado quince años corriendo los estrados como escribano. No habiéndole bastado nunca el dinero para el matrimonio, permanecía soltero. El alcalde Pleym lo conservaba como herencia de sus sucesores, y le pagaba tan escasamente como ellos. Heyerdahl recibía su sueldo y seguía escribiendo. Se convirtió en un sujeto huraño, seco, pero se podía confiar en él, y una vez había aprendido algo, resultaba en la materia exacto y listo como su capacidad permitía. Su nuevo cargo de delegado hizo crecer considerablemente su propia estimación.

Isak se revistió de valor y fue a verle.

—¿El asunto de Sellanraa...? —dijo el delegado—. Sí; lo han devuelto del Ministerio, y aquellos señores piden algunas aclaraciones. Ese Geissler ha hecho un lío enorme con todo ello. El Real Ministerio quiere saber si en los pantanos se crían bayas comestibles; si hay bosques altos; si tal vez hay yacimientos de diversos minerales en los montes circundantes; si hay pesca en el gran lago que se menciona. El tal Geissler ha hecho ya algunas aclaraciones, pero como no es hombre de fiar, me tocará a mí examinar todo esto despacio. En cuanto pueda, subiré a tu alquería de Sellanraa para examinarlo y valorarlo todo. ¿Cuántas millas abarca? El Real Ministerio exige gran exactitud en el deslindamiento.

—Será muy difícil recorrer esos límites antes del verano —observó Isak.

—¡Bah! ¡No será tanto! No vamos a dejar que el Ministerio espere hasta entonces la respuesta —replicó Heyerdahl—. Subiré uno de estos días. El Estado está en tratos con otra persona a quien va a vender tierras para cultivar.

—¿Será el hombre que quiere comprar a medio camino entre el municipio y mi colonia?

—No lo sé, pero es posible. El hombre es de aquí, empleado de mi oficina, el que practica las valoraciones. Ya se había dirigido a Geissler, pero

éste le había rechazado, alegando que no sería capaz de preparar ni doscientas varas para el cultivo. Entonces el hombre escribió directamente a la Audiencia, y ahora ha pasado a mí el asunto para el dictamen. ¡Sí! ¡Lo que es el tal Geissler...!

El delegado Heyerdahl subió a las tierras de Isak, acompañado del valorador Brede. Llegaron mojados por haber atravesado el terreno pantanoso y se empaparon más todavía al ir pisando la nieve derretida, en aquella época primaveral, con el fin de recorrer los límites de la posesión, ladera arriba. El primer día Heyerdahl se mostró muy activo; el segundo día andaba cansino, se quedaba atrás, sin subir la pendiente se contentaba con dar órdenes a un lado y a otro. En fin, no volvía a hablar de «investigar meticulosamente» todo el pie de las montañas, y en cuanto a los terrenos pantanosos, dijo que ya los examinaría al regresar a la aldea.

El Ministerio había presentado muchas preguntas, siendo la única razonable la que se refería a las diversas condiciones de los bosques. Dentro del cuarto de milla atribuido a Isak había algo de bosque, pero no salía de él madera de construcción para vender, y sí únicamente lo necesario para el propio consumo. Y, aunque hubiera tal clase de madera, ¿quién la acarrearía unas millas hasta dejarla en el pueblo? Sólo aquel coloso de Isak era capaz de tal cosa, bajando en el rigor del invierno un par de troncos al pueblo, a cambio de unas vigas y tablas cepilladas.

Acabó demostrándose que el singular Geissler había dado un informe que no se podía pasar por alto. El nuevo delegado probaba ahora, en conversación con Isak, de menoscabar el trabajo de su antecesor y descubrir faltas en su actuación; pero tuvo que abandonar el procedimiento. Con más frecuencia que Geissler, consultaba a su acompañante, el valorador, y se regía por sus

palabras; y era el caso que el mismo valorador veía las cosas de otro modo desde que también él pensaba comprar terrenos colonizables al Estado.

—¿Qué te parece este precio? —le preguntaba el delegado.

Y el valorador respondía:

—Cincuenta táleros es una cantidad más que suficiente para quien lo ha de comprar.

El delegado redactó en bien concertadas palabras la petición al Gobierno. El escrito de Geissler rezaba así: «El hombre está dispuesto a pagar desde ahora impuestos anuales; no se encuentra en situación de satisfacer como precio de compra una cantidad superior a cincuenta táleros, repartidos en diez años. El Estado ha de aceptar esta oferta, o de lo contrario habrá de despojar al hombre de sus tierras y dejarle sin trabajo.»

Heyerdahl escribió a su vez: «El hombre ruega con todo respeto al alto Ministerio que le ceda el terreno, que no le pertenece, pero en el cual ha puesto tanto trabajo, por 50 —cincuenta— táleros, pagaderos a plazos, según la benévola discreción del Ministerio.»

—Creo que lograré asegurarte los terrenos —dijo el delegado Heyerdahl a Isak.

6

Hoy se llevan al toro. Es una bestia de descomunales dimensiones y demasiado valiosa para seguir más tiempo en la alquería. Isak se dispone a bajar al pueblo con él, para venderlo y comprar, a cambio, un buen novillo.

Es Inger quien le ha instado, y sus motivos tiene para que Isak no esté en casa precisamente aquel día.

—Si te propones ir al pueblo, conviene que lo hagas hoy —le había dicho—. El toro está cebado, y bestias así alcanzan un buen precio en la primavera; pueden mandarlo a la ciudad, donde los pagan muy bien.

—Desde luego —decía Isak.

—El único peligro es que por el camino, de bajada, se te desmande —añadió Inger.

A esto, Isak nada respondió.

—De todos modos, de una semana a esta parte ha salido bastante, conoce el campo, y ya se ha acostumbrado al aire libre.

Isak no dijo nada a todo eso; pero, colgándose del cinto un gran cuchillo, fue y sacó el toro.

¡Qué coloso, tan magnífico y terrible a la vez! A cada paso que daba se estremecían sus lomos; tenía las patas bastante cortas. A su paso por el bosque rompía con el pecho las ramas tiernas; era como una locomotora. En su cuello, recio hasta lo deforme, se concentraba la fortaleza de un elefante.

—¡Mientras no se desmande y te embista...! —decía Inger.

Isak no respondió hasta un rato:

—Entonces no me quedaría más remedio que matarlo, y procurar llevarme la carne —dijo.

Inger se sentó en el umbral. Se encontraba mal y tenía la cara de un rojo ardiente. Aguantó en pie hasta que Isak hubo desaparecido detrás de los primeros árboles con el toro.

Entonces pudo gemir sin cuidado.

—Madre, ¿duele? —balbucea el pequeño Eleseus, que ya sabe hablar.

—Sí, duele.

El niño imita los gestos de su madre, y gime también. El más pequeño duerme.

Inger se lleva a Eleseus; le da toda clase de chirimbolos para que se entretenga sentado en el suelo, y ella se acerca a la cama para acostarse.

Ha llegado su hora. No pierde el conocimiento ni un solo instante; vigila a Eleseus, posa la mirada en la cuna del más pequeño, y mira la esfera del reloj de pared. No grita, apenas se mueve; en sus entrañas hay una lucha, y de pronto un peso resbala hacia fuera. Casi en el mismo instante oye un grito nuevo en su cama, una vocecita que llora. Inger ya no tiene reposo; se incorpora y mira. ¿Qué es lo que ha visto? Su cara adquiere un tono de ceniza, se pasma, se hace inexpresiva. Y del fondo de su pecho sale, al cabo de un rato, un gemido conmovedor y raro, como un aullido.

Cae hacia atrás. Pasa un minuto desasosegada; el llanto aumenta en el interior de la cama. Inger se incorpora de nuevo y mira.

—¡Dios santo! Lo peor de todo, sin piedad. ¡Y la criatura es, además, una niña!

Isak no había tenido tiempo de andar media milla; una hora hacía que estaba fuera de casa. En el transcurso de diez minutos la criatura había nacido, y había sido muerta con violencia.

Isak volvió al tercer día. Seguía, sujeto con una soga, un toro flaco, medio muerto de hambre, que apenas podía andar, y ésta era la causa de la tardanza.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Inger, aunque ella misma se sentía enferma y llena de pesadumbre.

Había ido todo regular, a no ser porque en la última milla el toro se había enfurecido; Isak se vio obligado a atarle, y pedir auxilio en la aldea. A la vuelta, la nueva res logró librarse de la cuerda, y estuvieron buen rato detrás de ella. Por lo demás, todo había resultado a pedir de boca. El comerciante que adquiría las reses para la ciudad, había pagado bien.

—Y ahí está el otro toro —dijo Isak—. Que salgan también los niños, y contempladle todos.

El interés por cada nuevo animal era invariable. Inger examinaba la bestia, la acariciaba, y preguntó el precio. Al pequeño Sivert se le permitió sentarse encima del animal.

—Siento pena por el toro grande —dijo Inger—. ¡Tan lustroso y bravo como era! ¡Ojalá le den una buena muerte!

Llenaban los días las labores de la primavera; dejábanse en libertad los animales, y en el establo vacío había cajas llenas de patatas de siembra. Aquel año Isak sembró más grano, esmerándose en la siembra y las labores siguientes. Preparó los bancales para las zanahorias y los nabos e Inger le ayudó poniendo la semilla. Todo marchaba como antes.

Durante algún tiempo Inger se rodeó el talle con una almohada rellena de heno, para parecer gruesa. Poco a poco, fue quitando heno, y, finalmente, echó a un lado la oculta talega. Isak, extrañado, preguntó:

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿No ha habido nada esta vez?

—No —dijo ella—, esta vez, no.

—¿Y eso, por qué?

—Mira, ha sido así. ¿Cuánto tiempo te parece que tardarás, Isak, en desterronar lo que tenemos a la vista?

—¿Fue un aborto?

—Sí.

—¿Y no te ha perjudicado?

—No. Tú, Isak, he pensado algunas veces en la conveniencia de criar cerdos.

Isak, que era muy circunspecto, dijo al cabo de un rato:

—Sí, un cerdo. No hay primavera que no piense en lo mismo. Pero, mientras no dispongamos de más patatas, tanto para comer como para cebar los animales, y un poco más de grano, es inútil pensar en la cría de un cerdo. Veremos este año.

—¡Qué bien si pudiéramos criar un cerdo!

—Sí.

Pasan los días. Caen las lluvias: los campos y praderas se muestran en toda su belleza y presagian un buen año. Síguense los sucesos grandes y pequeños. Comer, dormir, trabajar, domingos celebrados con la cara lavada y el pelo cuidadosamente peinado; e Isak luce su camisa roja que Inger ha tejido y cosido. Pero he aquí que un acontecimiento viene a alborotar la regularidad de su vida. Una oveja con su pequeño se ha metido por la hendidura de una roca; cuando el resto del ganado llega por la noche, Inger nota en seguida la

falta de las dos reses. Isak sale en su busca. Su primer pensamiento es alegrarse de que si algo malo había de suceder, sea en domingo, a fin de que la labor no se retrase. Busca durante horas enteras; las praderas son ilimitadas, y el hombre no hace más que andar y rebuscar. En la casa todo es agitación. La madre calma a los niños lacónicamente:

—Faltan dos corderos: ¡silencio!

No hay quien no participe de la ansiedad; hasta las vacas notan algo anormal, y lo demuestran con sus mugidos, pues Inger sale, de vez en cuando, y da voces desde la entrada del bosque en la noche que empieza. Es, en aquellas soledades, un acontecimiento, una desgracia para todos. Después de acostar a los niños, sale también Inger a buscar; mientras busca, llama sin tener respuesta. Isak debe de estar lejos.

¿Qué les habrá pasado a las ovejas? ¿Tal vez los osos...? ¿Tal vez los lobos, que de Suecia y Finlandia llegan a la sierra...? Cuando Isak da con los descarriados, la oveja, apresada en la hendidura de un arca, tiene una pata rota, y malheridas las ubres. Debe de hacer mucho que está allí, pues, aunque herida seriamente, ha roído la hierba de alrededor hasta las raíces. Isak la saca, y lo primero que hace la oveja es buscar el pasto, como el cordero la ubre, de la que empieza a mamar en seguida, lo cual supone una verdadera curación para la pobre ubre herida, pues así se vacía.

Isak recoge piedras y las echa en la peligrosa hendidura. ¡Aquella quebradura peligrosa nunca más será causa de que una oveja se rompa una pata! Isak se quita sus tirantes de cuero, y entrelazándolos alrededor del cuerpo de la oveja, logra sostener la ubre desgarrada. Se la carga luego a hombros, y así la lleva a su casa. El cordero la sigue, corriendo. ¿Y después? Unas tablillas y unos trapos empapados de alquitrán. Al cabo de unos días, la oveja empieza a agitar en el aire la pata enferma, porque la herida, a punto de

curarse, le escuece. Y así todo vuelve a su curso normal, hasta que se presente otro suceso.

La vida cotidiana del colono con los incidentes que la llenan tiene su importancia y para ellos son el destino, la felicidad, el bienestar y la prosperidad.

Isak aprovecha el tiempo entre la primavera y las labores que yacen en el suelo; seguramente tiene un nuevo plan. Además, rompe piedras útiles para construcción, y las amontona en el corral. Cuando le parecen suficientes, empieza a levantar con ellas una pared. De suceder esto un año antes, Inger habría tenido la curiosidad de saber qué intenciones eran las de Isak; ahora prefería ocuparse de sus quehaceres, y no preguntaba nada. Hacendosa como siempre, cuida del hogar, de los niños y del ganado; pero ahora se la oye cantar a ratos, cosa que antes no hacía. Ha enseñado a Eleseus una oración antes de acostarse, lo cual no había hecho nunca anteriormente. Isak hecha de menos sus preguntas. Eran su curiosidad, y su alabanza por todo cuanto él hacía, lo que le había convertido en un hombre contento y de grandes prendas. Ahora, Inger pasa a su lado, y lo más que le dice es que va a matarse trabajando. «El último parto ha debido dañarla de veras...» piensa Isak.

Oline vuelve a visitarles. De estar las cosas como el año anterior, hubiera sido muy bien recibida. Ahora, desde el primer momento, Inger la recibe con cierta hostilidad. Sea cual fuera el motivo, Inger se muestra hostil.

—Yo me prometía llegar a tiempo —insinúa Oline.

—¿A tiempo de qué?

—Pues para el bautizo del tercero. ¿Qué hay de eso?

—¡Ah! —dice Inger—. Entonces no era preciso que te hubieras molestado.

—¡Ah...!

Luego empiezan por parte de Oline los elogios: lo grandes y hermosos que están los dos niños, y la laboriosidad de Isak, el cual, por lo visto, todavía piensa en edificar más. ¡Ah! ¡Aquella alquería era la única, y como ella no había otra igual!

—Y, ¿quieres decirme lo que va a edificar?

—No; no lo sé; pregúntale a él mismo.

—¡Quita! —dice Oline—. No me importa; sólo he querido enterarme de cómo estáis, para mi tranquilidad y para gozarme en vuestro gozo. Por *Cuerno de oro* no preguntaré, ni mencionaré su nombre siquiera, porque no podría hallar mejores dueños.

Pasan un rato en agradable conversación. Inger se muestra algo más afable. Cuando en el reloj de pared suenan las horas con tan magníficas campanadas, a Oline se le empañan de lágrimas los ojos, y confiesa que no ha oído en su vida un órgano de iglesia que se le pueda comparar en sonoridad. E Inger empieza a sentirse magnánima hacia la parienta pobre, y le dice:

—Ven al cuarto, y verás el telar que tengo.

Oline pasa con ellos todo aquel día. Habla con Isak y alaba todo lo que ha conseguido.

—He oído decir que has comprado el terreno de una milla alrededor. ¿No hubieras podido tenerlo gratis? ¿Qué envidioso te ha querido perjudicar?

Isak recibía ahora, pues, las alabanzas que tanto había echado de menos, y se sentía comprendido y encumbrado de nuevo.

—Se lo compro al Gobierno —dijo.

—Bien; pero no es justo que sea rapaz contigo el tal Gobierno. ¿Qué es lo que estás construyendo?

—No puedo precisarlo ni yo mismo. No será nada de particular.

—Con todos tus trabajos te estás deslomando. Tienes puertas pintadas y un reloj de pared en el comedor, y ahora eres capaz de construir un comedor más grande.

—Vamos, no te burles —replica Isak; pero le complacía y, por eso, dijo a Inger—: ¿No puedes preparar un poco de crema para nuestra convidada?

—Imposible; ahora mismo he hecho la mantequilla.

—No lo tomo a broma —se precipita a decir Oline—. Soy una mujer sencilla y he de preguntar. Bueno; si no haces una amplia sala comedor, será, entonces, un magnífico granero. Tienes labrantío y praderas, y todo prospera; como leemos en la Biblia, aquí fluyen leche y miel.

Isak pregunta:

—Y ¿cómo se presentan hogaño las cosas?

—No van mal. Si el Todopoderoso no envía también esta vez fuego del cielo que lo agoste... ¡Ay! ¡Que Dios me perdone! Todo está en su mano omnipotente. Pero, en grande, como aquí no lo tenemos. Hay mucha, mucha diferencia.

Inger preguntó por otros parientes, especialmente por el tío Sivert, el tesorero del distrito; el hombre notable de la familia, que no sabe qué hacer de tantos bienes.

Durante este diálogo, Isak ha ido engolfándose cada vez más en sus pensamientos. No se habla más que de sus planes de construcción, hasta que él mismo dice:

—Ya que te interesa saberlo, Oline, lo que voy a probar de construir es un granero, no muy grande, con una era al lado.

—Lo sospechaba —dice Oline—. La gente que vale acostumbra mirar, al mismo tiempo, a lo pasado y al futuro; su cabeza lo abarca todo. Aquí no hay

ni siquiera una jarra, ni un cacharro cualquiera que no haya pasado antes por tus cálculos. Y tendrá una era has dicho, ¿verdad, Isak?

Isak es un niño grande; los sahumeros de Oline se le suben a la cabeza, y hasta llega a hacer un poco el ridículo.

—Sí; la casa nueva tendrá su era y una trilladora, tal es mi propósito —expone.

—¡Una trilladora! —pondera Oline llena de admiración y balanceando la cabeza.

—Sí, porque, ¿qué vamos a hacer del grano que tengamos en el campo si no podemos trillarlo? —observa Isak.

—Es como yo digo: ¡qué no saldrá de tu cabeza! —replica Oline.

Inger vuelve a perder afabilidad, como si la exasperara el diálogo entre Isak y Oline, y dice de pronto:

—¿Y de dónde saco yo la crema? ¿Hay crema en el río, acaso?

Oline, esquivando el peligro:

—Inger, hija mía de mi vida, ¡entiéndeme, por Dios! No tienes por qué disculparte, ni decir una palabra, tratándose de una persona como yo, que anda de una a otra alquería.

Isak sigue sentado y al cabo de un rato dice:

—¿Qué hago aquí sentado, cuando debería estar arrancando piedras para la tapia?

—Claro, se necesitarán muchas piedras para un muro así.

—¿Muchas? —responde Isak—. Parece que nunca hayan de bastar.

Con la salida de Isak se restablece la cordialidad entre las dos mujeres; es mucho lo que han de hablar de su pueblo. Pasan las horas. Por la noche, Oline puede convencerse de cómo ha aumentado el rebaño. Dos vacas y el toro, dos carneros, una multitud de cabras y ovejas.

—¿Pero hasta dónde vais a llegar? —exclama Oline, levantando los ojos al cielo.

Y Oline pasa la noche en la alquería. Pero a la mañana siguiente se va. También esta vez le han dado algo en un fardelito. Como Isak está en la cantera, Oline da un pequeño rodeo para de ese modo no tener que topar con él.

Dos horas más tarde se presenta de nuevo en la alquería, entra y pregunta:

—¿Dónde está Isak?

Inger, ocupada en fregar la vajilla, se dice que Oline ha tenido que pasar cerca de Isak y de los niños, que están en la cantera, y sospecha en seguida algo desagradable.

—¿Qué quieres de Isak? —pregunta.

—Nada de particular; es que no me he despedido de él.

Hay un silencio. Sin más ni más, Oline se deja caer sobre un banco, como si sus piernas se negaran a obedecerla. Con esto pretende dar la impresión de que ha sucedido o va a suceder algo extraordinario. Inger no logra dominarse más. Su rostro está desfigurado por la rabia y el terror.

—Recibí recuerdos tuyos por medio de Os-Anders.

—¡Bonitos recuerdos!

—¿Qué?

—Sí; fue una liebre.

—¡Vamos! ¡Lo que a ti no se te ocurre...! —replica Oline con extraña afabilidad.

—¡No te atreverás a negarlo! —grita Inger con los ojos extraviados—. ¡Voy a darte en mitad de la cara con el cucharón! ¡Toma!

¿Que si llegó a golpearla? ¡Claro que sí! Oline no se tambalea del primer golpe, sino que se pone en pie, y grita:

—¡Ten cuidado! ¡De ti contaría algunas cosas!

Inger vuelve a golpearla con el cucharón de madera y la derriba, la avasalla, le pone una rodilla sobre el pecho.

—¿Quieres matarme del todo? —pregunta Oline.

Ve sobre sí aquella terrible boca parecida al hocico de una liebre, y siente en su cuerpo el peso de otro, el de Inger, una mujer grande y fuerte, en cuyas manos el cucharón es una verdadera estaca. Oline, el rostro todo ensangrentado y con algunos chichones, consecuencia de los golpes, no deja de gruñir, ni piensa siquiera en ceder.

—Conque quieres matarme, ¿eh?

—Sí; quiero matarte —replica Inger, golpeándola—. ¡Toma! ¡Hasta que mueras!

Tenía ahora la seguridad de que Oline conocía su secreto, y ya todo le era igual.

—¡Toma! ¡En mitad del hocico!

—¡Hocico será el tuyo! —gime Oline—. Nuestro Señor te ha trazado una cruz en la cara.

Como Oline es demasiado recia para ser vencida de remate, Inger no tiene más recurso que cesar en sus golpes; lo único que logra es agotar sus propias fuerzas. Pero amenaza. ¡Oh! Amenaza a Oline agitando el cucharón de madera ante su cara, y asegurándole que va a marcarle con él para todos los días de su vida.

—Y tengo, además, un cuchillo de cocina; ahora lo verás.

Se levanta como para coger el cuchillo, el enorme cuchillo de cocina, pero pasada la primera excitación, todo se va en palabras. Oline se levanta del

suelo y vuelve a sentarse en el banco, llena de cardenales y chichones, la cara ensangrentada. Se atusa el pelo hacia atrás, se arregla el pañolón que lleva en la cabeza, y escupe; tiene los labios ensangrentados.

—¡So bestia! —dice.

—Has estado en el bosque huroneando —grita Inger—. En eso has empleado el tiempo, y has dado con la sepulturita. ¡La tuya debiste cavar!

—¡Ya verás tú! —replica Oline, y sus ojos centellean de venganza—. No te digo nada más, pero ahora no tendrás ni sala, ni habitación al lado, ni el reloj que suena, como un órgano.

—¡Eso no depende de ti!

—¡Ah! ¡Eso lo haremos Oline y yo! —replica ésta.

Y las dos mujeres vuelven a reñir. Oline no es tan grosera y voceadora; en medio de su fea maldad parece hasta pacífica, pero, en realidad, es encarnizada y peligrosa

—Voy a recoger el lío; siento haberlo dejado en el bosque. Te devolveré la lana; no la quiero.

—¿Crearás, quizá, que la he robado?

—Tú sabes bien lo que has hecho.

Estas palabras motivan que se reanude la riña. Inger dice que va a enseñarle la oveja de la cual cortaron la lana. Oline replica, reposada y pacífica:

—Sí; ¡pero quién sabe de dónde sacaste la primera oveja!

Inger menciona sitio y nombres que garantizan la procedencia legítima de sus primeros corderos y ovejas.

—Una cosa te advierto: ten cuidado, desde ahora para siempre, con lo que sale de tu boca.

—¡Ja, ja! —ríe Oline con desprecio.

Ella tiene siempre a punto la respuesta, y no cede:

—¡Mi boca! Pues, ¿y la tuya?

Señala hacia la boca de Inger con el labio hendido, parecida a la de una liebre; y la califica de abominación de Dios y de los hombres. Inger replica, bramando de cólera, y como Oline es gruesa la llama tripuda.

—¡Una canalla tripuda como tú...! Gracias por la liebre que me mandaste.

—¿Una liebre? Estuviera yo en todo tan libre de culpa. ¿Cómo era?

—¿Cómo es una liebre?

—¡Como tú! ¡Exactamente como tú! Y por eso, ¿qué necesidad tenías de mirar la liebre?

—Ahora, ¡afuera contigo! ¡Largo! –vocifera Inger—. Tú enviaste aquí a Os-Anders intencionadamente con la liebre. Yo haré que te castiguen.

—¿Que me castiguen has dicho?

—Tienes envidia de todo lo que yo tengo –insiste Inger—. La envidia te devora. Desde que estoy casada y me pertenece Isak, y todo lo que aquí hay, la envidia no te deja ni cerrar los ojos para dormir siquiera. Dios de los cielos, ¿qué es lo que quieres de mí? ¿Es mía la culpa si tus hijos no han llegado a ser nada? No puedes soportar que los míos sean de buena planta y lleven nombres más bonitos que los tuyos. ¿Puedo evitar yo, acaso, que los míos sean de mejor carne y sangre que los tuyos?

Nada podía enfurecer tanto a Oline como esto... Había echado al mundo una numerosa prole, y no poseía más que esos hijos, tal como eran. Siempre alababa su bondad, y se pavoneaba atribuyéndoles falsos méritos y callando todas sus faltas.

—¿Qué has dicho? –replicó—. No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza. ¡Mis hijos que al lado de los tuyos han sido como un coro de

ángeles! ¿Y tú te atreves a mencionarlos? ¡Fueron los siete como salidos de las manos de Dios, y ahora, ya crecidos, qué apuestos son! ¡Ten mucho cuidado!

—¿Y cómo fue aquello de Lise? ¿No estuvo en la cárcel? —preguntó Inger.

—Nada había hecho; era inocente como una flor —dice Oline—. Y ahora está casada en la ciudad de Bergen y va de sombrero. ¿Y tú? ¿Qué es lo que haces tú?

—¿Y qué fue lo de Nils? —sigue preguntando Inger.

—No me parece que valga la pena contestarte. Pero, ¿qué hiciste con uno que está en el bosque bajo tierra? ¡Le mataste!

—¡Fuera de aquí! ¡Largo! —grita de nuevo Inger, a punto de echarse encima de Oline.

Ésta no retrocede. Ni se levanta siquiera. Esta impasibilidad, que parece terquedad, paraliza a Inger, a la cual sólo se le ocurre decir:

—¡Ahora voy por la cuchilla de picar carne!

—Vale más que lo dejes —le amonesta Oline—. Me marchó por mi propia voluntad. Pero por lo que toca a echar a la calle a tus propios parientes, eres un mal bicho.

—¡Bueno, que salgas, te digo!

Pero Oline no se marcha. Las dos mujeres disputan buen rato más, y cada vez que el reloj da la hora, Oline rompe en una risa burlona, enfureciendo así a su parienta. Por fin, se calman ambas un poco, y Oline se dispone a salir.

—Tengo por delante un camino largo —dice—, y la noche se me vendrá encima. ¡Qué tontería no haberme traído de casa algo de comer!

A esto, Inger, ya más sosegada, no responde; vierte agua en una palangana, y dice:

—Toma, por si quieres frotarte la cara.

Oline conviene en que no puede salir sin antes lavarse, pero como no ve los puntos que sangran, lo hace mal. Inger la contempla, primero, y luego la guía:

—Ahí, en la sien. No, la otra... Donde yo señalo...

—¿Cómo quieres que sepa a qué lado señalas? —replica Oline.

—Queda también algún rastro en la boca. ¿Le tienes miedo al agua?

Y al fin ha de acabar lavando ella misma las heridas, y echándole una toalla, luego, a Oline.

—Lo que no puedo quitarme de la cabeza —observa Oline, mientras se seca, recobrada ya la tranquilidad— es cómo podrán sobrellevarlo Isak y los niños.

—Pero, ¿lo sabe? —pregunta Inger.

—¿Que si lo sabe? Acertó a venir por allí, y lo vio.

—¿Y qué dijo?

—¿Qué quieres que dijera? Mudo estaba, como yo misma.

Silencio.

La conversación es sosegada y Oline no parece ahora tan vengativa. Tiene mucha política, y está acostumbrada a hallar siempre una salida. Ahora se muestra casi compasiva, mientras expone lo mucho que le dolería, por Isak y los niños, si algo se descubriera. Inger lo confirma así también, y llora más todavía.

—He cavilado día y noche —dice.

Y en seguida, como si se le ocurriera de pronto, Oline da una solución: Si Inger se hallara forzada a ir a la cárcel, ella podría ser útil en la casa, podría sustituirla.

Inger ya no llora. Parece escuchar. De repente, concluye:

—No, no cuidarás de los niños.

—¿Cómo no había de cuidarlos? ¿Estás de chanza?

—Entonces...

—Si algo me gusta de verdad, son los niños.

—Sí, los tuyos. ¿Pero cómo tratarás a los míos? Cuando pienso que me mandaste la liebre sólo para perderme, comprendo que toda la culpa es tuya.

—¿Mía?

—Y de nadie más —responde Inger—. Tú has sido un monstruo conmigo, y no puedo creerte capaz de nada bueno. Además, creo que si vinieras a ocupar mi sitio nos dejarías sin pizca de lana en la casa, y que serían los tuyos los que se zamparían queso tras queso y no los míos.

—¡Eres un mal bicho! —replica Oline.

Inger llora; se seca las lágrimas, y habla con frase entrecortada. Oline dice que no será ella quien insista, pues podría seguir viviendo con su hijo Nils, como hasta ahora. Pero no es inconveniente para que, si Inger tuviera que ir a la prisión, y quedara Isak abandonado al lado de aquellos inocentes, viniera ella a fin de velar por la casa. Y Oline se hace insinuante. Asegura que ésta sería la mejor solución.

—Piénsalo bien —concluye.

Inger está descorazonada; llora, y mueve la cabeza, fija la mirada en el suelo. Como una sonámbula, entra en la despensa y prepara algo de comer para la visitante.

—No; por mí no quiero que os desprendáis de lo necesario —dice Oline.

—No es justo —replica Inger— que andes por esos montes sin provisión alguna.

Cuando Oline se ha marchado, Inger sale de la casa, mira alrededor y escucha. No se oye ningún ruido en la cantera. Anda un poco más y le llegan

las voces de los niños en sus juegos. Isak está sentado, con la azada entre las rodillas, apoyado en su mango como sobre un cayado.

Inger entra disimuladamente en el bosque. Había clavado una cruz pequeña en la tierra, y ahora advierte que en aquel lugar la hierba aparece arrancada y la tierra removida. Se sienta y vuelve a alisar la tierra con las manos. Y se queda allí sentada. Movidada por la curiosidad, había querido ver hasta qué punto Oline habría escarbado en aquella pequeña fosa. Y allí permanece esperando la vuelta del rebaño, llorando y moviendo la cabeza, con los ojos clavados en el suelo.

Pasan los días. La bonanza, el sol benigno y los chubascos intermitentes favorecen el crecimiento de las cosechas. Los colonos dan fin a la recolección del heno, tan abundante, que no cabe todo en un sitio y han de repartirlo entre la habitación, la cuadra y bajo el abrigo de un saliente de la roca. Inger no está nunca ociosa, y su ayuda se hace imprescindible. Isak aprovecha todas las horas de lluvia para terminar su cobertizo y cubrir pronto el lado sur, a fin de que el heno rebosante quede guardado en sitio conveniente. Todo marcha de prisa y llegará, sin duda, a feliz término.

Sin embargo, el triste acontecimiento y sus congojas nada puede borrarlos. Las consecuencias son inevitables. El bien no siempre deja huella en el camino; el mal, en cambio, arrastra inevitablemente sus consecuencias. Desde un principio, Isak, al hacerse cargo del acto de su mujer, se había limitado a preguntar:

—¿Pero cómo llegaste a hacer tal cosa?

Inger no respondió. Al cabo de un rato, insistió Isak:

—Entonces, ¿lo ahogaste?

—Sí —afirmó Inger.

—No debiste hacerlo.

—No —asintió ella.

—No entiendo cómo pudiste obrar así.

—¡Se parecía a mí de tal modo...!

—¿Cómo...?

Isak reflexionó un buen rato, y dijo:

—Sí, sí.

Por lo pronto, no habían vuelto a tratar más del caso, y al correr de los días, tan parecidos a los de antes, después de puesta a cubierto la provisión de heno, muy abundante, pasados los días de intensa labor, el delito fue olvidado casi. Mas no por eso dejaba de pender sobre la gente y las cosas de la alquería. No era de esperar que Oline supiera guardar silencio y aun en el caso de que no dijera nada, los testimonios mudos, las paredes de la casa, los árboles del bosque rodeando la fosa diminuta, ¿no podrían, acaso, romper a hablar? Os-Anders podía hacer ciertas alusiones y la misma Inger, soñando o en vela, podía también delatarse a sí misma.

¿Qué recurso le quedaba a Isak sino revestirse de cordura? Ahora comprendía por qué razones Inger había querido estar sola cada vez que iba a dar a luz; y pasar sola por las ansias de ver la forma del recién nacido, y hacer frente, ella sola, a todos los riesgos. Tres veces habíase repetido esto. Apenado por la desdicha de la desgraciada Inger, movía Isak la cabeza, y al oír el caso del lapón con el envío de la liebre la consideró libre de culpa. Esto les llevó a un cariño creciente, a un amor exaltado; arrimábanse el uno al otro en el peligro, y ella estaba llena de una primitiva dulzura para con Isak, y éste se sentía atraído hacia aquella mujer; él, el coloso macizo como un tronco. Usaba ella el calzado familiar a los lapones: no era pequeña ni delicada, antes recta y alta. Ahora, por ser verano, andaba descalza y corta de falda, al aire las piernas que eran la obsesión de los ojos de Isak.

Durante todo aquel verano cantaba con frecuencia fragmentos de cánticos religiosos, y enseñó a rezar a Eleseus; pero le había quedado una animosidad,

bien poco cristiana, contra todos los lapones, y no callaba el concepto que le merecían, a los que por allí pasaban. Les mandara quien les mandara, a lo mejor llevaban una liebre en su morral. ¡Ya podían irse enhorabuena!

—¿Una liebre? ¿Qué liebre?

—¿Conque no has oído hablar de lo que hizo Os-Anders?

—No.

—Te lo diré: llegó trayendo una liebre, mientras yo estaba encinta.

—¿Es posible? ¿Y te perjudicó?

—Eso a ti no te importa. Sigue tu camino. Aquí tienes un bocadillo y ahora vete.

—¿Tendrías, acaso, un pedazo de cuero para remendar mis zapatos?

—No; pero lo que tendrás encima de las espaldas, si no te marchas, es un buen palo.

El lapón suele mendigar humildemente, pero si no le dan nada se siente vengativo y amenaza. Una pareja de lapones con dos hijos pasó, pues, cerca de la morada; los padres mandaron al interior de ella a los dos chicos, para que mendigaran. Volvieron anunciando que no había nadie. La familia se detuvo un rato conversando en lapón, y en seguida el padre se decidió a entrar él mismo en la casa. No volvía; siguió la mujer y, por fin, los niños; y reunidos en la cocina comedor cuchicheaban en lapón. El hombre metió la cabeza en el dormitorio, donde tampoco había nadie. El reloj de pared dio unas horas, que la familia oyó pasmada, de pie en la habitación.

No sé cómo adivinó Inger que unos forasteros habían llegado a la casa. Baja de la ladera a toda prisa, y al ver que son lapones y, además, desconocidos, les dice sin rodeos:

—¿Qué queréis? ¿No habéis visto que no había nadie en la casa?

—¡Ah, sí! —responde el hombre.

Inger ordena:

—¡Fuera de aquí!

La familia retrocede; lentos y de mala gana van saliendo; y dice el hombre.

—En el rato que hemos estado aquí sonó el reloj. ¡Qué maravilla!

—¿No podrías favorecernos con un poco de pan? —dice la mujer.

—¿De dónde venís? —pregunta Inger.

—De Vatnan, al otro lado. Toda la noche hemos estado andando.

—¿A dónde vais?

—A atravesar la sierra.

Inger entra en la casa para prepararles algo de comer; al verla salir, la mujer porfía en pedirle género para una gorra, un ovillo de lana, un pedazo de queso, ya que cualquiera de estas cosas le será a ella de utilidad. Inger no tiene tiempo que perder; Isak y los niños están en la pradera recién segada.

—Bueno, ahora idos.

La mujer prueba de alcanzar algo con lisonja:

—Hemos visto tu ganado en el prado; abundan las reses como en el cielo las estrellas.

—¡Magnífico ganado! —remacha el hombre—. Si te sobran un par de zapatos lapones, aunque sean viejos...

Inger cerró la puerta de la casa; y volvió a sus faenas. El hombre le gritaba, pero hizo como si no lo oyera, y siguió su camino.

—¿Es verdad que compras liebres?

No podía entenderse mal. Aquella pregunta quizá podía ser hecha de buena fe; o alguien habría contado patrañas al lapón, o éste preguntaba con malicia. Sea lo que fuere, Inger había recibido una advertencia. El destino ya estaba llamando a la puerta...

Pasaron los días. Los colonos, gente sana, esperaban los acontecimientos y, entretanto, trabajaban como de costumbre. Convivían apretadamente como los animales del bosque. Dormían, comían... La estación estaba ya tan avanzada, que tantearon la cosecha de patatas; salían grandes y harinosas. ¿Y el golpe esperado? ¿Por qué no sobrevenía el golpe? Terminó agosto, empezaba setiembre... ¿Vivirían tranquilos hasta el invierno? Estaban siempre alerta, y se apiñaban por la noche en su cabaña, contentos de que el día hubiera pasado sin nada malo. En octubre compareció el delegado con una cartera llena de papeles, acompañado de otro hombre... La ley trasponía los umbrales de la casa.

Las investigaciones duraron bastante tiempo hasta que Inger pasó por el primer interrogatorio a solas. No negó el hecho; la pequeña fosa en el bosque fue removida y vaciada, y el cadáver fue llevado para la autopsia, envuelto en el mismo vestido que habían puesto a Eleseus para el bautizo, sin que faltara en su cabecita la gorra adornada de abalorios.

Isak pareció recobrar el habla.

—Ahora pasamos lo peor de lo peor —decía—. Y te repito que no debiste hacerlo.

—No —asiente Inger.

—¿Cómo lo hiciste?

Inger no respondía.

—No sé cómo tuviste corazón para esto...

—¡Es que se parecía tanto a mí...! La puse con la cara hacia abajo.

Isak movía la cabeza.

—Y así murió —prosiguió Inger, y rompió a llorar fuertemente.

Isak estuvo un rato sin decir palabra.

—Sí, sí. Ya es tarde para llorar —dijo luego.

—Tenía el pelo pardo en la nuca... —sollozaba Inger.

Por esta vez no se habló más. Y volvieron a pasar los días. Inger no fue arrestada en seguida; las autoridades tenían piedad de ella. El delegado Heyerdahl la interrogó como lo hubiera hecho con otra persona cualquiera.

—Es muy triste que sucedan cosas así —se limitaba a decir.

Cuando Inger preguntó quién era el que la había denunciado, el delegado respondió que nadie en particular; le habían llegado alusiones de todas partes sobre el caso. ¿No habría contribuido ella misma a descubrir el delito con sus conversaciones? Inger respondió que había contado a muchos lapones lo de Os-Anders. Como éste, en el verano, compareció con una liebre, a lo cual atribuía ella que la hija que llevaba entonces en sus entrañas hubiera salido con la boca parecida al hocico de este animal. Y tenía la seguridad de que era Oline quien había enviado la liebre. El delegado no tenía conocimiento de lo que ahora le decía Inger. Fuera como fuese, estaba dispuesto a no hacerse eco siquiera en su protocolo de tanta ignorancia y tales supersticiones.

—Mi madre vio una liebre cuando yo estaba para nacer —insistió Inger.

El granero tenía puesta la cubierta. Era grande, con un almacén a cada lado para el heno, y una era en el centro. Vaciaron el cobertizo que hasta entonces sirviera de almacén, y los lugares, en que, interinamente, habían puesto el heno. Ahora lo trasladaron al nuevo granero. El grano, una vez segado y puesto a secar, fue llevado al nuevo granero. Inger se cuidó de sacar las zanahorias y los nabos. Todo estaba cubierto. Y todo hubiera ido bien ahora: eran gente acomodada. Isak, infatigable, desterronaba nuevos bancales⁷ para el cultivo antes de que vinieran las heladas, extendió más el campo de

⁷ Bancal: En las sierras y terrenos pendientes, rellano de tierra que natural o artificialmente se forma, y que se aprovecha para algún cultivo.

cereales y se revelaba como un verdadero colono. Pero llegó noviembre, y dijo Inger:

—Ahora tendría medio año, y nos hubiera conocido a todos.

—Lo hecho, hecho está, y no se puede mudar —decía Isak.

Durante el invierno, Isak desgranó las espigas en la nueva era, asistido por Inger, que manejaba el látigo de trillar tan bien como él, mientras los niños retozaban sobre el heno. De las espigas salían granos grandes, gordos. Por Año Nuevo, prestándose el estado del camino para el trineo, Isak se ocupó de preparar la madera en cuadro para venderla en el pueblo. Tenía ya su clientela firme, y le pagaban bien la madera secada en el verano.

Un día convinieron él e Inger en ofrecer, junto con unos quesos de cabra, a la señora de Geissler, el ternero bien cebado de *Cuerno de oro*. La señora quedó encantada y no dejó de preguntar por el precio de todo.

—Nada —dijo Isak—, bien pagado nos lo tiene el señor delegado.

—Dios le bendiga. ¿Él ha sido? —exclamó la señora Geissler, conmovida. Dio a Isak unos libros ilustrados, pasteles y juguetes para Eleseus y Sivert. Al llegar Isak a casa y al ver Inger aquellas cosas, escondió la cara y empezó a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Isak.

—Nada. Pero precisamente estos días habría cumplido un año, y podría ver todo esto.

—Sí; pero bien sabes cómo vino al mundo —replicó Isak para consolarla—. Además —prosiguió—, podría ser que no salga tan mal el asunto. Me he informado en dónde reside Geissler.

Inger puso toda su atención, y preguntó:

—¿Crees tú que podrá auxiliarnos?

—¡Ah! ¡Eso no lo sé!

Isak llevó al molino la cosecha del grano y volvió a casa con harina. Volvió de nuevo al bosque para talar los troncos destinados a la madera en cuadro del año siguiente. Se pasaba la vida de una faena a otra según la estación del año: del campo al bosque y del bosque al campo. Se cumplían seis años desde que Isak empezara a colonizar, y cinco desde la llegada de Inger. Sólo cabía pedir que todo prosiguiera como hasta entonces. Pero no fue así. Iba y venía la lanzadera en el telar de la hacendosa Inger, y le quedaba tiempo para cuidar del ganado, acompañándolo todo de cánticos religiosos. Pero, ¡jay!, su cantar hacía el efecto de una campana sin badajo.

No bien los caminos fueron transitables, se la llevaron al pueblo para el interrogatorio. Isak se vio obligado a quedarse en la granja; allí, en la soledad, formó el propósito de ir a Suecia y ver de entrevistarse con Geissler. Acaso el benévolo delegado se mostraría, una vez más, dispuesto a ayudar a la gente de Sellanraa. Pero la misma Inger, al volver del interrogatorio, sabía ya muchas cosas. Había preguntado mucho y conocía bastante bien la sentencia que caería sobre ella: reclusión perpetua, según el apartado 1º, pero... Y es que delante del venerable estrado de la ley, lo había confesado sencillamente todo; los dos testigos del distrito la habían mirado compasivos y el magistrado la interrogó con amabilidad. Llegaba impresionada del claro juicio de los señores legistas, de la ciencia de los jurisconsultos, que conocen de memoria sus leyes. Y son, además, comprensivos y hasta de corazón. Inger no podía quejarse del Tribunal; no había dicho nada de la liebre, pero al afirmar entre lágrimas que su intención no fue causar tanto mal a su hijita, al extremo de quitarle la vida, el magistrado, severo el rostro, meneaba la cabeza lentamente.

—También tú —le había dicho— tienes el labio hendido, y no por esto te ha ido tan mal.

—Es verdad; gracias a Dios —había dicho Inger, por toda respuesta.

Mas nada contó de las secretas penas de su infancia y de su juventud. El hombre aquel, empero, el magistrado, debía sospechar algo; él mismo arrastraba un pie contrahecho, y nunca había podido tomar parte en un baile. Y habló:

—¿La sentencia? La ignoro todavía. En rigor sería prisión perpetua, pero... No sé si lograremos que se rebaje el grado: de quince a doce, de doce a nueve años. Unos hombres trabajan y estudian el medio de humanizar el rigor de la ley; no es fácil. Pero hemos de esperar que todo salga bien.

Al ver que no había sido necesario ponerla en arresto, Inger volvía con una pasividad callada. Pasaron unos meses, y un día, al anochecer, cuando Isak volvía de la pesca, supo que el delegado y el nuevo alguacil habían estado en Sellanraa. Inger se manifestó amable y cariñosa para con su marido, y le alabó, aunque la pesca no había sido sino regular.

—Oye una cosa... ¿Han entrado forasteros en casa? —dijo Isak.

—¿Forasteros? ¿Por qué lo preguntas?

—Veo huellas de unos zapatos ahí fuera.

—No ha venido nadie más que el delegado y otro.

—¡Ah...! ¿Qué se les ofrecía?

—Puedes figurártelo.

—¿Venían a buscarte?

Una breve pausa.

—¿A mí? No. Era sólo la sentencia. Y he de decirte, Isak, que Dios ha sido clemente; no es lo que yo me temía.

—Vamos —dijo Isak interesado—. Entonces, ¿no será mucho tiempo?

—No; unos años.

—¿Cuántos?

—A ti te parecerán muchos, pero yo doy gracias a Dios, que al menos puedo salvar la vida.

Inger no precisó el número de años. Más adelantada la noche, Isak preguntó cuándo vendrían por ella. Pero Inger lo ignoraba; o no quería decirlo. Volvía a mostrarse muy pensativa; hablaba del caso, y de que no sabía cómo iban a seguir las cosas, y de la probabilidad de que Oline viniera a sustituirla en los quehaceres del hogar, solución que también a Isak parecía la única. ¿Dónde estaría Oline? Este año no se había acercado como de costumbre. ¿Pensaría, quizá, no presentarse más, después de haber sido la causante de que todo se hubiera desquiciado? Empezaron las labores del campo. Oline no venía. ¿Sería preciso ir por ella? ¡Oh, ya vendría, ya, tambaleándose, aquella tripuda, aquel monstruo!

Y por fin llegó. ¡Qué endiablada mujer! Parecía como si entre ella y los esposos no hubiera pasado nada. Hasta estaba haciendo un par de medias acanaladas para Eleseus, según dijo.

—Sólo he querido ver cómo os va a este lado de las montañas —dijo, por comienzo.

A lo último resultó que había dejado en el bosque sus ropas y otros objetos metidos en un saco de viaje, y que venía dispuesta a quedarse.

Por la noche, Inger habló aparte a su marido, y le dijo:

—¿No tenías empeño en dar con Geissler? Ahora hay una tregua en las labores.

—Sí —respondió Isak—, ya que Oline está aquí, me pondré en camino mañana temprano.

Inger se lo agradeció mucho, y añadió:

—Y toma todo el dinero contante que tienes en casa.

—Bien —respondió Isak—. ¿Y no podrías guardarlo tú misma?

—No.

Inger le preparó abundante comida, y el hombre, no amanecido todavía, se levantó y se puso en marcha. Inger le acompañó hasta el umbral, sin verter una lágrima, sin lamentarse. Se limitó a decir:

—Ahora pueden subir cualquier día para prenderme.

—¿Es que sabes algo?

—No; ¿qué he de saber? Y también podría darse el caso de que no sea tan pronto, pero... ¡Ojalá encontraras a Geissler y pudiera darte él algún consejo!

¿Qué habría podido hacer Geissler en aquellas circunstancias? Nada. Pero Isak no dejó de salir en su busca.

Seguramente Inger había sabido algo. Tal vez se debiera la llegada de Oline a que Inger le había mandado aviso con alguien. Cuando Isak volvió de Suecia, ya se habían llevado a Inger, y Oline estaba al cuidado de los dos niños.

Fue una triste noticia para Isak, esta que recibió a su vuelta. Cuando al llamar en voz alta a Inger no tuvo respuesta, preguntó:

—¿Ha salido?

—Sí —respondió Oline.

—¿Qué día fue?

—El siguiente de tu partida.

Ahora adivinaba Isak por qué en los momentos del adiós Inger no había querido estar sola con él, y por qué motivo le pidió que se llevara todo el dinero. Y ella, ¿no podría necesitar algo para el largo viaje?

Los niños sólo se interesaban, de momento, por el cerdito amarillento que les había traído Isak. Era lo único que había traído. Las señas de Geissler que se llevó, no eran las actuales. Ya no estaba en Suecia, sino que vivía en Drontheim. El cerdito lo llevó Isak entre los brazos desde Suecia, no

olvidando de alimentarle con la leche que llevaba en una botella, y durmiendo al raso junto a él en los descansos. Le ilusionaba proporcionar un motivo de alegría a su mujer, y ahora eran los niños, Eleseus y Sivert, los que jugaban con el cerdito, divirtiéndose de lo lindo. Esto le procuró un poco de distracción; y pronto recibió una noticia agradable. Oline había visto al delegado, que le mandaba recuerdos, y podía anunciarle que el Estado accedía, por fin, a la venta de Sellanraa. Bastaba con que Isak bajara a la oficina del delegado con el dinero. Esta buena noticia sacó a Isak de su profundo abatimiento. Aunque muy cansado, y con las piernas entumecidas aún, a causa de la marcha a Suecia, volvió a empaquetar algunas provisiones de boca, y en seguida se puso en camino hacia el pueblo. Le acompañaba la leve esperanza de poder ver allí todavía a Inger.

No se cumplió tal esperanza. Inger se había marchado ya... por ocho años. Isak sintió la desolación y la negrura en el alma, y no entendía ni la mitad de lo que el delegado le decía: era sensible que sucedieran cosas semejantes. Esperaba que para Inger sería una lección; que se enmendaría, arrepentida; y que nunca más mataría a sus hijos.

El delegado Heyerdahl, por su parte, estaba casado desde el año anterior. Su mujer no quería ser madre, no quería niños. Y no los tenía.

—Por fin —dijo a continuación el delegado—, me cumple acabar también el asunto de Sellanraa. El Real Ministerio ha accedido a la venta, tomando en cuenta, hasta cierto punto, mis proposiciones.

—Bien —dijo Isak.

—La cosa ha ido despacio —continuó el delegado—, pero tengo la satisfacción de ver que mi actividad no ha sido en vano. Han aceptado casi punto por punto lo que yo escribí.

—Punto por punto —repitió Isak, moviendo la cabeza.

—Ahí tienes las escrituras. Puedes mandar que las lean en el próximo *thing*.

—Sí —dijo Isak—. ¿Cuánto he de pagar?

—Diez táleros anuales. Aquí el Ministerio ha hecho una pequeña variación; son diez táleros anuales en vez de cinco.

—Con tal que pueda cumplirlo... —respondió Isak.

—Y durante diez años.

Isak miró al delegado con espanto.

—Sí; el Ministerio no pasa por menos —dijo el delegado—. Y no es un pago excesivo, tratándose de unos terrenos tan extensamente cultivables y ya trabajados como están.

Isak tenía consigo los diez táleros para el año en curso, importe de la madera en cuadro y de los quesos de cabra que Inger había elaborado. Pagó, y le quedó todavía un sobrante.

—Realmente es una suerte para ti que el Ministerio no se haya enterado del acto de tu esposa —prosiguió el delegado—, porque, probablemente, hubiera dado la preferencia a otro comprador.

—¡Ah! —dijo Isak.

Y a continuación preguntó:

—¿Son ocho años los que estará fuera?

—Sí; no hay más remedio; es preciso que la justicia siga su curso. La pena es, por otra parte, más que leve. Lo que ahora debes hacer es deslindar de un modo preciso lo que te pertenece y lo que pertenece al Estado. Limpia bien todo el terreno, siguiendo la línea que yo propuse y que está determinada en mi protocolo con todas sus señas. La madera te pertenece. Más adelante subiré para examinarlo.

Isak emprendió el regreso hacia su casa.

¿Pasan rápidos los años? Sí; para el que envejece. Isak no era viejo, ni estaba debilitado, y los años se le hacían largos. Trabajaba en su hacienda, y se dejaba crecer de cualquier modo su barba rojiza, herrumbrosa.

De vez en cuando, sea que un lapón pasara por allí, sea que sucediera algo particular a alguna de las reses, se rompía la uniformidad de aquellas soledades. Una vez llegó un grupo de caminantes, pernoctaron en Sellanraa, comieron, bebieron leche, y preguntaron a Isak y a Oline cuál era el mejor camino para llegar a la sierra; dijeron que venían para precisar el recorrido y tomar las medidas de una línea telegráfica en proyecto.

Una vez llegó Geissler, nada menos que Geissler. Subía de la aldea, jovial y despreocupado, en compañía de dos hombres provistos de útiles de minería, picos y azadas.

¡Qué Geissler! Era el de siempre; no había cambiado nada. Dio los buenos días, charló con los niños, entró y salió de la casa, dio una ojeada a los cultivos, abrió las puertas del establo y del granero para examinar el interior.

—Muy bien, Isak —decía—. ¿Guardas aquellas piedrecitas?

—¿Qué piedras?

—Aquellas pequeñas, que pesaban tanto y con las que jugaba tu hijo la última vez que estuve aquí.

Las piedras estaban en el almacén; las habían puesto para hacer peso sobre las ratoneras. El delegado y sus dos compañeros las examinaron, se consultaron, golpeaban las piedras y las sopesaban en la palma de la mano.

—Cobre negro —dijeron.

—¿No podrías acompañarnos al monte, y enseñarnos el sitio donde las recogiste? —preguntó el delegado.

Fueron juntos; el sitio no estaba lejos, pero dos días emplearon, luego, aquellos hombres, rondando en busca del mineral, haciendo saltar piedras. Al regresar, traían dos pesados sacos de ellas.

Entretanto, Isak había discurrecido con Geissler sobre su situación. Refirióle cómo el precio del terreno había sido fijado en cien táleros y no en cincuenta.

—Eso no es de importancia —dijo Geissler, a la ligera—. Tal vez tienes verdaderos tesoros en tus piedras, que valen miles.

—¡Ah! —dijo Isak.

—Pero apresúrate a obtener la confirmación oficial de las escrituras.

—Bien.

—Para que el Estado no te ponga la zancadilla, ¿entiendes?

—Sí; pero lo peor es el asunto de Inger —repuso.

—No hay duda —dijo Geissler, y meditó más tiempo de lo que él acostumbraba.

—Tal vez podría intentarse una revisión. Creo que si todo saliera a la luz se le rebajaría la pena. Y aún podríamos solicitar un indulto y con ello conseguiríamos lo mismo.

—¿De veras?

—No se puede pedir el indulto en seguida; hay que dejar pasar algún tiempo. Pero, a lo que iba: obsequiaste a mi familia con un ternero y unos quesos, ¿cuánto te debo?

—Nada; nos lo habéis pagado de sobra.

—¿Yo?

—Mucho es lo que nos habéis ayudado.

—No —abrevió Geissler, mientras dejaba sobre la mesa algunos táleros en billetes—. Acepta eso.

Era un hombre que no quería nada gratis. Al parecer, había en su abultadísima cartera bastantes billetes más. ¡Sabe Dios si era tan rico como parecía!

—Ella escribe que está bien —dijo Isak, que sólo pensaba en sus asuntos.

—¡Ah! ¿Tu esposa?

—Sí, desde que ha tenido la niña; una niña robusta y bien conformada, allá, en la cárcel.

—¡Buena noticia!

—Sí; y la ayudan todos, y la tratan con mucha bondad, según escribe.

Geissler dijo:

—Ahora voy a mandar esas piedras a algunos señores entendidos, para saber lo que contienen. Si en realidad son ricas en cobre, tendrás mucho dinero.

—Bien —dijo Isak—. ¿Y cuándo creéis que podremos recabar el indulto?

—Dentro de algún tiempo. Yo mismo lo escribiré por ti, y volveré para hablar contigo. ¿Dijiste que tu esposa ha dado a luz desde que está fuera de aquí?

—Cabalmente.

—Entonces, se la llevaron de la casa estando en cinta, y eso no podían hacerlo.

—¿No?

—De ningún modo; y esto es otro motivo para que la pongan en libertad dentro de cierto tiempo.

—Más ya no se puede pedir —dijo Isak, agradecido.

Él no sabía que la autoridad ya había llenado y expedido muchos folios a causa del estado en que se hallaba Inger. En su tiempo, se había aplazado el llevársela arrestada de su hogar, primero, por la carencia de un local, y en segundo lugar por un deseo de atenuar la situación. Las consecuencias eran incalculables. Más tarde, al llegar el momento del arresto, nadie se preocupó de su estado, y fue ella la primera en callarlo, tal vez intencionadamente, con la esperanza de tener cerca a la criatura durante los duros años de encierro; si se portaba bien, acaso se la dejaran ver de vez en cuando. Pero, quizá también, su silencio se debiera al estupor, y así, pese a su estado, se dejó sacar de casa.

Isak trabajaba en terreno propio, desguazaba, desterronaba, desbrozaba, y ponía en claro los límites entre lo suyo y lo del Estado; los árboles cortados darían buena madera para un año. Pero no teniendo a Inger, que le enardecía con sus elogios, más que por gusto, trabajaba por hábito. Ya había dejado pasar los *things* sin preocuparse de la confirmación de las escrituras, sencillamente porque no le interesaba tanto. Llegado el otoño se animó a ello. No todo iba bien como era conveniente a su alrededor... Era paciente y sensato indudablemente, pero lo era por naturaleza. Reunió todas las pieles que tenía de cabras y terneros, las metió en el río, las raspó más tarde, las curtió y las dejó a punto para la fabricación de zapatos. Llegado el invierno, separó, con las primeras nieves, el grano para la primavera próxima, a fin de tenerlo ya preparado. Era un hombre ordenado. Mas carecía de alegrías; se había

convertido en un solitario, y aunque casado, como si no lo fuera actualmente, tocaba de esta situación todas las consecuencias.

¿Qué gozo podía encontrar en estar sentado los domingos en el cuarto, lavado y rasurado, con su camisa roja, si no había nadie en honor de quien embellecerse? Los domingos eran los días que le parecían más largos, ya que le condenaban a una ociosidad llena de tristes pensamientos. Por toda ocupación, tenía que resignarse a dar la vuelta a sus bancales y a mirar lo que solicitaba sus energías de trabajador. Siempre se llevaba a sus hijos, y siempre tenía en brazos a uno de los dos. ¡Era tan grato oír sus charlas y responder a sus preguntas!

A falta más apta, tenía a la vieja Oline, que, en el fondo, no era tan mala; cardaba la lana, hilaba, confeccionaba medias y guantes y elaboraba quesos de leche de cabra, pero no tenía la mano muy feliz, y trabajaba sin amor. ¡Claro; si nada de lo que tocaba era suyo! En tiempos de Inger, había comprado Isak un cofrecito muy lindo, que adornaba el estante; era de barro y llevaba grabada en la tapa una cabeza de perro: era, aproximadamente, una tabaquera. Un día, Oline quitó la tapa, la dejó caer al suelo, y se rompió. Inger guardaba en un cajón unos esquejes⁸ de fucsia tapados con unos vidrios. Oline quitó los vidrios, y al volver a ponerlos, apretó tan rudamente, que al día siguiente todas las plantas estaban muertas. A Isak no le era fácil soportar todo aquello, y como en su rostro no había nada de fofo, el que entonces mostraba, era, seguramente, tremendo. Oline era descarada y respondona, y le hacía frente.

—¿Qué quieres que le haga? —decía.

—No sé —respondía Isak—, pero no tenías necesidad de tocarlo.

—Descuida, que no volveré a tocar sus flores —replicó Oline.

Pero las flores ya estaban muertas.

⁸ Tallo o cogollo que se introduce en tierra para reproducir la planta.

¿Cómo es que ahora los lapones se acercaban más a menudo que antes a Sellanraa? ¿Qué buscaba por allí Os-Anders? ¿No podía pasar de largo? En el verano subió dos veces a la sierra, y no porque tuviera renos que vigilar, pues vivía de limosna y de las visitas que hacía a otros lapones. No bien llegaba a la finca, abandonaba Oline todas sus labores, y charlaba con él sobre este o aquel conocido de la aldea, y a la vuelta, el saco de Os-Anders estaba lleno de todo lo imaginable. Durante dos años Isak aguantó pacientemente, sin protestas.

Pero Oline pedía otro par de zapatos, y entonces Isak no pudo callar más tiempo. Esto era en otoño; Oline calzaba cada día zapatos de cuero, en vez del calzado lapón o el de madera. Isak dijo:

—Hoy hace un buen día —y carraspeó.

—Sí —dijo Oline.

—¿No has contado esta mañana diez quesos de leche de cabra, Eleseus? —preguntó al muchacho.

—Sí —respondió el muchacho.

—Pues ahora no hay más que nueve.

Eleseus los volvió a contar y calculaba con su pequeño cerebro. Luego, dijo:

—Sí; nueve y el que se llevó Os-Anders, que hace diez.

Se hizo un gran silencio. El pequeño Sivert quería contar como su hermano y repitió sus palabras:

—Que hacen diez.

En vista del nuevo silencio, Oline tuvo que dar una explicación.

—Sí, le di un queso pequeño, he pensado que eso no tenía importancia. Pero éstos, con todo y ser niños, ya empieza en ellos a asomar lo que llevan dentro. Bien veo a quién salen. A ti, desde luego, no, Isak, ya lo sé.

Era una alusión que Isak se creyó obligado a rechazar.

—A los niños nada tienes que reprocharles —dijo—. ¿Pero, querrás explicarme qué beneficios hemos recibido de Os-Anders ni yo ni los míos?

—¿Beneficios?

—Sí.

—¿Os-Anders? ¿Beneficios? —repitió Oline.

—Sí; para que le sea yo deudor del queso de cabra.

Oline, que ha tenido tiempo necesario para reflexionar, da la siguiente respuesta:

—¡Dios me libre, Isak! Si he sido yo la que empezó las relaciones con Os-Anders, aquí me caiga muerta ahora mismo.

Isak ha de ceder, como otras veces.

Pero Oline no ceja.

—Si ahora que vamos para el invierno —dice— he de correr por ahí descalza y no tengo ni un par de zapatos, que hizo Dios para los pies, vale más que lo digas en seguida. Tres o cuatro semanas han pasado desde que te hablé de los zapatos y nada he visto de ellos todavía, y he de andar con éstos.

—¿Y qué tienen tus zapatos de madera, que no puedas llevarlos? —replicó Isak.

—¿Qué tienen? —preguntó Oline, cogida de sorpresa.

—Sí; quisiera saberlo.

—¿Los zapatos de madera?

—Sí.

—Tú no dices nada de la lana que he cardado, y de las horas pasadas en la rueca, y de cómo cuido del ganado, y visto a los niños; de esto no hablas. Y, ¡qué demonio!, tu mujer, la que está en la cárcel, no creo que corriera descalza por la nieve.

—No; llevaba zapatos de madera —dijo Isak—. Y para ir a la iglesia o a la casa de gente respetable, se ponía el calzado lapón.

—Claro —respondió Oline—, ¡ella era mucho mejor!

—Claro que sí. Y cuando en verano calzaba zapatos lapones, ponía hierba seca dentro. Tú, en cambio, andas todo el año con medias y zapatos de cuero.

—Veo que llegaré todavía a ir con mis zapatos de madera hasta que se rompan —concluyó Oline.

Hablaba con voz tenue y entrecortada, medio cerrando los ojos. ¡Oh! ¡Era prudente y astuta!

—Inger, el monstruo, como la llamábamos, andaba entre mis hijos, y en casa aprendió esto y lo de más allá durante su estancia. Y así nos lo paga. Si mi hija lleva sombrero en Bergen, también Inger lo estará llevando ahora en la ciudad del Sur. A lo mejor ha ido a comprarse uno. ¡Ja, ja!

Isak se levantó, dispuesto a dejarla; pero Oline tenía que desahogar su corazón, y mostró cuán negro era... Toda ella emanaba negrura; hubiérase dicho que irradiaba tinieblas, mientras comentaba cómo ninguna de sus hijas, afortunadamente, tenía cara de una bestia que vomita fuego, y cómo no todas las mujeres son suficientemente hábiles para ahogar a sus hijos.

—¡Cuidado con lo que dices! —le gritó Isak; y para que entendiera mejor, añadió—: ¡Condenada mujer!

Pero Oline no ponía cuidado. ¡Nada!

—¡Bah! —dijo mirando al cielo.

Y volvió a insistir en que era una exageración ir por el mundo con una cara labihendida, como ciertas personas.

Isak se alegró de poder escapar, al fin, de la casa. ¡Qué remedio le quedaba, sino procurar a Oline unos zapatos de cuero! Era un colono en medio

del bosque y no una hechura de los dioses que, cruzándose de brazos, pudiera decir al servidor: «¡Vete!»

Un ama de llaves como Oline, de la cual no se puede prescindir, estaba bien segura y podía decir y hacer lo que quisiera.

Las noches son frescas y de luna llena; el agua de los pantanos se endurece de tal manera que, si es necesario, soportan el peso de una persona, mientras que de día el sol los deshíela, y son impracticables. Isak, en una de esas noches frías, va andando, camino de la aldea, con el propósito de encargarse unos zapatos para Oline. Lleva dos quesos de leche de cabra para la señora de Geissler.

A medio camino de la aldea, otro hombre, el nuevo colono, se ha instalado. Debía de ser persona acomodada, pues para la construcción de su vivienda había mandado subir carpinteros de la aldea, y había contratado jornaleros para cultivar un pedazo de ciénaga arenisca que destinaba a la plantación de patatas; personalmente, no hacía nada, o casi nada. Este hombre era Brede Olsen, ayudante del alcalde y alguacil, a quien se recurría lo mismo para ir a buscar al médico que cuando había de matarse un cerdo. Brede Olsen no había cumplido aún los treinta años, pero ya tenía que mantener a cuatro niños, además de su esposa, que en realidad era como una criatura. Por tanto, sus medios no eran muy sobrados. No debía de producir mucho el hacer de puchero y sartén y salir con el coche a practicar embargos. Ahora le tentaba la agricultura. Para la construcción de su casa había recurrido al Banco, solicitando un préstamo. Su finca se llamaba Bredablick, Amplia Vista, nombre magnífico que la esposa del delegado Heyerdahl le había sugerido.

Isak pasa de largo y no quiere emplear su tiempo en entrar, pero aunque es muy temprano, se ven los niños en apretado grupo asomados a la ventana. Isak pasa de prisa; no quiere que la helada noche siguiente le sorprenda en

despoblado. El habitante de los parajes solitarios ha de reflexionar mucho para proceder como mejor convenga. Ahora no es tanta la labor, pero Isak siente como nunca la nostalgia de sus hijos, que ha dejado allá arriba, al cuidado de Oline.

Mientras anda no puede evitar el recuerdo de su primera caminata por aquellos sitios. Ha transcurrido el tiempo y los dos últimos años han sido muy largos. Cosas buenas han acaecido en Sellanraa, pero también algo francamente malo. ¡Ay, sí, Dios eterno! Y ahora surgía aquí una nueva hacienda. Bien conocía el sitio Isak; era uno de los parajes cultivables que explorara en su primera búsqueda, pero no le había parecido conveniente; cierto que el pueblo caía más cerca, pero el bosque era inferior; el suelo era llano, pero muy pantanoso, en cambio; y si fácil de romper la gleba, dificultoso el desguace. El bueno de Brede no tendría una tierra de labranza con sólo cavar el suelo pantanoso. ¿Y cómo no levantaba Brede un cobertizo para guardar los aperos de labor y los carros? Uno de dos ruedas vio Isak al raso, delante de la casa.

Hizo el encargo en casa del zapatero. La señora Geissler estaba de viaje, acaso no regresara más. E Isak tuvo que vender los quesos al tendero.

Al atardecer, Isak va de vuelta a su casa. Arrecia la helada al punto de permitirle andar sobre el pantano helado; pero su paso es lento. Dios sabe cuándo volvería Geissler, ya que su esposa había partido, acaso para siempre. Inger tampoco estaba. Transcurría el tiempo.

Tampoco esta vez se detiene Isak en casa de Brede sino que hace un rodeo para no ser visto. No está para hablar con nadie; su único deseo es proseguir su camino. El carro de Brede permanece en el mismo sitio. «¿Lo dejarán ahí?», piensa Isak. Bueno, allá cada cual con lo suyo. A él no le

faltaba tampoco un carruaje y un cobertizo apropiado y no por esto le ha ido mejor; su casa es un hogar a medias.

Ya en pleno día divisó su casa en la ladera, y aun cansado y débil como estaba tras la excursión de dos días, sintió su ánimo más aliviado; veía la forma conocida de su hacienda; el humo que se elevaba de la chimenea; los dos niños jugaban fuera, pero tan pronto como le ven, corren a su encuentro. Entra en la cocina comedor. Dos lapones están sentados allí platicando con Oline, que se levanta, sobresaltada, y dice:

—¡Cómo! ¿Ya de vuelta?

Estaban haciendo café. ¿Café? ¡Café...!

Ya había advertido Isak que cuando Os-Anders u otros lapones se detenían en su morada, Oline ponía a la lumbre, en el perolito de Inger, agua para hacer café. Oline aprovechaba la ausencia de Isak en el bosque o en los campos; y si al volver éste de la labor inesperadamente, lo ve, no dice una palabra. No obstante, cada vez ha de echar de menos un ovillo de lana o algún queso de cabra. Por eso es más de apreciar la bondad de Isak, de no coger ahora entre sus manos a Oline y triturarla por sus granujerías. Sí; por lo regular, Isak procura cada día mejorarse, bien sea por amor de la santa paz o con la esperanza de que Dios le devuelva así antes a su Inger. Tiene una inclinación a la reflexión profunda y a la superstición; hasta su cazurrería campesina no carece de candor. Aquel mismo otoño, al descubrir que el techo de turba del establo amenazaba caer sobre el caballo, Isak se mordió un par de veces un mechón de su barba herrumbrosa, sonrió luego, como quien entiende una broma, y se puso a levantarlo de nuevo y afirmarlo con unas vigas. No se le escapó ni una sola palabra áspera. Otro rasgo: el almacén donde guardaba sus víveres tenía únicamente en los ángulos el apoyo de altos pilares. A través del gran boquete que quedaba en el muro, penetraban aturdidos los pájaros, y

no acertaban con la salida. Oline se lamentaba de que lo picoteaban todo, se paseaban por el tocino, y hacían encima, incluso, algo todavía peor que eso.

Isak dijo:

—Es lamentable que esos animalitos no puedan hallar la salida una vez están dentro.

Y en medio de su agotadora faena, halló tiempo para preparar piedras y llenar con ellas el boquete del muro.

Dios sabe con qué ánimo lo hacía; tal vez esperando que en premio a su buena conducta, Inger volvería más pronto.

Pasan los años.

Un día compareció de nuevo un ingeniero en Sellanraa, acompañado de un capataz y dos trabajadores, los cuales venían para recorrer el trayecto de la línea telegráfica en proyecto. Esta vez la línea pasaría no lejos de la morada de Isak, y abrirían un camino recto a través del bosque. Esto, facilitando el tránsito, haría que el paraje fuera menos solitario y se iluminara con la luz del mundo lejano.

—Este sitio —dijo el ingeniero— será el punto central entre dos valles; tal vez te propondrán para la inspección de la línea en ambas vertientes.

—Te darán veinticinco táleros anuales por el servicio.

—Bien, ¿y en qué consistirá mi trabajo?

—En cuidar de que la línea no sufra desperfectos, que los cables sean repuestos si, acaso, se rompieran, y que la vegetación no crezca en perjuicio de la instalación. Te pondrán un aparatito instalado en la pared de tu casa que te indicará cuándo debes salir a inspeccionar. Entonces dejarás tus labores y saldrás en seguida.

—En invierno podría encargarme de eso —dijo Isak, después de concentrarse.

—¡Ah, no! Ha de ser en invierno y en verano, naturalmente, todo el año.

—En primavera, verano y otoño —aclaró Isak— tengo labores que me ocupan todo el tiempo.

El ingeniero estuvo un buen rato como pasmado, mirando a Isak.

—Entonces —le dijo—, ¿sacas mayor ganancia de tu labranza?

—¿Ganancia? —repitió Isak.

—Si ganas más ocupando en la labranza el tiempo que ocuparías en el cuidado de la línea, he querido decir.

—No lo sé —respondió Isak—. Pero lo cierto es que si vivo aquí es por los campos. Soy responsable del sustento de varias personas, y de los muchos animales. Nosotros vivimos del terruño.

—Bueno, bueno; puedo ofrecer el cargo a otro —replicó el ingeniero.

Esta amenaza pareció realmente un alivio para Isak; pero como no quería que aquel señor se llevara la impresión de una negativa brusca, le dio explicaciones:

—Tengo un caballo, y cinco vacas y, además, un toro; tengo también veinte ovejas y dieciséis cabras. Estos animales nos procuran el sustento y la lana, y necesitan forraje.

—Sí... claro está —aprobó el ingeniero lacónicamente.

—Sí, señor. Y lo que digo es únicamente que ¿cómo les procuraría yo el forraje si en medio de la recolección del heno me viera obligado a acudir a la reparación de la línea telegráfica?

El ingeniero replicó:

—No hablemos más del asunto. Brede Olsen, el colono de más abajo, puede encargarse, y creo que aceptará de buena gana.

Y dirigiéndose a sus hombres, les dijo:

—¡Vamos más allá!

Oline adivinó, por el tono en que el ingeniero hablaba, que Isak no había estado razonable, antes bien terco, e intentó sacar provecho.

—¿Qué has dicho de dieciséis cabras, Isak? ¿Dieciséis? ¡Si no son más que quince!

Volvió Isak los ojos hacia ella, que le desafiaba con los suyos clavados en él.

—¿Que no son dieciséis, has dicho?

—No —replicó ella. Y como aprobando la sinrazón de Isak, miró perpleja al forastero.

—¿Conque no son dieciséis? —dijo Isak, mordiéndose un rato un mechón de su barba.

Alejábanse el ingeniero y los ayudantes. Si a Isak le hubiera importado mostrarse descontento de Oline, tal vez hacérselo sentir con el peso de su mano, la ocasión no podía ser mejor. Estaban de nuevo solos en la casa; los niños habían desaparecido, corriendo detrás de los forasteros, Isak estaba plantado en medio del aposento, y Oline sentada cerca de la lumbre. Isak carraspeó un par de veces, como anunciando que no tardaría en manifestar sus pensamientos. Pero guardaba silencio. Tal era el temple de su ánimo. ¿Por ventura no sabía él cuántas cabras tenía? ¿No podía él contarlas con los dedos? ¿Estaba loca aquella mujer? ¿Cómo iba a haber desaparecido una de las dieciséis cabras contadas que tenía en el corral, con las que alternaba diariamente, charlando con ellas? Entonces, Oline había cedido una cabra a cambio de algo que le diera la señora de Amplia Vista, que ayer había estado allí examinándolo todo.

—¡Hum! —carraspeó Isak, a punto de decir algo.

¿Qué había hecho Oline? No había cometido un asesinato, pero sí algo parecido. Serio como un cirio, podía él hablar de las dieciséis cabras. Pero lo

que no podía era permanecer callado por una eternidad en medio de la habitación.

—¿Conque ahora son solamente quince las cabras? —dijo.

—Cuéntalas tú mismo; a mí no me salen más que quince —respondió Oline amablemente.

En este momento Isak hubiera podido extender las manos y modificar notablemente el aspecto físico de aquella mujer. No lo hizo; pero dijo a plena voz, mientras se dirigía hacia la puerta:

—Por ahora no digo más —y salió como dispuesto, otra vez, a hablar muy claro—. ¡Eleseus! —gritó.

¿Dónde estaba Eleseus? ¿Dónde estarían los chicos? El padre salía dispuesto a hacerles una pregunta, pues eran muchachos ya crecidos e inteligentes. Los halló en el granero, metidos en un rincón y completamente ocultos, pero su cuchicheo medroso los delataba. Como dos pecadores salieron ambos de su escondrijo.

El caso era éste: Eleseus había encontrado un trozo de lápiz de colores, que pertenecía al ingeniero; al intentar correr a su encuentro, los forasteros, con su paso largo de personas mayores, ya habían penetrado en el bosque de enfrente, y Eleseus se quedó parado, al ocurrírsele la idea de que, tal vez, podía quedarse con el lápiz. —¡Ojalá pudiera!—. Se llevó al pequeño Sivert para que la responsabilidad no fuera toda suya, y se acurrucaron ambos con el botín en un rincón del granero. ¡Qué cosa admirable suponía para ellos aquel trocito de lápiz! ¡Era una verdadera maravilla! Cubrieron de rayas con él unas virutas que buscaron; los trazos salían de color encarnado por un cabo, azul por el otro; los muchachos alternaban en su uso. A las voces insistentes del padre, Eleseus susurró:

—Seguramente los forasteros han vuelto por el lápiz.

De pronto, desaparecía el gozo de su alma como borrado, y el corazoncillo de ambos empezó a latir y a martillear. Los hermanos salieron de su escondite. Eleseus tendía el brazo muy extendido, con el lápiz, para mostrar a su padre que no lo había roto, pero ambos deseaban, al mismo tiempo, no haber visto en su vida tal preciosidad. Al no ver ni sombra del ingeniero, sus corazones recobraron la calma y a la tensión de antes sucedió una paz verdaderamente beatífica.

—¿Vino aquí ayer una mujer? —preguntó el padre.

—Sí.

—¿Era la mujer de abajo? ¿No la visteis marcharse?

—Sí.

—¿Llevaba una cabra?

—No —dijeron los niños—. ¿Una cabra?

—Digo, si la seguía una cabra cuando volvió a su casa...

—No. ¿Qué cabra?

Isak reflexionó, dio vueltas al caso, y al volver el rebaño de los pastos, por la noche, contó por primera vez las cabras: eran dieciséis. Volvió a contarlas. Y así cinco veces: había dieciséis cabras; no faltaba ninguna.

Isak respiró aliviado. ¿Cómo era esto? ¿No sabría contar hasta dieciséis esa criatura de Oline?

—¿Qué tonterías andas diciendo tú? —le dijo—. ¡Las dieciséis cabras están aquí!

—¿Son, dieciséis? —preguntó ella con acento de candidez.

—Sí. ¡Qué poco entiendes tú de cuentas!

A esto, Oline respondió con calma, pero como ofendida:

—Si todas las cabras están en su sitio, será que Oline, gracias a Dios, no ha devorado ninguna. ¡Me alegro por la pobre!

Con esa pillería consiguió Oline que Isak olvidara el incidente, y no volvió a contar las cabezas de su ganado, ni se le ocurrió siquiera contar las ovejas. Y tampoco Oline resultaba tan inútil. Era en la casa como ama de llaves; se cuidaba de las bestias. Necia, sí; pero con esto se dañaba a sí misma. Que se quedara si quería; en el fondo, no valía para nada. Aunque el papel de Isak era oscuro y sin alegría, no tenía más remedio que conformarse.

Con los años había crecido la hierba en la techumbre de la casa, y hasta la del granero, con ser de construcción más reciente, verdeaba. El ratón del campo, el nativo del bosque, había sentado tiempo ha sus reales en la despensa. Herrerillos y otras avecicas animaban los alrededores de la alquería, y en la ladera había urogallos, cornejas y urracas. Pero lo más notable fueron las gaviotas, que en el último verano, provenientes de la costa, se habían venido a posar en aquellos terrenos de la alquería. ¡Tan conocida era ésta ya en toda la creación! ¡Qué ideas no despertaba en Eleseus y en el pequeño Sivert la vista de las gaviotas! ¡Oh! Eran aves forasteras, escasas en número: seis solamente, seis aves blancas todas absolutamente iguales; se paseaban por los campos y, a veces, picoteaban la hierba.

—Padre, ¿por qué han venido hasta aquí? —preguntaban los chicos.

—Porque han presentido una tormenta en el mar.

¡Qué cosa singular y misteriosa esta de las gaviotas!

Estas y otras muchas cosas buenas enseñaba a sus hijos Isak. Ya estaban en edad de ir a la escuela, pero la escuela estaba a varias millas de allí, en el pueblo. El padre había destinado los domingos a enseñarles a leer; pero no era capaz de enseñarles más; no valía para tal menester aquel labriego ingénito. El Catecismo y la Historia Sagrada descansaban por eso, en su estante, junto a los quesos de cabra. Visto cómo dejaba creer a sus hijos, era de sospechar que tenía para sí que el desconocimiento de la sabiduría que en los libros se

encierra es, hasta cierto punto, una fuerza para los hombres. Aquellos dos niños le hacían dichoso; recordaba a menudo cómo, siendo pequeñitos, su madre le había prohibido que los cogiera, porque tenía resina en las manos. ¡Resina: la cosa más limpia del mundo! También eran sanos y excelentes la brea, la leche de cabra y, por ejemplo, el tuétano; ¡pero nada como la resina de abeto!

Así vagaban los dos muchachos en un paraíso de suciedad e ignorancia, lo cual no quitaba que fueran muy guapos, cuando, bien raramente por cierto, se lavaban. Especialmente, el pequeño Sivert era una preciosidad. Eleseus era más fino y reflexivo.

—¿Cómo pueden saber las gaviotas que amenaza tempestad? —preguntaba Eleseus.

—Según el tiempo, se ponen enfermas —respondía el padre—. Pero, por lo demás, no se ponen más enfermas que las moscas. Éstas cogen gota, o se marean, o algo así. Pero no las ataquéis porque se vuelven peor. No lo olvidéis, muchachos. El tábano ya es otra cosa: se muere solo. El tábano llega de improviso en medio del calor, y apenas lo has visto ya ha desaparecido.

—¿Y dónde se queda? —preguntaba Eleseus.

—¿Dónde? La grasa se le entorpece en el cuerpo, y allí se queda, donde le coge el mal.

Aumentaban los conocimientos con los días. Cuando los niños daban un salto desde una peña debían mantener la lengua en el interior de la boca, a fin de que no se les pusiera entre los dientes. Cuando, ya mayores, quisieran oler bien, si iban a la iglesia, tendrían que frotarse con un manojito de tanaceto, planta que crecía allá arriba en lo más elevado de la ladera. El padre era un pozo de sabiduría. Explicaba a los niños las particularidades de las diversas piedras, y las del pedernal, y cómo la piedra blanca era más dura que la gris.

No bien encontraba un pedernal buscaba en seguida un hongo yesquero, que ponía a cocer en lejía para convertirlo en yesca útil, y se lo demostraba así a los chicos, encendiendo fuego. Les explicaba de la luna; estaba en cuarto creciente si el filo se mostraba de tal modo que se prestara a echarle mano con la izquierda, y menguante si se prestaba a echarle mano con la derecha.

—¡No lo olvidéis, muchachos!

Lo cierto es que algunas veces Isak iba, por excepción, demasiado lejos, y entonces se expresaba rara e incomprensiblemente. Un día llegó con un proverbio que proclamaba ser más difícil a un camello entrar en el cielo que a un hombre pasar por el ojo de una aguja. En otra ocasión, al hablarles del resplandor de los ángeles, dijo que éstos tenían estrellas clavadas en los tacones de los zapatos en vez de clavos. Era una enseñanza buena y candorosa, a tono con aquellas soledades. Indudablemente, habría provocado la risa del maestro de escuela del pueblo; pero los hijos de Isak, en cambio, nutrían fuertemente su fantasía. Se les educaba e instruía para su mundo limitado, y no cabía pedir más. Al llegar, con el otoño, la época de la matanza, la curiosidad de los muchachos aumentó: temían mucho por los animales que iban a ser sacrificados, y sentían honda aflicción. Mientras Isak sujetaba la bestia con una mano y clavaba con la otra el cuchillo, Oline recogía y revolvía la sangre. Sacaron al viejo chivo, blanco y barbudo. Los dos pequeños atisbaban desde la esquina de la casa. Y decía Eleseus, volviendo la cara y frotándose los ojos:

—¡Qué viento tan fastidioso hace!

El pequeño Sivert lloraba más francamente, sin poder dominarse, y exclamaba:

—¡Ay! ¡El pobre chivo viejo!

Una vez degollado el chivo, Isak se acercó a sus hijos, y les dio la siguiente lección:

—No debéis lamentaros nunca porque se mate una res, ni decir: «¡Pobre bestia!», ya que si decís esto, cobra más apego a la vida. ¡No lo olvidéis!

Así habían pasado los años, y vino una nueva primavera.

Inger había escrito una vez más diciendo que le iba bien y que era mucho lo que aprendía en el establecimiento. Su hija, ahora ya toda una mocita, llevaba el nombre de Leopoldine, el santo que correspondía a la fecha de su nacimiento, quince de noviembre. En nada era zurda, y había nacido para la costura y las labores de ganchillo; sea en paño o estameña esas labores eran una hermosura.

Lo más extraño de toda la carta era que Inger misma la había escrito letra por letra.

Isak carecía de tamaña habilidad y tuvo que rogar al tendero del pueblo que le leyera la carta. Pero, eso sí, una vez la tuvo grabada en el cerebro, no se le olvidó, y al llegar a casa, se la sabía de memoria.

Sentose con toda solemnidad a la cabecera de la mesa, desplegó la carta, y se la leyó a sus hijos. ¡Que viera Oline, si quería, cómo Isak era capaz de leer de corrido! Pero él no le dirigía la palabra. Cuando hubo terminado, dijo:

—Oídllo bien, tú, Eleseus, y tú, Sivert, vuestra madre ha escrito por su propia mano esta carta, y ha aprendido muchas otras cosas, y vuestra hermana sabe también ahora más que todos nosotros juntos. ¡No lo olvidéis, muchachos!

Los niños, sentados y muy quietecitos, estaban pasmados.

—¡Es algo grande! —decía Oline.

¿Qué pretendía encubrir con tal exclamación? ¿Ponía en duda la veracidad de Isak? ¿O no se fiaba, acaso de la lectura? No era fácil adivinar la

verdadera opinión de Oline cuando con su expresión de blandura decía ambigüedades. Pero Isak había decidido hacer caso omiso de ella.

—Cuando vuelva vuestra madre, también aprenderéis a escribir —dijo a los dos niños.

Oline empezó a manosear unas prendas de ropa puestas a secar al calor del horno, removió un puchero, volvió a colgar las prendas, todo como si estuviera muy atareada. Pero cavilaba.

—Para acompañar tan gratos acontecimientos —dijo— no estaría mal que hubieras subido media libra de café.

—¿Café? —exclamó Isak impensadamente.

Oline respondía con calma:

—Hasta ahora, el poco que he comprado ha sido siempre de mi propio bolsillo.

¡Café! Para Isak el café era como un sueño, una leyenda, un arco iris. Oline estaba algo zumbona, claro, y no era cosa de enfadarse con ella; pero, de pronto, acudió a la mente de aquel hombre lento en el pensar el hecho de los trueques de Oline con los lapones, y dijo encolerizado:

—¿Has dicho media libra? ¡Una libra debiste decir! No faltará, no.

—¿A qué viene esa mofa, Isak? —dijo ella—. Mi hermano Nils tiene café, y abajo, en casa de Brede, en Amplia Vista, tienen café.

—Claro, porque no tienen leche, ni una gota.

—Bueno, eso no lo sé, ni me importa. Pero tú que sabes tanto y lees tan bien cosas escritas, como el reno sabe correr, no ignoras que hoy día hay café en todas las casas.

—¡Criatura! —se limitó a responder Isak.

Sentose Oline en el taburete, sin resignarse a callar.

—Por lo que se refiere a Inger —dijo—, si me permites mentar su alto nombre...

—Di lo que quieras; no me interesa —dijo Isak.

—Volverá al hogar —continuó Oline— sabiéndolo todo. ¿Y se adornará seguramente con perlas y llevará plumas en el sombrero?

—Claro que sí.

—A mí me deberá —dijo Oline— una parte de las grandezas a que habrá llegado.

—¿A ti? —exclamó Isak, sin lograr contenerse.

Oline respondió con mansedumbre:

—Sí; porque yo he contribuido, aunque como instrumento humilde, a sacarla de aquí.

Isak no sabía qué responder; se le atascaban las palabras en la garganta; sentado, silencioso, miraba en el vacío. ¿Había oído bien? Oline ponía una cara como si nada hubiera dicho de particular. Isak, en cuestión de decisiones, era hombre al agua.

Con el ánimo sombrío salió para dar una vuelta. ¡Qué mal bicho era Oline! Se alimentaba de la maledicencia, y de ella engordaba; debía haber acabado con ella, matándola, en el primer año. Ideando esto, Isak se sentía crecer. ¡Debiera haber sido hombre bastante para eso! ¿Él, hombre? ¡Oh! ¡Nadie le ganaba a ser terrible, si llegaba el caso!

A estos pensamientos sucedió una escena cómica: Isak entra en el establo y recuenta sus cabras: allí están todas con sus cabritos. Cuenta las vacas; el cerdo, catorce gallinas, dos terneros. «Casi me olvidaba de las ovejas», se dice a sí mismo en voz alta; y cuenta también las ovejas, y las recuenta, como si le preocupara la falta de alguna. Bien sabe Isak que una de las ovejas falta, ¿por qué, pues, hace como si lo ignorara? El caso es éste: Oline le había embrollado

una vez a propósito de la falta de una cabra. Aquella vez Isak se ocupó diligente del asunto, aunque sin lograr nada. Discutir con Oline era derrochar el tiempo. En otoño, cuando se disponía a la matanza, había echado a faltar una oveja madre; pero no se vio con ánimos para pedir cuenta inmediata de la desaparición y, más tarde, tampoco tuvo valor para ello.

Hoy ya es otra cosa. Isak está furioso por culpa de Oline. Recuenta las ovejas, apoya el índice en cada una, y cuenta en voz alta. ¡Que lo oiga Oline si está cerca, espiando! Y dice, también en voz alta, muchas cosas nada gratas para ella. Que tiene un modo nuevo de cuidar el pienso, haciendo desaparecer una oveja, precisamente una de cría; que es una ladrona de mala ralea, así, para que lo entienda.

¿Y si Oline estaba en aquel momento escuchando detrás de la puerta?
¡Ah! ¡Pues mejor! ¡Que se lleve un buen susto!

Isak sale del establo, entra en la cuadra y «cuenta» el caballo, y de aquí se dirige a la casa para hablarlo todo de una vez. Tan de prisa anda, que la blusa, agitada, alborotada, parece desprendérsele del cuerpo. Pero, probablemente, Oline ha notado algo desde la ventana y sale de la casa, sosegada, segura de sí misma, para dirigirse al establo con las colodras⁹ en las manos.

—¿Qué has hecho de la oveja madre con las orejas planas? —le pregunta Isak.

—¿La oveja madre?

—Sí; de tenerla aquí, habría parido ya dos corderos. Así es que me has sustraído tres reses. ¿Te haces cargo?

⁹ Colodra: Vasija de madera en forma de barreño que usan los pastores para ordeñar las cabras, ovejas y vacas.

Oline se siente dominada, anonadada por la acusación; mueve la cabeza, y parece que sus piernas están a punto de flaquear, de tal modo, que acabará desplomándose con peligro de lastimarse. Pero su magín reflexiona activísimamente, confía en su presencia de ánimo, que siempre le ha procurado tantas ventajas, y que ahora tampoco le abandonará.

—Yo robo cabras y robo ovejas... —dice sosegadamente—. Quisiera saber qué es lo que hago con ellas. Tal vez comérmelas.

—Tú sabrás lo que haces de ellas.

—Entonces, sospecharías que en tu casa, Isak, no tengo suficiente comida y bebida, y que he de hurtarlo. Tanto si estás delante como si no, puedo afirmar que no he tenido necesidad de hacerlo en todos estos años.

—¿Qué has hecho, pues, de la oveja? ¿Se la llevó Os-Anders?

—¡Os-Anders!

Oline se ve movida a dejar las colodras en el suelo para alzar las manos.

—¡Estuviera yo tan libre de otra culpa como de ésta! ¿De qué oveja y de qué corderos me hablas? ¿Te refieres a una cabra que tiene las orejas planas?

—¡Criatura! —dice Isak, dispuesto a dejarla.

—¡Qué hombre tan raro eres, Isak! —le dice ella—. Tienes ganado de toda clase y en tu establo hay tantos animales como en el cielo estrellas. ¿Y aún no te basta? ¿Cómo voy a saber cuáles son la oveja y los corderos que me estás pidiendo? Por generaciones enteras tú y los tuyos deberíais dar gracias a Dios por su misericordia. Una vez pasado este verano y una parte del invierno tus ovejas tendrán corderillos, y tú verás triplicado lo que ahora posees.

¡Oh, qué Oline ésa!

Isak la dejó, rezongando como un oso. «¡Qué tonto fui —pensaba— de no acabar con ella el primer día!» Y se dedicó a sí mismo toda clase de improprios: «¡Qué necio, qué estiércol de caballo he sido!» Pero nunca es

tarde si la dicha es buena. Pensó en ir al establo detrás de ella, mas luego se dijo que no era aconsejable emprender nada hasta el día siguiente. ¡Tres ovejas perdidas! ¡Y aún hablaba Oline de café!

El día siguiente iba a ser memorable: llegaron huéspedes; llegó Geissler. No era siquiera verano todavía en las tierras pantanosas, pero, sin preocuparse del estado del terreno, vino Geissler, muy bien calzado, con botas altas, acharoladas por arriba y guantes amarillos, ofrecía un aire de distinción. Un hombre de la aldea le llevaba el equipaje. Geissler viene dispuesto a comprar una parte del monte perteneciente a Isak, una mina de cobre, y pregunta a Isak por el precio. También le trae recuerdos de Inger; una mujer excelente, muy considerada. Geissler viene de Drontheim, y es allí donde ha hablado con Inger. Y dice a Isak:

—¡Has trabajado una enormidad!

—Eso, sí. ¿Decíais que habéis hablado con Inger?

—¿Qué es lo que asoma por allá arriba? ¿Has hecho un molino? ¿Mueles tu grano en molino? ¡Muy bien! Es mucho el terreno que has hecho productivo desde la última vez que estuve aquí.

—¿Y le va bien a Inger?

—Sí; bien... ¡Ah! ¿Te refieres a tu mujer? Pues ahora verás. Vámonos a la habitación de al lado.

Entonces dice Oline:

—No está bien arreglada.

Y cuando ella lo dice, sus motivos tendrá.

Pero Isak y el visitante entraron en la habitación y cerraron la puerta, quedando así Oline imposibilitada de oír la conversación.

El delegado Geissler se sentó, y se golpeó vigorosamente las rodillas un par de veces. Tenía en sus manos la suerte de Isak.

—Tus terrenos de cobre, ¿no los habrás vendido aún?

—No.

—Bien; los compro yo. Sí; ya he hablado de esto con Inger y con otras personas. Seguramente, Inger obtendrá la libertad dentro de poco; ahora está el asunto en manos del rey.

—¡Del rey!

—Sí; del rey. Fui a visitar a Inger, lo cual, naturalmente, no ofreció dificultades, tratándose de mí, y hablamos largo y tendido. «—¿Estás del todo bien, Inger? —le pregunté. —Sí, no puedo quejarme de nada. —¿No echas de menos el hogar? —No puedo negar que sí. —Pronto podrás volver a él» —le anuncié—. Ten la seguridad, Isak, de que tu mujer vale mucho; no vertió ni una lágrima; al contrario: se sonreía y se reía. La operaron de la boca y la han suturado. «Adiós —le dije—; no será ya mucho el tiempo que permanezcas aquí, te doy mi palabra.» Fui inmediatamente al director. ¿Cómo no me iba a recibir? ¡Pues no faltaba más! «Tienen en el establecimiento una señora —le dije— cuyo sitio no es éste; el hogar reclama su libertad. Se trata de Inger Sellanraa. —¿Inger? —preguntó—. Sí; es una buena persona; no me disgustaría tenerla veinte años en la casa. —Eso ni pensarlo —dije yo—. Se trata de que ya ha estado en prisión demasiado tiempo. —¿Demasiado, tiempo? ¿Está usted enterado de la causa? —La conozco muy bien, puesto que yo fui el delegado. —Por favor, siéntese usted —dijo él, entonces—. ¡Claro! ¡Pues eso faltaba! —y el director expuso—: Hacemos por nuestra parte todo lo posible en bien de Inger, y también de su niña. Sí, señor. ¿La señora es paisana de usted? Le hemos

proporcionado una máquina de coser; oportunamente presentó una labor de prueba, como oficiala, que hizo en los talleres. Y la hemos instruido en varios conocimientos: ha aprendido a tejer, la costura y la confección, el tinte... ¿y decía usted que ya ha permanecido aquí demasiado tiempo? —Yo bien sabía lo que era del caso responder, pero quise demorarlo un poco, y dije—: —Sí, es un asunto que se enfocó mal, y hay que volverlo a tratar; ahora, después de la revisión del Código, tal vez obtendría la completa libertad. —¿Una liebre? —preguntó el director—. —Una liebre —afirmé—. Y el recién nacido salió con la boca parecida a un hocico de liebre. El director sonreía. —Por lo que usted me dice —concluyó—, según parece, ¿no se ha tenido bastante en consideración este detalle? —Tanto, que ni se mencionó. —No tiene tanta importancia. —Para ella sí. —¿Cree usted que una liebre posee poderes mágicos? —No es asunto para exponer al señor director —dije— hasta qué punto una liebre puede tener efectos mágicos o no tenerlos. La cuestión es averiguar qué efecto puede producir la vista de una liebre, en ciertas circunstancias, sobre una mujer que es ella misma labihendida. —El director reflexionó un rato, y luego dijo—: —Sí, sí; pero en este establecimiento, nuestra misión consiste en recibir los reos, y no en hacer revisión del fallo. Y, según éste, Inger no ha cumplido aún su tiempo. —Entonces solté prendas—. —En la detención de Inger Sellanraa —expuse— se cometieron faltas. —¿Faltas? —Primero que no debieron trasladarla, atendido su estado. —El director me miró sin pestañear—. —La advertencia es justa —dijo—, pero no atañe a los que cuidamos del establecimiento. —En segundo lugar —proseguí—, no hubiera debido estar dos meses en pleno arresto hasta que su estado se hizo patente a la superioridad, aquí, en el presidio. —Había asestado bien. El director estuvo callado un buen rato—. —¿Tiene usted plenos poderes para obrar en nombre de esa señora? —preguntó después—. —Sí —le respondí yo—. —Como he dicho —concluyó él—,

estamos contentos de la conducta de Inger, y la tratamos como se merece. —y aquí volvió a mencionar las muchas cosas que había aprendido; hasta a escribir le habían enseñado. Y a su hijita le dieron también la mejor instrucción. Yo le expliqué a mi vez las circunstancias en que se hallaba el hogar de Inger: los cuidados mercenarios bajo los cuales estaban los dos niños, etc.—. —Tengo un informe del marido —aseguré— que puede unirse a las actas, sea que se haya de volver sobre el caso o que se solicite el indulto de la acusada. —Déjeme usted ver el informe a que se refiere —dijo el director—. —Mañana, a la hora de visita, lo tendrá usted —le respondí.

Todo esto, tan impresionante, lo había escuchado Isak como un cuento de lejanas tierras. Estaba pendiente de los labios de Geissler.

Y éste continuó:

—Fui al albergue y redacté un informe, tomando el asunto por mío, y firmé Isak Sellanraa. No vayas a creer que se me escapó una sola palabra de las posibles faltas cometidas, estando Inger ya dentro de la cárcel. ¡Ni una sílaba! ¡Ni soslayarlo siquiera! Al día siguiente, entré con mi documento en el despacho del director. —Por favor, siéntese usted —me dijo, leyendo mi informe. Movía la cabeza en señal de afirmación o de sorpresa, según los momentos, y, finalmente, dijo: —Muy bien. No basta para lograr una revisión del caso, pero... —Con un escrito adjunto que tengo en mi cartera creo que bastará —dije yo—. Acerté. El director se apresuró a decir: —Desde ayer he pensado en el asunto, y veo que hay base suficiente para presentar una petición de indulto. —¿La cual usted apoyará, llegada la ocasión, señor director? —La apoyaré; lo haré con todo empeño—. Me incliné y añadí: —Entonces tenemos seguro el indulto. Le doy las gracias en nombre de un marido sumido en la desdicha y de un hogar abandonado. —No creo —dijo el director— que sea necesario recoger más informaciones del lugar de origen.

Usted ya conoce a la sentenciada—. Entendí muy bien que el caso debía solventarse, diríamos, silenciosamente, y respondí: —Los datos o informes que de allí llegarían más bien podrían alargar el asunto.

»Y ésta es la historia, Isak —concluyó Geissler, mientras consultaba su reloj—. Y ahora al negocio. ¿Puedes acompañarme una vez más al sitio donde hallamos el cobre?

Isak era una piedra, un tronco, y no le era posible pasar instantáneamente de lo uno a lo otro. En el colmo de la sorpresa y engolfado en profundos pensamientos, permanecía sentado, hasta que se le ocurrieron las más diversas preguntas. Supo que la solicitud estaba en manos del rey, y que el éxito podía ser decidido en uno de los Consejos próximos.

—¡Es prodigioso! —exclamaba.

Fueron a la montaña, Geissler, su acompañante e Isak. Y pasaron unas horas allá arriba. En este breve tiempo, Geissler siguió el curso de la veta de cobre en un gran trecho, y señaló las líneas del dominio que deseaba comprar. Corría como una comadreja, pero sin atolondramientos, y su juicio era de una prontitud y una firmeza notables.

Al volver a la granja, con un saco lleno de piedras de muestra, pidió pluma, tinta y papel y se puso a la tarea. Sin precipitarse, charlaba de vez en cuando:

—Oye, Isak: esta vez no percibirás una cantidad muy elevada por la venta de tu terreno, pero siempre serán unos doscientos táleros.

Y volvía a escribir.

—No se te olvidará recordarme que he de dar también una ojeada a tu molino antes de marcharme.

Llamáronle la atención unas líneas rojas y azules trazadas sobre el maderamen del telar y preguntó:

—¿Quién ha dibujado esto?

Eran un buey y un chivo, que, a falta de papel, había garabateado allí Eleseus con su lápiz de colores.

—No está mal hecho —dijo Geissler; y regaló una moneda al muchacho.

Luego volvió a su escritura, que interrumpió para decir:

—Ahora otros colonos subirán a establecerse en la antigua tierra desierta.

Su acompañante le interrumpió:

—Ya han subido.

—¿A quién te refieres?

—Por de pronto, a los de Amplia Vista, como llaman al terreno que ha comprado Brede.

—¡Ah, ése! —sonrió Geissler despectivamente.

—Y luego otros más, que también han adquirido terrenos —dijo el acompañante.

—¡Ojalá valgan algo! —dijo Geissler. Y como se diera cuenta de que los dos niños estaban ahora en el aposento, cogió al pequeño Sivert, y le dio también una moneda. ¡Qué hombre ese Geissler! Tenía ahora el borde de los ojos un poco irritado. Podía atribuirse a las largas vigili­as de la noche; pero, a veces, esta manifestación proviene de bebidas alcohólicas fuertes. Mas Geissler no daba la impresión de decrepitud; mientras charlaba de todo lo imaginable, no dejaba, seguramente, de planear el documento, y, de pronto, tomó la pluma y continuó escribiendo. Ahora parecía haber terminado.

Dirigióse entonces a Isak:

—Como te he dicho, no te harás rico, de pronto, con este negocio. Pero andando el tiempo puede prosperar, y entonces procuraremos que te sea recompensado más espléndidamente. Los doscientos táleros los tendrás al contado.

Para Isak todo esto era bastante confuso, pero, al fin y al cabo, doscientos táleros eran un milagro y un pago espléndido. Claro que no sería en moneda contante, sino sobre papel, pero también así estaba conforme, porque era otra cosa lo que daba vueltas en su cabeza.

—¿Y creéis que le concederán el indulto?

—¿A tu mujer? Si hubiera telégrafo en la aldea —respondió Geissler—, preguntaría en Drontheim si ya está en libertad.

Isak había oído hablar del telégrafo. ¡Cosa más rara! Unos hilos sostenidos por unos postes, algo que no parece de este mundo. Ahora se filtraba en su corazón algo parecido a la desconfianza acerca de las grandes afirmaciones de Geissler.

—Pero, ¿y si el rey se niega? —objetó.

—En este caso —contestó Geissler—, enviaré mi escrito adjunto al informe, que contiene la esencia de todo, y necesariamente tu esposa obtendrá la libertad. ¡No lo dudes!

Leyó lo que había redactado como escritura del terreno por doscientos táleros al contado, a los que más tarde podrían unirse altos porcentajes de la explotación, o beneficios con ocasión de sucesivas ventas.

—Firma aquí —le señaló Geissler.

Isak no tenía inconveniente en firmar lo que fuera, pero no era un calígrafo: en toda su vida no había entallado más que letras de madera. Y Oline —¡qué horror!— le estaba mirando. Cogió la pluma, aquella atrocidad de cosa ligera, dirigió acertadamente la punta hacia abajo y escribió su nombre. Geissler escribió debajo algo más, probablemente una aclaración y su acompañante firmó como testigo.

Asunto concluido.

Pero Oline continuaba en pie, inmóvil, poniéndose ahora rígida. ¿Qué iba a suceder?

—¡Pon la comida en la mesa, Oline! —dijo Isak, quizá con un tono de altanería que se le notaba desde que había firmado la escritura.

—Aceptad la buena voluntad —dijo a Geissler.

—El aroma de la carne asada y del caldo son exquisitos —comentó éste—. Ahí tienes el dinero, Isak —añadió, sacando la cartera henchida, y de ella dos fajos de billetes de Banco, que contó y dejó encima de la mesa—. Puedes contarlos tú mismo.

Ni una sola palabra turbaba la quietud.

—¡Isak! —exclamó Geissler.

—Bueno, sí —dijo Isak. Y añadió, murmurando, aturdido—: Yo no puedo pretender tanto... después de todo lo que ya habéis hecho...

—Son diez billetes de diez táleros y veinte de cinco táleros —le dijo Geissler decidido—. Espero que otra vez te tocará una suma mucho más importante.

Oline pareció volver en sí. Se había obrado el prodigio. Y puso la comida en la mesa.

A la mañana siguiente, Geissler se dirigía hacia el río para visitar el molino. Todo era pequeño y estaba toscamente construido; era como un molino para esos espíritus que moran bajo tierra, pero sólido y suficiente para ser utilizado por los hombres. Acompañoles Isak más arriba de la corriente, y le señaló un segundo salto de agua, donde ya había trabajado con vistas a montar un taller de aserrar, si el Señor le conservaba la salud.

—Lo peor es que tengamos tan lejos la escuela —se lamentaba Isak—. No me queda más recurso que dejarlos allí a pensión.

El expeditivo Geissler no veía en ello ningún inconveniente.

—Precisamente, son cada día más los que se establecen en estos sitios, y no podrá faltar pronto una escuela.

—¡Quién sabe —decía Isak— si será cuando mis niños ya sean crecidos!

—¿Y qué inconveniente encuentras en que les mandes abajo a la escuela? Vas allá con los chicos, bien provisto de víveres, y los recoges al cabo de tres semanas, o de seis, lo cual no supone casi nada para ti...

—Claro que no.

En caso de que Inger estuviera de vuelta, la dificultad desaparecería. La hacienda, los víveres, todo era una hermosura; tenía también ahora mucho dinero, y, además, una salud de hierro. ¡Ah, esa salud, fuerte y sin merma en todos los sentidos, la salud de todo un hombre!

Cuando Geissler hubo partido, Isak empezó a reflexionar sobre varias cosas en las que había puesto su orgullo. A lo último, el bueno de Geissler le había animado, asegurándole que así que tuviera el telégrafo a su alcance, le mandaría noticias.

—Puedes preguntar en Correos dentro de catorce días —le había dicho.

Esto le llenaba el alma. Se puso a labrar un pescante desmontable, que levantaría cuando el carro hubiera de servir para el acarreo de las cosechas, y que volvería a colocar en él para los viajes a la aldea. Una vez construido era tan limpio, tan nuevo, que fue preciso darle una mano de color más oscuro. ¡Y cuántas otras cosas era preciso hacer todavía! Todo tenía que pintarse. Otra idea le acompañaba ya hacía años: la construcción de un granero capaz y del puente para poder llevar el heno en carro hasta el espacio superior; y la aserradora que esperaba a ser puesta en marcha; y el seto con que había de cercar toda su propiedad; y la construcción de un bote para el lago... Eran muchos los planes que Isak tenía, pero no le bastaba el tiempo, aun

centuplicando sus energías. Antes de que se diera cuenta llegaba el domingo, y volvía a ser domingo al cabo de poco.

La pintura de las casas no admitía espera; hubiérase dicho que las casas estaban en mangas de camisa, tan desnudas y grises se veían sus paredes. Todavía le quedaba tiempo antes de las labores, pues la primavera no había empezado, y, aunque el suelo continuara helado, ovejas y cabras ya andaban al aire libre.

Isak embala unas docenas de huevos para venderlos en el pueblo. A la vuelta, viene provisto de colores al óleo bastantes para una construcción, para el granero, que pintaría de rojo. Va a buscar más color, y decide pintar la casa de ocre.

—Es lo que yo digo: esto va ganando en distinción —murmura Oline cada día.

¡Oh! La Oline no deja de advertir que sus días en Sellanraa son contados. Era suficientemente recia para soportar el golpe, pero no sin murmurar. Isak, por su parte, ya no se preocupaba de ajustar cuentas con ella, por frecuentes que fueran en los últimos tiempos sus hurtos y malversaciones. Llegó a regalarle un carnero joven, teniendo en cuenta, quizá, que Oline le servía a cambio de un pequeño salario. Por otro lado, nunca había tratado mal a sus hijos; no pecaba de severa o exigente, y sabía acomodarse a la edad infantil; les daba conversación, respondía a sus preguntas, y usaba con ellos de tolerancia. Si se le acercaban cuando estaba elaborando el queso, les permitía catarlo, y si algún domingo se les ocurría escaparse antes de lavada la cara no les contrariaba.

Cuando hubo dado a la casa la primera capa de pintura, Isak trajo del pueblo tanta como pudo (e Isak podía mucho), dio tres manos de color blanco en los muros y cruces de las ventanas. Cuando, regresando del pueblo,

divisaba ahora su morada sobre la pendiente de la montaña, ¡le parecía ver el castillo de ensueños de Soria Moria! Aquel terreno, antes yermo, estaba desconocido y se cernía encima de él la bendición; la vida había surgido en él al cabo de un letargo secular, lo poblaban los hombres y jugaban los niños alrededor de las casas. Hasta lo más alto de las montañas azules se dilataba el bosque, hermoso, vasto.

Cuando Isak llegó un día a casa del tendero, éste le dio un sobre azul que ostentaba un escudo, y cobró por ello cinco chelines. Era un telegrama cursado por mediación de Geissler. ¡Qué hombre tan singular, ese Geissler! Telegrafiaba concisamente: «Inger libre. Llegará pronto. –Geissler.»

A Isak le pareció que la tienda daba vueltas, y la gente y el mostrador se alejaban. Más que oírlo, se sintió a sí mismo, diciendo:

—¡Alabado sea Dios!

El tendero dijo:

—Si ha salido a tiempo de Drontheim, puede ser que mañana la tengas aquí.

—Ya, ya –contestó Isak.

Isak se quedó en el pueblo hasta el día siguiente. El bote que venía con la correspondencia recogida en la estación del buque de vapor se acercaba, pero Inger no estaba a bordo.

—Ya no llegará hasta la semana próxima –afirmó el tendero.

Casi le favorecía aquella tardanza a Isak, pues eran muchas las cosas que quedaban por hacer. ¿Podría darlas al olvido? ¿Podía dejar abandonados los cultivos? Llegado a casa, se dispone a estercolar. En seguida acaba. Hierve el terruño con la azada, y observa día tras día el deshielo. Brilla el sol grande y esplendoroso, la nieve ha desaparecido, el verde asoma por todas partes, y el ganado anda libre. Isak ara un día y espera dos o tres para sembrar el grano y

poner las patatas, faena en que le ayudan los chicos con manos de ángel, que se desembarazan de la faena con más rapidez que el padre.

Después lava Isak el carro al borde del río, y coloca en él el pescante. Habla con los niños de una excursión que ha de hacer a la aldea.

—Pero, ¿no irás a pie? —le preguntan.

—No; esta vez tengo el propósito de ir en el carro.

—¿Y nos dejarás ir contigo?

—Por esta vez os quedaréis en casa, con la promesa de portaros bien. Vuestra madre está a punto de volver, y veréis las muchas cosas que de ella podréis aprender.

Elseus, tan deseoso de saber, pregunta:

—Aquel día que escribiste sobre papel, ¿qué efecto te hizo?

—Casi no lo noté —dijo el padre—. Es como si la mano estuviera vacía.

—¿No resbala como sobre el hielo?

—¿Quién?

—La pluma con que escribiste.

—¡Ya lo creo! Por eso es preciso aprender a dirigirla.

El pequeño Sivert tenía otra manera de ser: nada dijo de la pluma; lo que quería era ir sentado en el pescante del carro vacío, guiar un caballo imaginario y correr mucho. Isak les permitió ir con él un buen trecho en el carruaje.

Isak prosigue la carrera hasta llegar a un charco del pantano y se detiene. La lagunilla es negra y profunda; su superficie, de un tono azul, se mantiene inmóvil. Isak conocía su utilidad: pues apenas en su vida se había servido de otro espejo que de un charco así. ¡Miradle! Con su camisa roja está guapo y atildadamente vestido. Ahora saca unas tijeras, y se recorta la barba. ¿Pretendía hoy el petulante coloso embellecerse y desprenderse de su vieja barba de cinco años? No se cansa de cortar y cortar, ni de mirarse en el espejo del agua. ¿Qué inconveniente podía haber en que hiciera esto en su casa? ¿Le avergonzaba la presencia de Oline? Ya era mucho haberse presentado ante ella con la camisa roja. Tijeretazo va, tijeretazo viene; una buena porción de barba flota sobre el agua inmóvil. Como el caballo se impacienta, Isak da por terminada su tarea. Sí, señor. Se siente mucho más joven. Y, ¡qué diantre!, si sus ojos no le engañaban, ¡hasta más esbelto!

Y vuelve a emprender la carrera hacia el pueblo.

Al día siguiente llega el bote. Isak, sentado en una roca, cerca del cobertizo del tendero, vigila el desembarco. ¡Dios mío, cuántos pasajeros salían! Personas mayores y niños; pero tampoco esta vez aparece Inger; no viene entre ellos. Sentado en la roca habíase quedado Isak en último término y no habiendo por qué mantenerse a distancia, se acercó al bote. Salían todavía del barco de ocho remos, cajas y toneles, gente y paquetes de correspondencia,

pero Isak no veía a Inger. En cambio, se fijó en una mujer con una niña, pero era más bonita que Inger, aunque Inger no era fea. Pero... ¡Si era Inger aquella mujer! Isak carraspeó y fue rápido a su encuentro. Se saludaron. Inger le dio los buenos días, tendiéndole la mano, todavía un poco resfriada y pálida del mareo y las molestias del viaje. Isak no acertaba a decir nada.

—Hace muy buen tiempo —dijo al fin.

Y ella:

—Te había visto allá enfrente, pero no he querido molestar a nadie abriéndome paso. ¿Has tenido asuntos en el pueblo?

—Sí —contestó Isak, y carraspeó.

—Espero que todos estaréis bien.

—Sí.

—Ésta es Leopoldine. El viaje le ha sentado mejor que a mí. Mira, éste es tu padre. Saluda a tu padre, Leopoldine.

Isak carraspeó una vez más. Se encontraba de un modo raro; era como forastero entre las dos.

—Si ves en la lancha una máquina de coser... —dijo Inger—, es la mía. Además, hay una caja.

Isak se fue, de la mejor gana. Los encargados del bote le señalaron la caja, pero en cuanto a la máquina de coser, fue preciso que Inger misma la buscara. Era como un cajón de forma desconocida, con una tapa redonda y un asa para poder llevarla fácilmente. ¡Una máquina de coser en aquella comarca! Isak cargó con la caja y con la máquina de coser, y dijo a su familia:

—Voy corriendo al pueblo con esto, y luego la llevaré a ella.

—¿A quién? —preguntó Inger—. ¿Crees que esta niña mayor no puede ir andando?

Acercáronse al carro.

—¿Has comprado otro caballo? —inquirió Inger—. ¿Y ese carro con su pescante?

—Pues, claro. Pero, lo que iba a decir: ¿No vas a tomar un bocado? Tengo ahí algunas provisiones.

—Esperemos hasta que hayamos dejado atrás el pueblo —contestó la mujer—. ¿Qué te parece, Leopoldine? ¿Sabrás estar sentada aquí, solita?

Pero el padre no lo permitió; no se fuera a caer entre las ruedas.

—Siéntate tú en el pescante con ella, y toma las riendas —dijo Isak.

Así lo hicieron, y detrás del carruaje iba Isak a pie. Contemplaba a las dos. Inger había llegado por fin, y tanto su físico como su atavío le parecían extraños, y de una rara distinción; el defecto de la boca labihendida había desaparecido, y sólo quedaba una pequeña cicatriz encarnada en el labio superior. Su hablar no era ya sibilante, y su pronunciación se distinguía por su pureza. Entonaba admirablemente con su pelo oscuro el pañuelo de lana de la cabeza, con franjas grises y encarnadas y flecos. Inger volvióse en su asiento y dijo:

—Hubiera sido oportuno traer una piel; al anochecer, el aire será fresco para la niña.

—Ponle mi chaqueta, y al llegar al bosque hallaremos una piel que he dejado allí escondida.

—¡Ah! ¿Tienes guardada una piel en el bosque? —preguntó Inger.

—Sí —contestó Isak—. No quería ir con ella en el coche todo el camino, para el caso de que no hubieses llegado.

—Ya. ¿Y qué dijiste? ¿Los dos niños están bien?

—Sí.

—Les encontraré crecidos.

—Desde luego. Se han ocupado últimamente de la plantación de las patatas.

—¡Vamos! —exclamó la madre, meneando la cabeza—. ¿Ya son capaces de plantar patatas?

—Eleseus me llega hasta aquí, y Sivert hasta aquí —contestó Isak, acompañando sus palabras con el gesto.

La pequeña Leopoldine pidió algo de comer. ¡Qué linda era! Un ser delicado, como un insecto gracioso posado sobre el carruaje. Hablaba, con un tono cantarín en la voz, el singular lenguaje de Drontheim, que no siempre el padre llegaba a comprender sin que Inger se lo tradujera. Los rasgos de la niña coincidían con los de los muchachos, los ojos pardos, las mejillas alargadas, herencia de la madre. ¡Bien está que los hijos salgan a la madre! Isak no se demostraba expansivo con su hija, atemorizado, como se sentía, por sus zapatitos, sus largas medias de lana fina y su trajecito corto. Al saludar por primera vez a su padre, se había inclinado, tendiéndole una mano chiquitina.

Llegados al bosque, se pararon y comieron. El caballo tuvo su pienso, y Leopoldine brincaba, con un pedazo de pan en la mano.

—No has cambiado mucho —observó Inger, con la mirada puesta en su marido.

Isak volvió a un lado la cara, y respondió:

—¿Te parece? Yo te encuentro más distinguida.

—No; he envejecido —dijo ella, riendo y echándolo a broma.

Era evidente que Isak no se sentía del todo en su centro: un poco intimidado, retraído. ¿Qué edad tendría su mujer? Menos de treinta años, no. Es decir, más de treinta años, imposible. Isak arrancó una ramita de brezo y mordía en ella.

—¿Se te ocurre comer brezo? —exclamó Inger, riendo.

Isak tiró la ramita y tomó un bocado de las provisiones; fue hacia el caballo y lo levantó por delante, de modo que el animal quedó apoyado únicamente sobre las patas traseras.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Inger.

—Es un animal muy cariñoso —dijo Isak, soltándolo.

¿Qué poderoso impulso le había movido a hacerlo? Acaso no pudo dominar unas ganas tremendas de ejecutar tal cosa, o, tal vez, lo hiciera para disimular su turbación.

Se levantaron y fueron un trecho a pie.

—¿Qué es eso? —preguntó Inger a la vista de las nuevas construcciones.

—Es el terreno que compró Brede.

—¿Brede?

—Y llaman al sitio Amplia Vista. Terreno pantanoso; poco bosque.

Andando por encima de Amplia Vista, hablaron todavía un rato de lo mismo; pero a Isak no le había pasado por alto que el carruaje de Brede estaba todavía al raso.

La niña se dormía, y su padre la tomó cariñosamente en brazos para llevarla. Seguían el camino a pie, y cuando estuvo del todo dormida, Inger aconsejó:

—Ahora la dejamos echada en el carro, encima de la piel, y que duerma tanto como quiera.

—Con el traqueteo del carro —opinó el padre— dormirá mal.

Así —Isak con la niña en brazos— llegan al borde del pantano, lo dejan atrás y entran en el bosque. Inger detiene el caballo, toma la niña de entre los brazos de Isak, y le pide que ponga más juntas la caja y la máquina de coser, de manera que Leopoldine pueda estar acostada en la trasera del carro, pues no hay peligro del traqueteo que teme Isak. Lo hace como ella aconseja, envuelve

a su hijita en la piel y le pone su chaqueta como almohada. Y siguen su camino.

Van a pie marido y mujer, hablando de cosas diversas. El sol se pone muy tarde y la temperatura es cálida.

—Oline, ¿dónde duerme ordinariamente? —preguntó Inger.

—En el cuarto de respeto.

—¿Y los niños?

—En el mismo que al marcharte tú, cada uno en su cama.

—No me canso de mirarte —dice Inger—, y no has cambiado. Tantas cargas como han pesado sobre tus espaldas a través de las tierras deshabitadas, y no por esto ha disminuido tu fortaleza.

—¡Oh, no! Pero, a lo que iba: ¿tú has soportado bien los años de ausencia?

A Isak, conmovido, le temblaba la voz al hacer esta pregunta. Inger le respondió que no tenía motivos de queja.

Creció en afectuosidad la conversación. Isak preguntaba a Inger si estaba cansada, en cuyo caso sería mejor que subiera al carro.

—No, gracias —respondió Inger—. Pero no sé qué me pasa, que se me ha despertado el apetito desde que el mareo ha cedido.

—¿Tomarías algo más?

—Sí; pero que no sea causa de detenernos demasiado.

No es que Inger tuviera mucho apetito, pero así facilitaba a Isak el poder continuar la comida interrumpida con aquella ramita de brezo.

Como la tarde era templada y clara y tenían todavía un buen trecho hasta su morada, empezaron a comer de nuevo.

Inger fue por un paquete que guardaba dentro de la caja, diciendo:

—Traigo un par de casitas para los niños. Ven, vamos a aquel soto donde todavía da el sol.

Sentáronse, y la madre mostró las cosas destinadas a los chicos: unos bonitos tirantes con hebillas, cuadernos de escritura con las correspondientes muestras, y un lápiz y un cortaplumas para cada uno. Para sí misma reservaba un libro excepcional.

—Mira, aquí consta mi nombre; es un devocionario.

Se lo había dado como recuerdo el director de la prisión. Isak lo admiraba todo en voz baja. Le enseñó también una serie de cuellos que pertenecían a Leopoldine, y le dio a él un pañuelo negro para el cuello, que lucía como seda.

—¿Es para mí?

—Sí, es mi regalo.

Isak lo cogió cuidadosamente y pasó la mano por él.

—Di si no es bonito.

—Sí que lo es. Con este pañuelo al cuello me pasearía por el Universo.

Pero tan rudas eran sus manos, que los dedos se le quedaban como pegados en aquella seda extraña.

Nada más podía presentar Inger. En el acto de empaquetar de nuevo estaba sentada en tal posición que aparecían las pantorrillas ceñidas en unas medias de rayas rojas. Isak carraspeó.

—¿Son medias de ciudad? —preguntó.

—El hilo es de la ciudad, pero las confeccioné yo misma a punto de aguja. Son medias largas que llegan más arriba de la rodilla. Mira...

Al cabo de un momento, Inger oía su propia voz, murmurando:

—Tú siempre el mismo... Como antes.

Subieron al carruaje. Inger guiaba.

—Tengo también un paquete de café —dice—, pero no podrás probarlo esta noche, porque todavía no está tostado.

—No padezcas por eso —responde él.

Pasa un rato más. Se ha puesto el sol y hace fresco. Inger prefiere andar. Arropan bien a Leopoldine y sonrían al ver que es capaz de dormir tanto rato. Y luego, discurrendo, siguen marido y mujer su camino. Oír hablar a Inger es ahora una verdadera delicia; nadie podría hablar mejor que ella.

—¿No son cuatro las vacas que tenemos? —pregunta Inger.

—No, ahora tenemos más —responde él con orgullo—; son ocho.

—¿Ocho vacas?

—Sí, contando también el toro.

—¿Se ha vendido mantequilla?

—¡Ya lo creo! Y huevos vendemos también.

—O sea, que tenemos también gallinas.

—Por supuesto; y un cerdo.

La sorpresa de Inger llega al colmo; comprende apenas lo oído, y detiene un momento el caballo. Isak está orgulloso, y pone empeño en deslumbrarla.

—Geissler, ya conoces a Geissler, me hizo una visita días atrás.

—¿Sí?

—Sí; y nos ha comprado una mina de cobre.

—¿Cómo?

—Una parte del monte que contiene mineral de cobre. Está en lo más alto, al extremo norte del lago.

—Sí. ¿Y es de esto el dinero que has cobrado?

—Sí; no es Geissler de los que vacilan en pagar.

—¿Cuánto te ha dado?

Isak carraspea.

—No querrás creerlo, pero son doscientos táleros.

—¡Tanto dinero has recibido! —exclama Inger, volviendo a parar el caballo.

—Esto me ha producido, sí. Y he pagado nuestras tierras hace tiempo.

—¡Oh! ¡Eres inmenso!

Verdaderamente, resultaba una dicha despertar la admiración de Inger y hacerla una mujer rica; por esto añadió Isak que tampoco tenía deudas ni en casa del tendero, ni en ninguna parte. Y, no solamente guardaba íntegros los doscientos táleros, sino que, además, contaba con otros ciento sesenta. Tenían, pues, motivo sobrado para dar gracias a Dios. Hablaron de Geissler un rato más. Inger, por su parte, aclaró a Isak lo que aquél había hecho por su libertad. No fue tan fácil. Geissler hubo de desplegar mucha actividad y hacer frecuentes visitas al director de la prisión. Era también Geissler, pero a espaldas del director, quien había mandado escritos al Consejo de Estado, o a otras autoridades. El director se enfadó mucho, como era de esperar, pero no por esto se dejó intimidar Geissler, y exigió un interrogatorio y una revisión de autos y todo. Y el rey tuvo que poner su firma.

El antiguo delegado Geissler había sido siempre para los dos un señor todo bondad; más de una vez se habían dicho qué razón le impulsaría a interesarse tanto por aquello de que sólo recibiría las gracias. ¡Era inconcebible! Inger había hablado con él en Drontheim, pero tampoco sacó el motivo.

—Toda la demás gente del municipio le tiene sin cuidado, excepto nosotros —declaraba Inger.

—¿Lo ha dicho él?

—Sí; está furioso contra la gente del distrito. «¡Ya verán!», dice.

—¡Ah! ¿Sí?

—Y que algún día habrán de arrepentirse de su ausencia.

A la salida del bosque vieron a Sellanraa que se extendía ante sus ojos. Los cuerpos de edificación eran más que antaño; las paredes aparecían pulcramente pintadas. A Inger le parecía todo aquello desconocido, y exclamó:

—¡No vas a decirme que todo eso..., que eso es nuestro!

La niña se despertó por fin, y se incorporó. Había dormido a su gusto; la levantaron, y los siguió andando.

—¿Es allá a donde vamos? —preguntó.

—Sí. ¿Verdad que es hermoso?

Al otro lado, junto a la casa, se movían unas figuritas: eran Eleseus y su hermanito Sivert que estaban a la mira; acercáronse corriendo al ver a los que llegaban. Inger pareció darse cuenta, de pronto, de un enfriamiento; tosía, y el catarro nasal llegaba a llenarle de agua los ojos. ¡Es tan fácil coger un resfriado a bordo! ¡Y que de puro catarro se le llenan a una los ojos de lágrimas!

Pero los dos niños estaban atónitos, comiéndose con los ojos a los recién llegados. Ya no se acordaban del aspecto que tenía su madre, y a su hermanita nunca la habían visto antes. Al padre sí le conocieron, cuando se acercó más, pero se había cortado su gran barba.

Todo va bien ahora.

Isak siembra la avena; la rastrilla y la apisona con el rodillo. Leopoldine se le acerca y se empeña en sentarse encima del rodillo. ¡Qué idea! Es tan pequeña, que no sabe nada de eso; sus hermanos saben que el rodillo con que su padre apisona el grano no tiene asiento.

Pero al padre le agrada que Leopoldine se acerque a él tan confiadamente; habla con ella, advierte que ha de entrar con cuidado en el campo para no llenarse de tierra los zapatos.

—¡Qué veo! —exclama—. ¡Hoy llevas un vestido azul! ¡Fíjate! Sí, azul es. ¡Y con su cinturón y todo! ¿Te acuerdas del barco grande en que viniste? ¿Y viste la máquina que llevaba dentro? Bien; ahora vete a casa con tus hermanitos, que jugarán contigo.

Desde que se ha marchado Oline, Inger ha reanudado sus tareas en el hogar y en los establos. Tal vez extrema un poco la limpieza y el orden, para indicar que desde ahora las cosas han de tomar un nuevo aspecto. Y fue efectivamente muy notable el cambio que se operó en todo, hasta el punto de que los cristales del establo aparecían lavados y relucientes, y restregado el maderamen del más ínfimo de sus departamentos.

Esto duró unos días, la primera semana, y luego Inger cedió un poco. Propiamente, no había necesidad de que en los establos estuviera todo

reluciente; mejor podía emplearse el tiempo. Era mucho lo que Inger había aprendido en la capital, y esos conocimientos habían de favorecerla. Volvió a su rueca y al telar, y la verdad es que se la veía más experta y más lista, demasiado tal vez, a los ojos de Isak principalmente, que no comprendía cómo una persona pueda aprender a tener tal presteza en los dedos afilados y lindos de la mano más que regular de su Inger. Pero Inger iba de una labor a otra. Sí; solicitaban su cuidado algunas cosas más que antes, y en mayor extensión. Y, ¿quién sabe?, acaso era menos paciente que antes, como si se hubiera infiltrado en su corazón cierta inquietud.

Ante todo, había traído unas flores: bulbos y esquejes, vidas pequeñas que requerían también sus cuidados. Las ventanas eran demasiado reducidas y los rebordes pecaban de estrechos para colocar en ellos unas macetas con flores; ni de unos tarros disponía para salir del paso, y fue Isak quien se puso a fabricar unos cajoncitos para las begonias, fucsias y rosas. De todos modos, una sola ventana no bastaba. ¿Qué era una sola ventana para toda una habitación?

—Hablando de todo —decía Inger—, también me hace falta una plancha. ¿De qué me sirve coser vestidos si en la confección no se llega a nada sin lo indispensable para planchar las prendas?

Isak prometió ir al herrero del pueblo y encargarle una buena plancha. Estaba dispuesto a hacerlo todo, incansable, para cumplir los deseos de Inger. Porque pronto se dio cuenta de que Inger había aprendido mucho y adquirido capacidades poco comunes. También su lenguaje era otro, mejor, más escogido. Ahora no le llamaba como antes diciendo: «¡Entra, y come!»; sino que le decía: «¡Haz el favor de venir a comer!» Todo había cambiado. Antaño, él mismo se hubiera limitado a responder: «Sí», y hubiera trabajado un rato más antes de entrar. Ahora respondía: «Sí, gracias» y se daba prisa. El amor

hace necio al prudente, e Isak decía algunas veces: «Gracias, gracias.» Sin duda, había cambiado todo. ¿Pero no era, acaso, excederse un poco en lo distinguido? Cuando Isak, en la lengua materna hablaba de estiércol, Inger decía «abono», para acostumar a los niños a un lenguaje más escogido; les instruía, además, en todo lo conveniente, llevándoles muy adelante. La minúscula Leopoldine hacía progresos en las labores de ganchillo, y los niños en la escritura y en otros ramos escolares; de modo que no entrarían sin una buena preparación en la escuela del pueblo. Especialmente Eleseus se mostraba muy capaz. Sivert, en cambio, el pequeño Sivert, no era gran cosa, dicho sin rodeos; no tenía nada especial: era un zumbón, un pilluelo; se atrevía hasta con la máquina de coser de su madre, que ponía en marcha, o tallaba caprichosamente con su cortaplumas mesa y sillas. Acabaron amenazándole con quitárselo.

Por lo demás, los tres hermanos se divertían con los animales domésticos, y Eleseus tenía, además, un lápiz de colores. Lo usaba con mucha precaución, y refunfuñaba un poco al prestarlo a su hermano. El resultado fue que al cabo de cierto tiempo, a medida que el lápiz iba haciéndose más pequeño, las paredes se llenaban de dibujos. Eleseus se vio obligado a racionar a Sivert, prestándole el lápiz solamente los domingos para que hiciera un dibujo. No era precisamente esto muy del agrado de Sivert, pero Eleseus no era hombre para acceder a regatear; sin ser propiamente el más fuerte, tenía los brazos más largos que Sivert y podía salir del paso con ventaja en las peleas.

¡Pero este Sivert! Un día descubría un nido de pollas de las nieves en el bosque, otro día hablaba de uno de ratones, y otra vez contaba patrañas de una trucha que decía haber visto en el río, grande como un hombre. Era pura invención, y en esto no andaba lejos de llamar negro a lo blanco y viceversa, pero, por lo demás, era un buen muchacho. Cuando la gata tuvo cachorrillos

era él quien les llevaba la leche, porque la madre le bufaba a Eleseus, enfurecida. Sivert, en cambio, no se cansaba de mirar en la caja, aquel extraño hogar donde se movía una multitud de patitas.

No pasaba un día sin que observara las gallinas. Allí estaba el gallo con su cresta y la magnificencia de sus plumas, y las gallinas que corrían a su alrededor cacareando y picoteando la arena, y luego de puesto en puesto se ponían a gritar de pronto desafortadamente, como ofendidas. Allí estaba también el fornido carnero. Aunque Sivert sabía ahora mayor número de cosas que antes, no hubiera sabido decir, por ejemplo: «¡Cielos, qué soberbia nariz romana tiene este carnero!» Esto no. Algo mejor sabía Sivert: conocía a aquel carnero desde que era muy pequeño, un corderillo; le amaba y estaba identificado con él como un pariente, una criatura como él. Una vez recibió una misteriosa impresión que estremeció sus sentidos y que nunca olvidaría. El carnero estaba paciando; de pronto, echó atrás la testa y dejó de pastar, quedose inmóvil, la mirada fija en el espacio. Sivert miró instintivamente en la misma dirección. Nada se veía de particular. Pero Sivert sintió en su interior algo nuevo. Y pensó: Es como si sus ojos penetraran en la visión del Paraíso terrenal.

De las vacas, pertenecían dos a cada uno de los niños; y aquellas bestias enormes, pesadas, lentas, se dejaban llevar, mansas y cariñosas, y se dejaban acariciar siempre que querían los niños. Y había también el cerdo blanco, muy limpio si se lo cuidaba bien, y atento a cualquier ruido; un verdadero cómico, glotón y a la vez cosquilloso y tímido como una doncella. Y luego el chivo. Siempre había en Sellanraa un viejo macho cabrío; cuando al uno le tocaba abandonar la vida, otro venía a ocupar su sitio. ¿Hay algo más carneril que la cara de un carnero? Precisamente en aquellos días tenía que vigilar a muchas cabras; mas, de vez en cuando, se hartaba de ellas y se tumbaba tedioso,

cavilando, barbilargo, como un patriarca Abraham. Y de pronto, se levantaba apoyándose sobre las rodillas y se reunía con las cabras dejando a su paso una nube de olor cáustico.

Se suceden los días en la hacienda. Cuando, por excepción, pasa un caminante que va hacia la sierra, y pregunta: «¿Y a vosotros os va bien?» Isak responde y responde Inger:

—Bien, gracias.

Isak no descansa; consulta el calendario para cada labor, está alerta sobre los cambios de luna y se rige por las señales meteorológicas. Trabaja y trabaja.

Ahora ya tiene el camino bastante bueno, que él mismo se ha hecho, y que atraviesa en toda su extensión hasta el pueblo lo que fue antaño tierra de nadie. Este camino lo recorre, a veces, con el carruaje; pero mayormente, prefiere hacerlo cargado a la ida con quesos de cabra o pieles, o corteza de abedul, mantequilla, huevos, y a la vuelta con otros artículos que ha adquirido a cambio del dinero cobrado con la venta de aquéllos. Estas salidas las evita cuando puede, porque el camino de Amplia Vista para abajo es muy malo. Ha ofrecido a Brede Olsen ayudarle en la faena si se decide a arreglarlo, y Brede ha hecho promesas que no cumple. Ahora Isak ya no piensa en rogarle de nuevo.

Cuando Inger le ve tan cargado, le dice:

—No entiendo cómo puedes soportarlo. ¡Eres incansable!

Y así es, realmente. Llevaba unas botas tan desmesuradamente gruesas y tan pesadas, con clavos remachados y herraduras en las suelas (¡hasta los cordones estaban sujetos con tachuelas!) que parece increíble que un hombre pueda andar con tales botas.

Esta vez, al llegar a la aldea, ve pequeños grupos de obreros en varios sitios que instalan unos basamentos de piedra y levantan unos postes de

telégrafo. Una porción de ellos son vecinos. Brede Olsen también está allí, dando al olvido los fines agrícolas a que pensaba dedicarse. «¿Cómo es posible que le sobre tiempo?», se pregunta Isak.

El capataz pregunta a Isak si está dispuesto a vender postes de telégrafo.

—No.

—¿Ni aunque fueran muy bien pagados?

—No.

Isak ya no era el hombre tardío en las respuestas. Sabe que si se decidiera a la venta que le proponen, cobraría algunos táleros más, pero se quedaría sin bosque. ¿Qué ventaja había, pues? Luego es el ingeniero quien se acerca a él para reiterarle la proposición. Isak la rechaza igualmente.

—Nos bastan los postes de que disponemos —dice el ingeniero—, pero nos sería más cómodo acarrearlos directamente desde tu bosque y así nos ahorraríamos un transporte tan largo.

—Dispongo de pocos troncos —replica Isak—, teniendo en cuenta que quiero instalar una pequeña aserradora, y, además, me faltan un buen granero y una buena despensa para mis provisiones.

Brede Olsen se inmiscuye en la conversación.

—Si yo fuera tú —le dice—, vendería los postes, Isak.

Los ojos del paciente Isak centellean, y, mirando fijamente a Brede, le dice:

—Sí, sí; lo creo.

—¿Cómo? —insinúa Brede.

—Pero yo no soy tú —concluye Isak.

Algunos trabajadores sonrían al oír la respuesta. Y es que Isak tenía un motivo muy particular para poner a distancia a su vecino. Aquel mismo día había visto en el terreno de Amplia Vista tres ovejas, y reconociendo en una

de ellas la de las orejas planas que Oline había dado a trueque de alguna cosa, «Quédese Brede con la oveja –había pensado Isak, siguiendo su camino–. ¡Y que él y su mujer se hagan ricos con ella!»

Y era cierto. No se le quitaba del pensamiento lo de la aserradora. En invierno, cuando el suelo se hubo endurecido, subió a Sellanraa la gran sierra circular y todo lo indispensable para el montaje, que habían llegado por mediación del negociante de Drontheim. Untados con aceite de linaza para preservarlos de la herrumbre, aquellos elementos de la instalación mecánica esperaban en el cobertizo; veíanse allí mismo algunas de las vigas y traviesas para las nuevas construcciones, que nada impedía ya comenzar, pero que Isak aplazaba de un día a otro. ¿Qué le pasaba? ¿Disminuían sus energías? A otros no les sorprendería, pero a él se le hacía increíble su propio caso. ¿Es que se mareaba? Antes, no había faena que le intimidara. ¿Había cambiado, tal vez, desde que, en lucha con el agua, instalara el molino? Con sólo bajar al pueblo, podía pedir ayuda a otros brazos; pero no: dentro de pocos días probaría de acometer el trabajo por sí mismo. Inger le ayudaría un poco.

Habló con ella y carraspeó, y luego dijo:

—Si, por acaso, dispones de un par de horas, podrías ayudarme en lo de la aserradora.

Inger meditó un rato.

—Con tal que pueda... –contestó–. ¿Vas a construir una aserradora?

—Ésta es mi intención. Ahora ya lo he reflexionado bastante.

—¿Es más difícil que el molino?

—¡Mucho más! ¡Diez veces más! –declaró Isak–. ¿Qué te has creído tú? Todo tiene que calcularse y precisarse, y en medio ha de ir la gran sierra circular, funcionando.

—Con tal que puedas, Isak –respondió Inger en su atolondramiento.

A Isak le molestaron estas palabras, y replicó:

—Ya lo veremos.

—¿No puedes pedir consejo a uno que conozca la especialidad?

—No.

—Pues me temo que no podrás llevarlo a cabo —expresó Inger.

Y nadie hubiera logrado hacerla volver atrás de su aprensión.

Isak levantó la mano lentamente y se apretó las sienes. Parecía un oso que levantara la pata.

—Lo mismo temo yo: que no podré llevarlo a cabo —concedió—. Por eso, tú, que eres más entendida, me ayudarás.

El oso había apuntado bien, pero no por esto obtenía la victoria. Inger echó la cabeza atrás, se rebeló y se negó a ayudar en lo de la aserradora.

—¡Ah! —dijo Isak.

—¿Es que voy a exponer mi salud con la humedad del río? ¿Quién movería la máquina de coser y cuidaría de la lumbre y del ganado?

—¡Ah! —dijo Isak.

A la postre, no se trataba más que de echar una mano al colocar las cuatro vigas cornijales y las dos cuerdas. ¿Sería que Inger, en el fondo, se había vuelto melindrosa al contacto de la vida ciudadana?

De que estaba muy cambiada, no había duda. No pensaba tan constantemente en el bien común, sino en sí misma. Ciertamente que había requerido de nuevo las cardenchas, la rueca y el telar; pero más le agradaba sentarse ante la máquina de coser, y cuando el herrero le hubo construido la plancha, le faltó tiempo para demostrar sus excelentes condiciones de modista. Era su verdadera profesión. Lo primero que confeccionó fueron un par de vestidos para la niña. A Isak le agradaron, y hasta se excedió, tal vez algo, en

los elogios; Inger dio a entender que no era nada en comparación con lo que sabía hacer.

—Pero son demasiado cortos —objetó Isak.

—Así se llevan en la ciudad. Tú no entiendes nada de esto.

Isak había ido demasiado lejos, y puso en perspectiva a Inger una pieza de paño para utilidad propia.

—¿Para un abrigo? —preguntó Inger.

—O para lo que tú quieras.

Inger se decidió por un abrigo, y describió a Isak cómo tenía que ser el paño.

Pero una vez confeccionado, pareció que le hacía falta alguien que se lo viera puesto. Un día acompañó a los dos muchachos a la escuela de la aldea. Y este viaje resultó de no poca utilidad; dejó rastro.

Primero, al llegar al nivel de Amplia Vista, salió la señora con sus hijos y estuvieron un rato con la vista fija en los viajeros. Inger y los dos niños iban en el carruaje, como hijos de señores, e irían, seguramente, a la escuela. ¡Y la Inger llevaba un abrigo de paño! A la señora de Amplia Vista se le clavó una espina en el corazón, no porque el abrigo de Inger le importara gran cosa; no pecaba de vanidosa, gracias a Dios. Pero tenía hijos: Barbro, una muchacha ya mayorcita, Helges, el segundo, y Katrine, en edad escolar todos ellos. Naturalmente, los dos mayores ya habían frecuentado un cierto tiempo la escuela, pero cuando la familia se estableció en aquella apartada y pantanosa Amplia Vista, su cristianización había sido interrumpida.

—¿Y llevas víveres para tus hijos? —preguntó la señora.

—¿Viveres? Naturalmente. ¿Ves aquella canasta? Es mi maleta, y va llena hasta los bordes.

—¿Y qué llevas?

—¿Qué? Tocino y carne para la comida del mediodía, y mantequilla, queso y pan para las otras.

—Estáis bien instalados allá arriba —ponderó la señora, mientras sus pobres hijos, paliduchos, eran todo ojos y oídos al oír enumerar aquellos manjares.

—¿Y dónde los tendrás a pensión?

—En casa del herrero.

—¡Ah! —dijo la señora de Brede—. Los míos volverán también a la escuela, y los tendremos en casa del delegado.

—¡Ah! —exclamó Inger.

—Sí; o en casa del doctor, o del párroco. ¡Brede está en buenas relaciones con toda la gente de pro...!

Inger se arregló un poco el abrigo y ordenó, para realzar el efecto, unos flecos de seda negra.

—¿Dónde has comprado ese abrigo? —preguntó la señora—. ¿Allá en la ciudad, tal vez?

—Lo he cortado y cosido yo misma.

—Es lo que te digo; allá arriba nadáis en dinero y abundancia.

Inger continuó el viaje al pueblo, gozosa y llena de orgullo, sentimientos que, tal vez, ostentara demasiado, pues lo cierto es que la señora Heyerdahl, mujer del delegado, se escandalizó de que Inger se presentara allí con su abrigo. Dijo que el ama de Sellanraa parecía olvidar su condición y dónde había pasado los seis años últimos. Pero Inger se presentó en todas partes con su abrigo, y ni a la mujer del forjador ni a la del maestro les hubiera disgustado tener una capa como aquélla. Pero con el tiempo...

Inger no tardó mucho en tener clientela. Algunas mujeres de la otra vertiente de la montaña vinieron a verla por pura curiosidad. Muy a disgusto

de Inger, se había cuidado Oline de propagar una serie de historias de ella, y las visitantes le traían ahora recuerdos de su tierra. En pago, eran agasajadas con comida e Inger les enseñaba la máquina de coser. Subían de dos en dos las jóvenes del pueblo y se aconsejaban con Inger; había llegado el otoño, tenían unos ahorros para emplear en un vestido, e Inger les informaba de la moda reinante por esos mundos e incluso les cortaba un vestido, alguna que otra vez. Esas visitas la hacían revivir; se remozaba, se deshacía en amabilidad y en deseos de ayudar, y tan diestra era en su especialidad que no necesitaba patrones. A veces cosía desinteresadamente en su máquina unos dobladillos y devolvía el género con una broma estupenda, diciendo:

—Ahora cose tú misma los botones.

Más tarde, en medio del otoño, le suplicaron que bajara a la aldea para coser para las mejores familias, pero ella respondió que se debía a la suya y a los rebaños y a las faenas domésticas, con el agravante de no tener una sirvienta. ¿Qué es lo que no tenía? ¡Una sirvienta!

Y habló a Isak:

—Si alguien me ayuda podré dedicarme a la costura más por entero.

—¿Ayuda? —le interrogó.

—Sí; en la casa. Una sirvienta.

Todo daba vueltas a los ojos de Isak; después, una leve risa iluminó su barba rojiza, y tomó a broma la idea de Inger.

—Sí —insistió—; necesitamos una sirvienta.

»Allá, en la ciudad y en la aldea —insistió Inger— la tienen todas las amas de casa.

—¡Vamos! —dijo Isak.

No estaría Isak en la mejor disposición aquel día; trabajaba en la construcción de la aserradora, y la cosa marchaba lentamente: no podía

sostener un poste con una mano, mantenerlo perfectamente en posición horizontal y, al mismo tiempo, ocuparse en los travesaños. Cuando los chicos volvieron de la escuela, mejoró un poco la situación, porque le ayudaban de firme. Sivert tenía una especialidad en remachar bien los clavos; pero Eleseus le aventajaba en el manejo de la plomada. Transcurrida una semana, tenían asentados y bien afirmados los postes, y puestos los travesaños, gruesos como vigas. Con ello habían dado fin a un trabajo enorme.

Pero, fuera por lo que fuere, Isak se sentía muy a menudo, al anochecer, cansado. No se trataba ya de construir una aserradora, y punto final; convenía atender a todo lo demás. El heno estaba a cubierto, pero el grano permanecía en el campo, dorándose a tal punto que no admitía espera la siega y el ponerlo al abrigo; se acercaba también la recolección de las patatas. ¡Gracias a la ayuda de los muchachos! No les demostraba Isak con retórica su agradecimiento, porque entre personas como él y los suyos no había tal costumbre, pero le colmaban de satisfacción. Sentábase en corro en los descansos para conversar, y así tenía ocasión el padre de consultar seriamente con ellos lo que procedía emprender primero, y lo que harían después. Esto les llenaba de orgullo a Eleseus y Sivert, y así aprendían a reflexionar antes de hablar, para evitar errores.

—Sería lamentable que no pusiéramos la cubierta a la aserradora antes de las tormentas de otoño —decía el padre.

¡Ah! ¡Si Inger fuese la misma de otros tiempos! Pero, desgraciadamente, tal vez su salud no era tan buena como antaño, lo cual no era de extrañar después del largo encierro. Que su modo de ser había variado no cabía duda: no era tan reflexiva, sino más superficial, un poco ligera. Refiriéndose a la hija, cuya muerte había causado, decía:

—Fui muy necia; podríamos haberla hecho operar; una sutura en el labio, y no me hubiera visto arrastrada a hacer lo que hice.

Jamás iba al bosque para acercarse a la pequeña sepultura, cuya tierra removiera un día con las manos y sobre la cual puso una crucecita.

Con los hijos no era Inger una madre negligente; cuidaba de ellos, los quería ver compuestos, cosía para ellos, y era capaz de quedarse hasta altas horas de la noche remendando sus ropas. Acariciaba la ilusión de que llegaran a ser algo.

Acarreado el grano y concluida la recolección de las patatas, llegó el invierno. ¡Y la aserradora no tenía todavía techo en aquel otoño! ¿Qué remedio quedaba, sino dejarlo resignadamente y esperar lo que traería el verano? No se iban a morir por eso.

Con el invierno vinieron las faenas acostumbradas: el acarreo de la leña, el mirar que estuvieran en buen uso los aperos y los carruajes. Inger dirigía el hogar y cosía, y los niños volvieron a la escuela por una buena temporada. Solían pasear los dos con un par de esquís, mientras estaban en casa: el uno esperaba turno mientras el otro corría, o bien se montaba detrás. Y se contentaban, de modo que no podían imaginarse nada más hermoso: eran inocentes. Pero, allá abajo en la aldea, variaban las circunstancias; veíanse en la escuela muchos esquís; hasta los niños de Amplia Vista los usaban, cada cual su par. Al fin, Isak se creyó obligado a hacer un par para Eleseus, y Sivert se pondría los viejos. Hizo más; compró trajes de invierno y botas irrompibles. Y una vez hubo hecho esto, fue al tendero y le encargó una sortija.

—¿Una sortija? —preguntó el hombre.

—Sí, un anillo. Me he vuelto tan orgulloso que voy a regalar un anillo a mi mujer.

—¿Ha de ser de plata, de oro, o bien de latón con un baño de oro?

—Ha de ser de plata.

El comerciante meditó un rato, y luego dijo:

—Si tienes intención, Isak, de dedicar a tu mujer una sortija que pueda mostrar a cualquiera, créeme, cómprasela de oro.

—¿Qué? —exclamó Isak, alzando la voz. Pero en lo más íntimo de su corazón, también él había pensado, sin duda, en una sortija de oro.

Hablaron de ello largo y tendido y llegaron por fin a un acuerdo respecto al tamaño y el precio del anillo. Pero Isak lo meditaba aún, meneaba la cabeza y no salía de que resultaba una pieza cara, mientras que el tendero se empeñaba en que había de ser de oro de ley. Por el camino, de vuelta a su casa, Isak se sentía gozoso de su decisión y alarmado, al mismo tiempo, por los dispendios a que puede llevarle a uno el amor.

Negó aquel año copiosamente, y una vez, alrededor de Año Nuevo, el camino se hizo transitable, y los aldeanos empezaron a subir con sus carros cargados de postes de telégrafos que depositaban a trechos determinados. Eran muchos los caballos que subían por la parte de Amplia Vista, pasaron también por Sellanraa y, finalmente, coincidieron con los que venían del otro lado de la montaña, cargados asimismo de maderos, quedando así recorrida la línea.

Sin grandes acontecimientos se sucedían los días. ¿Qué podía pasar? En la primavera se procedió a clavar los postes, y entre los que subieron se veía a Brede Olsen, cuando tanta falta hacía en su hacienda para las labores de primavera. «¡Que a ese hombre le sobre así el tiempo...!», exclamó de nuevo Isak para sus adentros. ¡Cuando a él le faltaba tanto para atender a todo! Apenas le quedaba el indispensable para las comidas y el sueño. Ahora sus campos eran bastante extensos. Antes de la época de la recolección, logró cubrir el taller de aserrar, y ahora quedaba por poner la instalación de la maquinaria. Lo que había llevado a cabo no era precisamente un alarde de construcción en madera, pero sí era una obra muy sólida la que allí se alzaba, y resultaría de utilidad suma. La sierra funcionaba y cortaba. A Isak le habían servido para algo los ojos cuando visitó en la aldea la aserradora hidráulica; nada le había pasado inadvertido. Era la suya una miniatura de aserradora,

pero se contentaba con ella. Entalló sobre la puerta la cifra del año y debajo la marca especial de su casa.

En aquel verano sucedieron más cosas que de ordinario en Sellanraa.

Los obreros que instalaban el telégrafo habían adelantado tanto que una noche llamó a la puerta de la casa, pidiendo alojamiento, el primer grupo. Les fue permitido dormir en el pajar. Pasaron días, y un segundo grupo halló albergue en Sellanraa. A pesar de que a algunos no les caía tan cerca la hacienda, a ella acudían para pernoctar. Y un sábado por la tarde compareció el ingeniero, que venía a pagar los jornales.

Cuando Eleseus vio al ingeniero, su corazón empezó a latir más fuerte y se escabulló para evitar preguntas a propósito del lápiz de colores. ¡Ay, qué momento aquél! Y tampoco se dejaba ver Sivert, en el cual hubiera encontrado Eleseus un poco de apoyo. Como un pálido fantasma dobló Eleseus la esquina de la casa; allí estaba su madre, y Eleseus le rogó en seguida que llamara a Sivert, pues no sabía qué hacer si no.

Sivert no se lo tomaba tan a pechos; verdad es que su parte de culpa era menor. Sentáronse los dos niños a cierta distancia de la casa y Eleseus dijo:

—Si quisieras hacerte tú responsable...

—¿Yo? —preguntó Sivert.

—Porque, siendo tú mucho más pequeño que yo, no te haría nada.

Sivert reflexionaba. Se hacía cargo de que su hermano pasaba un apuro muy serio y, al mismo tiempo, le halagaba que recurriera a él.

—Tal vez podría hacer algo por ti —le dijo, en el tono de una persona mayor.

—¡Has de hacerlo! —exclamó Eleseus, y puso ingenuamente en la palma de la mano de su hermano el pedacito de lápiz que quedaba.

—Es para ti —añadió.

Se disponían a entrar los dos en la casa, pero Eleseus dijo que tenía que inspeccionar algo en el taller de aserrar, mejor dicho, en el molino, y que no acabaría tan pronto. Y Sivert entró solo.

El ingeniero tenía ante sí unos montones de monedas de plata y de billetes y pagaba los jornales. Cuando hubo terminado, Inger le puso delante un jarro de leche y un vaso, y él bebió, agradeciéndoselo. Luego se puso a charlar con la pequeña Leopoldine, y al notar los dibujos que había por las paredes, preguntó por el artista.

—¿Tú tal vez? —interrogó a Sivert.

El ingeniero quería, seguramente, mostrarse agradecido por la hospitalidad. Proporcionó a la madre una alegría al alabar los dibujos, y ella dio una explicación sincera: Eran sus chicos, los que habían hecho los dibujos, los dos; no disponían de papel hasta que ella estuvo de vuelta, y de aquí que garabatearan sobre las paredes, y ella no tenía corazón ahora para borrarlo.

—Déjalo —dijo el ingeniero—. ¿Papel? —añadió, poniendo sobre la mesa una porción de grandes pliegos.

—¡Ea! A dibujar, y ya veré los dibujos la vez próxima. ¿Cómo estáis de lápices?

Sivert se adelantó cándidamente con el cabo de lápiz en la mano, para mostrar lo pequeño que era. Y he aquí que el ingeniero le dio uno nuevo de colores, y con la punta sin sacar todavía.

—¡Vengan dibujos! —exclamó—. Pero es preferible que pintes el caballo rojo y el chivo azul. ¿Verdad que no has visto nunca un caballo azul?

Después de esto, el ingeniero se marchó.

Aquella misma noche subía de la aldea un hombre con una mochila a la espalda. Sacó unas botellas destinadas a los trabajadores y se alejó luego. Desde aquellos momentos no reinó ya la quietud habitual en Sellanraa; sonaba

el acordeón, se hablaba en voz alta, se oían canciones y se improvisó un baile en el corral. Uno de los hombres sacó a bailar a Inger. Ella —¿quién era capaz de comprender a Inger?— se rió y dio realmente unas vueltas, y luego, queriendo los otros bailar también con ella, los complació briosamente.

¿Quién entendía a Inger? Ahora bailaba gozosa como nunca en toda su vida; se la arrebatan; treinta hombres para una única bailadora, sin rivalidades. ¡Y con qué soltura la levantaban en vilo los forzudos trabajadores del telégrafo! ¿Qué mal había en bailar? Elseus y Sivert dormían ya en sus dos camas, como troncos, a pesar del barullo que llenaba el corral, pero la pequeña Leopoldine velaba todavía, con los ojos pasmados al ver los brincos de su madre.

Isak estaba, entretanto, en los campos desde después de la cena. Al volver, para acostarse, le ofrecieron una botella y bebió un poco. Sentose con Leopoldine sobre las rodillas, como otro espectador.

—¡Anda, qué bien te mueves! —dijo bondadosamente a Inger—. ¡Tienes bien sueltos los pies!

Al cabo de un rato el músico dejó de tocar y se acabó el baile. Los trabajadores se preparaban para regresar a la aldea, donde pasarían el día siguiente, para volver a Sellanraa el lunes por la mañana. Sellanraa quedó sumido de nuevo en el silencio. Y únicamente algunos hombres de más edad se acostaron en el pajar.

Isak miró en derredor para encargar a Inger que acostara a Leopoldine, pero, al no verla, entró en la casa y él mismo la acostó, y se retiró después a descansar.

Se despertó al amanecer, pero no vio a Inger. «Estará en el establo», pensó. Levantose y se dirigió al establo. Gritó:

—¡Inger!

Nadie le respondía. Las vacas volvieron la testa para mirarle. Por rutina, recontó las reses grandes y pequeñas. Una oveja madre, la que solía pasar la noche al raso, era la única que faltaba.

—¡Inger! —llamó otra vez.

Sólo le respondió el silencio. «No habrá bajado también hasta la aldea», pensó.

La noche estival era clara y calurosa. Isak se sentó un rato en el umbral, se levantó luego y se dirigió al bosque para ver si estaba allí la oveja madre. Y encontró a Inger. ¿Inger? Sí. Inger y un hombre sentados ambos entre las matas; Inger hacía bailar sobre su dedo índice la gorra del hombre y hablaban. Inger se dejaba galantear.

Isak se acercó sigilosamente. Inger volvió la cabeza, le miró y se puso blanca como el papel, bajó la cabeza, y dejó caer la gorra, anonadada. Isak carraspeó, y luego le dijo:

—¿Sabes que se ha descarriado la oveja madre una vez más? Claro que no te has enterado —añadió.

El trabajador del telégrafo, joven todavía, recogió la gorra y se escabulló por entre las matas.

—Tengo que dar alcance a mis compañeros —exclamó—. ¡Buenas noches!
Y se alejó. Nadie había respondido a su despedida.

—¿De modo que estás aquí? ¿Había necesidad de esto?

Isak, luego de hacer esta pregunta, dio media vuelta hacia la casa. Inger se incorporó sobre las rodillas, se puso en pie y le siguió. Y así caminaron; el hombre delante y la mujer detrás de él. Entraron en la casa.

Inger ya había tenido tiempo de dominarse.

—Mi intención ha sido buscar la oveja —pretextó—. Y se presentó aquel hombre que quiso ayudarme a buscarla. Acabábamos de sentarnos cuando llegaste tú. ¿Adónde vas ahora?

—¿Yo? He de ver lo que ha sido de la oveja.

—No; lo que harás es acostarte; y si alguien ha de buscar la oveja, seré yo. Ve a descansar; si la oveja pasa la noche al raso, no será la primera vez.

—Sí; ¡y que la devore cualquier fiera! —replicó Isak.

—¡No, no lo hagas! —le gritó, corriendo a su alcance—. Tú necesitas descanso; iré yo.

Isak se dejó convencer. Pero no quiso saber nada tampoco de que Inger saliera en busca de la res. Y ambos entraron en la casa.

Lo primero que hizo Inger fue ocuparse de los niños. Fue al cuarto, se acercó a las camas, y se comportaba como si hubiera tenido los más lícitos motivos para haberse ido de casa, llegando hasta hacer carantoñas a Isak, como esperando de él otras muestras de simpatía que las gozadas en el curso de aquella noche. ¿No había dado ella, acaso, una perfecta explicación? Sí, sí... No era tan fácil conquistar a Isak. Él hubiera preferido verla turbada y sin saber qué hacer de puro remordimiento. ¿Qué significaba que cuando la descubrió allá entre los jarales, su presencia le hubiera causado un abatimiento mezclado de algo de pavor, si se le había pasado en seguida?

Al día siguiente —un domingo, pues— Isak no se mostró del todo reconciliado; iba de la aserradora al molino y de éste a los campos, sea con los niños o solo. Una vez que Inger intentó acompañarle, él pretextó que iba al río para ver algo, y siguió su camino. Algo le roía en el interior, pero él sabía callarlo y dominarse. Era Isak el hombre fuerte, ejemplo de Israel, a quien le había sido anunciado el país de promisión; ahora veía que había sufrido un engaño; sin embargo, no por eso perdía la fe.

El lunes, los ánimos estaban bastante más aliviados, y a medida que transcurrían los días la enojosa impresión de aquella noche empezó a borrarse poco a poco. El tiempo es el remedio que cura todas las heridas con sus vendas y bálsamos, con el sueño y la comida. Isak no había llegado a obcecados extremos; no tenía la seguridad de que le hubiera faltado, y, además, ocupaban su pensamiento muchas otras atenciones, pues empezaba la recolección. Y, finalmente, la línea telegráfica estaba casi tendida, y Sellanraa recobraría su ordinaria calma. Una ancha carretera bañada de luz atravesaba ahora el bosque, y se levantaban por encima de ella los postes con sus hilos, que continuaban hasta lo más alto del monte.

El sábado inmediato, en el cual se pagarían a los trabajadores los últimos jornales, Isak se arregló para no estar en casa. Bajó al pueblo con mantequilla y quesos, y volvió la noche del domingo. Los trabajadores habían abandonado ya el granero, excepto uno que caminaba vacilante bajo el peso de su saco a la espalda y acababa de salir de la hacienda. ¿Sería el último? Isak adivinó que tal vez no lo era, al ver en el granero una caja para provisiones de boca; ignoraba el paradero de su dueño y no le interesaba saberlo. Sin embargo, encima de la caja había una gorra con visera de celuloide, como indicio provocador.

Isak tiró la caja a la plazoleta que se abría delante de la casa, y a la caja siguió la gorra; cerró luego el granero, entró en el establo y atisbó desde detrás de los cristales. «¡Que se queden allí el saco y la gorra —pensó—, que a mí me es indiferente a quién pertenezcan! ¡Los desprecio!»

Pero, si acaso viene el hombre por su caja, Isak saldrá y le agarrará un brazo, de modo que le quedará marcado de diversos colores. Y se enterará también por dónde se sale de la alquería.

Con esto, Isak se alejó de la ventana de la cuadra y entró donde estaban las vacas, y también allí miró por detrás de los cristales, sin poder tranquilizarse. La caja estaba atada con cordel, que se había soltado. ¡Aquel miserable no tenía siquiera un candado! ¿Sería que Isak había tratado la caja con demasiada fuerza?

De todos modos, Isak dudaba de su propio proceder. Allá en el pueblo había preguntado por el nuevo arado que esperaba: una máquina excelente para el desmonte de tierras vírgenes, un don de Dios. Y precisamente había llegado. Era como si con ello llegara la bendición a su hogar. El alto poder que guía los pasos de los humanos estaba tal vez cercano, y le miraba para convencerse de si aquella bendición era o no merecida. El pensamiento de Isak siempre andaba ocupado en escudriñar constantemente aquellos poderes más altos; durante una noche de otoño había visto a Dios allá en el bosque con sus propios ojos; una visión, sobre todo, extraña.

Isak salió a la plazoleta y se quedó parado cerca de la caja forastera. Reflexionó, se rascó un poco la cabeza, ladeando el sombrero, con lo que adquirió la arrogancia y la gracia de un español, y debió de pensar algo así: «Aquí estoy, pero bien lejos de ser un hombre bueno e intachable... ¡Un perro es lo que soy!» Ató bien el cordel, levantó del suelo la gorra y volvió a dejar los dos objetos en el granero. Asunto concluido.

Al salir del granero, para dirigirse al molino, Inger no estaba asomada. Bien; que esté donde le plazca. Tal vez no se había levantado. ¿Dónde iba a estar, sino en la cama? Sin embargo, en los primeros años ingenuos de su convivir, Inger no estaba tranquila y se quedaba levantada esperando su vuelta del pueblo. Ahora era distinto; todo era distinto. ¡Qué mayor fracaso que el de la sortija! Isak, excediéndose en la modestia, lejos de hablar de una sortija de oro de ley, dijo:

—No es nada de particular; pónitela en el dedo para ver si la medida va bien.

—¿Es de oro? —preguntó Inger.

—Sí, pero no es muy ancho —respondió él.

«Sí que lo es», habría debido responder ella; y dijo en cambio:

—No, pero está bien.

—Puedes dejártela puesta; como cualquier otra pequeñez —había dicho él, por fin, desalentado.

No es que Inger no agradeciera el anillo; lo llevaba en la mano derecha, y le gustaba que reluciese al coser; de vez en cuando, permitía a las muchachas que se lo probasen y que lo lucieran un rato en el dedo mientras le consultaban acerca de un vestido. ¿No comprendía Isak que estaba muy orgullosa de su regalo...?

A Isak le iba resultando muy aburrido pasarse la noche en el molino, oyendo el bramido del agua. No había hecho nada malo y no necesitaba esconderse; salió, pues, del molino y se dirigió a su casa. Y ahora se avergonzó, sintió realmente vergüenza y, al mismo tiempo, alegría. Brede Olsen, el vecino, estaba allí; él, y nadie más, estaba bebiendo unos sorbos de café. Inger, levantada como antaño, tenía también delante una taza de café.

—Ya está aquí, Isak —dijo con amabilidad, levantándose y llenando otra taza para él.

—Buenas noches —dijo Brede, no desmereciendo en amabilidad.

No le había pasado por alto a Isak que Brede estaba también presente en la fiesta de despedida de los trabajadores del telégrafo. Ahora tenía cara de sueño, pero esto no menoscababa su alegría y cordialidad. Por supuesto se pavoneaba un poco. Propiamente, le faltaba tiempo para cuidarse del telégrafo, pues el cortijo le ocupaba mucho. Pero, ¿cómo decir que no a las repetidas y

apremiantes instancias del ingeniero? Y, al fin y al cabo, había logrado que Brede aceptara el cargo de inspector de línea. No era por el sueldo –según Brede–, porque podría ganar mucho más, abajo en el pueblo, pero no había querido ser descortés. Ahora le habían instalado, en una pared de su habitación, un aparatito reluciente, muy divertido, casi un telégrafo en toda regla.

Ni aun esforzándose podía Isak sentirse animoso contra aquel fanfarrón holgazán. Y es que le había aliviado mucho el hallar en su casa a su vecino, y no un desconocido. Poseía Isak el sereno equilibrio del campesino, sus sentimientos sencillos, su firmeza, su lentitud; mostrose atento con Brede, y tolerante con su superficialidad.

—¿No habrá para Brede una taza de café? –preguntó a Inger.

Y ésta llenó la taza.

Inger contaba que el ingeniero se había mostrado amabilísimo;_después de fijarse en los dibujos y en los cuadernos de escritura de los niños, había dicho que estaba dispuesto a llevarse a Eleseus.

—¿A llevárselo? –preguntó Isak.

—Sí; a la ciudad. Le pondría de escribiente en su despacho; tanto le habían agradado los dibujos y las páginas escritas de Eleseus.

—¡Ah! –dijo Isak.

—Sí. ¿Qué te parece? Ha dicho también que se cuidará de que le preparen allí para tomar la primera comunión. ¿Verdad que son buenos planes?

—Para mí, sí –dijo Brede–. Y por lo que le conozco, sé que cuando él dice algo así es que lo piensa con la misma sinceridad.

—No tenemos en el cortijo ningún Eleseus del que pudiéramos prescindir –dijo Isak.

A estas palabras siguió un rato de incómodo silencio. No es preciso repetir que no era Isak hombre para dejarse convencer.

—Pero, ¿y si el mismo muchacho —dijo Inger— puede sentir deseos de ir adelante? Y si tiene talento podría ser ésta la ocasión de que se hiciera hombre.

Nuevo silencio. Esta vez habló Brede, con una sonrisa en los labios:

—¡Si el ingeniero me propusiera llevarse a uno de mis hijos! ¡Ojalá! Tengo una buena prole. Pero la mayor es la Barbro, una muchacha.

—¡Ya lo creo! La Barbro es una buena chica —dijo Inger por cortesía.

—No hay duda —asintió Brede—; el delegado la va a tomar en casa: a su servicio.

—¿El delegado?

—Sí; he tenido que prometérselo a la señora del delegado, que no me dejaba en paz con eso.

Iba a amanecer y Brede se dispuso a volver a su casa.

—He dejado la gorra y la caja en vuestro granero —dijo—. ¡Con tal de que los trabajadores no se lo hayan llevado todo...! —añadió en tono jovial.

Y pasó el tiempo.

Como era de esperar, Eleseus fue a la ciudad, porque Inger había hecho prevalecer su opinión. Al cabo de un año de estar allí, Eleseus tomó la primera comunión, se afirmó en el despacho del ingeniero y seguía progresando en la escritura. ¡Qué cartas enviaba a su casa, alguna vez escritas con tinta encarnada y azul! ¡Parecían cuadros! ¡Y qué lenguaje, qué frases! De cuando en cuando pedía dinero, ayuda: necesitaba dinero para un reloj de bolsillo con cadena, para no levantarse tarde por las mañanas; o necesitaba comprar una pipa y tabaco, como los otros jóvenes escribientes; o precisaba lo que él llamaba «dinero de bolsillo» y, además, dinero para la escuela nocturna, donde aprendía dibujo y gimnasia, y otras cosas «imprescindibles» en su edad y profesión. En fin, Eleseus tenía una colocación en la ciudad bastante dispendiosa.

—¿Dinero de bolsillo? —preguntaba Isak—. Será el dinero que lleva en los bolsillos. ¿No?

—Claro, para no hacer mal papel. Un tálero más o menos no importa.

—Muy bien —replicaba Isak amoscado—. Un tálero aquí, otro tálero allá.

Pero su cólera provenía, sobre todo, de la ausencia del hijo que tanta falta le hacía en casa.

—Un tálero, y luego otro, y luego otro, suman muchos táleros, que no estoy en condiciones de pagar. Escríbele que no recibirá más dinero.

—Bien; está bien —dijo Inger, ofendida.

—¿Y Sivert? ¿Qué «dinero de bolsillo» se le da a Sivert? —interrogó Isak.

—Tú nunca has estado en una ciudad, y por eso no puedes hacerte cargo —replicaba Inger—. Sivert no necesita dinero de bolsillo. A él no ha de faltarle nada si llega a morir su tío Sivert.

—Eso tú no lo sabes.

—Sí, señor, que lo sé.

Esto último era verosímil hasta cierto punto. El tío Sivert había manifestado que el pequeño Sivert sería su heredero. Habíanle chocado al tío Sivert la fanfarronería, las pretensiones de distinción de Eleseus, y, moviendo la cabeza y apretando los labios, declaró que el hijo de su hermana que llevara su nombre: el del tío Sivert, no viviría en la estrechez. ¿Pero, cuáles eran los bienes del tío? A más del cortijo, que tenía abandonado, y de un tingladillo de lanchas, poseía también, según la voz pública, un buen montón de dinero. Ahora se añadía a su ilusión la idea de que el pequeño Sivert fuera a vivir con él, y hacía de esto una cuestión de honor: quería en su casa al pequeño Sivert, como el ingeniero en la suya a Eleseus. ¿Pero, cómo iba a marcharse el muchacho? Imposible. Él era el único apoyo de su padre. Además, a Sivert no le apetecía trasladarse a la morada del famoso tesorero del distrito; había estado allí una vez, y prefirió volver pronto a Sellanraa. Ahora había tomado ya la primera comunión, estaba creciendo, una pelusilla empezaba a cubrir sus mejillas y tenía unas manos vigorosas, encallecidas. Trabajaba como todo un hombre.

Sin él, Isak no hubiera llegado nunca a levantar el granero nuevo, que lucía ahora con su puente de entrada y sus escotillas, todo tan atildado y

espacioso, no desmereciendo del granero del párroco. Naturalmente, los materiales se reducían al entramado, pero era de sólida construcción, con lañas de acero en los ángulos y con tablas de buen grueso, trabajadas en la aserradora propia. Sivert había ayudado a poner los clavos bien remachados y a enderezar las vigas, bajo cuyo peso parecía a punto de caer. Y Sivert se entendía muy bien con su padre: trabajaba perseverante a su lado, era bastante parecido a él en el temple. No era remilgado, pero tampoco olvidaba, cada vez que iba a la iglesia, de restregarse con un puñado de tanaceto para oler bien. Leopoldine empezaba a tener ciertas exigencias, como ya podía esperarse, siendo niña y única hija. Ahora, en el verano, no hubiera probado la sémola de la cena sin rociarla antes con melaza. No daba mucho de sí en el trabajo.

Inger no renunciaba a la idea de tener una sirvienta y después de cada invierno volvía al tema; pero Isak era en este punto inflexible. ¡Cuántos vestidos más no hubiera podido cortar Inger, y coser, y tejer telas finas, y confeccionar chapines bordados, si hubiera tenido más tiempo! Sin embargo, se moderó más a la inflexibilidad de Isak en este punto, aunque aún gruñera un poco... ¡Ah! La primera vez que hablaron del asunto, Isak había pronunciado casi un discurso; pero, no a impulsos del buen juicio o del sentido del derecho, ni tampoco por altanería, sino, desgraciadamente, por debilidad y movido de un humor colérico. Pero ahora parecía condescendiente, y como avergonzado.

—Si ayuda necesito en la casa, nunca como ahora —dijo Inger—. Más adelante, cuando Leopoldine sea mayor, no dejaré de ayudarme en algo.

—¿Ayuda? —pregunta Isak—. ¿En qué cosas necesitas la ayuda?

—¿En qué cosas, dices! ¿Por ventura a ti no te ayudan? ¿Para qué tienes aquí a Sivert?

¿Qué podría replicar Isak a tal incomprensión?

—Sí, sí —comentó—. Cuando tengas una sirvienta ya os veo arando y recogiendo la cosecha y cuidando de todo el cortijo. Entonces, Sivert y yo podremos tirar por nuestro lado.

—Ahora —respondió Inger— se me presenta la oportunidad de tener de criada a la Barbro, que ha escrito a su padre sobre el particular.

—¿De qué Barbro hablas? ¿De la hija de Brede, tal vez?

—Sí; está en Bergen.

—A la Barbro de Brede no la quiero en mi casa —dijo Isak—. ¡A ésa no! —remachó como última palabra.

Esto significa que no rechazaría a otra criada cualquiera.

Isak no tenía confianza en la chica de Amplia Vista, que era inconstante y superficial como el padre —tal vez también como la madre—, voluble, falta de perseverancia. Fue muy corta, de un año solamente, su estancia en casa del delegado; no bien hubo tomado la primera comunión, pasó a servir en casa del tendero, donde estuvo otro año. Entonces reconociose pecadora, y se arrepintió, y cobró fervor cuando vino a la aldea lo que llamaban el Ejército de Salvación, en el que entró. Le pusieron un brazal rojo y una guitarra en las manos, y así equipada salió en el velero del tendero para Bergen. De esto hace un año. Últimamente, había mandado a sus padres un retrato. Isak lo vio; se había transformado en una señorita de pelo rizado, con una larga cadenilla de reloj que le colgaba sobre el pecho. Brede y su esposa se manifestaron orgullosos de su pequeña Barbro, y tenía que ver su retrato todo el que pasara por Amplia Vista; se había desarrollado muy bien, y ni el brazal, ni la guitarra la caracterizaban ya.

—He enseñado el retrato a la esposa del delegado —decía Brede—, y no la ha conocido.

—¿Se quedará en Bergen? —le había preguntado Isak, desconfiando.

—Mientras allá pueda ganarse el pan... —respondió Brede—. A no ser que prefiera irse a Cristianía¹⁰ —aclaró—. ¿Qué iba a hacer aquí en casa? Ahora tiene el cargo de ama de llaves en casa de dos solterones, unos señores de despacho, distinguidos. ¡Y el sueldo que cobra!

—¿Cuánto? —había preguntado Isak.

—No lo especifica en su carta. Pero que ha de ser una cosa extraordinaria, comparado con lo usual aquí, en el pueblo, lo deduzco de que haya recibido regalos de Navidad y otros, encima del sueldo íntegro.

—¡Ah! —dijo Isak.

—¿No te gustaría como doncella en vuestra casa? —le preguntó Brede.

—¿A mí? —se le escapó a Isak.

—No... ¡Ja, ja...! Lo decía por decir. La Barbro se quedará donde está. Oye, una cosa. ¿No has notado nada en el telégrafo?

—¿En el telégrafo? No.

—La verdad es que desde que lo he tomado a mi cargo ha seguido casi siempre todo bien. Además, tengo ya mi aparatito adosado a la pared, que me advierte si pasa algo. En los días próximos daré un repaso a la línea. Es mucha mi labor, sobrada para un hombre solo, pero ya que soy inspector y tengo tal cargo público, he de cumplir mientras lo tenga.

—¿No piensas, de veras, en abandonarlo?

—No sé —respondió Brede—, no me decido. La verdad es que no me da punto de reposo: ahora mismo he de volver al pueblo.

—¿Y quién no te da punto de reposo?

—El delegado quisiera hacerme de nuevo su alguacil; hago falta al doctor para recorrer el distrito, y en la rectoral ya hubieran solicitado mi ayuda, como

¹⁰ Actualmente Oslo.

antaño, si no viviéramos apartados. ¿Y tú, Isak, has recibido, de verdad, tanto dinero como se dice con la venta de tu monte?

—Así es —respondió Isak.

—Pero, ¿para qué lo quería Geissler? ¡Es raro! Tiene el terreno, pasan los años, y no sucede nada.

El mismo Isak se había preguntado esto, había hablado de ello con el delegado, y pedido las señas de Geissler para escribirle. Realmente era un caso singular.

—No sé nada —dijo.

Brede no ocultaba que la venta aquella le interesaba vivamente.

—Dicen que hay más terrenos parecidos por encima de tu finca —dijo—. Riquezas puede haber en sus entrañas, pero nosotros andamos por ahí como torpes alimañas, sin ver nada. He decidido subir un día para explorar.

—¿De modo que entiendes de rocas y clases de piedra? —preguntó Isak.

—Un poco, sí; y he preguntado a otros. Sea como sea, quiero hallar algo por mi cuenta; yo y los míos no podemos vivir únicamente de la finca. ¡Qué diablo! Es sencillamente imposible. Tu situación es otra: tienes bosque, y tierras cultivables, mientras que yo sólo tengo pantano.

—Tierra pantanosa es buena tierra —le interrumpió Isak lacónicamente. Y lo aclaró—: Yo tengo también tierras así.

—Es imposible desecarlas —replicó Brede.

Pero no era imposible. A medida que Isak bajaba aquel día, dio con nuevas colonizaciones: dos muy abajo, en dirección a la aldea, y una entre Amplia Vista y Sellanraa. Aquellos parajes se colonizaban lentamente. Ni un alma había allí en los primeros tiempos de Isak. Los tres nuevos colonos eran forasteros y parecían gente sensata. No empezaban por pedir dinero y construirse una casa, sino por cavar unas zanjas y desaparecer luego, como si

hubieran muerto. Y así había que obrar: hacer desagües, arar, sembrar. Axel Ström era ahora el vecino más próximo de Isak; hombre capaz, heligolandés de nacimiento, soltero. Para romper la tierra había pedido a Isak su arado moderno, y hasta el segundo año de estas labores no había levantado una choza para guardar el heno y para cobijarse él; entonces compró unas reses. Su posesión llevaba el nombre de Maaneland –Tierra de la Luna– porque sobre aquel paraje lucía tan bella la luna. No tenía mujer que le ayudara; y lograr una ayuda en verano no era fácil, atendiendo a lo apartado del lugar. Pero el hombre repartía las labores y las llevaba a cabo del modo más adecuado. ¿O habría sido preferible hacer como Brede: levantar primero una casa y venirse allí, al yermo, con toda la familia, entre la que había tanta criatura, sin contar antes con ganado o campos que le procuraran el pan? ¿Qué sabía Brede Olsen de cómo se desguaza, o de cómo se convierte el yermo en tierra de cultivo?

Disipar el tiempo en bagatelas, he aquí toda la inteligencia de Brede. Un día se presentó en Sellanraa, dispuesto a ir más arriba, ¡en busca de metales preciosos! Volvió al anochecer, pero sin haber hallado nada concreto. Moviendo la cabeza, aseguró que sólo había visto unos vestigios; pero pronto volvería sobre la misma ruta, y llegaría más allá para explorar la sierra, camino de Suecia.

Y, efectivamente, volvió. Por lo visto le agradaba aquello, aunque aseguraba que andaba recorriendo la línea telegráfica. Entretanto, su esposa y los hijos cuidaban de la hacienda, cuando no lo dejaban todo por hacer. Cansado Isak de las visitas de Brede, optó por abandonar la casa cuando él llegaba. Inger y Brede charlaban entonces a gusto. ¿De qué? Brede iba a menudo al pueblo y tenía siempre alguna novedad de los ilustres de allí. Inger tenía, en cambio, siempre qué contar de su famoso viaje a Drontheim y de los años de su larga ausencia. Durante estos años había aprendido a charlar, y con

cualquiera empezaba en seguida una conversación. No, no. Ya no era la misma Inger sencilla y proba de antes.

Mozas o viejas, subían también mujeres a Sellanraa para que les cortase un vestido o para despachar un dobladillo en un instante, y siempre hallaban entretenimiento al lado de Inger. Volvió Oline. Al parecer, le dolía la ausencia, y lo mismo se presentaba por la primavera que en otoño. Escurridiza, mantecosa y falsa, decía cada vez:

—He de ver por mí misma cómo estáis. Echo de menos a los chicos. ¡Los quiero tanto a estos ángeles de Dios, tales como eran entonces! Claro, ahora son ya unos mozos, pero yo no puedo menos de imaginármelos como cuando eran pequeños y los tenía a mi cuidado. Y vosotros; edificando y edificando hasta que la alquería se convierta en una ciudad. ¿No pondréis también una campana en el tejado del granero nuevo, como en la casa parroquial?

Cuando Oline volvió a Sellanraa iba acompañada de otra mujer, e Inger y las dos mujeres pasaron un día muy a gusto. Cuanta más gente veía a su alrededor, con más soltura movía Inger la tijera o cosía a máquina, y en esto, o cuando planchaba, ponía cierta ostentación. Y es que recordaba los años pasados en el establecimiento donde eran tantas mujeres. No ocultaba a nadie dónde había adquirido su arte y conocimiento: en Drontheim. Parecía como si no hubiera estado en aquel encierro cumpliendo una condena, sino para aprender a cortar, tejer, teñir, escribir; cosas todas en que había recibido instrucción en Drontheim. Hablaba de allí con cierta nostalgia. ¡Cuánta gente había conocido! Directores, inspectores, vigilantes. Al volver al hogar, le había parecido éste muy solitario y sumamente dura la renuncia a la vida de sociedad a que se había acostumbrado. Hasta afirmaba hallarse momentáneamente resfriada, por haberse expuesto al aire crudísimo de aquellas alturas; y es que, pese a los años pasados desde su regreso, el aire

libre y la intemperie no le sentaban bien. Necesitaba una sirvienta para el trabajo de fuera de la casa.

—¡Pero, Dios del cielo —aprobó Oline—, con todo lo que sabes, y con casa tan buena, bien podrías tener una moza!

Era muy grato encontrar comprensión, e Inger no replicó nada a Oline. Hacía volar su máquina de coser, atronadora, y el anillo le relucía en el dedo.

—¿Estás ya convencida? ¿Es o no verdad que le han regalado a Inger una sortija de oro? —dijo Oline a la mujer que iba con ella.

—¿Quieres verla? —preguntó Inger, retirándola del dedo.

Oline la cogió, como deseosa de asegurarse de la calidad, y la examinó como haría un mono con una nuez, comprobando la legalidad del metal.

—Sí —exclamó—, es como yo decía. ¡Qué Inger ésta, con tanta riqueza y tantos medios!

La otra mujer cogió a su vez la sortija con gran respeto, y sonrió humildemente.

—Puedes tenerla un rato —le dijo Inger—. Póntela, que no se va a romper por eso.

Inger se sentía cordial y generosa. Empezó a contar de la catedral de Drontheim.

—¿Seguramente no la habéis visto? Claro. Nunca habéis estado en Drontheim.

Esta catedral era como propiedad de Inger; la defendía, se enorgullecía de ella, hablaba de sus dimensiones, de sus alturas y anchuras. ¡Era un cuento de hadas! Siete predicadores a la vez podían predicar en ella sin que la voz de uno de ellos estorbara al otro.

—¿Y no habéis visto tampoco, naturalmente, la fuente de San Olaf? Está en la mitad de la catedral, a un lado, y no tiene fondo. Cuando fuimos a visitarla, echamos una piedra que llevábamos y no llegó al fondo.

—¡No llegó al fondo! –susurraban las mujeres, meneando la cabeza.

—Además, hay mil otras cosas en la catedral –exclama Inger embelesada—. Allí veríais también el arca de plata, la de san Olaf. Pero, la iglesia de mármol, una iglesia pequeña toda de mármol, ésa nos la quitaron los daneses en la guerra...

Las dos mujeres tenían que partir. Pero antes Oline quiso hablar reservadamente a Inger. Se la llevó a la despensa, donde sabía que estaban los quesos, y cerró la puerta por dentro.

—¿Qué quieres de mí? –preguntó Inger.

Y Oline murmuró:

—Os-Anders no se atreve a venir aquí. Se lo he dicho ya.

—¡Ah!

—Le he dicho que veríamos si se atrevía después del mal que hizo.

—Sí, sí –dijo Inger–, pero entretanto ha estado aquí ya algunas veces, y por lo demás, puede volver, que no le temo.

—No –contestó Oline–; pero yo sé lo que sé, y le denunciaré, si quieres.

—No, eso no lo hagas –dijo Inger.

No le disgustaba ver a Oline de su parte; le costó, es verdad, un queso de cabra pequeño, que Oline agradeció calurosamente.

—¡Si es lo que digo, y he dicho siempre! –ponderaba Oline—. Inger no se lo piensa mucho; cuando da, da a manos llenas... No; ya sé que a Os-Anders no le temes, pero yo no he dejado de prohibirle que se presente nunca más aquí; era lo menos que yo podía hacer por ti.

—¿Qué me importa que venga? —respondió a esto Inger—. Tampoco puede causarme ya ningún perjuicio.

Oline aguzó el oído:

—¡Ah! ¿Conoces algún remedio en contra?

—Ya no tendré más hijos —concluyó Inger.

Ambas se hallaban en las mismas condiciones y tenían iguales ventajas. Oline no ignoraba que Os-Anders había muerto hacía dos días....

¿Por qué decía Inger que no tendría más hijos? No vivían reñidos ella y su marido, y lejos de ser, como otros matrimonios, perro y gato, y aun teniendo cada uno sus particularidades, no disputaban, a no ser excepcionalmente, y por corto tiempo. Inger muchas veces era como en otros tiempos; no desdeñaba las rudas faenas en el establo o en los campos; parecía volver en sí con una especie de recaída sana. En tales casos Isak miraba a su mujer con ojos agradecidos, y si hubiera sido persona expansiva le hubiera dicho: «¡Cómo!» Y, después de carraspear: «¡Qué locura te ha dado!» o cualquiera otra frase de alabanza. Pero Isak era callado y sus elogios tardaban demasiado en llegar. Y así, Inger quedaba descontenta y no se empeñaba en continuar con igual aplicación. Hubiera podido tener más de cincuenta años y más hijos, pero por su aspecto y agilidad diríase que acaso contara unos cuarenta años. En el correccional lo había aprendido todo... ¿También ciertas cosas para uso propio? Probablemente. Volvió a su casa dejando la compañía de otras mujeres que, como ella, purgaban sus delitos, muy instruida y cautelosa, y tal vez había oído también un día una frase, otro día otra, a los señores aquellos, celadores o médicos. Una vez refirió a Isak las palabras de un médico, joven, el cual, por todo comentario a su delito, había dicho:

—¿Por qué castigar a quien quita la vida a un niño, aunque fuera un niño sano o de conformación completa? ¡Los niños no son más que una masa de carne!

—¡Qué monstruo de hombre! —exclamó Isak.

—¡Nada de eso! —repuso Inger; y contó las bondades que aquel médico tuvo con ella, y cómo fue él quien encargó a un compañero que le operase la boca, haciendo así de ella una criatura humana. Y ahora sólo le quedaba una cicatriz. Ésta era la realidad: una cicatriz como único rastro. Se había convertido en una mujer bonita, lozana, sin grasa superflua, con la piel algo morena y una hermosa mata de pelo. En verano andaba casi siempre descalza y con la falda corta, al aire las piernas. Isak, como todos, reparaba en ella.

No disputaban entre sí. Isak no tenía dones para ello y su mujer se había vuelto mucho más redicha. Aquel hombre macizo, aquel coloso, necesitaba más tiempo para poder disputar a fondo, y se enredaba con las palabras de Inger, sin lograr decir él mismo muchas, y además la quería, le tenía un amor profundo. No necesitaba, por otra parte, defenderse a menudo, ya que ella no le atacaba ni reprendía, pues era un hombre excelente en muchos sentidos. ¿De qué hubiera podido quejarse Inger? Isak no era de despreciar, y había maridos peores. ¿Es que se había vuelto viejo y estaba gastado? Es cierto que ella había observado en él signos de cansancio, pero era cosa de poca monta. Isak rebosaba salud y entereza física anejas, como ella misma, y en aquel verano tardío de su matrimonio él aportaba un fondo de ternura no menos cálido que ella.

Eso sí; Isak no podía hacer gala de hermosura. En esto le aventajaba Inger. De vez en cuando, ella misma se decía que había visto cosas más hermosas: hombres elegantemente vestidos, con bastón; caballeros con pañuelo de bolsillo y cuello planchado. ¡Oh, aquellos caballeros ciudadanos!

De aquí que tratara a Isak únicamente como quien era, según sus méritos, por decirlo así, y nada más. Era un colono que se había establecido en los bosques, y si la boca de Inger no hubiera sido en aquel entonces deforme, es natural que no le habría aceptado jamás por marido, pues hubiera podido aspirar a otro. Lo que llegara a ser su hogar, toda aquella existencia solitaria que Isak había procurado, no era, en el fondo, gran cosa. Significaba, no obstante, la renuncia al casamiento y al trato que allá en su solar paterno hubiera gozado en vez de convertirse aquí en una bruja. Desde ahora no se sentía ni estaba en su verdadero ambiente, pues su modo de ser había cambiado.

¡Cómo se varía de parecer, según el caso! Inger ya no lograba regocijarse a la vista de un ternero de buena estampa, ni batía palmas de sorpresa cuando Isak volvía a casa con un buen botín de pescado. Los seis años vividos en otras condiciones más exigentes no habían pasado en vano, y parecían muy lejanos los días en que llamaba a Isak con palabras rebosantes de cariño a la hora de comer. Ahora le decía: «¿No vienes a comer?»

¡Qué cosas! Al principio sorprendió a Isak un poco el cambio, aquellos modos enojosos y descorteses, y respondía: «No sabía que la comida estuviera a punto.»

Pero al pretender ella que podía haberlo cogido por la altura del sol, se decidió a no malgastar más palabras.

¡Ah! Pero una vez la sorprendió al ponerle la mano encima. Fue cuando ella intentó disponer de un dinero que sólo a él pertenecía. Aquel día Inger se expuso a quedar señalada para toda su vida. Y no es que ella se hubiera comportado esta vez rematadamente mal. Era que Eleseus necesitaba dinero, el niño mimado había pedido de nuevo un tálero. ¿Era justo que alternara con gente fina teniendo los bolsillos vacíos? ¿Y no tenía ella sus sentimientos de madre? Pidió el dinero a Isak, y como fuera en vano, ella lo cogió. Sea que

Isak desconfiara, sea casualmente, lo descubrió. Inger se sintió inmediatamente asida por ambos brazos, levantada, primero en vilo y luego pesadamente arrojada contra el suelo. Fue algo insólito, una especie de terremoto; esta vez no se notaba disminución de vigor ni cansancio en las manos de Isak. Inger lanzó un gemido y, echada la cabeza atrás, temblaba alargándole el tálero.

Tampoco esta vez añadió Isak discurso alguno a su acción, aunque Inger no le impedía que hablase, sino que resopló, más que dijo:

—¡A ti sólo se te puede mantener a raya con un garrote!

Estaba desconocido. ¡Oh! Es que se desahogaba del enfado largo tiempo reprimido.

Todo aquel día y la larga noche, y el día siguiente, transcurrieron tristemente. Isak salió y se acostó al raso, sin acordarse de que no había acarreado el heno seco. Sivert le hizo compañía. Inger tenía a Leopoldine a su lado, y estaba rodeada de los animales, pero se sentía abandonada, lloraba continuamente y movía apenada la cabeza; una conmoción semejante sólo la había experimentado en otra ocasión cuando quitó la vida a su hijita. ¿Dónde estaban Isak y el muchacho? No se habían puesto a descansar, aunque así hurtaban un día, y más, a la recolección del heno; estaban construyendo un bote arriba del monte, junto al lago. Se trataba de una embarcación ruda, sin adornos, pero fuerte y sólida, como todo lo que ellos fabricaban. Tendrían un bote para salir a pescar con redes.

A la vuelta, el heno seco seguía abandonado. Lo habían fiado a la Providencia y salían ganando. Sivert señaló de pronto hacia la alquería.

—¡La madre ha recogido el heno! —exclamó.

El padre echó una mirada a la pradera, y dijo:

—Bien.

Vio inmediatamente que una porción del heno había desaparecido. Seguramente Inger estaba ahora en el interior de la casa, ocupada en sus quehaceres. Esto, después de la sacudida y de las amenazas del día anterior, era una prestación muy importante. Y a fe que el heno era pesado y recio; debió de esforzarse en gran manera, Inger, y, además, también había tenido que ordeñar vacas y cabras.

—Entra y come —dijo Isak a Sivert.

—¿Y tú?

—Yo no.

Poco rato después, Inger se asomaba a la puerta, y allí parada, humilde, preguntó:

—¿Es que no te concedes siquiera el entrar a comer algo?

Isak se limitó a gruñir y carraspear. Pero era un acontecimiento tan raro en aquellos últimos tiempos ver a Inger humilde, que la obstinación de Isak llegó a vacilar un punto.

—Si pusieras en mi rastrillo dos dientes que le faltan —le dijo Inger— podría continuar la faena.

Dirigía la súplica al dueño de la hacienda, al jefe de todo, y le agradeció que no rehusara con una respuesta jocosa y altanera.

—Bastante has rastrillado y acarreado ya —le contestó.

—No; no basta.

—No puedo entretenerme ahora en reparar tu rastrillo —se excusó—. Bien ves que tenemos lluvia encima.

Con estas palabras se dirigió a su labor. No quería que Inger se fatigara. Los minutos que le hubiera llevado la compostura del rastrillo quedarían diez veces compensados si Inger trabajaba en el prado. Inger compareció pronto con el rastrillo tal como estaba y empezó a rastrillar con gran ardor y soltura.

Sivert vino con el caballo y el carro, y empleando todas sus mayores energías, la cara bañada de sudor, entraron el heno. Una obra maestra había sido aquella. Y una vez más abismose Isak en reflexiones sobre aquel poder supremo que señala todos nuestros pasos, desde el hurto de un tálero al acarreo de una gran mole de heno seco. Además, quedaba terminado allí arriba el bote. Después de haber dado vueltas a la idea de su construcción años y años, ahora lo tenía ya a orillas del lago. «¡Ay, sí, Dios eterno», suspiró Isak.

En su conjunto, aquella noche era memorable. Era la crisis. Inger, que de un tiempo acá se había salido de la senda, con ser alzada de un golpe por encima del suelo, volvía a ocupar su lugar. Ni el uno ni el otro hablaron otra vez de lo sucedido. Aquel tálero, bien poco dinero al fin, y que el mismo Isak destinaba ya a Eleseus, le avergonzaba más tarde. ¿No era el tálero tanto suyo como de su mujer? Y llegó un tiempo en que era Isak el humillado.

Vinieron tiempos diversos: Inger había cambiado, al fin. Se fue desprendiendo de su prurito de distinción, y volvía a ser la mujer afectuosa y formal de una hacienda. ¡Que los puños de un hombre logren tanto...! Pero, así hubo de ser, tratándose de una mujer de buen temple, hacendosa, que el mucho tiempo vivido en una atmósfera de artificio había trastornado. Quiso sobreponerse al hombre, pero éste se mantenía firme sobre sus plantas. No había abandonado ni por un solo instante su lugar sobre la tierra, sus campos, su hacienda. Era imposible moverle siquiera de su sitio.

El año siguiente fue de sequía, y la cosecha disminuyó, y el ánimo de los hombres decayó un poco. Agostábase el grano en los campos. Lo único que prosperaba eran las patatas. Un poder superior lo dirigía todo, pero los campos se agrisaban.

Un día se presentó el ex delegado Geissler. Por fin. Era extraño que no hubiera muerto, sino que se presentaba de nuevo. ¿A qué vendría?

Muy ligero era su equipaje esta vez.

No venía tampoco cargado de documentos para la adquisición de terrenos. Vestía un traje sencillo y mostraba ya gris el pelo de la cabeza y barba, y bordeados de rojo los ojos. Nadie cargaba sus cosas, sino que llevaba una cartera con documentos; pero no traía ni siquiera un saco de viaje.

—Buenos días —dijo Geissler.

—Buenos días —respondieron Isak y su mujer ¿De viaje otra vez?

Geissler aprobó con el gesto.

—He de darle también las gracias por la visita que me hizo en Drontheim —añadió Inger.

Isak aprobó:

—Los dos le damos muchas gracias.

Pero Geissler tenía la costumbre de no detenerse en cuestiones sentimentales.

—Voy a atravesar la sierra, camino de Suecia —explicó.

Deprimidos como estaban Isak e Inger, por razón de la sequía, reanimábanse al ver en su casa a Geissler; se prodigaron en el recibimiento y consideraron como una dicha el albergarle, agradecidos a todo el bien que les había hecho.

No menos animado se mostraba Geissler; empezó a hablar de todo lo posible, echó una ojeada a los campos e hizo signos de aprobación. Se movía elásticamente y como si llevara encima centenares de táleros. Con él recobró la casa vida y animación; no es que hiciera ruido, pero sí era un buen conversador.

—¡Magnífico sitio el de Sellanraa! y se va poblando más cada vez la comarca; Isak: cinco granjas he contado, y tal vez haya otras.

—Siete en total; las otras dos no se ven desde el camino.

—Siete haciendas...; pongamos, cincuenta personas. Cada día hay más tierra labrada. ¿No tenéis ya una escuela?

—Sí, la tenemos.

—He oído algo de eso.

—Una escuela emplazada en terreno de Brede, porque está más en el centro.

—¡De modo que Brede coloniza!

Y Geissler se echó a reír despectivamente al decir esto.

—Haces hablar de ti, Isak, y te considero como el verdadero maestro entre todos. Me alegro. ¿No tienes también una aserradora?

—Una aserradora que da para lo que necesito. Más de una viga ha aserrado para los de allá abajo.

—Así va bien.

—Me gustaría oír vuestra opinión, señor delegado, cuando veáis la aserradora, si queréis verla.

Geissler aprobó la idea y como si entendiera en el ramo, se mostró dispuesto a hacerse cargo de lo que era un taller de aserrar.

—¿Tienes dos muchachos? ¿Dónde está el otro? ¿En la ciudad? ¿En un despacho, probablemente? ¡Hum...! Pero este otro es todo un hombre. ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Sivert.

—¿Y el que está en la ciudad?

—Eleseus.

—¿En el despacho de un ingeniero? ¿Qué aprende allí? Se morirá de hambre. Debiera haberse venido conmigo —dijo Geissler.

—¡Ah, sí! —respondió Isak, por cortesía.

Geissler le causaba lástima. No tenía el buen señor aspecto de poder socorrer a los demás; tal vez le era difícil atender a sus propias necesidades. Su traje estaba raído, deshilachado en las bocamangas.

—¿No le convendría ponerse unas medias secas? —preguntó Inger, ofreciéndole un par de las de su uso, unas medias flamantes, acanaladas, de sus buenos tiempos.

—No; gracias —dijo Geissler evasivamente a pesar de venir, seguramente, con los pies calados.

»Mejor habría sido que se viniera conmigo —insistió, refiriéndose a Eleseus—. Le podría ayudar muy eficazmente —añadió, sacando del bolsillo una tabaquera de plata y poniéndose a jugar con ella; tal vez el único objeto valioso que de otros tiempos le quedaba.

Pero Geissler necesitaba estar en actividad constante, y no se detenía en una misma cosa. Se metió la tabaquera en el bolsillo y empezó otro tema.

—¡Qué mal aspecto tienen los prados! Antes he creído que era la sombra. ¿Es posible que este suelo se agoste? Ven conmigo, Sivert.

Levantose de la mesa, puesta todavía, se dirigió a la puerta, dio las gracias a Inger por la comida, y desapareció. Sivert salió con él.

Fueron primero al río. Geissler estuvo observando todo el rato con ojos de experto, y de pronto se detuvo y dijo:

—Aquí.

Y siguieron las explicaciones.

—No puede ser que permitáis que la tierra se abra de tal modo, cuando tenéis un río capaz de procuraros toda el agua que necesitáis. Mañana la pradera volverá a tener el color verde.

Sivert, asombrado, se limitó a decir.

—Sí.

—Ahora vas a abrir una zanja regular, y a la entrada practicaremos una reguera. Teniendo una aserradora no faltarán un par de tablas. Bien. Ve por la azada y la pala, y empieza aquí mismo. Yo volveré en seguida y señalaré exactamente la dirección.

Corrió de nuevo hacia la casa. Le crujían las botas; tan mojados tenía los pies. Puso a Isak a hacer regueras de madera; era preciso disponer de muchas, y ponerlas donde no fuera conveniente abrir zanjas. Isak intentó objetar que el agua no penetraría tal vez hasta allí, pues el trecho era largo, y que la tierra sedienta absorbería el agua antes de que llegara a los sitios castigados por la sequía. Geissler convino en que durante un rato la tierra sedienta la absorbería, en efecto, pero que, poco a poco, la humedad penetraría más.

—Mañana, a esta misma hora, el campo y la pradera aparecerán de nuevo verdes.

—Bien —dijo Isak. Y empezó a acoplar regueras y más regueras con toda energía.

Geissler volvió al sitio donde había dejado a Sivert.

—Así va bien —le animó—. Puedes continuar así. ¡He visto en seguida que eres un gran muchacho! La línea ha de correr en la dirección de esas estacas. Si das con piedras grandes o moles de roca, las soslayas, pero ha de mantener el mismo nivel. ¿Entiendes? El mismo nivel.

En seguida volvió a Isak.

—Has acabado con una reguera, pero necesitamos seis. ¡Vivo, Isak! Mañana todo reverdecerá y tu cosecha estará salvada.

Geissler se sentó, puso una mano sobre cada rodilla y parecía embelesado; charlaba, y las ideas acudían a su mente con la prontitud del rayo.

—¿Tienes pez en casa? ¿Y estopa? ¡Magnífico! Tienes de todo. Al principio las regueras recalarán, pero luego tirarán bien. Y a lo último, serán

impermeables como botellas. ¿Dices que tienes pez y estopa, de los que usaste para el bote? ¿Dónde está el bote?

—Arriba, en el lago.

—También iré a verlo.

¡Oh! ¡Geissler prometía mucho! Era un señor superficial, y ahora parecía más inquieto que nunca; a su alrededor todo tenía que improvisarse, por decirlo así, pero, una vez empezado, se hacía rapidísimamente. Tenía grandes conocimientos, aunque exageraba a veces. Así ahora. Era imposible que campos y praderas recobrasen su verdor en una noche. El caso es que Geissler era rápido en concebir, decidido, y si las cosechas de Sellanraa se salvaban, a ese hombre extraordinario habría que agradecerse.

—¿Cuántas regueras has terminado...? Son pocas. Cuantas más regueras tenga, más lisa correrá el agua. Si juntas de diez a doce regueras de diez varas de largo, te dará buen resultado. ¿Qué dices? ¿Tienes tablas de doce varas de largo? A trabajar con ellas, y antes del otoño habrás ganado lo que valen.

Luego de esto, Geissler no se dio punto de reposo. Se levantó y corrió hacia Sivert.

—¡Magnífico, Sivert! ¡Ahora va bien! Tu padre está calafateando regueras y juntándolas y tendremos más de lo que he creído al principio. Vete a buscarlas, que vamos a empezar.

Trabajaron como locos durante toda la tarde.

Era el trabajo más enorme en que Sivert tomara parte y ejecutado con una rapidez para él hasta entonces desconocida. Ni el tiempo para entrar a tomar un bocado quisieron hurtar al trabajo. Pero el agua corría. Aquí y allá tenían que cavar más hondo, o bien era preciso poner alguna de las regueras a distinto nivel: ¡pero el agua corría! Anocheció y los tres hombres iban todavía de un lado a otro, haciendo y enmendando, con el serio empeño de llegar al fin

anhelado. Cuando el líquido empezó a extenderse por los sitios resecos, un claro destello de gozo alboreó en el corazón de los colonos.

—He olvidado mi reloj. ¿Qué hora es? —preguntó Geissler—. Sí; reverdecerá mañana a esta hora —insistió.

Adelantada la noche, Sivert se levantó para ver los efectos del agua. Encontró a su padre, que también había salido con la misma intención. ¡Qué ansias, Dios mío, y qué acontecimientos en aquellos parajes!

Pero al día siguiente, Geissler durmió mucho y se mostraba cansado; le había abandonado aquella celosa actividad, y ni apetencia tenía de subir a echar una ojeada al bote. Para no pasar vergüenza, llegó hasta la aserradora. Ya no parecía tan interesado en la conducción del agua.

Cuando vio que ni el campo ni la pradera se habían remozado durante la noche, decayó un poco su ánimo; no calculaba que el agua no dejaba de correr y que cada vez llegaba más lejos.

—Posiblemente no podrás ver el efecto hasta mañana —dijo a Isak— Pero de ningún modo pierdas el ánimo.

Al anoecer se presentó por allí Brede Olsen, cargado con unas muestras de piedra para enseñarlas a Geissler.

—A mi parecer —dijo—, son interesantísimas.

Pero Geissler no quiso ver las piedras.

—¿Es así como practicas la agricultura, rondando en busca de tesoros escondidos? —le preguntó en tono sarcástico.

No estaba dispuesto Brede a recibir lecciones del antiguo delegado, y poniéndose de pronto a tutearle:

—De ti no hago caso —le dijo.

Y replicó Geissler:

—Hoy como ayer, no haces nada de provecho y te ocupas en bagatelas.

—¡Quién habla! —dijo Brede—. ¿Qué has hecho tú en todo ese tiempo? Adquirir allá en el monte una mina que no vale nada, y que allí sigue improductiva. ¡Je, je! ¡Me haces gracia!

Y Brede no se detuvo más; se echó a la espalda la talega, y sin despedirse se volvió a su cubil.

Geissler se sentó, y se le vio engolfado en reflexiones mientras hojeaba unos papeles. Excitado, acaso, por las palabras de Brede, le interesaba ahora la mina de cobre, el contrato hecho y el resultado de los análisis; se trataba de cobre casi puro, cobre negro. Había llegado el momento de acometer la empresa y no entregarse de nuevo al fracaso.

—El motivo que me ha traído aquí —dijo a Isak— es el de poner en orden estas cosas. Tengo el propósito de atraer aquí mucha gente, y montar una gran explotación arriba, en el monte. ¿Qué te parece?

Isak sintió de nuevo lástima, y por eso no le contrarió.

—Esto no puede serte indiferente —prosiguió Geissler—. Subiré aquí mucha gente y habrá actividad, movimiento, estallido de barrenos. No sé si te agradará. Pero, por otro lado, ese incremento de vida en el distrito no podrá menos de recaer en una colocación más ventajosa en los productos lácteos de tu granja. Podrás exigir los precios que quieras.

—Sí —dijo Isak.

—Y ni que decir tiene que, de lo que se gane en la explotación, tú percibirás elevados porcentajes. Será mucho dinero, Isak.

—¡Ya he recibido tanto de usted...! —respondió éste.

El día siguiente, Geissler abandonó la hacienda y siguió en dirección hacia Suecia. Cuando Isak se ofreció a acompañarle, dijo, lacónico:

—No; gracias.

A Isak le dolía verle partir tan pobre y tan solo. Inger le había preparado un buen lote de víveres; había elaborado en obsequio suyo unos barquillos, pero distaban de ser como ella hubiera querido. Geissler se negó a aceptar una porción de nata que le pusieron en una botella y una buena provisión de huevos. A Inger le dolió mucho que lo rehusara.

Probablemente a Geissler le contrariaba el despedirse de Sellanraa sin pagar algo, como acostumbraba, por la hospitalidad. Pero fue como si hubiera pagado espléndidamente al decir a la pequeña Leopoldine:

—También hay algo para ti. ¡Toma! —Y con estas palabras le dio su tabaquera de plata—. Puedes lavarla y poner dentro tus alfileres; no es que valga del todo para eso, y si mi casa estuviera más cerca, en un momento tendrías algo mucho mejor: tengo varias cosas...

Allí quedaba la conducción del agua para el riego, como memoria de la visita de Geissler, y día y noche, semana tras semana, hacía reverdecer los campos, ayudaba a desflorar las patatas y a henchir de granos la espiga.

Los colonos de más abajo, aun los más lejanos, subieron para contemplar el prodigio. Subió también Axel Ström, el dueño de Tierra de Luna, el solterón, que tenía que cuidar de todo, sin ama que le ayudara. Aquel día estaba de buen humor; dijo que le habían prometido una moza para el verano, con lo cual tendría una preocupación menos. No dijo el nombre de la muchacha, ni tampoco se lo preguntó Isak; pero, sin duda, se trataba de Barbro, la hija de Brede. Bastaría mandar un telegrama a Bergen, y Axel pondría el dinero, pese a su extremada economía, que rayaba en avaricia.

Era la instalación de riego lo que atraía al colono aquel día. Siguió de cabo a rabo y le interesó. No tenía en su terreno ningún río caudaloso, pero sí un arroyo; carecía también de tablas útiles para regueras, pero abriría zanjás y aprovecharía el agua, que era lo esencial. Si la sequía continuaba, tendría que

acudir al riego. Cuando hubo visto lo que le interesaba, se despidió. Isak y su esposa le instaban a entrar, pero dijo que no tenía tiempo, porque se proponía dar los primeros golpes de azada aquella misma tarde. Y se marchó.

¡Era un hombre distinto de Brede! A Brede le ha faltado tiempo para ir de un lado a otro, chismorreando a propósito de la instalación de riego de Sellanraa.

—No sirve de nada estar tan aferrado al terruño —decía—. Ved por ejemplo, a Isak, que, después de abrir tantas zanjas para desecar, ahora se ve obligado a regar de nuevo.

Isak era paciente, pero a menudo deseaba verse libre de aquel charlatán de las inmediaciones de Sellanraa. Brede, en su cargo oficial de inspector de la línea telegráfica, había sido amonestado varias veces por su negligencia, y una vez más ofrecieron el cargo a Isak. No; Brede no se ocupaba del telégrafo, sino de los metales que podría haber en las montañas; esto se había convertido para él en una verdadera manía, una idea fija.

Llegaba con frecuencia a Sellanraa con la noticia de haber encontrado el tesoro. Movía después la cabeza, y añadía:

—Ahora no digo más, pero no niego que lo que he encontrado es de gran importancia.

Derrochaba tiempo y fuerzas completamente en vano. Al llegar a su casa, fatigado, echaba al suelo el saquito lleno de muestras de piedras y, entre resoplidos, protestaba de que nadie ganaba un jornal tan duro como el suyo por el mero sustento. Cultivaba algunas patatas en terreno pantanoso, guardaba la hierba alta, que medraba espontáneamente alrededor de la casa... y ésta era toda su labor. Seguía un mal camino y forzosamente acabaría mal. El tejado de turba de su casa estaba deteriorado y la escalera de la cocina podrida de

goteras; una pequeña piedra de afilar yacía en el suelo, y el carruaje se eternizaba al raso.

Si en algo era feliz, consistía esta felicidad en que no le atosigaban tales fruslerías. Si los chicos hacían rodar la piedra amoladora, aquel padrazo les disculpaba y algunas veces hasta se ponía a jugar con ellos. Carácter débil y perezoso, sin seriedad, desconocedor de lo que es el esfuerzo; carácter flojo, falta del sentido de responsabilidad, hallaba siempre una salida para procurarse el sustento como fuese; y así vivía con los suyos, hambreado; así vivían. Naturalmente, el tendero no podía sostener a Brede y su familia; se lo había dicho varias veces, y la última en tono muy serio. Brede convenía en que no le faltaba razón y prometió arreglarlo: vendería su terreno, seguramente con ventaja, y pagaría al tendero.

Estaba decidido a vender hasta con pérdida. ¿Qué iba a hacer con un terreno propio? Echaba de menos el pueblo, la despreocupación, los chismorreos, la tienda, en vez de apetecer la paz del trabajo y de prescindir del gran mundo. ¿Cómo olvidar las fiestas de Navidad con el árbol rutilante de luces? ¿O la fiesta nacional del Siete de Mayo, o los Bazares Benéficos? Su placer preferido era la charla con la gente, a propósito de cualquier cosa, y enterarse de novedades; pero en medio de aquellas tierras pantanosas, ¿con quién podría charlar? Antes, Inger, de Sellanraa, parecía dispuesta a charlar, pero ahora había cambiado y apenas hablaba. Además, Inger había estado en la cárcel y él ostentaba un cargo público, y no parecían bien aquellas relaciones.

Por su propia culpa se veía arrinconado por haberse ido del pueblo. Ahora le daba envidia que el delegado tuviera otro alguacil y el doctor otro cochero; había dejado a los que le necesitaban, y ellos, al no tenerle a mano, podían prescindir de él. ¡Pero, qué alguacil y qué cochero! ¡Bien mirado,

deberían venir a buscarle otra vez, a él, a Brede, con coche y caballo para que no se molestara siquiera en regresar a pie al pueblo!

Quedaba el caso de Barbro. ¿Qué motivo le indujo a pretender colocarla en Sellanraa? Fue después de madurado acuerdo con su mujer. Si la cosa iba bien, la muchacha tendría allí un porvenir halagüeño en perspectiva, y, tal vez, no solamente ella, sino toda la familia Brede. El cargo de ama de llaves en la casa de los dos oficinistas de Bergen ya era algo, pero Dios sabe cómo acabaría aquello para Barbro. Bonita ella, tendría en Sellanraa, donde había dos hijos, más probabilidades de prosperidad. Mas al notar Brede el fracaso de este plan, ideó otro. En el fondo, el llegar a emparentar con Inger, que había estado en presidio, no era tan apetecible. Por otra parte, había aún otros muchachos que los Sellanraa. Uno de ellos, Axel Ström con sus campos y su choza; buen trabajador y ahorrador, que iba prosperando, adquiriendo tan pronto unas reses como otros bienes, y que no tenía mujer en casa que le asistiera.

—Te aseguro que con la Barbro —le dijo Brede un día—, tendrás toda la ayuda que te hace falta. Aquí puedes verla en fotografía.

Pasaron un par de semanas y llegó Barbro, en plena recolección del heno. Axel, ocupado en segar por la noche y en volver lo segado durante el día, recibió a Barbro como llovida del cielo. Ella demostró que no desdeñaba el trabajo: fregaba la vajilla, lavaba la ropa, cocinaba, ordeñaba y aún ayudaba a rastrillar y acarrear el heno. Axel decidió asignarle un buen jornal, y, por lo tanto, aún saldría ganando.

Era algo más que la fotografía de una muchacha bonita. Esbelta y flexible, con la voz un poco velada, daba pruebas de sensatez y experiencia en muchas cosas. Axel no comprendía la causa de la demacración de su rostro.

—Debería reconocerte, pero no eres parecida al retrato.

—Es el efecto del viaje —respondió— y también el aire de la ciudad.

Pero no tardó en redondearse y recobrar su cara bonita.

—Créeme —decía a Axel—, el viaje y la atmósfera de la ciudad se la comen a una viva.

Y, aludiendo a los estímulos que existían en Bergen, confesaba:

—Allí es preciso andar muy precavida.

De tema en tema, la conversación la llevó a instar a Axel a que se suscribiera a un diario de Bergen, y así, al mismo tiempo, ella se enteraría de lo que sucede en el mundo. Serían cosas que echaría de menos en aquella soledad: la lectura, el teatro y la música.

Como el verano había sido próspero para Axel Ström, gracias a la ayuda obtenida, se suscribió al periódico y aguantó también a la familia Brede que iba a su choza y comía y bebía allí a satisfacción. Y es que Axel tenía empeño en contentar a su sirvienta. Nada tan placentero como aquellos crepúsculos estivales en que la muchacha rasgueaba la guitarra y cantaba con aquella voz un poco velada. Axel llegaba a conmoverse al oír las lindas canciones forasteras, dándose cuenta de que había alguien a su lado, que le arrullaba con su voz.

Hasta el fin del verano tuvo ocasión de conocer otros lados de Barbro, pero, en general, estaba satisfecho, aunque ella no dejaba de tener sus caprichos, y sus réplicas eran prontas, demasiado prontas, algunas veces. Aquel sábado en que Axel tuvo que bajar al pueblo, a ver al tendero, la Barbro no debería haber abandonado la casa y el ganado y dejarlo todo por hacer. El motivo de ello fue una ligera disputa que había tenido con Axel. ¿A dónde había ido? A casa de sus padres, nada más, a Amplia Vista. Cuando Axel regresó, de noche, Barbro no estaba. Él se cuidó de las bestias, cenó y se acostó. Barbro se presentó por la mañana.

—He querido recordar —dijo en tono burlón— cómo se siente una en una casa con suelo de tablas.

Axel no se atrevió a responder duramente, porque su casa era sencillamente de turba, con el suelo de arcilla; limitose a responder que también él disponía de unas tablas, y que la casa luciría también algún día un pavimento más confortable. Pareció que esto la hizo recobrar su formalidad; no, mala no era la Barbro. Con todo y ser domingo, salió presurosa, cogió en el bosque un haz de ramas de enebro y las esparció luego por el suelo de la habitación para adornarlo.

En vista de aquella bondad, Axel se decidió a sacar el pañuelo que había comprado el día antes en el pueblo. Su idea había sido dárselo a cambio de algo valioso. Barbro quedó encantada, se lo probó en seguida y le preguntó su opinión. ¡Oh! Le caía muy bien; pero es que hasta una mochila que se echara a la cabeza le sentaría favorablemente. Ella se echó a reír, y, queriendo corresponder a su amabilidad, dijo:

—Más que si llevara sombrero iré satisfecha a la iglesia y a comulgar con este pañuelo. En Bergen todas llevábamos sombrero con excepción de las sirvientas llegadas del campo.

Reinaba la más perfecta amistad. Cuando Axel sacó el periódico que había recogido en Correos, ella se sentó y leyó las últimas noticias del gran mundo lejano, que la enteraban del asalto de una platería en la calle de la Playa; de una riña entre gitanos; del cadáver de un niño, envuelto en un jirón de camisa, que había aparecido en las aguas del fiordo.

—¿Quién habrá echado al mar a esa criaturita? —preguntó Barbro.

Por rutina, leyó también los precios de los mercados.

Y pasó el tiempo.

¡Cómo habían cambiado las cosas en Sellanraa! ¡Nada recordaba aquellos primeros tiempos! Ahora eran varias las construcciones levantadas; había un taller de aserrar y un molino, y los terrenos, un día yermos, aparecían convertidos en bancales y campos sabiamente cultivados. Y otras transformaciones se realizarían pronto. Pero acaso lo más de admirar era la misma Inger, cambiada otra vez por completo, trabajadora y capaz.

La crisis del último verano no había podido vencer de pronto su ligereza; tuvo, al principio, algunas recaídas, y empezó a no hablar tanto del establecimiento y de la catedral de Drontheim. ¡Cosas inocentes, desde luego! Se quitó el anillo y se alargó la falda, desenfadadamente como en otros tiempos. Más reflexiva, más reposada, no recibía tantas visitas, porque su reserva iba alejando a las muchachas y a las casadas aldeanas. No era propio de aquellos parajes solitarios el continuo reír y charlar; la alegría también tiene sus límites.

Trae cada estación sus encantos, pero son invariables los profundos e inconmensurables acentos del cielo y de la tierra, y aquel sentirse circundado, aquella penumbra apacible del bosque, aquella amabilidad de los árboles... Todo es, a la vez, grave y blando, y no hay pensamiento que no surja allí. Al norte de Sellanraa se extendía un estanque, una balsa, no más grande que un acuario, en el que evolucionaban peces minúsculos, que no crecían nunca; allí

vivían y morían inútiles para todo, Señor, lo que se dice para todo. Una noche Inger atendía al son de los cencerros de las vacas. De pronto, oyó un canto en el acuario, un cántico débil, apenas perceptible, como un susurro que se apaga. La canción de los peces minúsculos.

La situación en Sellanraa resultaba tan favorable para sus moradores, que cada otoño y cada primavera podían contemplar el paso de las bandadas de gansos salvajes y oír su llamada y reclamo en las alturas, como un hablar confuso. Ya desaparecidas las aves, hubiérase dicho que el mundo volvía a hablar. Una especie de debilidad parecía sobrecoger a los moradores de Sellanraa que volvían a su labor, no sin antes aspirar el aire a pleno pulmón; parecía que les había rozado un soplo del más allá. Rodeábanles prodigios continuamente. En invierno, las estrellas y las auroras boreales; un firmamento en llamas, o un incendio allá junto a Dios. De tarde en tarde, oían también retumbar el trueno, sobre todo en otoño. Hombres y bestias se sentían sobrecogidos bajo aquel fenómeno sombrío y solemne. Las bestias que pacían en el prado cercano se arrimaban y permanecían inmóviles, cuerpo contra cuerpo. ¿Qué escuchaban? ¿Aguardaban el fin del mundo? Y las personas se detenían y bajaban la cabeza. ¿Qué esperaban en tal actitud?

¡La primavera! ¡Ah, sí! ¡Aquella prisa, aquel júbilo y encanto! ¡Pero el otoño...! Éste oprimía el ánimo a aquella gente que temía la oscuridad y se amparaba en el rezo de la oración del crepúsculo, y todos se convertían en visionarios, y pretendían oír presagios. Salían, a veces: los hombres, tal vez, para entrar leña, las mujeres, para recoger el ganado que ahora iba como loco en busca de setas; y todos volvían con el corazón rebosante de misterios. ¿Habrían pisado inadvertidamente una hormiga, que quedaba con la mitad posterior de su cuerpo pegada a la tierra, de modo que no podía seguir adelante? ¿O bien, al pasar demasiado cerca de un nido de pollas de las nieves,

la clueca les había atacado silbando? Ni siquiera los hongos, los grandes hongos que llaman de las vacas, dejaban de tener su significación. No es que las personas se queden rígidas y sin color al verlos. Esos hongos no florecen ni se mueven, pero hay en ellos algo de imponente; participan de lo monstruoso, son un pulmón desnudo que tuviera vida por sí solo.

Inger acabó por ser presa de la melancolía; la soledad la oprimía y creció en ella la piedad. ¿Podía evitarlo acaso? Nadie puede evitarlo en aquellos parajes desiertos en los cuales no impera únicamente lo terrenal, sino también la devoción y el temor de Dios, y mucha superstición. Inger creía, con más motivos que otros, que había de estar preparada para el castigo del Cielo, que no dejaría de venir. Sabía que Dios vagaba en las noches por todos aquellos lugares, y que sus ojos perspicaces la encontrarían sin remedio. No cabían grandes enmiendas en una vida cotidiana como la suya. Pero podía al menos esconder su sortija en el fondo del baúl; y escribir a Eleseus que también se corrigiera. Por lo demás, poco podía hacer, a no ser trabajar con mayor ahínco y no concederse descanso. Sí; algo más cabía que hiciera: cubrir su cuerpo con vestidos muy sencillos, y solamente los domingos, para que se viera la diferencia, se pondría al cuello una cinta de seda azul. Esta ficción de pobreza era una especie de filosofía estoica, una forma de humillación. La cinta de seda que Inger se ponía el domingo no era nueva; provenía de una gorra que a Leopoldine se le había quedado pequeña, estaba descolorida, y, para hablar claro, algo sucia. Y ahora la usaba Inger como modesto adorno dominguero. Iba muy allá Inger en esta ostentativa ficción de pobreza. ¿Hubiera tenido más mérito de haberse visto obligada a llevar tan humildes prendas? ¡Dejémosla en paz, que bien se lo merece! Excedíase en el cumplimiento de sus obligaciones. Había dos hombres en la hacienda, pero Inger esperaba a que hubieran salido y empezaba ella misma a aserrar la madera. ¿A qué todo ese castigo? Ella era

un ser insignificante, ordinarias sus facultades, y sin importancia ni su existencia ni su muerte más allá del círculo reducido en que se movía; en éste era la primera, y se creía merecedora de todo el castigo que se empeñaba en soportar.

—Sivert y yo hemos hablado —le decía el marido—, y no nos gusta que hagas más de lo que puedes, aserrando nuestra madera.

—Lo hago en descargo de mi conciencia —replicaba Inger.

—¿De tu conciencia?

Isak volvía a sus cavilaciones. Era ahora un hombre de bastante edad, lento en sus decisiones, pero firme cuando, finalmente, exponía su punto de vista. Muy poderosa debía ser la conciencia para que llegara a obrar una transformación tan completa en Inger. Lo cierto es que su conversación influyó en Isak, le contagió y se volvió meditabundo y dócil. El invierno fue muy duro, insoportable casi; Isak buscaba la soledad, el retiro. Para no mermar demasiado su bosque, había adquirido de los bosques del Estado, en la frontera sueca, varias docenas de buenos troncos. No quiso que nadie le ayudara a derribarlos, prefería estar solo, y mandó a Sivert que se quedara en casa para vigilar que la madre no se esforzara en demasía.

En los días cortos de invierno, negra la noche aún, Isak se dirigía al bosque, y no regresaba a casa hasta ya oscurecido. No siempre lucían la luna y las estrellas, y muchas veces, al volver, hallaba borradas bajo la nieve las huellas de sus pasos y le era difícil no desviarse del camino. Y una noche tuvo una aventura.

Llevaba recorrido un buen trecho hacia su casa y veía ya a Sellanraa a la claridad de la luna; Sellanraa se alzaba bello y hermosamente alineado, pero pequeño, allá en la falda del monte. Bajo la nieve casi parecía un caserío subterráneo. Ahora que Isak volvía a disponer de madera, tanto Inger como los

hijos habrían de maravillarse de su empleo y del fantástico edificio a que pensaba destinarla. Dispuesto a descansar para no llegar a casa rendido, se sentó en la nieve. Ancho silencio en derredor; Dios sea loado por tal silencio, que tiene su propio ambiente reflexivo y sólo sirve para bien. Isak no es más que un colono, y contempla su hacienda, donde le queda aún terreno que labrar. Ya en pensamientos rompe grandes piedras y emplea su probado talento en desecar los campos. Sabe que allí se extiende todavía una honda faja pantanosa –que ha de drenar– donde abunda el metal; cada charco tiene a flor una epidermis metálica. Con la vista reparte el suelo en rectángulos, sobre los cuales tiene sus planes: hacerlos verdes y fructíferos. Ver convertida en tierra de labor el yermo significaba para él orden y derecho, a más de ser un goce.

Se puso en pie; no muy dispuesto, como confuso. Carraspeó. ¿Había sucedido algo? No, nada; es que había descansado un poco. Pero frente a él ve algo, un ser, un espíritu, como seda gris... No; no es nada. Se sintió confuso, dio un paso corto, inseguro, fue derecho hacia una mirada, una gran mirada, dos ojos... Al mismo tiempo, los álamos vecinos empiezan a susurrar, a hablar entre sí. Es sabida la manera malévola y molesta del murmullo del álamo. Isak no lo había oído nunca más ingrato, y sintió recorrerle la médula un escalofrío. Adelantó la mano, en el gesto de decir algo, con el movimiento más inseguro que jamás hiciera.

Pero, ¿qué es lo que se le ponía delante? ¿Tenía forma siquiera? Toda su vida había jurado Isak que existía un poder más alto, y hasta lo había visto; pero lo de ahora no se parecía a Dios... ¿Tal vez sería el Espíritu Santo? ¿A qué su presencia allí, en el ancho campo? Dos ojos, una mirada, y nada más... ¿Sería para llevárselo, para llevarse su alma? Bueno. Un día u otro había de suceder; sería bienaventurado e iría al cielo.

Isak estaba atento a lo que iba a acontecer. Un escalofrío recorría su cuerpo. La aparición exhalaba un aire frío, helado. Era, sin duda, el demonio. Pero, ¿qué es lo que buscaba allí? ¿En qué había cogido a Isak? No era para enfadarle aquel propósito de preparar las tierras para el cultivo. No se le ocurrían otros pecados al cansado trabajador, que volvía del bosque y se encaminaba hacia su casa, todo con buen fin.

Dio otro paso, pero no muy largo, y retrocedió inmediatamente. Como la aparición no se apartaba, Isak, desconfiado, empezó a fruncir el entrecejo. Si era el diablo que lo fuera; su poder no era infinito. Lutero lo había casi matado una vez, y muchos otros lo habían ahuyentado con la señal de la cruz y el nombre de Jesús. No es que desafiara el peligro, pero desechó la idea de su posible muerte y bienaventuranza, avanzó dos pasos hacia la aparición, se santiguó y exclamó: «¡En nombre de Jesús!» ¿Y ahora? Fue como si su misma voz le hiciera volver en sí, y vio a Sellanraa sobre la ladera. Ya no susurraban los álamos, y los dos ojos habían desaparecido.

Sin pretensiones de desafiar el peligro, siguió decidido su camino; pero al pisar el umbral de su casa carraspeó vigorosamente, y muy aliviado entró en la habitación, alta la frente, como un hombre, aún más: como un héroe.

Inger demostraba extrañeza y quiso averiguar el motivo de su palidez de muerto.

Isak no negó que se había topado con el diablo. Inger le preguntó:

—¿Dónde?

—Allá arriba. Precisamente, enfrente de la casa.

Inger no se mostró envidiosa. Ni siquiera le alabó, pero su semblante no reflejaba tampoco nada de dureza o agresión. Y eso que en los últimos días su ánimo se había serenado, y, fuesen cuales fuesen los motivos, se había vuelto más amable. Se limitó a preguntar:

—¿Y era el mismo diablo?

Isak reforzó con un movimiento de la cabeza la afirmación de que, por lo que había podido ver, efectivamente se trataba del diablo mismo.

—¿Y cómo te lo has quitado de delante?

—Me lancé hacia él en nombre de Jesús.

Inger movía la cabeza, asombradísima, y tardó un rato en poder poner la mesa.

—De todos modos —le dijo a Isak—, será mejor que no vayas más al bosque solo.

Ella se preocupaba por él y esto le hacía bien. Pero hizo como si su valor fuera el de siempre, y no le importara ir solo o acompañado. Lo hacía para no asustar a Inger con su desagradable encuentro. ¿No era él el cabeza de familia y el amparo de todos?

Inger, conociendo bien lo que pensaba, dijo:

—Bien veo que no quieres asustarme. Pero Sivert debería acompañarte.

Isak sonreía desdeñosamente.

—Podrías ponerte malo en el bosque, o qué sé yo, últimamente tu salud no es tan buena.

Isak volvió a sonreír despectivamente. ¿Enfermo? Cansado y deslomado, sí. ¡Pero, enfermo! No admitía que Inger le pusiera en ridículo; estaba sano como siempre y comía, bebía y dormía igual que antes. Estaba incurablemente sano. Una vez un árbol, en el momento de venirse abajo, le arrancó una oreja; pero Isak la colocó en su sitio, y la mantuvo día y noche sujeta a la cabeza por medio de la gorra, hasta que arraigó de nuevo. Contra las indisposiciones internas tomaba regaliz cocido en leche caliente, es decir, brea que compraba en la tienda y que le provocaba un sudor favorable. Era un remedio probado: el «theriak» de los antiguos. Si se hería una mano, la ponía debajo del chorro

del agua y luego echaba sal encima; en pocos días estaba curado. Nunca había entrado el médico en Sellanraa.

No; Isak no estaba enfermo. Un encuentro con el diablo, al fin y al cabo, podía tenerlo el más sano. La peligrosa aventura, lejos de acarrear malas consecuencias, diríase que más bien le había fortalecido. Cuando el invierno tocaba a su fin, y la primavera ya no parecía infinitamente lejana, el varón y jefe de familia se iba sintiendo como una especie de héroe: «Yo soy entendido en esto; hagamos lo que digo, que si es necesario, hasta conjuro al mismísimo diablo.»

Había pasado la Pascua. Los días eran más largos y más despejado el cielo; los troncos abatidos habían sido ya acarreados; todo lucía, y las personas respiraban después del invierno soportado.

Inger, recobrado a tiempo su buen humor, era de nuevo la primera en reanimarse. Tenía motivos de satisfacción: le nacería pronto un nuevo hijo. Todo se allanaba en su existencia, todo le salía bien. ¡Qué misericordia tan infinita, después de tanta culpa! La felicidad la perseguía. Cierta día Isak notó algo.

—Creo que, en verdad, hay novedad —dijo.

—¿Cómo es posible?

—Sí, alabado sea Dios —respondió ella—. Es cosa segura.

Ambos estaban sorprendidos. Cierto que Inger no era demasiado vieja, y que Isak sólo tenía unos pocos años más; pero así y todo, otro hijo... La pequeña Leopoldine iba ya, a veces por largas semanas, a la escuela de Amplia Vista, de modo que no tenían criaturas en casa, y la misma Leopoldine era toda una mocita.

Isak dejó pasar unos días, y el sábado inmediato se puso animosamente en camino para el pueblo, de donde regresaría el lunes por la mañana. Calló el motivo de la salida. Y he aquí que volvió con una criada. La llamaban Jensine.

—¡Vaya ocurrencia! —exclamó Inger—. No necesito muchacha.

Isak replicó que nunca como ahora la necesitaba.

De todos modos, tan bonita le pareció a Inger la idea de Isak, tan salida del corazón, que estaba conmovida y avergonzada a la vez. La muchacha era hija del herrero. Se quedaría durante el verano, y luego verían.

—Además he telegrafiado a Eleseus.

A Inger le dio un vuelco el corazón. ¿Telegrafiado? ¡Qué modo el de Isak de abrumarla de atenciones! Hacía largo tiempo que su mayor pena era tener a Eleseus lejos, en la pérfida ciudad. Le había escrito hablándole de Dios Nuestro Señor, y de cómo su padre iba envejeciendo, y de que la hacienda prosperaba más cada vez; le decía que Sivert, el hijo menor, llamado a ser el heredero del tío Sivert, no podía con todo. Y, por si acaso, le había incluso mandado el dinero para el viaje. Pero Eleseus se había convertido en un «ciudadano» y no echaba de menos la vida campesina. Respondió, preguntando lo que tendría que hacer, aproximadamente, en el campo, y añadió si era cosa de echar por la borda los conocimientos adquiridos. «Por mi parte —escribía— no siento afición al campo. Si puedes mandarme alguna tela para ropa interior, no tendré necesidad de contraer deudas.» ¡Con qué afán la madre le mandó y le volvió a mandar lo que pedía! Pero cuando volvió en sí y se hizo tan piadosa, se descorrió el velo de sus ojos, al comprender que Eleseus revendía la tela bajo cuerda, y empleaba el dinero en gastos de otra índole. El padre, no menos advertido, lo entendió también así; pero no habló palabra de su sospecha, pues sabía que Eleseus era el preferido de su madre, que por él lloraba, y movía la cabeza bajo la pesadumbre de sus pensamientos.

Las piezas de doble lado de tela desaparecían. Isak estaba convencido de que no hay hombre en el mundo que necesite tanta ropa blanca. Como jefe de familia creyó que le incumbía intervenir. Un telegrama por medio del tendero del pueblo resultaba caro; pero, en primer lugar, haría al hijo mucho más efecto, y por otra parte, resultaría algo extraordinario para Isak el poder comunicárselo a Inger al regreso.

Por el camino de vuelta llevaba Isak a cuestas el baúl de la muchacha, y se sentía tan orgulloso y lleno de secretos como el día en que había traído el anillo para Inger.

Siguió una época magnífica, en la cual Inger no sabía qué hacer por ser útil, laboriosa y buena. Como en otros tiempos, decía a su marido:

—¡Puedes con todo! —O bien—: ¡Te matas trabajando! —Y de nuevo—: No; lo que es ahora entrarás para tomar algo. —Le preguntaba en tono de lisonja:

»Quisiera saber qué intenciones tienes con esas vigas. ¿Qué es lo que vas a construir?

—Pues no lo sé todavía a punto fijo —respondía él, dándose enorme importancia.

Era como en otros tiempos. Después del nacimiento —fue una niña robusta y bien conformada—, Isak tendría que haber sido una piedra o un perro para no estar agradecido a Dios. Pero, ¿qué es lo que iba a ocurrir? Algo que moviera a Oline a sus chismorreos. Otro cuerpo anexo a la casa, una habitación más; porque Sellanraa era ahora una familia numerosa, y tenían una sirvienta, esperaban la vuelta de Eleseus, y una hijita venía a aumentar la prole. Lo que fue recibidor se convertía ahora en dormitorio; no había otro recurso.

Como era natural, Isak tuvo que satisfacer, por fin, la curiosidad de Inger; si bien, por los frecuentes cuchicheos tenidos con Sivert, no parecía ella desconocer del todo el secreto. Hizo, no obstante, como si se sorprendiera:

—¿Lo dices formalmente?

Y él, a punto de reventar de dicha:

—Si me das tantos hijos, bien he de procurar cobijarlos.

Isak y su hijo Sivert rompían sin tregua las piedras para la pared maestra, y el uno no desmerecía del otro en la tarea. Lozano y firme el uno en su entera mocedad, pronto en comprender y oportuno en la selección de las piedras; y el otro, viejo, tenaz, con sus largos brazos, metiendo la palanca con vigor formidable. Una vez ejecutado alguno de sus alardes, solían resollar gozosos y charlar alegremente sin menoscabo de su natural reserva.

—Brede está dispuesto a vender —decía el padre.

—Sí —respondía el muchacho—. Quisiera saber cuánto pide.

—Sí. ¿Cuánto pedirá? ¿No has oído nada?

—No; calla. Sí, doscientos.

Reflexionaba el padre un rato, y luego decía:

—¿Qué te parece? ¿Sería una buena piedra angular ésta?

—Todo depende de que podamos cortarla sin que se quiebre —respondía Sivert.

Y, levantándose presuroso, alargaba al padre el martillo de ajustar y él empuñaba el otro. Rojo, y notando el calor en el cuerpo entero, erguía en toda su estatura, y hacía zumbir el martillo en un golpe certero; erguía de nuevo, y lo dejaba caer. Veinte golpes iguales, veinte estallidos... No economizaba herramientas ni esfuerzo, y su labor era eficaz: la camisa se le salió por encima de la cintura y descubría la piel del vientre; a cada golpe se erguía

sobre las puntas de los pies, para dar mayor impulso al martillo. ¡Veinte golpes!

—Vamos a ver —decía el padre.

Parábase el hijo para preguntar:

—¿Se ha agrietado?

Los dos se echaban al suelo y examinaban la pícara piedra. No, no se había hendido.

—Voy a probar con el martillo yo solo —decía el padre, irguiéndose él a su vez.

Y trabajaba rudamente, solo, empleando toda su fuerza. Calentábase el martillo, cedía el acero, la pluma con la cual Isak escribía su vida se embotaba.

—Se escapa del tallo —decía, refiriéndose al martillo. Y cesaban los golpes—. Yo tampoco puedo más.

Pero no estaba convencido de lo que decía.

Aquel padre, un coloso de vasta presencia, pacienzudo y benévolo, cedía a su hijo el último golpe que hendiría la piedra. Quedó rota en dos pedazos.

—Has hecho alguna trampa —decía Isak.

Carraspeó, y pasó a otra cosa:

—De Amplia Vista se podría sacar algún provecho.

—También lo creo así.

—Bastaría practicar unas zanjas y excavar el pantano.

—La casa necesita algún arreglo.

—Desde luego; hay mucho que trabajar allí, pero... ¿has oído decir a tu madre si va a ir a la iglesia el domingo?

—Sí, hablaba de ir.

—Bien. Pero, acércate; vamos a ver si damos con una piedra grande, capaz para el umbral de la nueva habitación. ¿No has visto ninguna que convenga?

—No —respondió Sivert.

Y seguían trabajando.

Al cabo de unos días convinieron en que tenían piedras bastantes.

Era un viernes por la tarde. Sentáronse para recobrar aliento y charlaron un rato.

—¿Y si hablásemos ahora un poco de Amplia Vista...? —propuso.

—¿Por qué? —preguntó Sivert—. ¿Qué íbamos a hacer con Amplia Vista?

—¡Qué sé yo! Hay al menos allí la escuela. Amplia Vista ocupa el centro.

—Sí; ¿y qué? No sabría qué emprender allí. No vale para nada. ¿Se te ha ocurrido hacer algo? —interrogó Sivert.

—No —respondió el padre—. Pienso en Eleseus. A lo mejor podría trabajarlo él.

—¿Eleseus?

—Sí; pero, no sé...

Larga reflexión por ambas partes. Luego, el padre recoge las herramientas y se encamina hacia la casa.

—Creo que debieras hablar con él de eso —dice Sivert finalmente.

Y el padre termina con estas palabras:

—Tampoco hoy hemos conseguido dar con la piedra apropiada para el umbral.

El día siguiente, un sábado, tuvieron que madrugar para llegar puntualmente a la iglesia con la niña, atravesando la sierra. Jensine, la

sirvienta, iba en la comitiva, y tenían ya una madrina. Los demás, parientes de Inger, subirían de la otra vertiente de los montes.

Inger estaba muy bonita con su vestido de algodón que había cortado y cosido ella misma, realzado con unas cintas que rodeaban su garganta y las muñecas. La recién nacida, de blanco, con bordes de seda azul, todo nuevo, era una criatura extraordinaria. Sonreía, gorjeaba y demostraba curiosidad cuando el reloj de la habitación daba las horas. El padre había escogido el nombre, como era su derecho, y quería usar de él. Vaciló entre Jacobine y Rebecca, nombres entrambos que tenían alguna relación con el de Isak. Finalmente, había ido a Inger, temeroso y, después de carraspear, le dijo:

—¿Y si le pusiéramos Rebecca?

—Sí, sí —respondió Inger.

Cuando Isak oyó esta afirmación, se sintió revestido de toda su importancia varonil, y dijo bruscamente:

—Si algún nombre le hemos de dar, la llamaremos Rebecca. Yo respondo de ello.

Y, naturalmente, por cumplir debidamente y, asimismo, para llevar a la niña, quiso asistir con los demás a la iglesia. ¿Cómo iba a faltarle a la pequeña Rebecca una lucida comitiva? Isak se había recortado la barba, y, como en los años floridos, llevaba una camisa roja. Pese al rigor del verano, Isak vestía un traje de invierno, por ser el más nuevo y de buen ver. Mas como no era hombre que se hiciera esclavo de la prodigalidad ni de las apariencias, para hacer la ruta por aquellos montes calzose un par de aquellas botas de siete leguas que usaba.

Sivert y Leopoldine se quedaron en casa.

Atravesaron el lago montañoso en el bote, lo cual les evitó el rodeo que antes era forzoso dar. Estando en medio del lago, al dar el pecho Inger a la

niña, Isak vio colgado del cuello de la madre algo que relucía, pendiente de una cintilla. ¿Qué sería? En la iglesia advirtió que Inger llevaba puesto el anillo de oro. ¡Qué Inger! ¡No había podido resistir la tentación!

Eleseus regresó a casa. Eran bastantes años los que había estado lejos, y aventajaba en estatura a su padre; tenía las manos blancas y afiladas y un bigotito oscuro. Como si considerara un deber la naturalidad y la amabilidad, nadie le hubiera podido llamar jactancioso; lo cual era para su madre motivo de admiración y gozo. Dormía en el mismo cuarto de Sivert. Se entendían bien los hermanos y se divertían a veces, dándose mutua broma. Pero, como era de esperar, Eleseus hubo de ayudar en la construcción de la nueva casa, y, dado que no estaba acostumbrado a tales trabajos, se cansaba y agotaba pronto. La cosa fue aún peor cuando Sivert tuvo que dejar aquel trabajo, que entonces hubieron de continuar los otros dos; el padre, lejos de tener ayuda con Eleseus, resultaba más bien perjudicado.

¿A dónde había ido Sivert? Es que un día llegó Oline con la noticia de que el tío Sivert estaba a punto de morir. ¿No tiene Sivert casi obligación de acudir a su lado? ¡Qué situación! Nunca llegara tan inoportunamente el deseo del tío Sivert como en aquellos momentos; pero no había otro remedio que conformarse.

Oline decía:

—Propiamente, no disponía yo de tiempo para cumplir el encargo, os lo aseguro. Pero el amor que tengo a todos vuestros hijos, y especialmente a Sivert, hace que me complazca en ayudarle tocante a la herencia.

—Pero, ¿es que tío Sivert está muy enfermo?

—¡Dios mío! ¡Pierde más cada día!

—¿Está en cama?

—¿Si está en cama? Pero, Señor, con qué ligereza hablas. No le veremos más andar por este mundo.

Después de esta respuesta era justo aceptar que el tío Sivert se acercaba rápidamente a su fin. Inger instaba a Sivert para que se diera prisa.

Pero el bribón de tío Sivert no estaba en la agonía, ni siquiera podía decirse que estuviera echado más que a ratos. Cuando el pequeño Sivert llegó, reinaba un desorden y una desidia terribles en la pequeña heredad; no solamente las labores de la primavera estaban a medio hacer; ni siquiera habían sacado al campo el abono del invierno. Por de pronto, la muerte no parecía estar cercana. El tío Sivert, era, en efecto, un anciano caduco, de más de setenta años; andaba medio vestido de un lado a otro de la casa, se acostaba con frecuencia y necesitaba que le ayudaran en diversos menesteres. La red para la pesca del arenque, por ejemplo, estaba colgada en la caseta de las lanchas, de cualquier modo, y necesitaba un buen arreglo. Pero el tío no estaba tan cerca de su fin que no se permitiera comer pescado en salazón y fumar la pipa.

Al cabo de media hora de estar en la casa y ver la marcha de las cosas, Sivert quería emprender el regreso.

—¿A casa? —preguntó el viejo.

—Sí; estamos edificando, y mi padre necesita quien le ayude.

—¡Ah! —dijo el anciano—. Pero, ¿no queda Eleseus en casa?

—Sí; pero no está acostumbrado a semejantes faenas.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Sivert le dio cuenta de la noticia con que Oline se había presentado.

—¿Que estaba a la muerte ha dicho? —preguntó el viejo—. ¡Diablos!

Sivert no pudo contener la risa. El anciano miró ofendido a su sobrino y dijo:

—Te ríes de un moribundo, y eso que fuiste bautizado con el mismo nombre que yo.

Sivert era demasiado joven para poner cara seria; no le había importado jamás su tío, y estaba decidido a volver a Sellanraa.

—¡Eso! Te creías que iba a morirme, y has acudido volando —decía el anciano.

—Quien lo ha asegurado es Oline —decía con insistencia Sivert.

Después de un corto silencio, el tío le propuso:

—Si remiendas la red que hay colgada en el tingladillo de las lanchas, te enseñaré algo.

—Bien —dijo Sivert—. ¿Y de qué se trata?

—¡Ah! Eso a ti no te importa —replicó el anciano hoscamente, y volvió a echarse en la cama.

Las negociaciones requieren tiempo. Sivert no sabía qué hacer. Salió y echó una mirada a su alrededor; el desorden y la desidia se veía en todo. Pretender ponerlo todo en marcha de nuevo hubiera sido un imposible. Cuando volvió a entrar, el tío estaba levantado y sentado junto a la estufa.

—¿Ves esto? —le preguntó, señalando a una caja de roble que tenía entre los pies. Era la caja del dinero; en realidad, una de aquellas que antaño llevaban en sus viajes los altos empleados y otras personas distinguidas. Ahora, vacía de botellas, el viejo tesorero del distrito guardaba en ella facturas y dinero. ¡Ah, el cajón de las botellas! Corría la leyenda de que atesoraba grandes riquezas, y la gente de la aldea solía decir: «¡Tuviera yo solamente el dinero que Sivert tiene en su cajón!»

Tío Sivert sacó de él unos papeles y rojo con solemnidad:

—Tú sabes leer. Lee este documento.

A Sivert no le era familiar, ni mucho menos, la lectura de escrituras, pero esta vez leyó que su tío le instituía heredero de todos sus bienes.

—Y ahora puedes hacer lo que quieras –dijo el anciano.

A Sivert poco le conmovió la lectura de aquel documento, que venía a repetirle lo que ya tenía sabido, pues le habían dicho y vuelto a decir desde niño que heredaría a su tío. Si hubiera visto en aquella caja alguna cosa preciosa, quizá le hubiera impresionado. Ahora se limitó a comentar:

—Habrá mucho que ver en esa caja.

—Más de lo que te figuras tú –replicó el tío lacónicamente.

Tales eran su decepción y enojo a propósito del sobrino, que cerró la caja y se acostó de nuevo. Tendido en la cama le ocurrían una serie de pensamientos.

—Hace treinta años que tengo plenos poderes en el pueblo y han caído en mis manos como tesorero los chorros del oro. No necesito pedir a nadie que me tienda la mano... ¿Cómo ha sabido Oline que iba a morir? Si me place, ¿no soy libre de mandar tres hombres a casa del doctor? De mí no os burlaréis. Y ahora, tú, Sivert, no puedes esperar siquiera hasta que haya entregado el espíritu. Una cosa te diré: has leído el testamento que guardo en la caja donde hay el dinero. Y no digo más. Y si te vas, dile a tu hermano Eleseus que le estoy esperando. Ése no lleva mi nombre de pila, pero que venga, que venga.

A despecho de la amenaza que las últimas palabras encerraban, Sivert reflexionó y dijo:

—Le daré el encargo a Eleseus.

Oline continuaba en Sellanraa cuando volvió Sivert. Había tenido tiempo sobrado de dar una vuelta por los alrededores, y llegó hasta la colonia de Axel

Ström y de Barbro, y a la vuelta se daba mucha importancia, como si conociera grandes cosas.

—La Barbro ha engordado —decía en voz baja—. ¿No será señal de algo? No se lo digáis a nadie... ¡Hola, Sivert! ¿Ya de vuelta? No te pregunto siquiera si tu tío ha cerrado los ojos para siempre. Claro: viejo era, y estaba con un pie en la sepultura. ¿Cómo? ¿Que no se ha muerto? ¡Loado sea Dios, y a Él sean dadas gracias...! ¿Qué dices? ¿Que todo han sido chismes que yo he propalado...? ¡Si en todo fuera yo tan inocente como en esto...! ¿Cómo podía yo adivinar que tu tío mintiera a la cara de Dios? Mis palabras fueron éstas: «Pierde más cada día...», y así las repetiré un día delante del trono del Señor... ¿Qué dices Sivert? ¿No estaba tu tío en la cama, fumando, y no decía, con las manos cruzadas sobre el pecho, que se hallaba en las últimas?

Con Oline toda discusión se hacía imposible; arrollaba al contrario con su charla, le reducía al silencio. Cuando oyó que el tío Sivert reclamaba a Eleseus, cogió al vuelo el detalle en provecho propio.

—Ya veis si eran vanas mis palabras. El viejo Sivert llama a sus parientes, ansía la proximidad de los de su sangre, porque ve que esto se acaba. No puedes rehusárselo; ponte en seguida en camino, Eleseus, a fin de encontrar a tu tío todavía con vida. Yo voy también hacia la sierra y podemos salir juntos.

Pero Oline no abandonó Sellanraa hasta que hubo llamado aparte a Inger, para susurrarle a propósito de Barbro:

—No lo digas a nadie; pero las señales no mienten. Ya se ufana como señora y ama de la hacienda. A muchos vemos encumbrados que en su origen son chiquitos como granos de arena a orillas del mar. ¡Quién lo hubiera creído de Barbro! A Axel no se le puede negar que es hombre trabajador, y heredades y alquerías como éstas no las hay en nuestra vertiente; bien lo sabes tú, Inger,

que descendes también de nuestro distrito y allí naciste... Barbro tenía en una caja un par de libras de lana, toda lana de invierno; yo no le pedí ni pizca, ni ella me la ofreció; lo único que nos dijimos: «Dios te guarde, y buenos días»; con todo y conocerla de niña, cuando estuvo aquí, y tú, Inger, estabas allí, aprendiendo...

—La pequeña Rebecca está llorando —dijo Inger, y rápidamente dio un puñado de lana a Oline.

Hubo grandes manifestaciones de gratitud por parte de ésta:

—Sí; es como decía hace poco a Barbro: No hay otra tan dadivosa como Inger; se hace polvo por regalar y nunca refunfuña por ello... Sí; acude a tu angelito, parecido a ti como ningún otro hijo a su madre.

¡Si se acordaría Inger de que un día dijo que no tendría más hijos! ¡Ahí lo estaba viendo! Es preciso escuchar a los viejos que habían tenido hijos; porque los caminos de Dios son inescrutables. Se puso a trotar, luego, Oline detrás de Eleseus, bosque arriba, encorvada por los años, lívida, entrecana y curiosa; la misma de siempre. Se proponía ir ante todo a casa del viejo Sivert para anunciarle que ella, Oline, había sido la que hizo decidirse a Eleseus para que acudiera a su lado.

Pero no había sido difícil convencer a Eleseus; ni éste se había hecho rogar. Y es que, en el fondo, era mejor de lo que parecía. Buen muchacho, a su manera; bonachón y amable por naturaleza, pero sin grandes fuerzas físicas. Si había vuelto de mala gana al campo, sus motivos tenía. No ignoraba los años de presidio de su madre por infanticidio; en la ciudad nadie le hablaba de esto, pero en el campo lo sabían todos, seguramente. ¿Cómo podría haber vivido años enteros en la ciudad, al lado de los camaradas, sin que le enseñaran a tener una más fina sensibilidad de la que tenía primero? Ahora sabía que un tenedor es tan útil como un cuchillo, y había visto contar por coronas y ores,

mientras allá, en el solar paterno, la unidad monetaria era todavía el viejo tálero. De buena gana traspasaba ahora la sierra hacia el otro distrito, pues en la casa de su padre se veía obligado a frenar continuamente la propia superioridad que sentía. Él se esforzaba en acomodarse a los demás, y lo conseguía, pero tenía que estar siempre alerta, como, por ejemplo, en las primeras semanas de su vuelta a Sellanraa. Había traído un abrigo de entretiempos gris claro, a pesar de ser ya verano; al colgarlo de un clavo habría podido dejar vuelto hacia fuera el escudo plateado con sus iniciales, pero cuidó de no hacerlo. Tampoco se había servido nunca en Sellanraa del bastón, ¡el bastón de pasear! En realidad, se lo había hecho de un paraguas, que despojó de su tela y varillas. Pero no lo había lucido en Sellanraa, ni le había hecho dar graciosas vueltas, antes al contrario, lo había llevado muy arrimado a una pierna.

No; no tenía nada de notable que Eleseus traspasara la sierra. Para construir casas no servía; pero sí para escribir correctamente, cosa que no sabe cualquiera; pero en aquellas tierras nadie sabía apreciar su erudición y arte, a excepción, quizá, de su madre. Bosque arriba, con el ánimo gozoso, iba ahora delante de Oline; la esperaba una vez ganada la cumbre. Corría como un ternero. En cierto modo, Eleseus se había escabullido de casa, temeroso de que le vieran con su abrigo de primavera y su bastón. En la otra vertiente esperaba poder alternar con gente mejor; le verían, y acaso iría también a la iglesia. Y por esto soportaba el superfluo abrigo en pleno día de sol de verano.

No dejaba Eleseus ningún vacío; no le echarían de menos para levantar unas paredes; al contrario: el padre recobraba a Sivert, que le era mucho más útil, y trabajaba de sol a sol, con la ventaja de que el nuevo anexo requería únicamente tres paredes y la aserradora simplificaba la utilización de los troncos. Las tablas sobrantes al aserrar las vigas, fueron ventajosamente

aprovechadas para el tejado. Pronto estuvo todo a punto; desde el entarimado hasta las ventanas y el techo. No pudieron hacer más, por hacerse la recolección. El cepillado y la pintura se harían más tarde.

De pronto, se presentó Geissler, con un gran séquito de gente a caballo. Por la figura y el peso parecían viajeros ricos; iban montados en lucidos caballos con arreos claros, excepto Geissler, que les seguía a pie. Eran cuatro y él, más dos criados, cada uno de los cuales llevaba un caballo de carga.

Echaron pie a tierra en el patio y Geissler dijo:

—Ahí tenéis a Isak, el margrave en persona. Buenos días, Isak. Ya ves; vuelvo, como te dije.

Geissler era el de siempre. No por andar a pie se consideraba menos que los otros. Su americana, muy usada, le caía larga y holgada sobre las flacas espaldas; pero en su rostro mostraba una expresión de superioridad y orgullo.

—Estos señores y yo —dijo— tenemos el propósito de subir un trecho más; como están algo gruesos, quisieran perder un poco de grasa inútil.

Eran los aludidos personas afables y, al parecer, de buena pasta; sonrieron al oír la presentación de Geissler, y se excusaron de haber hecho irrupción en el cortijo, como en tiempo de guerra. No les faltaban provisiones y no iban a despojarle, pero sí agradecerían el poder pasar la noche a cubierto, tal vez en aquel cuerpo nuevo de edificación.

Después de un breve descanso, y mientras Geissler estuvo hablando con Inger y los chicos, todos los huéspedes salieron para el monte y no volvieron hasta que hubo anochecido. Los de la hacienda habían oído ruidos completamente inexplicables, descargas o disparos, y aquellos señores regresaron con nuevas muestras de mineral en sacos. «¡Cobre negro!», decían, y movían la cabeza examinándolo. Se entabló una larga y erudita conversación, y consultaban un mapa rudimentario trazado por ellos mismos a

grandes rasgos. Entre aquellos señores había un perito y un ingeniero; a otro lo titulaban consejero provincial y un cuarto demostró ser propietario de una fundición. Hablaban de un funicular aéreo. Geissler decía unas palabras, de vez en cuando, las cuales parecían aclarar cada vez alguna cosa a aquellos señores, pues las tomaban muy en serio.

—¿A quién pertenece el terreno al sur del lago? —preguntó el consejero a Isak.

—Al Estado —respondió Geissler rápidamente. Avisado y prudente, tenía en la mano el documento que un día suscribió Isak—. Ya te había dicho que pertenece al Estado; ¿por qué lo preguntas otra vez? —le dijo Geissler—. Si es que quieres probarme, hazlo...

Aquella misma noche Geissler habló a solas con Isak.

—¿Vendemos la montaña de cobre?

Isak respondió:

Pero si el señor delegado me la compró ya, y me la pagó.

—Tienes razón; la compré. Pero han de ser también para ti los porcentajes de sucesivas ventas, o de la explotación. ¿Estarías dispuesto a vender esos porcentajes?

Isak no comprendía y Geissler tuvo que explicárselo. Isak no podía abrir ninguna mina; era agricultor, y su trabajo estaba en el campo. Tampoco Geissler podía explotar el mineral. Pero, ¿dinero, capital? ¡Todo el que quisiera! Lástima que le faltara tiempo, a causa de sus muchas ocupaciones y continuos viajes; los bienes que tenía en el Norte y en el Sur, exigían su atención. De aquí su empeño en vender lo propuesto a aquellos señores suecos, todos ellos parientes de su esposa, gente rica, los cuales, entendidos en el ramo, podrían abrir y explotar la mina. ¿Lo comprendía ahora Isak?

—Mi voluntad es la de usted —contestó éste.

¡Cosa extraña! Al pobre Geissler le hizo mucho bien esta gran confianza.

—No sé si te conviene mucho —le dijo.

Y al cabo de un rato de reflexión, con una súbita seguridad, añadió:

—Si me das carta blanca podré actuar mejor que lo harías tú mismo.

Isak respondió, después de carraspear:

—Fuisteis desde el principio para nosotros un buen señor...

Geissler frunció la frente y le interrumpió:

—Entonces, conformes.

A la mañana siguiente aquellos señores se reunieron para escribir. Y redactaron importantes decisiones: Primero un contrato de compra, por cuarenta mil coronas, de los terrenos de cobre, y luego, un documento por el que Geissler renunciaba a favor de su esposa e hijos hasta el último céntimo de esas cuarenta mil coronas. Isak y Sivert fueron llamados para firmar en calidad de testigos. Hecho esto, los señores propusieron comprar a Isak por una bagatela —quinientas coronas— sus porcentajes; pero les interrumpió Geissler:

—¡Dejémonos de bromas!

No entendió gran cosa Isak de todo esto. Había vendido una vez, y recibido el dinero correspondiente; además, las coronas... eran poca cosa, nada; no eran táleros. Otros aspectos apreciaba Sivert; le extrañaba el tono de las negociaciones: sin duda, se estaba liquidando un asunto familiar. Así, uno de los señores decía:

—Querido Geissler, no hay necesidad de que andes por ahí con los párpados ribeteados de rojo.

A lo que Geissler, a un tiempo perspicaz y agresivo, replicó:

—Cierto, no hay necesidad. Pero no siempre en este mundo nos pagan como merecemos.

¿Sería que los hermanos y otros parientes de la señora Geissler intentaban abonarle una especie de gratificación definitiva, tal vez, para acabar con sus visitas y librarse así del fastidioso parentesco? Ninguno de ellos pretendía que aquellos terrenos de cobre no tuvieran valor; ¡pero caía en sitio tan apartado! Lo compraban, dijeron, para más tarde traspasarlo a gente en mejores condiciones para su explotación. Esto era perfectamente natural. Decían, también, abiertamente, que no sabían cuánto cobre habría en el monte. De prosperar la explotación, cuarenta mil coronas resultarían tal vez una cantidad ínfima; pero si el terreno quedaba tal como estaba ahora, sería dinero tirado. De todos modos, era cuestión de resolver el asunto definitivamente y ofrecieron a Isak por su porción quinientas coronas.

—Tengo plenos poderes de Isak —dijo Geissler—, y no vendo su derecho a menos del diez por ciento del precio de compra.

—¡Cuatro mil! —exclamaron los señores.

—¡Cuatro mil! —insistió Geissler—. El monte ha sido propiedad de Isak, y recibe cuatro mil en cambio, a mí no me ha pertenecido y recibo cuarenta mil. Tómense la molestia, señores, de reflexionarlo.

—Sí; ¡pero cuatro mil...!

Geissler se puso en pie y dijo:

—Sí, señores; o no hay venta.

Los señores meditaron, secretearon, y salieron al patio, dando largas al asunto. Y dijeron luego a los criados:

—¡Preparad los caballos!

Uno de los señores entró en la casa, se acercó a Inger y pagó espléndidamente el café, los huevos y el albergue de la noche anterior. Geissler paseaba, indiferente en apariencia, pero estaba alerta, como siempre.

—¿Qué resultado os dio la conducción del agua para el riego? —preguntó a Sivert.

—Nos salvó enteramente la cosecha.

—Veo que habéis roturado en aquel pantano desde la última vez que estuve aquí.

—Sí.

—Tenéis que procuraros un caballo.

Estaba en todo.

—Venid, que remataremos el asunto —dijo el amo de la fundición.

Acudieron todos al nuevo cuerpo de edificación, y fue pagada a Isak la cantidad propuesta por Geissler. Éste recibió un documento que se metió despreocupadamente en el bolsillo, como si no tuviera valor.

—Toma buena nota, y tu mujer recibirá el talonario del Banco dentro de pocos días —le dijeron los otros.

Geissler frunció la frente y dijo:

—Está bien.

Pero no habían terminado con él todavía. No es que hubiera pedido nada, mas permanecía allí de pie y todos se daban cuenta de su espera; él mismo, tal vez, hubiera estipulado ya en sus cálculos una parte del dinero. Cuando le tendieron un fajo de billetes inclinó la cabeza y dijo una vez más que estaba bien.

—Ahora —propuso el propietario de la fundición—, bebamos otro vaso con Geissler.

En aquellos momentos llegó Brede Olsen. ¿Qué le traía? No le habían pasado por alto las explosiones del día antes, y por ellas comprendió que sucedía algo en el monte. También él estaba dispuesto a vender algunas fajas de terreno allá arriba. Pasó por delante de Geissler, haciendo caso omiso de él,

y dirigiéndose a aquellos señores les dio cuenta de que había encontrado ciertas clases de piedras extrañas, maravillosas, rojas como sangre las más, y otras claras como la plata; todos los recodos del monte le eran conocidos, y en un santiamén acompañaría a los señores sobre el terreno. Sabía de extensos filones... ¿De qué mineral serán?

—Enséñanos unas muestras, si las tienes —dijo el perito minero.

Pero Brede insistía en que lo vieran sobre el terreno. No caía lejos. En cuanto a muestras, ¡ya lo creo!: sacos, cajones llenos de muestras tenía; en su casa, naturalmente; pero si los señores querían esperar un momento nada le costaría ir en seguida por ellas. Los señores, no obstante, denegaron con la cabeza y salieron con sus caballos.

Brede les miraba partir, sintiéndose ofendido. Apenas asomaba la esperanza, se extinguía de nuevo; trabajaba bajo el peso de la mala suerte y nada le salía bien. Menos mal que no era muy meditativo para soportar la vida a pesar de todo. Siguió con los ojos a los jinetes y dijo, como resumiendo:

—¡Muy feliz viaje!

Pero ahora volvió a mostrarse sumiso ante Geissler, su antiguo delegado; y lejos de tutearle, se inclinó ante él y le trataba de vos. Bajo un pretexto cualquiera, Geissler había sacado la cartera, llena de billetes de Banco.

—¿No podríais prestarme ayuda, delegado? —le requirió Brede.

—Anda y deseca tu pantano —respondía Geissler.

Y no le dio nada.

—Hubiera podido traer una buena carga de piedras —insistía Brede—; pero mucho mejor habría sido si esos señores hubiesen visto el mineral sobre el terreno, ya que estaban aquí.

Geissler se hizo el sordo y se dirigió a Isak.

—¿Sabes dónde he puesto el documento? Era de suma importancia. Cuatro mil coronas vale. ¡Ah! Aquí está, mezclado con los billetes.

Brede preguntó qué clase de personas eran aquellos visitantes, y si se trataba de excursionistas a caballo.

Grande había sido la tensión de Geissler; ahora cedía visiblemente. Pero no le faltaban arrestos para emprender todo lo imaginable. Sivert le acompañaría a la montaña. Llevaba consigo una hoja grande de papel y trazó encima de ella, distintamente, el límite del lado sur del lago. ¿Qué planes tendría? Cuando al cabo de un par de horas volvió a la alquería, Brede seguía allí, pero Geissler, rendido, no respondió a ninguna de sus preguntas y se limitó a hacerle una seña con la mano para que se fuera.

Durmió sin interrupción hasta la mañana siguiente y, levantado con el sol, volvió a sentirse remozado.

—¡Sellanraa! —exclamaba, de pie en el patio, mirando a su alrededor, en la lejanía.

—¿Todo el dinero que recibí es absolutamente mío? —le preguntó Isak.

—¿Pues, qué? ¿No comprendes que es menos todavía de lo que te corresponde? En realidad, según nuestro primer contrato, el dinero tenía que habértelo dado yo. Pero no ha sido posible, como ya has visto. ¿Cuánto te han dado?

—Según la moneda antigua, mil táleros.

—Estoy pensando precisamente que necesitas un buen caballo para tu granja.

—Sí.

—Sé de uno con el que saldrías del paso. El alguacil que está a las órdenes del delegado nuevo, Heyerdahl, deja arruinar su granja; el viajar y

embargar le entretienen más. Ha vendido ya la mitad del ganado y ahora quiere deshacerse también del jaco.

—Hablaré con él —prometió Isak.

Con un amplio gesto de la mano, Geissler ponderó:

—Todo pertenece al margrave. Tienes casa, ganados, buenos cultivos... Nadie podría reducirte al hambre...

—No; tenemos todo lo que Dios ha creado.

Geissler rondó unos momentos más por el patio y, de pronto, se decidió a entrar.

—¿No podrías hoy también —pidió a Inger— darme un poco de vuestra ración? Un par de aquellos bizcochos, pero sin mantequilla ni queso encima, que se bastan solos por lo sustanciosos. No quiero llevar más carga.

Después volvió a salir al patio. En su cerebro se albergaban toda clase de ideas. Sentose a la mesa en la parte nueva de la casa, y empezó a escribir. Como lo tenía bien meditado, no necesitó mucho tiempo para acabar. Explicó a Isak que se trataba de una solicitud al Gobierno. Al Ministerio del Interior. Y concluyó:

—¡Son tantas las cosas que me ocupan!

No bien le hubieron preparado las provisiones para el viaje, a punto de decirle adiós, observó, como si se le ocurriera de pronto:

—A propósito; la otra vez, al marcharme, olvidé... Sí; debí olvidarlo... Había sacado de la cartera un billete, pero distraídamente, lo metí luego en el bolsillo del chaleco. Después, lo encontré. ¡Tengo tantos asuntos...!

Y poniendo algo en la mano de Inger, se marchó.

Sí. Se marchó Geissler, al parecer, visiblemente animado. No había fracasado, ni mucho menos, y vivió aún largos años; y volvió aún varias veces a Sellanraa; y muchos días más tarde murió. A su muerte, la gente de

Sellanraa le echó de menos. Isak hubiera querido consultarle respecto a Amplia Vista, pero le había faltado el tiempo.

Seguramente, Geissler no le hubiera aconsejado la compra de aquella granja abandonada, la compra de tierras yermas para un oficinista como Eleseus.

Tío Sivert estaba muriéndose. Eleseus le había asistido durante unas semanas, hasta su última hora. Luego se encargó del entierro y salió muy airoso del paso. Requirió en varias casas unos tallos de fucsia, pidió prestada una bandera, la colocó a media asta y compró gasa negra con la que enlutó las cortinas echadas.

Se mandó aviso a Isak y su mujer, que vinieron al entierro. Eleseus hacía, realmente, de amo de casa, cuidaba esmeradamente de hacer los honores a los invitados. En el cementerio, una vez cantado un coral, Eleseus pronunció unas palabras oportunas, al oír las cuales, su madre, emocionada y orgullosa a la vez, tuvo que servirse del pañuelo. Todo salió a maravilla.

A la vuelta, al lado de su padre, Eleseus no pudo ocultarle el abrigo de entretiem po que llevaba, pero sí el bastón, que escondió dentro de una manga. Todo salió bien hasta que estuvieron en el bote para atravesar el lago; allí, el padre le dio un golpe involuntario en el brazo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Isak.

—Nada, nada —respondió Eleseus.

Pero el bastón roto, no fue desechado; una vez en casa, Eleseus empezó a buscar un anillo para disimular a parte rota.

—¿No podríamos calafatearlo? —preguntó Sivert, el gran bromista—. Mira; si por ambos lados ponemos una buena viruta y la rodeamos luego con filástica de zapatero...

—A ti sí que te voy a atar con filástica —replicó Eleseus.

—¡Ja, ja...! ¡Ah, vamos! ¿Es que prefieres atarlo con una liga encarnada...?

—¡Ja, ja...! —coreaba Eleseus. Pero luego fue a su madre, que le dio un dedal viejo, del cual limó la parte superior, obteniendo así un anillo excelente para el bastón. No era tampoco tan inhábil Eleseus con sus largos dedos.

Los dos hermanos no dejaban de darse bromas mutuamente.

—¿Soy yo quien percibirá la herencia de tío Sivert? —pregunta Eleseus.

—¡Percibir la herencia! —replicaba Sivert—. ¿Cuánto es?

—¡Ja, ja, ja! ¿Quieres saber primero cuánto es, avaricioso?

—Por mí puedes quedarte con todo —decía Sivert.

—Entre cinco y diez mil serán.

—¿Táleros? —interrogaba Sivert, sin poder reprimir la pregunta.

Eleseus no contaba por táleros, pero ahora le parecía bien contar así, y quería dejar a Sivert en esta creencia hasta el día siguiente.

Eleseus volvió al tema.

—Te remuerde el regalo de ayer, ¿eh? —preguntó.

—¡Majadero! Desde luego —replicó Sivert—. Cinco mil táleros no son una friolera; si el hermano no pecara de avaricioso o de truhán, lo repartiría.

—Te voy a decir una cosa con toda formalidad —le declaró, por fin, Eleseus—. No creo que engordaré con la herencia.

Sivert le miraba sorprendido:

—¿No?

—Bien —asentía Eleseus—, entonces, tacharemos la suma.

Eleseus era el hombre para esa tarea. Amable, infundió ánimos al enfermo, haciéndole creer que todo estaba conforme; congeniaron ambos, y hasta llegaron a darse bromas; pues si es cierto que Eleseus era, en ciertas cosas, algo necio, el viejo Sivert no lo era menos. Sin rodeos, habían redactado entrambos enfáticos documentos, no solamente beneficiosos para el pequeño Sivert, sino también para la aldea, para la comunidad a la cual el anciano había servido durante treinta años. ¡Qué días aquéllos!

—A nadie podía tener a mi lado mejor que a ti, Eleseus —decía el tío Sivert.

En medio del verano mandó a alguien a comprar una oveja recién degollada, se hizo traer buena provisión de pescado fresco y ordenó a Eleseus que pagara del fondo de la caja de botellas. Vivían en perfecta concordia.

Llamaron a Oline; nadie la hubiera superado en aquella circunstancia para compartir el festín. Tampoco había otra Oline para propagar la fama de los últimos días del anciano Sivert. La satisfacción era mutua.

—Entiendo que tendríamos que legar algo a Oline —decía el tío—; viuda como es y viviendo a duras penas, bien lo merece. Así y todo, quedará bastante para el pequeño Sivert.

Bastaron unos plumazos del puño del experto Eleseus, añadidos al testamento, y Oline entró a formar parte de los herederos.

—Procuraré por ti —le decía el anciano—. Si de ésta he de morir, no quiero que padezcas en la penuria.

—No; no me verás *par excellence* más gordo de lo que ahora estoy.

Eleseus había aprendido a ser un buen contable; el cajón del tío, el famoso cajón de las botellas, lo había abierto él con sus propias manos, repasado papeles y dinero y hecho el balance de todo. Tío Sivert no había encargado a su sobrino trabajos agrícolas ni el remiendo de las redes; le había

sumergido en un maremágnun terrible de cifras y de cuentas, llevadas de un modo rudimentario. Si alguien que tenía que satisfacer algún impuesto, lo había hecho diez años atrás, abonándolo con una cabra o una partida de pescado seco, en el libro no figuraba ni la cabra ni el pescado, sino que el tío Sivert, haciendo memoria, decía que aquello estaba bien pagado.

Ante esto, Oline proclamaba que le faltaban las palabras; pero exageraba; emocionada, sí, deshaciéndose en lágrimas y protestas de gratitud, nadie como ella hubiera dado con la expresión justa de la relación entre un don terrenal y «la gran recompensa en el más allá». No; palabras no le faltaban a Oline.

En cuanto a Eleseus, si al principio le parecieron favorables y satisfactorias las disposiciones del tío, más adelante tuvo que convencerse.

—La caja no está del todo en orden —insinuó.

—Conforme; pero mi legado es ése.

—Sí; ¿y el dinero en tal o cual Banco, quizá? —interrogó Eleseus, haciéndose eco de la voz pública.

—¡Tonterías! —contestó el anciano—. ¿Te parecen nada la red grande y la granja con sus edificaciones, y los animales: vacas blancas, vacas rojas...? Creo que estás diciendo sandeces, mi buen Eleseus.

Lo que la red grande pudiera valer, Eleseus lo ignoraba; pero había visto el ganado, consistente en una sola vaca blanca y roja. ¿Deliraba ya el tío Sivert? Tampoco sacaba en claro el caos de sus cuentas, especialmente desde el año en que la moneda tipo pasó del tálero a la corona. El tesoro del distrito contaba a menudo como táleros enteros las pequeñas coronas. No, era, pues, de extrañar que se creyera rico. Y Eleseus temía que, una vez en orden la contabilidad, quedaría bien poco, tal vez nada.

¡Sivert, el pequeño, bien podía prometerle sin reparos la herencia del tío! Los dos hermanos bromeaban sobre ello. Sivert no se mostraba desanimado, y

seguramente le hubiera dolido más el haber disipado, en realidad, cinco mil táleros. Nada había ganado con llevar el nombre de pila del tío, que le habían puesto por puro cálculo. Pero instaba a Eleseus para que aceptara la herencia.

—Has de aceptarla —le decía—. Vamos a formalizarlo con un documento. Yo no he de envidiar tu riqueza. ¡No la desprecies, hombre...!

Y bromeaban. Era Sivert quien más contribuía a que la vida familiar fuera más soportable para Eleseus. Muchas cosas hubieranle sido más difíciles de sobrellevar, a no ser por la proximidad de Sivert.

No le hicieron ningún bien a Eleseus las tres semanas de holganza en la otra vertiente. Habíase acicalado para que le vieran en la iglesia y hasta había salido de paseo con alguna que otra muchacha. No las había allí en Sellanraa, porque Jensine no contaba: era una sirvienta, una bestia de labor, más apropiada para Sivert.

—Me gustaría ver —dijo un día Eleseus— cómo ha cambiado la Barbro de Amplia Vista, desde que se ha hecho mujer.

Y Sivert le respondía:

—Pues baja a la granja de Axel Ström y la verás.

Salió Eleseus un domingo. No hay duda de que la salida a casa del tío le había infundido ánimos y optimismo. Había vuelto a gustar la miel, y en la choza de Axel se sintió revivir. Barbro no era de despreciar; era, por otra parte, la única en aquellos parajes. Rasgueaba la guitarra, tenía agudezas, y no olía a tanaceto, sino a productos más refinados, a loción para el cabello. Eleseus le daba a entender que sólo había ido a casa para las vacaciones y que le reclamaría pronto el despacho. Pasar una temporada en el viejo hogar era siempre grato, y ahora tenía allí su cuarto independiente. ¡Como la ciudad, nada, es claro!

—¡Por Dios! ¡Ni decirlo! El campo no es la ciudad —asintió Barbro.

En medio de los dos «ciudadanos», Axel se sentía como fuera de lugar, y llegó a tal punto su tedio que salió para los campos. Así quedaron los dos más libres; Eleseus estaba inmenso. Contaba cómo había acudido a una población vecina para asistir a un tío suyo, moribundo, y cómo había pronunciado un discurso al pie del ataúd.

A punto de marcharse, dijo a Barbro que le acompañara un rato.

—¿Cómo es eso? —repuso ella—. ¿Es costumbre ciudadana que las damas acompañen a los caballeros?

Eleseus se puso colorado y comprendió que la había ofendido.

No por esto dejó de volver a la hacienda vecina el domingo siguiente. Aquel día llevaba en la mano el bastón. La pareja reanudó el diálogo pasando por alto a Axel, como la otra vez.

—Tu padre tiene ahora una hacienda magnífica —dijo Axel—. Ha edificado mucho.

—Y dinero le queda para más. ¡Mi padre logra lo que se propone! —respondió Eleseus envalentonado—. No hace mucho que unos millonarios suecos le compraron una mina de cobre.

—¿Qué me dices! ¿Y se la pagaron bien?

—Una cantidad colosal. No es fanfarronería; algunos miles. Pero, a lo que iba. ¿Edificar has dicho? Veo que tienes ahí fuera madera de construcción. ¿Cuándo te decidirás?

—Nunca —interpuso Barbro.

¡Nunca! La objeción era atrevida o indiscreta, pues aquel mismo otoño Axel había sacado la piedra, y la había acarreado en el invierno; ahora, en el verano, había puesto los cimientos de la casa y bodega, y le faltaba solamente subir las paredes. Se proponía poner el tejado en el otoño próximo y preguntó a Eleseus si su hermano Sivert podría ayudarle durante unos cuantos días.

—Claro que sí —opinó Eleseus—. Y a falta de él, yo mismo —añadió sonriendo.

—¿Usted? —dijo Axel, respetuoso, mejorando de pronto el tratamiento—. Su talento es para otras cosas.

¡Qué sabor tenía el reconocimiento de sus méritos, aun en aquel escenario campestre!

—Mucho me temo que estas manos mías no sirvan para el caso —dijo Eleseus, dándoles aires de distinción.

—¡A ver! —dijo Barbro, cogiéndole una.

Axel volvió a sentirse relegado, y salió de la casa, dejando solos a Eleseus y Barbro. Tenían la misma edad, habían ido juntos a la escuela, habían convivido en juegos y travesuras, y se habían besado como niños. Ahora refrescaban aquellos recuerdos infantiles y no había duda de que Barbro se daba importancia. Naturalmente, Eleseus no podía compararse con los altos oficinistas que usaban lentes y relojes de oro, pero al lado de los campesinos era innegablemente un verdadero señorito. Barbro sacó un retrato, hecho en Bergen, y se lo enseñó:

—¡Así estaba yo entonces...! ¡Pero hoy...!

—¿Y qué tienes de menos ahora? —le preguntó él.

—¿Crees que no he desmerecido?

—¡Desmerecido! Te diré de una vez para siempre que eres el doble de bonita, más formada. ¿Desmerecido, has dicho? ¡Mira tú que es clásico!

—¿No resultaba bien el escote en el retrato? Y luego, llevaba también, como ves, una cadenilla de plata que me regaló uno de los oficinistas a quien cuidaba la casa. La perdí luego, o mejor dicho, necesitaba dinero para el regreso.

—¿No me darás el retrato? —preguntó Eleseus.

—¿Dártelo? ¿Y qué me darás tú en cambio?

Elseus no se atrevió a responder lo que le venía a los labios.

—Cuando me instale de nuevo en la ciudad me haré retratos y recibirás la fotografía.

Pero ella recogió el retrato y añadió:

—No tengo más que éste.

El joven se turbó y extendió la mano para cogerlo.

—¡Ea! —dijo ella, riendo—. Dame algo en cambio, ahora mismo.

Y él, sin hacerse rogar más, le dio un beso.

Se sentían ahora más desembarazados; Elseus desplegó sus recursos, creciéndose. Cambiaban miradas y risas y bromas.

—Cuando me has cogido la mano he sentido la tuya blanda como una patita de terciopelo —ponderaba.

—Sí, sí; ahora te irás a la ciudad para siempre —decía Barbro.

—¿Por tan malo me tienes? —replicaba él.

—Alguien tendrás allí que te retenga.

—No. Dicho entre nosotros, novia no tengo.

—¡No la has de tener!

—No; lo que te he dicho es la pura verdad.

Risas, miradas, largos coloquios. Elseus estaba enamorado.

—Te escribiré —le decía—. ¿Me lo permitirás?

—Sí.

—No quisiera ser indiscreto ni propasarme, haciéndolo sin permiso.

Pero, de pronto, a Elseus le entraron celos:

—Se dice que te has prometido con Axel. ¿Es cierto?

—¡Con él! ¿Con Axel? —exclamó ella tan displicente que él se sintió consolado—. ¡Se quemará los dedos!

Pronto le remordió la exclamación y añadió:

—No tengo nada contra Axel; me ha suscrito a un periódico y me ha obsequiado varias veces con regalos.

—Dios me libre de no reconocer que en lo suyo pueda ser un hombre excelente y de valía —asintió Eleseus—, pero eso no es lo esencial.

Mencionar a Axel debió de producir en Barbro cierta turbación, pues se puso en pie y dijo a Eleseus:

—No; ahora vete; tengo que hacer en el establo.

El otro domingo bajó más tarde que de costumbre a casa de Axel, llevando la carta en el bolsillo. ¡Qué carta! Era el fruto de una semana entera de jaquecas e ilusiones: «A la señorita Barbro Brede: He tenido dos o tres veces la dicha, que no sabría expresar, de volver a verte...»

Llegado después de anochecido, Barbro debía de haber terminado sus faenas en el establo; tal vez ya estaba acostada. Esta posibilidad no era ningún obstáculo, al contrario.

Barbro estaba levantada. Pero ahora, inesperadamente, no pareció dispuesta a la ternura. Daba la impresión de que Axel la había amonestado.

—Ésta es la carta que te prometí.

—Gracias —dijo ella, mientras la abría. La leyó sin manifestar pena ni gloria—. Podría haber escrito yo una tan bien como ésta.

Eleseus sintió una gran decepción. ¿Qué le pasaba a Barbro? Y, ¿dónde estaba Axel? Fuera de casa. Tal vez había salido, fastidiándole la idea de tener que presenciar una de aquellas visitas dominicales. Pero, también podría ser que le hubiera reclamado a la aldea cualquier asunto. Lo cierto es que no estaba en casa.

—¿Por qué te quedas aquí encerrada, siendo tan hermosa la noche? Salgamos —la invitó Eleseus.

—Estoy esperando a Axel —respondió ella.

—¿A Axel? ¿No puedes vivir sin Axel?

—Sí. Pero, ¿estaría bien que a su vuelta no hallara preparada la cena?

Pasó el tiempo, tiempo perdido; estaban como distantes uno de otro. Barbro era la misma: siempre, antojadiza. Eleseus acudió al recurso de referirle una vez más cosas de la aldea, sin olvidar el discurso necrológico.

—No hablé mucho rato, pero lo cierto es que vi asomar lágrimas de emoción.

—¡Mira, tú! —dijo ella.

—Y luego, un domingo, estuve en la iglesia.

—¿Y flechaste a alguien?

—¡Qué ocurrencia! Estuve allí, y observé. El predicador, a mi modesto parecer, no era muy elocuente.

Y pasaba el tiempo.

Barbro preguntó inesperadamente:

—¿Qué crees que pensará Axel si te encuentra aquí a estas horas?

Un puñetazo de Barbro no le hubiera desconcertado como estas palabras. ¿Cómo podía haber olvidado de tal modo la visita anterior? ¿No quedaron en que volvería aquella tarde? Herido en el alma, murmuró:

—¡Ya estoy de más aquí!

Esto no pareció inmutarla.

—¿Tienes alguna queja de mí? —le preguntó con los labios temblorosos. Parecía hondamente afectado.

—Nada tengo que reprocharte.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¿A mí? ¡Ja, ja! No me extraña ver disgustado a Axel.

—Me voy, pues —repitió Eleseus.

Tampoco esto la inmutó, como si nada le importara la lucha que con sus sentimientos sostenía el muchacho. ¡Qué canalla de chica!

Empezaba a bullir la indignación en el pecho del joven. Primero la manifestó en buenos términos, diciendo que consideraba a Barbro una representante del sexo femenino nada ejemplar. Y al ver que ella no salía de su actitud... (Hubiera él hecho mejor callándose, porque la muchacha se endurecía más.) Pero Eleseus tampoco se ablandaba, sino que dijo:

—Si llego a saber que eras así, no me habrías visto aquí esta noche.

—¿Y qué? —replicó ella—. Entonces no hubieses salido a pasear con ese bastón que llevas en la mano.

Barbro había vivido en Bergen y llevaba vistos otros bastones, lo cual le parecía darle derecho a bromear y preguntarle ahora si valía la pena de darse tanta importancia con un bastón que no era más que el palo de un paraguas aprovechado.

Eleseus no replicó.

—Entonces, ¿quieres que te devuelva tu retrato? —preguntó.

Si esto no hacía efecto es que no había ya remedio. En aquellas latitudes devolverse un regalo suponía lo más extraordinario.

—¿Es que acaso te importa mucho el retrato? —respondió ella evasivamente.

—Bien —declaró él en un rasgo de audacia—. Te lo devolveré en seguida. Devuélveme tú la carta.

Se levantó. Ella le devolvió la carta, pero no sin asomo de lágrimas. Emocionada, decaído ahora el humor, la sirvienta escuchaba el último adiós del amigo, y le dijo de pronto:

—No es preciso que te marches. No me importa lo que Axel pueda creer.

Pero él, aprovechando su momentánea superioridad, se empeñaba en despedirse.

—Porque cuando una dama es como tú —agregó—, ausentarse es lo que procede.

Salió de la choza a paso lento, blandiendo el bastón, silbando, dándose las de despreocupado. ¡Bah! Un momento después salió Barbro; un par de veces le llamó por su nombre. Él se paró con aires de león ofendido. Ella se sentó entre las matas de brezo, como arrepentida de su actitud anterior, arrancó unas briznas... y él, sosegándose, acabó suplicándole un beso de despedida. Ella se negó.

—Sé buena como la otra tarde —le decía.

Ella hurtaba el cuerpo y él pretendía cogerla, pero en vano. Barbro se puso en pie. Eleseus se despidió con el gesto y se marchó.

Ya estaba lejos cuando, de pronto, apareció Axel detrás de un matorral. Barbro, sobrecogida, le preguntó:

—¿Vienes de arriba?

—No. De abajo, precisamente. Y os he visto a los dos subir aquí —respondió el hombre.

—¿De veras? Vas a engordar de resultas de eso —exclamó ella de pronto, furiosa. Y de tan mal humor como antes, le increpó—: ¿A qué husmear? ¿A ti qué te importa?

Tampoco Axel estaba de buen humor.

—¿Conque ha vuelto de nuevo esta tarde?

—¡Bueno! ¿Y qué? ¿Qué le quieres?

—¡Tendrías que avergonzarte!

—¿Yo avergonzarme? ¿Hemos de callarlo o hemos de decirlo? —preguntó Barbro, remedando un proverbio antiguo—. Yo no me conformo con

estar en tu choza como una estatua de piedra, para que te enteres. ¿De qué voy a avergonzarme? Toma otra sirvienta, si quieres; dispuesta estoy a marcharme. Ten tú la lengua, aunque sea vergonzoso tener que rogártelo. Eso es lo que te digo. Y ahora entraré a prepararte la cena y el café, y luego puedo hacer lo que me plazca.

No; no siempre estaban de acuerdo Axel y Barbro. Hacía dos años que la joven prestaba sus servicios a Axel, pero, de vez en cuando, surgía la riña, principalmente porque ella amenazaba con marcharse. Él la instaba a que permaneciera siempre allí, compartiendo su techo y su vida, pues conocía los inconvenientes de vivir sin ayuda de nadie. Varias veces le prometió ella aceptar y, en sus horas plácidas, le parecía ésta la mejor solución. Pero a la menor diferencia le amenazaba con abandonarle, aunque sólo le dijera que tenía que ir a la ciudad a arreglarse la dentadura, so pena de que se le cayese. Marcharse... ¡Marcharse! Y tenía que sujetarla de algún modo.

¿Atarla? ¡Si parecía reírse de todas las ataduras!

—¿De modo que vas a marcharte? —le dijo.

—Y si lo hiciese, ¿qué? —replicó ella.

—¿Pero puedes viajar siquiera?

—¿Por qué no? ¿Crees que me asusta el invierno que se acerca? En Bergen hallaré siempre una colocación.

A esto repuso Axel con mucha calma:

—Por lo pronto, no puedes. ¿No esperas un niño?

—¿Un niño? ¿De qué niño hablas?

Axel se la quedó mirando. ¿Estaba loca la Barbro?

La verdad es que Axel se había mostrado, quizás, un poco indulgente. Obstinado en sus exigencias, demasiado seguro de sí mismo, la había contrariado, exasperado. ¿Qué necesidad tenía, por ejemplo, de ordenarle la

plantación de patatas en la primavera, cosa que podía haber hecho él mismo? Ya tendría ocasión de defender sus derechos de dueño y señor una vez casados, pero, hasta entonces, le tocaba ser más prudente y considerado. La mayor ignominia la veía en el asunto de aquel escribiente, Eleseus, que se había metido en su hogar con su bastoncillo y su pico de oro. ¿Y era modo de proceder el de ella, una joven prometida, y en aquellas condiciones? Axel no había tenido hasta entonces ningún rival. No cabía duda; la situación había cambiado.

—Ahí tienes los periódicos nuevos —dijo Axel—. Y esa bagatela que he comprado para ti. A ver si es de tu gusto.

No hizo Barbro gran caso del obsequio, y mientras tomaba el café, hirviendo casi, insinuó con una frialdad de hielo:

—Apostaría a que se trata del anillo de oro que me prometiste hace un año.

Mas salió defraudada en sus burlas, pues era realmente un anillo, pero de plata (él jamás le había prometido uno de oro, ahora lo recordaba ella), con un adorno sobredorado: dos manos doradas. Era, pues, plata de ley. A Barbro, que, por su mal, había estado en Bergen y había visto auténticos anillos de novios, no se la convencía así como así.

—Este anillo puedes guardártelo —le dijo.

—¿Qué le encuentras de malo? —preguntó Axel.

—Nada —replicó ella, mientras se disponía a levantar la mesa.

—Toma éste, de momento, y tal vez más tarde hallaremos otro mejor.

A estas últimas palabras dio Barbro la callada por respuesta. Y es que aquella noche se estaba portando muy malamente. ¿No era también de agradecer un anillo de plata? Aquel fino oficinista le había trastornado el seso, por lo

visto. Axel no pudo abstenerse de preguntar qué es lo que buscaba en su casa el tal Eleseus.

—¿Qué pretende de ti?

—¿De mí?

—¿No tiene ojos para ver cómo estás?

Barbro se plantó delante de Axel.

—¿Crees tú —preguntó— que con eso has atado mi vida a la tuya? Ya te convencerás de tu error.

—¿Ah, sí? —dijo Axel.

—Sí. Y verás cómo me marchó.

Al oír eso, Axel reprimió una sonrisa para no excitarla más y, como quien apacigua a un niño, le dijo:

—Sé buena, Barbro. Ya sabes que tú y yo...

Y, naturalmente, aquella misma noche recobró Barbro su amabilidad y se durmió con el anillo de plata en el dedo.

Todo volvería a su cauce, al fin.

Y así fue para los moradores de la choza, pero no para Eleseus. Le costaba sobreponerse a la ofensa recibida. No era versado en cosas de histerismo, y tachaba de excesiva la maldad de Barbro: se había vuelto muy atrevida, esa Barbro de Amplia Vista, aun teniendo en cuenta que había vivido en Bergen.

Para devolver a Barbro el retrato, fue una noche, y lo echó en el henil, que era donde ella solía dormir. Lejos de hacerlo en forma ruda y descortés, había dado unos tientos a la puerta para despertarla, y al incorporarse ella sobre el codo y preguntar: «¿No sabes encontrar el camino?»; esta confiada interrogación le hizo el efecto de un alfilerazo o de una puñalada; mas no gritó, sino que deslizó la fotografía por debajo de la puerta. ¿A andar? Primero

sí, pero a los pocos pasos empezó a correr; estaba muy excitado, propiamente alegre; sentía en el pecho el martilleo del corazón. Se paró detrás de un matorral para ver si ella le seguía. ¡Nada de eso! Pero el caso tenía esperanzas... Aunque ella no le hubiese demostrado la menor simpatía... ¿Para qué correr, entonces? Ella no venía pisándole los talones, vestida a la ligera, en camisa y enaguas, desesperada, aún más, anonadada por haber hecho aquella pregunta que no estaba destinada a él.

Volvía a su casa Eleseus; no iba silbando ni blandía el bastón. Ya no era el gran señor. Una puñalada en el pecho no es ninguna pequeñez.

¿Acabó aquí todo?

Otro domingo bajó solamente para otear la cabaña. Con paciencia increíble, que llegaba a lo morboso, vigilaba, tendido detrás de un arbusto, y cuando vio señales de vida en ella, se sintió anonadado. Axel y Barbro salían de su choza; iban hacia el establo, amartelados, como en el goce de una hora dichosa, y él parecía dispuesto a ayudarla en sus faenas. ¡Vamos!

Eleseus no apartaba los ojos de la pareja, aterrado, como si todo lo hubiera perdido. Y debía pensar algo así: «Va del brazo de Axel Ström. ¿Por qué lo hará? Un día ella me abrazó a mí...»

Desaparecieron por la puerta del establo. «¡Bueno! Por mí...» ¡Bah! ¿A qué estar echado entre las matas, olvidado de su propia dignidad? ¿Qué era ella, al fin? Pero él era quien era. ¡Bah!

Se puso en pie de un brinco y se sacudió el pantalón para limpiarlo de briznas y hojarasca. Su cólera y su arrogancia se manifestaron de un modo particular: estaba desesperado y entonó una canción marcadamente ligera. Y después de cantar intencionadamente más alto las frases más maliciosas, su semblante irradiaba una expresión de ternura.

Isak volvió del pueblo con un caballo, el del alguacil, que, como le había dicho Geissler, estaba disponible. Había pagado por él doscientas cuarenta coronas, o sea, sesenta táleros. Los caballos se pagaban entonces a precios exorbitantes; cuando Isak era niño se obtenían los mejores caballos por cincuenta táleros.

¿Cómo no tenía Isak cría de caballos de su propiedad? No es que no hubiera pensado en comprar un potranco, para criarlo en uno o dos años; pero esto quedaba para quien tuviera tiempo sobrante entre labor y labor, uno que no hubiera de ocuparse en desecar pantanos y roturar tierras hasta poder tener un caballo que le acarrearla la cosecha. El alguacil decía:

—No me resulta mantener un caballo, puesto que el heno que cosecho pueden recogerlo las mujeres, mientras yo ando por ahí ganándome el pan...

Isak, ya de antiguo, acariciaba la idea de tener un caballo propio; no era Geissler quien se lo había sugerido. Por ello llevaba hechos algunos preparativos, como poner una estaca más en el prado para el verano, y eran ya varios los carros y carretas que tenía, a los que vendrían a sumarse otros que construiría en otoño. No había descuidado, naturalmente, lo más importante, que era el forraje; a no ser por su intención de comprar el caballo, no hubiera llevado tanta prisa Isak en desecar y cultivar la última faja de aguazal, pues, de

lo contrario, habría tenido que reducir el número de vacas. Ahora, en lo que fue inculto, germinaba el forraje fresco destinado a las vacas que iban a parir.

Todo estaba calculado. Inger volvía a tener motivos para admirarlo como antes.

Isak llegaba con las últimas noticias de la aldea: Amplia Vista se ponía en venta pública; lo habían pregonado en la plaza de la iglesia. Todo iba comprendido en la venta, praderas, campos de patatas, quizá también las reses, un par de animales de labor, gallinas, etc.

—¡Va a venderlo todo, el infeliz! —exclamaba Inger—. Pero, ¿a dónde piensa ir? ¿Dónde se guarecerá? ¿En el pueblo?

Esto último era la intención de Brede. Había probado antes a instalarse en casa de Axel, donde tenía colocación su hija. Pero no le resultó. Por nada del mundo hubiera querido Brede estorbar las relaciones entre su hija y Axel, y se guardó bien de insistir; pero esto resultaba un desarreglo en las cuentas que él había hecho. Axel pensaba tener la casa bajo tejado en otoño, y al entrar a ocuparlo con Barbro, ¿no quedaría libre la cabaña, que Brede y su familia podrían entonces ocupar? ¡No! Brede no pensaba como un colono; no comprendía que Axel se veía obligado a destinar la cabaña al ganado que crecía en número; también aquí lo que fue vivienda humana pasaría a ser establo. Brede no concebía esta manera de pensar, ni aun después de que se lo hubieron explicado.

—Los hombres son antes que las bestias —decía.

Muy otra era la apreciación del colono: las bestias, primero; los hombres pueden improvisar, dondequiera, su cuartel de invierno.

Barbro se entremetió en la conversación:

—¿Pones los animales antes que los hombres? ¡Es conveniente saberlo!

Lo cierto es que Axel se acarreamba la enemistad de una familia al negarles el techo. No parecía dispuesto a ceder. No era él el tipo de hombre bonachón; más avaricioso cada día, le constaba muy bien que un cuartel de invierno como aquél significaba más estómagos que satisfacer.

Brede tuvo que calmar a su hija y darle a entender que sería mejor que él volviera a la aldea, ya que el colonizar se le hacía insoportable, y únicamente por esto vendía su alquería.

En el fondo, no era Brede Olsen quien vendía; era el Banco y el tendero quienes convertían en dinero Amplia Vista; pero se hacía bajo el nombre de Brede, para guardar las apariencias. De este modo le parecía escapar a la ignominia. No estaba tampoco tan deprimido que al encontrar a Isak no se consolara con la idea de que seguiría en sus funciones de inspector de la línea telegráfica; era un ingreso seguro y, con el tiempo, ya lograría él reincorporarse a su antiguo cargo de ayudante y acompañante del delegado.

Como es natural, no dejaba de enternecerle el cambio. ¡Marcharse del sitio en que había puesto tanto cariño, donde vivió y trabajó tantos años! Pero no se dejaba desanimar por mucho tiempo el buen Brede; ésta era su cualidad simpática. Antaño tuvo la inspiración de roturar la tierra virgen, y la prueba no le resultó; pero con la misma alegría y con mayor éxito había obrado en otras cosas. ¿Quién podía asegurar que con el tiempo no hiciera muy buen negocio con sus minerales? Además, le quedaba su hija Barbro colocada en Tierra de Luna, y era probable que no saliese nunca más de allí, del lado de Axel, como todo el mundo sabía.

Mientras su salud y sus ganas de trabajar para los suyos no le abandonaran, nada había perdido, según Brede Olsen. Ya tenía hijos crecidos, capaces de ir por esos mundos y bastarse a sí mismos. Helges trabajaba ya en

las pesquerías de arenque y Katrine iba a entrar de sirvienta en casa del doctor. Quedarían dos niños en casa; esperaban otro, pero...

Isak volvía de la aldea con otra noticia: La señora del delegado había tenido un hijo. De pronto, Inger preguntó con vivacidad.

—¿Es niño o niña?

—No me lo han dicho —respondió Isak.

La señora del delegado, pues, había tenido un hijo; ¡ella que, en la Asociación de Señoras, siempre había hablado tanto contra el aumento de la natalidad en las familias pobres! «Ha de darse a la mujer el derecho al voto y dejarla determinar libremente sus destinos», había dicho. Y ahora...

—Sí —decía la esposa del pastor—; bien ha empleado su influencia, pero no ha podido sustraerse a su propio destino.

Esta agudeza sobre la señora Heyerdahl recorrió la ciudad, y muchos la comprendieron; tal vez Inger la entendió también. Isak era el que no entendía nada.

El trabajo es lo que él entendía, sus labores de colono. Era a la sazón hombre rico, con una extensa hacienda; pero del mucho dinero que el destino había puesto en sus manos, hacía un mal uso: lo atesoraba. Si viviese en el pueblo tal vez se hubiera contagiado del gran mundo: ¡había en él tantos estímulos, tanto señorío! Quizás allí hubiera llegado a comprar cosas superfluas y se hubiera puesto una camisa encarnada para los días laborables. En sus tierras, en cambio, quedaba protegido contra cualquier prodigalidad; vivía respirando aires puros, se lavaba cada domingo por la mañana. Los mil táleros (sí, señor, un don del Cielo), los guardaba hasta el último céntimo. ¿En qué iba a emplearlos? El dinero para los gastos ordinarios lo sacaba fácilmente de la venta de lo que le daban su ganado y sus campos.

Eleseus estaba más enterado. Había aconsejado a su padre que colocara el dinero en un Banco. Posiblemente esto hubiera sido lo más cuerdo, pero Isak lo aplazaba siempre, y tal vez no se decidiría jamás. No es que pasara por alto sistemáticamente lo que el hijo le aconsejaba. Últimamente había descubierto que Eleseus no era, en verdad, tan inútil. En la última recolección del heno se ensayó en la siega y, sin mostrarse un maestro y manteniéndose prudentemente cerca de Sivert, para que le afilara la guadaña, gracias a lo largo de sus brazos recogía el heno como todo un hombre. Ahora estaban allá arriba en el prado, él, Sivert, Leopoldine y Jensine, ocupados todos en la labor; Eleseus no hacía remilgos, andaba con el rastrillo hasta que se le levantaban ampollas en las manos y se veía obligado a llevarlas vendadas. Hacía unas semanas que tenía poco apetito, pero no rehuía por esto el trabajo. Algo nuevo le pasaba al mozo; parecía que una desdicha en ciertos amoríos contrariados, un gran dolor o un desengaño, le habían beneficiado. Eleseus acaba de fumar el último resto del tabaco que trajera de la ciudad; antes, esto hubiera llevado al escribiente a dar portazos o a estallar en expresiones ásperas sobre aquello o lo de más allá. Ahora no; bajo el poder de su pena, Eleseus se convertía en un muchacho más sentado, más firme en su actitud: era todo un hombre.

¿A qué recurrió, pues, el bromista de Sivert para lograr alterarle?

Aquel día, con ocasión de arrodillarse ambos hermanos sobre unas piedras para beber de la corriente del río, Sivert tuvo la imprudencia de brindar a Eleseus un musgo excelente como tabaco, que podía poner a secar.

—¿O prefieres fumarlo tal como sale?

—Ya te daré yo tabaco —replicó Eleseus.

Y, extendiendo el brazo, sumergió a su hermano de cabeza en el agua hasta los hombros. ¡Bien merecido le estaba! Sivert anduvo un buen rato con la cabeza chorreando agua.

«Me parece que Eleseus va demostrando aptitudes», pensaba Isak al verle trabajar. Carraspeó y preguntó a Inger si veía a Eleseus en disposición de quedarse para siempre con ellos. Inger respondió con igual discreción:

—No podría asegurarlo. Muy dispuesto no está.

—¿Es que has hablado ya con él?

—¡Ah, no! Es decir, algo sí he dicho. Es que lo adivino.

—Sería curioso ver lo que haría si tuviera una alquería propia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—A ver si la cultivaría como se debe.

—No.

—¿Entonces, has hablado con él de esto?

—¿Yo? ¿No ves cómo ha cambiado? Le desconozco.

—No hables mal de él —dijo Isak, imparcialmente—. Lo que veo es que hace muy bien su jornada.

—Bien; claro, claro —respondió Inger tímidamente.

—¡No sé qué tienes tú contra el muchacho! —exclamó Isak, encolezado—. Cada día trabaja mejor. ¿Qué puedes esperar más?

Inger murmuró:

—No es el mismo de antes. Tendrías que hablar con él sobre lo de los chalecos.

—¿Sobre los chalecos? ¿Y eso, qué es?

—Dice que en verano, allá en la ciudad, llevaba chaleco blanco.

Isak reflexionó un rato sin comprender y, por fin, preguntó por qué no le daban un chaleco blanco a Eleseus. Estaba confuso Isak. Sin duda lo de los

chalecos era puro chismorreo de mujeres; y para salir pronto del paso, convino en que el muchacho tenía razón en lo del chaleco, y pasó en seguida a su idea:

—¿Qué te parece, si para hacerle progresar le proporcionara la colonia de Brede?

—¿A quién? —preguntó Inger.

—A Eleseus.

—¿Amplia Vista? No lo hagas.

Y es que Inger había conversado del plan con el mismo Eleseus, plan que conocía por medio de Sivert, que no sabía callar. Al fin y al cabo, ¿por qué había de guardar en secreto Sivert el plan, del cual, seguramente, le había hablado el padre para que corriera la voz? No era la primera vez que ponía de intermediario a Sivert en esta forma.

¿Y cuál había sido la respuesta de Eleseus? La misma que en sus cartas desde la ciudad: «No me conformo a desperdiciar lo que he aprendido, para volver a ser un nadie.» Tal fue su respuesta. La madre había aducido sus mejores razonamientos, pero Eleseus, firme en su negativa, confesó que eran otros sus planes de vida. El corazón de los jóvenes tiene sus motivos inescrutables; tal vez después de lo que había sucedido, juzgaba también imposible pasar a ser vecino de Barbro. Nadie podía saberlo. Aunque muy por encima, informó a su madre de que probablemente mejoraría su situación en la ciudad; escribiente del juez provincial o empleado del Consejo provincial; aspiraba a ascender, y tal vez dentro de algunos años llegaría a delegado, o entraría en Aduanas, y sería vigía de un faro. Para quien se ha ilustrado, las posibilidades son muchas.

Sea por lo que fuere, la madre experimentaba la sugestión, y ella misma tenía poca firmeza; el mundo le tendía sus lazos. Aquel invierno había leído, incluso, un excelente devocionario que le habían regalado a su salida del

correccional de Drontheim. Pero, ¿ahora...? Preguntó a Eleseus si tenía también opción al cargo de delegado.

—¡Ya lo creo que sí! —respondió el joven—. ¿Qué había sido antes el delegado Heyerdahl, sino escribiente de una oficina del Estado?

¡Grandes perspectivas! La madre hasta pensó aconsejar a Eleseus que no cambiara sus planes, para ser un cualquiera. Un hombre como él, ¿qué tenía de común con la vida del campo?

Pero, ¿por qué se esmeraba tanto Eleseus en las diversas labores de las tierras de su padre? ¡Sabíalo Dios! Alguna finalidad perseguía. Algo de puntillo de labriego también. No quería quedar atrás. Por lo demás, ¿qué daño había en contemporizar con su padre para el día en que abandonara de nuevo las tierras? Digamos que tenía en la ciudad algunas deudas menores, y si lograba enjugarlas, su crédito aumentaría; aquí ya no se trataba de un billete de cien coronas, sino de algo inestimable.

Eleseus no era un necio; lejos de esto, era listo a su modo. Había visto llegar a su padre y sabía que en aquel momento estaba sentado junto a la ventana, mirando. Si Eleseus se afanaba ahora, tal vez redundaría en su provecho, sin perjudicar con ello a nadie.

Eleseus tenía algo de refinado, fuere lo que fuere, pero, a la vez, algo de estropeado; como roto; no era malo, pero sí un poco duro de mollera. Tal vez le había faltado una mano de hierro que le dominara en los años transcurridos. Ahora ¿qué podría hacer su madre por él? Apoyarle; nada más. Deslumbrada por las grandes perspectivas, saldría en su defensa frente al padre. Esto sí podía hacerlo.

La desazón de Isak iba en aumento ante la actitud negativa del hijo, y seguía opinando que sus planes a propósito de Amplia Vista no eran desatinados. Aquel mismo día, a la vuelta, no pudo resistir la tentación de

parar el caballo para dar una ojeada de experto a la abandonada finca. Podía salir algo bueno de aquello, poniéndolo en manos laboriosas.

—¿Por qué no he de intentarlo? —preguntaba ahora a Inger—. Mi mismo cariño a Eleseus hace que me sienta inclinado a ayudarle.

—Si afecto le tienes, no pronuncies nunca más el nombre de Amplia Vista delante de él —repuso Inger.

—¡Ah! ¿Sí?

—Como te la digo; tiene ideas más elevadas que nosotros.

Isak, no muy seguro de sí mismo, no da con las palabras. Se reprocha el haber divulgado sus propósitos, mas no por eso quiere renunciar a ellos.

—Él hará lo que yo le mande —dice de repente, en voz alta, amenazadora, para que Inger se entere—. Mírame tanto como quieras; no diré nada más. La escuela está a medio camino entre la aldea y este sitio, y todo lo demás... ¿Qué elevadas ideas son éstas, pregunto yo, que tiene el muchacho? Con un hijo como él me expongo casi a morir de hambre. ¿Es, acaso, esto mejor? Me pregunto cómo puede ser que mi propia carne y mi propia sangre...

Después de esto, Isak enmudeció. Comprendió que cuanto más hablaba más se empeoraba la situación. Iba a quitarse el traje dominguero, que se había puesto para bajar al pueblo, pero cambió de idea y optó por no quitárselo.

—Has de probar a arreglarlo todo con Eleseus —dijo luego.

—Sería mejor que le hablaras tú mismo —opinó Inger—. A mí no me obedece.

Sí; es él, Isak, el cabeza de familia. ¡Que pruebe siquiera a resollar Eleseus! Pero Isak —¿sería por temor de una derrota?— retrocede y declara:

—Sí, podría hacerlo, podría decírselo yo. Pero con tantas ocupaciones no puedo pensar ahora en este asunto.

—¿Sí? —preguntó Inger extrañada.

Y sale Isak, bordeando sus tierras hasta las últimas lindes. El caso es que ha vuelto a salir de casa. Tiene un aire misterioso y quiere estar solo. Y es que se trata de la tercera novedad que ha traído hoy del pueblo, y ésta es más grande que las otras dos, muy grande; la ha escondido a la salida del bosque, envuelta en tela de embalaje y papel. Isak quita el envoltorio y aparece una máquina grande, roja y azul, imponente, con muchos dientes y cuchillos y aspas, todo coyunturas y volantes y tornillos: una máquina de segar. Claro está; Isak no habría traído precisamente hoy el caballo a no ser a causa de la máquina. Con un semblante de lo más perspicaz, Isak prueba de repetir de memoria las instrucciones para el uso, que le ha leído el tendero; asegura aquí un muelle, ajusta allá un perno, y no hay agujero o rendija que no bañe de aceite. Finalmente, da una ojeada de conjunto. ¡Nunca ha vivido Isak un momento semejante! Coger una pluma entre los dedos y poner la firma al pie de un documento ya es cosa difícil y arriesgada; lo mismo es con el arado moderno, de tantos cuchillos entreverados, y con la gran sierra en el taller, que no puede desplazarse ni el grueso de un cabello. Pero la máquina segadora... ¡un verdadero nido de urracas, con ramas de acero, y ganchos, y dispositivos, y centenares de tornillos...! La máquina de coser de Inger resultaba, en comparación, una bagatela.

Isak se puso a tirar él mismo de la máquina. Momento solemne. Por esto había querido estar a solas con ella; y ocupar el sitio del caballo. Porque si la máquina no estaba bien montada y, lejos de cumplir su oficio, saltaba con un estampido, ¿qué papel haría él? No sucedió así; la máquina segaba la hierba. ¡No faltaba más! Isak había pasado largo rato sumido en su examen, y el sol, en tanto, se había puesto ya. Isak se unce a la máquina y prueba; la máquina siega la hierba. ¡No faltaría más!

Cuando bajó el rocío de la noche que siguió al día caluroso, los dos hermanos estaban de pie en la pradera, con sus guadañas, dispuestos a segar para el día siguiente, surgió, de pronto, entre las casas, Isak.

—Colgad las guadañas por esta noche —les dijo—. Poned los arreos al caballo nuevo y venid al bosque.

Isak no entró siquiera para cenar, cuando los otros lo habían hecho ya, sino que, estando aún en medio del patio, dio media vuelta y se dirigió hacia el sitio de donde había venido.

—¿Ponemos el caballo en la carreta? —le gritó Sivert.

—No —respondió el padre sin detenerse.

Rebosaba, verdaderamente, de misterio, se sentía más que contento y, al andar, dejaba caer el peso de su cuerpo en las rodillas; tan enfáticos eran sus pasos. Si, por azar, caminaba ahora hacia su muerte y ocaso, se mostraba, de todos modos, como hombre valeroso; nada llevaba en las manos con que defenderse.

Llegaron los muchachos con el caballo y se quedaron hechos unos pasmarotes delante de la máquina. Era la primera máquina de segar que se viera en la colina —y en el pueblo— con sus colores rojo y azul; ¡magnífico aspecto! El padre, jefe de todos, les llamó con el tono de siempre, sin énfasis:

—Acercaos y uncid el caballo a esta máquina de segar.

Los muchachos obedecieron. El padre arreó el caballo. ¡Brr! —decía la máquina mientras segaba la hierba—. Los hijos iban detrás sin nada en las manos, sonrientes. Detúvose el padre, que guiaba el caballo, y miró hacia atrás. Bueno... El resultado hubiera podido ser mejor. Enroscó un par de tornillos para que los cuchillos vinieran más cerca del suelo, y volvió a probar. No; el segado era desigual. La vaina que contiene los cuchillos se bambolea un poco.

Padre e hijo cruzan unas palabras. Eleseus ha encontrado el papel de las instrucciones para el uso, y lo está leyendo.

—Aquí pone que tú, padre, tienes que ir sentado en el asiento; entonces, la máquina marchará más firme.

—Bueno —replicó el padre.

—Sí; estoy seguro —dice el hijo—, lo tengo bien estudiado.

Isak se sienta en el pescante y vuelve a arrear al caballo. Ahora la marcha es más tranquila. Pero, de pronto, la máquina deja de segar; todos los cuchillos se han parado. ¿Qué será? Salta el padre de su asiento, pero ha perdido su arrogancia, y con rostro preocupado se inclina sobre la máquina. Los hijos están en la misma actitud. Hay algo que funciona mal. Eleseus tiene en la mano las instrucciones para el uso de la máquina.

—Aquí hay un pernete —dice Sivert, recogéndolo del suelo.

—Mira, está bien que lo hayas encontrado —comenta el padre, como si esto bastara para poner en marcha el mecanismo—. Éste es precisamente el pernete que yo estaba buscando.

Pero no daban con el agujero conveniente.

—¡Aquí! —dice Eleseus, señalando con el dedo.

Se crecía Eleseus; su facultad de interpretar aquellas instrucciones era esta vez indispensable; señalando con insistencia superflua el agujero, decía:

—Según se desprende del dibujo, el perno viene aquí.

—Aquí, claro está —corroboraba el padre—; aquí lo había colocado yo.

Y para realzar su autoridad, mandó a Sivert que buscara otros pernos entre la hierba.

—Tiene que haber otro —decía con aire de importancia, como si todo lo llevara en la cabeza—. ¿No encontrarás otro? Entonces será que sigue en su agujero.

El padre intentaba reemprender la marcha. Pero Eleseus tiene el dibujo, tiene la ley en la mano, y no podrán prescindir de él.

—Está mal —exclama—. Este resorte tiene que estar aquí.

—¿Estás seguro? —pregunta el padre.

—En absoluto. Ahora está abajo, donde lo has colocado tú. Es un muelle que debe estar fuera, o el pernete volverá a saltar y quedarían paradas todas las cuchillas. Así lo vemos en el dibujo.

—No llevo encima las gafas —dice el padre, más quedamente— y no distingo bien el dibujo. Tú, que tienes mejor vista, coloca el resorte. Pero hazlo bien. Si no fuera porque estamos tan lejos de casa iría por mis gafas.

Todo queda arreglado, y el padre ocupa su sitio.

Eleseus le grita:

—Has de ir algo más ligero para que las cuchillas funcionen mejor. Aquí lo pone.

Isak sigue y sigue; todo va bien. La máquina emite un ¡brr! continuo, y deja tras de sí una ancha faja de hierba segada y a punto de ser extendida. Las mujeres, que han visto a Isak desde la casa, salen; son cuatro entre pequeñas y mayores. Inger ha cogido en brazos a Rebecca, por más que anda ya desde hace tiempo. ¡Qué poderoso resulta ahora Isak, y qué orgulloso está! Sobre la máquina, vestido con el traje de los domingos, con el sombrero puesto, aunque el sudor gotea de su frente. Atraviesa, trazando un gran rectángulo, una faja de pradera a punto de siega; da la vuelta, siega, siega, pasa ante las mujeres, y éstas, como quien ve visiones, no llegan a comprender, y la máquina dice: ¡Brr!

Por fin, Isak detiene el caballo y baja de su asiento. Seguramente está deseando oír lo que dirán los demás vivientes, lo que hablarán ahora. Oye voces discretas. No quieren estorbarle en su elevado sitio, pero se preguntan

insistir en lo de transformar a Eleseus en un labriego, ni decir una palabra más a nadie de su propósito. Y no es que los hijos dieran gran importancia al percance aquel de las gafas. Al contrario. El burlón de Sivert no podía contenerse de ningún modo; y por eso, cogiendo a su hermano por la manga, le dijo:

—Ven. Ahora vamos a casa y quemaremos nuestras guadañas; el padre siega por nosotros.

Y esta broma resultó oportunísima.

LIBRO SEGUNDO

junto al ataúd del tío Sivert. Eleseus sabía mejor que nadie lo que él mismo había escrito: «Lego tanto y tanto a Oline, como báculo y sostén de su vejez.» ¿Qué había sido de aquel báculo? Pues nada: lo habían hecho trizas.

¡Pobre Oline! Por poco que hubiera recibido, siempre sería el único rayito de sol en su vida. Con poco se conformaba. Ejercitada en la maldad, eso sí; acostumbraba a ir pasando sus días con chanchullos y embustes, experta en el cínico arte del chismorreó, que hacía temible su lengua de hacha. Nada hubiera podido hacerla peor de lo que ya era, y menos, una herencia. Había trabajado toda su vida, echado hijos al mundo a los que transmitió su repertorio de trucos, había mendigado por ellos, y tal vez hurtado, también, para mantenerlos. Sus dotes se parecían a las de todos los que ejercitan una política para trabajar en provecho propio y de los suyos; vivía al azar del momento, y se ganaba la vida llevándose de aquí un queso, de más allá un puñado de lana, y así hasta morir, inquieta y taimada, siempre con una respuesta falaz en los labios. ¡Oline...! Tal vez el viejo Sivert recordó el tiempo en que la conociera joven, bonita y sonrosada. Ahora, espectro del pasado, era vieja y fea, y hubiera preferido morir. ¿Dónde yacería su cuerpo? Como no tiene tumba propia, probablemente sus huesos irán a parar a la fosa común en cualquier cementerio, mezclados con los despojos de gente extraña. Una herencia a última hora hubiera sido un rayo de luz; sus manos de esclava del trabajo se hubieran juntado por un momento ante el tardío favor de la justicia, al cabo de haber mendigado sin tregua, y tal vez hurtado para sostener a sus hijos. Saliendo súbitamente de las tinieblas, sus ojos hubiesen bizqueado y las manos hubieran buscado, palpado. «¿Cuánto es...? ¿Nada más?», hubiera dicho. Y con razón. Numerosa era su prole, y conocía el valor de la vida, lo cual merece una buena recompensa.

alimento y vestido le procuró hasta que el muchacho tomó la primera comunión, recibió, en cambio, de él un poco de ayuda en el despacho. Ahora, aquel niño había crecido, y la cosa variaba de aspecto.

«Lo dicho no quita que si vuelves –le escribía el ingeniero– haga lo que pueda para colocarte en otra oficina, por más que lo veo difícil. ¡Hay tantos jóvenes que aspiran a lo mismo! Afectuosos saludos.»

Sin dudar un momento, Eleseus anhelaba volver a la ciudad. ¿O iba a malograr sus dotes en el campo? ¡Eso nunca! Se abriría paso en el mundo. No dijo nada a los suyos del cambio de situación; a nada conduciría. Además, era algo apático. Se calló. La vida en Sellanraa volvía a influir en él: vida oscura y monótona, tranquila y soporífera, como para volverse un soñador. Nadie había ante quien lucirse, con quien tratar de igual a igual. La vida de ciudad había partido su ser en dos, le había hecho más distinguido que sus coterráneos, pero también más débil: y ahora se sentía como un sin patria en todas partes. Volvía a serle grato el olor de tanaceto... Bien. ¿Pero qué sentido tenía el hecho de que a un muchacho campesino, al oír por la noche que su madre ordeñaba las vacas, se le fuera el pensamiento a estas consideraciones? Ahora están ordeñando: escucha bien; ¡qué cosa tan singular! Es una especie de canción compuesta de rayos sueltos, muy distinta de la música de las trompetas en la ciudad, o la del Ejército de Salvación o la sirena de un vapor... El chorro de leche que cae en la vasija...

En Sellanraa no era costumbre manifestarse mutuamente las emociones, y Eleseus temía el momento de la despedida. Le mimaban; recibiría, a no tardar, otra pieza de tela para su ropa interior, y el padre tenía separada una cantidad de dinero que Eleseus recibiría al trasponer el umbral. Dinero... ¿Podía Isak prescindir de su dinero? Mas no habiendo otro remedio, ¡y como

—Permíteme —dijo Barbro—. Los señores en cuya casa estuve, también tenían en el forro del abrigo un escudete de plata así, pero más grande... Entonces, Sivert, ¿volverás, y te quedarás aquí esta noche? Iré a por tu ropa.

Así fue la despedida.

Siguieron los dos hermanos su camino. Eleseus tenía los billetes grandes en el bolsillo interior de la americana, y la Barbro podía marcharse a paseo. Los dos hermanos se guardaron muy bien de tocar ningún tema de conversación emocionante: la singular despedida del padre o las lágrimas de la madre... Para evitar que los de Amplia Vista les detuvieran, dieron un rodeo, mientras comentaban graciosamente esta jugada. Cuando llegaron al sitio donde debían separarse, a la vista del pueblo, se sintieron algo sobrecogidos. Sivert dijo:

—Probablemente, ahora, sin ti, se me hará un poco monótona la vida.

Eleseus empezó a silbar y a inspeccionar sus zapatos. Luego se puso a buscar en los bolsillos —unos papeles decía el muy astuto—. Si Sivert no hubiera salvado la situación, la despedida habría resultado por demás embarazosa.

—¡El último! —dijo, dando a su hermano un golpe en la espalda y echando a correr.

Así se resolvió la cosa. Ambos cruzaron, desde lejos, unas frases de despedida, y luego cada cual siguió su camino.

¿Azar? ¿Suerte? Eleseus volvía a la ciudad para ocupar una plaza que ya no tenía, pero, por coincidencia, Axel Ström tendría ahora quien le ayudara. El día 21 de agosto empezaron él y Sivert a levantar la casa, con bien rejuntados y gruesos maderos, y diez días más tarde ponían el tejado. No era una vivienda con todo requisito, no; pero sí una construcción de madera y no una choza. La

antigua cabaña, hasta entonces morada humana, serviría ahora para el ganado, que tendría en ella un magnífico establo de invierno.

El día 3 de setiembre Barbro desapareció, o mejor dicho –pues no desapareció del todo–, no se la podía encontrar donde estaban la casa y la choza. Axel ponía los cinco sentidos en un trabajo de carpintería; iba a asentar en la nueva casa una ventana y una puerta. Pero pasado el mediodía, al ver que no le llamaban a comer, fue a la cabaña. No había nadie. Se improvisó una comida con lo que encontró a mano, y no cesaba de buscar con la mirada; los vestidos de Barbro estaban colgados en la habitación. Antes de buscarla fuera de casa, trabajó un rato en la nueva construcción; y volvió otra vez a la cabaña. No había nadie aún.

—¡Barbro!

Nadie respondía a la llamada. Alrededor de las casas, arriba en la maleza, en los campos, casi una hora estuvo Axel buscando y gritando el nombre de la moza. Nada. Por fin, en sitio bastante apartado la encuentra tendida en el suelo, detrás de un matorral; el arroyo corre a sus pies. Va sin nada a la cabeza, descalza, y está empapada de agua hasta los hombros.

—¿Por qué no respondías?

—No hubiera podido –dice ella con la voz ronca.

—¿Cómo ha sido? ¿Te has metido en el agua?

—He resbalado. ¡Oh!

—¿Te sientes mal?

—Sí; pero ya pasa.

—¿De veras? —pregunta él.

—Sí; ahora ayúdame para que pueda volver a casa.

—Y, ¿dónde está...?

—¿Qué?

—¿Dónde está la criatura?

—Estaba muerta.

—¿Muerta?

—Sí.

De pie, inmóvil, Axel pregunta aún:

—¿Dónde está?

—No necesitas saberlo —responde ella—. Ayúdame para volver a casa.

Está muerta. Si me coges por debajo del brazo podré andar sola.

Una vez en la casa, Axel la sienta en una silla. Chorrea agua el borde de la falda.

—¿Muerta? —vuelve a preguntar Axel.

—Bien oyes que sí —replica ella.

—¿Dónde la tienes?

—¿Qué curiosidad...! ¿No has encontrado algo de comer mientras he estado fuera?

—¿A qué ibas al arroyo?

—¿A qué iba...! A coger enebros.

—¿Enebros?

—Para los ordeñadores.

—Allí no hay enebros.

—Anda a tu labor —le dice ella, impaciente, con la voz ronca.

—¿A qué ibas al arroyo?

—Iba por ramojo para las escobas. Lo que te pregunto es si has comido ya.

—¿Comido? —repite él—. ¿Te encuentras muy mal?

—No.

—Voy por el médico.

—¡Te guardarás! —replica ella, al mismo tiempo que se pone en pie y se dispone a buscar prendas secas para cambiarse—. ¿No sabes cómo tirar el dinero?

Axel vuelve a su trabajo, pero no es mucho lo que adelanta; para que Barbro le oiga, martillea un poco, acepilla otro poco y, finalmente, asienta la ventana y rejunta el musgo.

Por la noche come ella sin apetito; anda sin prisas de uno a otro quehacer, entra en el establo para ordeñar sin más precaución que trasponer precavidamente la altura del umbral. Se acostó en el henil, como siempre, y las dos veces que Axel vigiló su sueño aquella noche, la vio dormida. Pasó una buena noche.

A la mañana siguiente estaba casi como siempre, aunque afónica, y se había envuelto la garganta con una media. Pasaron los días, el acontecimiento perdió actualidad y otras cosas ocuparon el primer término. De momento no querían trasladarse aún al nuevo local para poder colocar con más desembarazo los maderos que, bien rejuntados, habían de dar espesor a las paredes y evitar que entrase el aire. Pero no pudieron esperar tanto, sino que se instalaron pronto y convirtieron la choza en establo.

Cuando hombres y bestias estuvieron instalados, se hizo la recolección de las patatas y luego fue segada la mies. La vida volvía a su curso ordinario.

Pero, así en cosas importantes como en detalles, pudo notar Axel que se habían aflojado los lazos entre él y Barbro. Ésta no se encontraba a gusto en

Tierra de Luna, ni más unida a Axel que cualquier criada a su amo. Se había rebajado aquella reciprocidad amorosa al llegar el hijo muerto. El pensamiento de Axel había sido siempre magnánimo: «Espera a que el hijo esté aquí.» Pero la criatura nació y murió casi a un mismo tiempo. Últimamente, Barbro llegó a quitarse las dos sortijas.

—¿Qué significa eso? —preguntó Axel.

—¿Qué significa? —replicó ella, echando la cabeza atrás.

Eran indudables la astucia y la traición por parte de Barbro.

Un día Axel dio con el cadáver de la criatura a la orilla del arroyo. No había tenido necesidad de buscar mucho, porque estaba casi seguro del sitio. Pero por pereza no volvió a ocuparse de ello. Quiso el azar que no se le olvidara. Empezaron a volar ciertas aves sobre el lugar donde el niño yacía: urracas y cuervos alborotados, más tarde, hasta un par de águilas en inconmensurables alturas. Era como si, primero, una sola urraca hubiera visto que allí había depositado algo, y luego, semejante a los hombres, no hubiera podido callárselo, sino que lo divulgó. Despertado por su indiferencia, Axel esperó el momento oportuno para ir a escondidas hasta allí. Encontró el cadáver debajo de una capa de musgo y ramas y dos pequeñas losas, envuelto en un paño, un jirón de tela de tamaño regular. Con una mezcla de curiosidad y de terror abrió un poco el envoltorio: unos ojos cerrados, el pelo oscuro, las piernas cruzadas. No vio más. Era un niño. Se veían trazas de humedad en la tela del envoltorio, y el conjunto parecía un lío de ropa mal retorcida después de lavada.

Axel no podía dejar el cadáver tan a merced de cualquiera, y en el fondo temía por sí mismo y por la casa; corrió en busca de una azada y ahondó más la fosa, pero como la humedad del arroyo se filtraba, tuvo que abrir un nuevo hoyo arriba, en la cumbre de la colina. Entretanto, se le quitó el miedo. ¡Que

viniera Barbro, y le encontraría allí! Todo lo desafiaba. Que viniera y cuidara de envolver el cuerpecito muerto de un modo más decoroso, hubiera nacido muerto o no. Veía muy bien lo que había perdido con la muerte de aquella criatura. La perspectiva era ahora la de una soledad desamparada en la casa nueva, precisamente cuando el ganado era tres veces más numeroso que antes. ¡Que se presentara Barbro si quería! Pero Barbro –tal vez había descubierto en qué estaba ocupado– no asomaba por allí, y él mismo envolvió lo mejor que pudo el pequeño cadáver y lo depositó en la fosa nueva. Extendió por encima los trozos de césped y borró toda huella; sólo se veía un insignificante mantoncito verde entre la maleza.

De vuelta a casa vio a la moza en el patio.

—¿Dónde estabas? –le preguntó ella.

El dolor de Axel se había disipado, seguramente, pues contestó:

—Por ahí. ¿Y tú?

Barbro creyó leer una reprensión en el rostro de Axel, y entró en la casa sin decir palabra. Axel la siguió:

—¿Qué significa –le preguntó a bocajarro– el no llevar puestos los anillos?

Ella juzgó que lo más acertado era ceder un poco, y dijo, riendo:

—Estás tan amoscado que me das risa; pero si quieres que estropee las sortijas llevándolas todos los días, no hay inconveniente.

Y fue por las sortijas y se las puso.

No le pasó por alto que el rostro de Axel tomaba una expresión embobada de hombre satisfecho, y le preguntó con desenvoltura:

—¿Tienes que echarme en cara algo más?

—Nada tengo que echarte en cara –respondió él–. Sólo quiero que seas la que fuiste antes, al principio, cuando llegaste. Eso.

—No es tan fácil ser siempre igual —dijo ella.

Él continuó:

—Si compré la finca a tu padre fue por si tú preferías ir a vivir allá. ¿Qué te parece?

¡Oh! Axel había perdido la partida. Barbro advirtió que su único móvil había sido el temor de perder la ayuda de una mujer y tener que cuidar él solo de todo el ganado y de las cosas domésticas.

—Ya me lo dijiste otra vez —replicó, evasiva.

—Sí; pero no obtuve respuesta.

—¿Respuesta? —recalcó ella—. No permitiré que repitas lo que acabas de decirme.

Axel acentuó que su intención había sido buena. No había privado a la familia Brede de que continuara ocupando Amplia Vista, y por más que con la finca hubiera comprado también el escaso usufructo, se limitaba a acarrear algunas cargas de heno, dejando que la familia Brede dispusiera de las patatas.

Era un absurdo el enfado de Barbro, pero a ella no le importaba ya, y preguntó, como si se sintiera vivamente ofendida:

—¿Y nos trasladaremos a Amplia Vista, permitiendo que toda mi familia se quede sin albergue? —insistió aún.

¿Había oído bien Axel? Se quedó con la boca abierta, y luego empezó a tragar saliva, como preparándose a hacer una larga pregunta, mas se limitó a decir:

—¿Pero no se trasladan a la aldea?

—No lo sé —respondió ella—. ¿Has alquilado tú, tal vez, una casa para ellos?

Renunció Axel a la discusión, pero no pudo menos de decir que le chocaba la actitud de la moza.

—Cada vez te pones más obstinada, aunque sea sin mala intención.

—Todo lo que digo es como lo pienso —replicó ella—. Dime si no hubiera sido mejor que los míos vinieran aquí. Hubiera tenido la ayuda de mi madre. Pero, a tu parecer, no es tanto lo que tengo que hacer como para necesitar ayuda.

En esto no iba del todo fuera de razón, pero era al mismo tiempo muy injusta. Que la familia Brede ocupara la barraca implicaba que, una vez más, Axel no sabría dónde meter las reses. ¿Qué pensaba aquella mujer? ¿Había perdido el juicio?

—Voy a decirte una cosa —propuso Axel—: lo mejor será que te proporciones una criada.

—¿Ahora, en invierno, cuando ya son menos las faenas? No; gracias. Cuando la necesitaba era cuando debiste traérmela. Sí, señor.

La observación no era del todo equivocada. Cuando no se encontraba bien y sufría de ciertas molestias del embarazo, hubiérale sido un gran alivio la ayuda de una moza. Pero Barbro nunca se había quedado retrasada en sus faenas. Ahora mismo, diestra y expeditiva, hacía todo lo que exigía el buen orden doméstico, sin dejar escapar siquiera una palabra a propósito de la sirvienta.

—Pues no lo entiendo, la verdad —decía Axel, descorazonado.

Silencio.

—He oído decir —habló Barbro— que ibas a ocupar el cargo de inspector de la línea telegráfica, que tenía mi padre.

—¡Cómo! ¿Quién te lo ha dicho?

—Corren rumores.

—Bien. Es posible —declaró Axel.

—¡Ah! Vamos.

—¿A qué viene el preguntármelo?

—A que veo que, no contento con privar a mi padre de su casa y sus campos, quieres ahora quitarle el sueldo de que vivía.

Silencio.

—He de decirte —exclamó— que no eres digna de lo que hago por ti y por los tuyos.

—¡Ah! —dijo Barbro.

—¡No! —insistió él, descargando el puño sobre la mesa. Y se puso en pie.

—No creas que vas a causarme miedo —dijo ella con voz débil como un pío, acercándose más a la pared.

—¡Causarte miedo a ti...! —dijo él, remedando su voz, y resopló despectivamente—. Lo que quiero saber seriamente, en seguida, es lo que sucedió con el niño. ¿Lo ahogaste?

—¿Yo, ahogarle?

—Sí; estuvo metido en el agua.

—¿Es que lo has visto? —Iba a decirle: olfateado, pero no creyó prudente en aquellos momentos provocarle—. ¿De modo que lo has visto?

—He visto que el cadáver estuvo metido en el agua.

—¡Vamos! Hasta lograste ver eso —replicó ella—. Di a luz en el agua, al resbalar. No pude levantarme.

—¿Conque resbalaste?

—Sí, y en aquellos momentos di a luz...

—Bien —dijo Axel—; pero tú ibas prevenida con un trozo de tela. ¿Temías de antemano que ibas a resbalar?

—¿Un trozo de tela? —repetía ella.

—Sí; uno grande, blanco, desgarrado de una de mis camisas fuera de uso.

—Es verdad que me llevé el pedazo de tela; pero fue para envolver los enebros —dijo Barbro.

—¿Enebros?

—Sí; enebros. ¿No te lo he dicho ya?

—Sí; o ramojo para escobas...

—Fuera lo uno o lo otro, lo mismo da.

Salvado este recio choque, la reconciliación no se hizo esperar. Si nada arreglaron, sobrellevaron al menos la situación, y la moza se portaba bien y se mostraba más condescendiente, porque venteaba el peligro. En tales circunstancias la vida en Tierra de Luna se hacía cada vez más incómoda y difícil de soportar, sin alegría ni confianza mutua, siempre en guardia. La cosa marchaba cada día, y Axel podía estar satisfecho de que siquiera marchase. Había tomado a la moza como ayuda; logró luego su cariño y con ello había unido la vida de ella a la suya; no era cosa fácil para nadie cambiar de tal manera el rumbo de su vida. Barbro conocía todo lo referente a la nueva edificación, sabía el sitio donde Axel guardaba sus ahorros; en qué tiempo parirían las vacas y las cabras; si escasearían o abundarían los piensos, y cuál era la leche destinada a la elaboración de los quesos, y la que pertenecía al consumo diario en la casa. Una extraña no podía tener la idea de todo eso y, además, no sería fácil encontrarla.

Sin pararse en la dificultad, Axel había pensado ya algunas veces en despedir a Barbro y tomar otra moza. Casi llegó a temer a Barbro, que a ratos, era la verdadera manzana de la discordia. Hasta en el tiempo aquel en que él tuvo la desdicha de que ella le hiciera dichoso, repelíale, a veces, su mal humor y su falta de amabilidad. Pero era hermosa, tenía sus horas de dulzura y le envolvía cálidamente en sus brazos. Esto... fue antaño. ¡Ah, no, repetir la historia, no! ¡Muchas gracias! Pero no es tan fácil mudar de vida.

—Entonces nos casaremos cuanto antes —le apremiaba Axel.

—¿Cuanto antes? —replicaba ella—. Deja que primero vaya a la ciudad para arreglarme la dentadura. De tantos dolores de muelas, apenas me queda una en la boca.

No había más remedio que seguir como hasta ahora. Barbro no recibía un salario, pero Axel le daba dinero siempre que lo necesitaba, y ella lo agradecía como un regalo. «¿En qué podrá gastarlo? —se preguntaba Axel—. ¿Tendría, tal vez, sus ahorros acumulados año tras año? Pero, ¿para qué?»

Eran muchas las cosas que Axel no comprendía. ¿No le había dado él un anillo de oro, el de novios? Durante largo tiempo, después de este regalo excepcional, sus relaciones fueron de las mejores, pero hay influencias que no pueden perpetuarse. Y Axel de ningún modo podía regalarle una sortija tras otra. En resumen: ¿Le quería Barbro? ¡Las mujeres son criaturas tan singulares...! ¿Dónde se encontraría otro hombre pronto a ofrecerle casa nueva y buen ganado? Sobrábale a Axel razón para descargar el puño sobre la mesa, abominando de la necedad y de los caprichos femeniles.

Cosa rara; Barbro parecía no tener más idea que la de la vida ciudadana; anhelaba volver a Bergen. ¿Por qué, Dios mío, había vuelto al Norte? Un telegrama del padre no la hubiera hecho dar un paso. Debía de existir otro motivo. Año tras año, de la mañana a la noche, estaba descontenta. Andaba entre cazuelas y platos de madera, en vez de latón y de acero, y entre calderos en lugar de cacerolas. ¡Y aquel eterno ordeñar en vez de ir a buscar la leche a la tienda! Y luego, zapatones de labriega, jabón en pasta, un saco de heno por almohada... ¡Y sin oír nunca la música de instrumentos de metal, sin ver nunca gente...!

Otras disputas siguieron a aquel choque máximo que tuvieron.

—¿Vamos a callarnos o vamos a decirlo? —solía exclamar Barbro—. ¡Por lo visto, no te acuerdas ya de lo que has hecho a mi padre!

Axel preguntaba:

—¿Y qué le he hecho?

—Tú lo sabes mejor que yo. Pero, ten en cuenta que no serás inspector.

—¿Conque no?

—No lo creeré hasta que lo vea.

—¿Esto significa que no me tienes por muy listo?

—Mejor para ti si lo eres; pero no lees ni escribes; no te he visto nunca con un periódico en las manos.

—Sé leer y escribir lo bastante para lo que necesito; pero tú no eres más que una lengua de víbora.

—¡Ahí tienes tu anillo! —gritaba la moza, echando sobre la mesa el de plata.

—Bien. ¿Y dónde está el otro? —preguntaba él al cabo de un momento.

—Si quieres tus sortijas, ahí las tienes —decía ella, esforzándose por quitarse la de oro.

—Aunque te pongas tan fiera, no me causas impresión —decía él, mientras se marchaba.

Y, naturalmente, no tardaban mucho en brillar de nuevo en la mano de Barbro las dos sortijas.

Acabó no importándole nada que Axel sospechara de ella a propósito de la muerte del niño. Al contrario, se reía orgullosamente. Nada confesaba, pero decía:

—Suponiendo que le hubiera ahogado, ¿qué? Tú vives en un desierto, sin saber lo que pasa en el mundo.

Y en un diálogo sobre la misma cuestión ella pareció quererle convencer de que lo tomaba demasiado en serio; ella no daba a un infanticidio más importancia de la que merecía. Le contó el caso de dos muchachas, en Bergen, que habían dado muerte a sus hijos recién nacidos; la una salió con unos meses de prisión por haber sido tan tonta de no matarlo directamente, sino dejarlo expuesto a la intemperie, donde murió de frío; y la segunda fue absuelta.

—No, la ley ya no es en este punto tan inhumana como antes —decía Barbro—. Y, además, no siempre se descubre. En Bergen, una de las camareras de un hotel había cometido dos veces infanticidio; era de Cristianía, y llevaba un sombrero con plumas; por último, la tuvieron tres meses en una cárcel, pero de lo del primer hijo no se supo nunca nada —contaba Barbro.

Axel sentía cada vez más horror hacia ella. Se esforzaba en comprender, en discernir algo entre aquellas tinieblas; pero, en el fondo, era como decía la muchacha: él lo tomaba demasiado en serio. Con su vulgar corrupción, Barbro no era digna de que se ocuparan de ella formalmente. Para ella el infanticidio no suponía nada, en sí mismo no tenía nada de extraordinario; era únicamente el producto de toda la inmoralidad y toda la ligereza que podía esperarse de una criada. Eso se manifestó en los días que siguieron, sin una sola hora de reflexión. Ahora, como antes, se disipaba en charlas superfluas, como una criatura que era.

—He de marcharme por lo de las muelas —decía—. Y también porque me hace falta una manteleta.

Su «manteleta» era una especie de cuello corto que había estado de moda algunos años. Ahora Barbro no podía pasar sin su manteleta.

¿Qué remedio le quedaba a Axel sino tranquilizarse, si ella se lo tomaba todo como lo más natural del mundo? Axel vacilaba en su sospecha con

respecto al infanticidio; y ella, lejos de confesar, negaba toda culpa, sin airarse, sin obstinación; pero, ¡qué diablos!, negaba como una sirvienta niega que haya roto una fuente que efectivamente ha hecho añicos. Pasaron un par de semanas. Axel ya no podía más. Un día, plantado en medio de la habitación, se le ocurrió un pensamiento: ¡Dios mío! ¡Todos se habían dado cuenta del estado de la moza, habían visto que estaba encinta! ¿Y ahora se la veía de nuevo esbelta, como antes? ¿Dónde estaba el hijo...? ¿Y si todo el mundo viniera a investigar? Cualquiera día podían pedir una aclaración. La primera providencia habría debido ser enterrar el cadáver en el cementerio; lejos de la maleza, lejos de Tierra de Luna.

—Esto únicamente me hubiera acarreado disgustos —declaraba Barbro—. Le hubieran desenterrado; y luego, el interrogatorio. ¡Por nada del mundo!

—Con tal que algún día no resulte peor —observaba él.

—¿Por qué dar vueltas sobre lo mismo? —le contestaba Barbro—. Déjale donde está. ¿Temes tal vez —le contestaba sonriendo— que vaya a correr detrás de ti? Lo que has de hacer es tener la lengua quieta y no preocuparte más de esto.

—Bueno, bueno.

—¿Por ventura fui yo la que ahogó al niño? No; se ahogó por haber caído al agua. ¡Parece mentira las cosas que se te ocurren! Pierde cuidado, que no van a descubrir el cuerpo.

—Bien se descubrió lo de Inger de Sellanraa, según he oído decir.

Barbro parecía reflexionar.

—Me tiene sin cuidado —dijo—. Desde entonces la ley ha cambiado; si leyeras el periódico lo habrías visto. Son muchas las que tienen hijos y los matan, y no por esto intenta nadie hacerles daño.

Y ella quiere explicárselo, entendida en el asunto, pues no en vano ha corrido mundo... y oído, y visto, y aprendido. Ahora, sentada frente a él, más lista que él, volvía a sus tres puntos fundamentales: Primero, no lo había hecho; segundo, el riesgo no era tanto, aun cuando lo hubiese hecho, y tercero, no se descubriría nunca.

—Temo que se pueda descubrir —objetó él.

—¡Ni mucho menos! —replicó ella.

Y, sea que le quisiera aturdir, o que le quisiera alentar, o bien por vanidad o fanfarronería, dejó en aquel momento estallar la bomba:

—Yo misma cometí un acto que no se ha descubierto.

—¿Tú? —preguntó él incrédulo—. ¿Qué es lo que hiciste?

—¿Lo que hice? Pues, yo maté.

Probablemente no entraba en sus cálculos llegar tan lejos, pero no podía retroceder, y él la estaba mirando sin pestañear. No fue esto en ella extremo de arrogancia, sino, más bien, el ánimo puntilloso del fanfarrón que quiere reservarse siempre la última palabra y superar a todos.

—¿No me crees? —le intimó—. ¿No te acuerdas del cadáver de un niño encontrado allá en el fiordo? Fui yo quien lo había echado al agua.

—¡Cómo! —exclamó él.

—Aquel cadáver de un recién nacido. ¿No te acuerdas ya? Vino en el diario.

Al cabo de unos momentos Axel prorrumpió en estas palabras:

—Eres una mujer horrible.

A ella la turbación del hombre le acrecentó la pugnacidad, como infiltrándole una fuerza ajena a lo natural que la incitaba a detallar:

—Lo tenía en mi baúl; lo hice así que nació. Y cuando llegamos a la orilla lo tiré al agua.

Axel, sombrío y callado, la escuchaba, y ella continuaba diciendo que aquello sucedió ya hacía tiempo, varios años; cuando volvió a Tierra de Luna. Por el caso podía ver Axel que no todo se descubre, ni mucho menos. ¿Iba a descubrirse todo lo que hacía la gente? ¡Y lo que hacían los matrimonios en la ciudad! Mataban a sus hijos aun antes de nacer; había médicos especializados en eso. Algunos matrimonios no querían tener más que un hijo; todo lo más dos. Y por eso el doctor mataba los hijos en las entrañas de la madre. Podía creerla: allá en el gran mundo no se tomaba el asunto tan en serio.

—¿Entonces —preguntó Axel—, has matado también el segundo hijo como mataste el primero?

—No —replicó ella con todas las apariencias de la sinceridad—. No fue necesario.

Y volvió a la idea... de que si lo hubiera hecho no corría tampoco un gran riesgo. Parecía acostumbrada a enfrentarse sin pestañear con esta idea. La primera vez le resultó probablemente algo cruel y pavoroso el acto de matar una criatura, ¿pero la segunda vez...? Había en ella, al pensar en el acto, una especie de sentimiento histérico: «Había sucedido y podía suceder de nuevo...»

Apesadumbrado, con la cabeza baja, abandonó Axel la habitación. No le preocupaba gran cosa que Barbro hubiese dado muerte al primer hijo ni tampoco dio importancia al hecho de que lo hubiera tenido; ni había sido ella la inocencia personificada ni por tal pretendía pasar a los ojos de Axel; bien al contrario: no le ocultó su experiencia, y hasta le instruyó en algún juego turbio. Pero Axel se creía con derecho a este segundo hijo, verlo vivo a su lado: aquel ser pequeño, delicado, un hombre en miniatura, que sólo pudo ver sin vida, envuelto en un jirón de tela. Si efectivamente era culpable de la muerte del niño, había obrado mal con él, había destrozado un vínculo que le

era muy querido y que nada podría compensar. Pero también podría ser que la juzgara equivocadamente y que, en realidad, Barbro hubiera resbalado, y una vez en el agua no le hubiera sido posible levantarse. De todos modos, allí estaba aquel pedazo de camisa de que se había provisto al salir de casa...

Seguían pasando las horas como siempre: llegó el mediodía, le siguió la tarde, y oscureció después. Ya acostado, Axel, luego de permanecer largo rato con los ojos abiertos en la oscuridad, se durmió. Durmió hasta la mañana siguiente. Rompía el alba, y a aquel día siguieron otros.

Barbro seguía invariable; muy sabida en cosas del mundo, veía con indiferencia, como pequeñeces, los que eran considerados como graves riesgos y sembraban el terror allí, en el campo. A modo de consuelo, la moza era advertida para los dos, y descuidada por los dos. Y no tenía aspecto de persona peligrosa. ¿Barbro, un monstruo? Nada de eso. Antes bien era una muchacha bonita, de ojos azules, chatilla, y lista de manos para trabajar. Estaba harta de la casa y de la batería de cocina de madera que requería ser restregada a menudo; y tal vez el mismo Axel, y toda aquella condenada vida retirada que estaba haciendo, la aburrían. No por esto mataba a ninguno de los animales, ni se levantaba de noche blandiendo un cuchillo sobre Axel.

Sólo una vez volvieron a hablar del cadáver del niño que yacía en el bosque. Axel repetía que debería haber sido enterrado en el cementerio; mientras que ella defendía su propio proceder como el mejor. En esta ocasión dijo algo que demostraba que no dejaba de reflexionar, y que era astuta, y veía más allá de su nariz, y pensaba con el cerebro diminuto de un negro africano.

—Si algo se descubre —decía—, yo hablaré con el delegado. Serví en su casa, y la señora de Heyerdahl me ayudará. No todas pisan terreno tan firme como yo, y así y todo las absuelven. Además, mi padre está bien relacionado con los señorones, por su cargo de alguacil, y todo lo demás.

Axel movía la cabeza incrédulamente.

—¿No lo crees?

—¿Pero qué piensas tú que podrá hacer tu padre?

—¿Y tú qué sabes? —exclamaba ella, incomodada—. Bastante tienes con pensar en cómo le has reducido a la miseria, quitándole su hacienda y, además, el sueldo que le mantenía.

Barbro no dejaba de adivinar que la importancia de su padre había mermado en aquellos tiempos, y que esto podía, de rechazo, perjudicarla. ¿Qué iba a responder a esto Axel? Axel callaba. Era hombre pacífico y laborioso.

3

Al acercarse el invierno, Axel volvió a ser el solitario de Tierra de Luna. Barbro se había marchado. Así había acabado todo.

Según ella, la estancia en la ciudad no se prolongaría. No se conformaba con ir perdiendo los dientes y quedarse con una boca de ternero. Axel le preguntó cuánto le costaría.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondía ella—. A ti, desde luego, no te costará nada. Yo misma me lo ganaré.

Había sabido plantearle la conveniencia de que el viaje fuera ahora, cuando sólo había dos vacas para ordeñar, en espera de las dos terneras y las cabras que vendrían al mundo en la primavera; entonces apremiaría la cosecha del heno y se trabajaría de lo lindo hasta pasado el mes de junio.

—Haz lo que quieras —dijo Axel.

Él no tendría que pagar nada, absolutamente nada. Pero algún dinero para gastos de viaje y para pagar al dentista, bien lo necesitaba: no mucho. Además, sería buena ocasión para comprar la manteleta y otras bagatelas. Pero, si no era de su agrado, nada había dicho.

—Hasta ahora has recibido bastante dinero —dijo Axel.

—Sí. Pero ahora ya no lo tengo.

—¿No has ahorrado nada?

—¿Ahorrar? Puedes mirar mi baúl. Tampoco ahorré nada en Bergen, y eso que allí el salario era mayor.

—No tengo dinero que darte a ti —concluyó él.

Muy flaca era la fe de Axel en que la moza volviera del viaje, y le había apurado de tal modo la paciencia con su desagrado, que empezaba a cansarse de ella. La moza no logró sacarle una cantidad que valiera la pena, pero fingió no ver la enormidad de víveres con que salió provista, y él mismo le bajó el baúl al pueblo, hasta el vapor correo.

Había sucedido al fin.

Le habría sido llevadera la soledad a que de antiguo se había acostumbrado, pero ahora el ganado le esclavizaba, y a la menor ausencia quedaba sin los cuidados indispensables. El tendero le aconsejaba que mandara venir a Oline, la cual ya llevaba hecha una práctica de varios años en Sellanraa, y, aunque vieja, se movía con agilidad, y era hacendosa. Mandola avisar Axel, pero ni compareció Oline, ni se supo nada más de ella.

Sin desesperar, Axel tala en el bosque, se ocupa de la trilla de su escasa mies y el cuidado del ganado. Rodeándole la soledad y el silencio. De vez en cuando, ve de paso a Sivert de viaje hacia el pueblo; lleva, a veces, pieles o quesos a la bajada, pero casi nada a la vuelta, pues Sellanraa no necesita comprar mucho.

A veces, era Brede Olsen quien se acercaba a Tierra de Luna, y con más frecuencia en los últimos tiempos. ¿Quién podría saber la finalidad de sus incesantes correrías? Era como si en aquellas últimas semanas de inspector de línea telegráfica quisiera hacerse el indispensable, para defender y conservar su cargo. Desde que Barbro se marchó, no volvió a entrar en casa de Axel, sino que pasaba de largo, presuroso; actitud soberbia no justificada, ya que seguía viviendo en Amplia Vista sin ser molestado. Un día que estaba dis-

puesto a pasar de largo, sin saludar siquiera, Axel le paró para inquirir cuándo pensaba desalojar la casa.

—¿En qué términos te has separado tú de Barbro? —le preguntó Brede, a la recíproca—. La despediste sin darle medios suficientes, y poco faltó para que no pudiera tan sólo llegar a Bergen.

—¿De modo que está en Bergen?

—Sí; nos escribe que ha llegado, por fin; pero sin que tenga que agradeceréte.

—Te echaré de Amplia Vista, pero en seguida —le increpó Axel.

—Será una compensación de lo generoso que has sido hasta ahora —replicó Brede, sarcásticamente—. Después de Año Nuevo saldremos de allí sin necesidad de que nadie nos eche —añadió, prosiguiendo su camino.

Barbro, pues, había ido a Bergen, tal como presumía Axel. Esto no le apesadumbraba. ¡Qué había de apesadumbrarle! Al contrario. La moza era el diablo de la discordia. Sin embargo, Axel tenía hasta ahora la esperanza de que tal vez volvería. ¿Cómo no lograba librarse nunca del todo de esa persona, de aquel monstruo? Recordaba la dulzura de algunas de sus horas dichosas, inolvidables, y para impedir que llegara hasta Bergen le había dado el dinero escaso al despedirse. Y he aquí que, a pesar de todo, había realizado el viaje. Algunas de sus prendas se veían todavía en la casa, entre ellas, arriba, en el desván, un sombrero de paja con una pluma, envuelto en un papel: pero ella no venía para hacerse cargo de lo suyo. ¡La verdad es que Axel estaba quizás un poco entristecido! Le parecía una burla, una provocación, el recibir aún cada día el periódico de Barbro, y esto duraría hasta Año Nuevo.

Pero, al fin y al cabo, si se preciaba de ser todo un hombre, tenía otras cosas en que pensar.

En la primavera se vería obligado a levantar una troje junto a la pared norte de la nueva edificación; era ahora, en invierno, la sazón para abatir los troncos y cortar las tablas. Axel no poseía un bosque de verdad, con árboles grandes, pero aquí y allá se levantaban en su terreno grupos de robustos pinos; escogió algunos de ellos al borde del camino que llevaba a Sellanraa, para tener más fácil acceso a la aserradora.

Un día, por la mañana, echa al ganado un pienso abundante, que dura hasta su vuelta, cierra las puertas y se dirige al bosque. Se provee, además del hacha y de su comida, de una pala para la nieve. El tiempo es bonancible, pero el día antes tuvieron una aparatosa tormenta. Recorre la línea telegráfica hasta un cierto punto. Allí se quita la chaqueta y empieza su labor. Una vez abatido un árbol, le quita las ramas, las deposita en un montón, deja los troncos pulidos.

Brede Olsen llega cuesta arriba, sea para inspeccionar en la línea los posibles efectos de la tormenta, sea, sin motivo alguno especial, pues se había vuelto celosísimo en sus deberes, y se había corregido indudablemente. Los dos hombres no se dirigieron la palabra, ni siquiera para saludarse.

Axel observa que el tiempo va a cambiar; el viento sopla más fuerte cada vez. Pero sigue trabajando con todo su empeño. Avanza la tarde y no ha comido aún. Está abatiendo un pino grande, y éste cae y le arroja al suelo. ¿Cómo ha sido posible? Mala suerte. Un pino gigante vacila en sus raíces, el hombre le designa la caída por un lado y el viento por el lado contrario. Y el hombre pierde. Tal vez hubiera soslayado el golpe, pero la nieve cubría el terreno desigual y Axel dio un paso en falso, saltó a un lado y metió una pierna en la hendidura de unas rocas, entre las cuales se quedó tendido y soportando encima el peso de un gran pino.

También esto hubiera tenido remedio; pero su posición era tan enrevesada que, imposibilitado de mover mano ni pie –aunque sentía todos los miembros sanos– era como si no los tuviera. Al cabo de un rato logró tener libre una mano; pero sobre la otra pesaba su cuerpo, y el hacha no estaba al alcance de la mano libre. Mira alrededor y reflexiona; como lo haría cualquier bestia cogida en el lazo, mira en derredor, reflexiona y se esfuerza por salir de debajo del tronco. Se le ocurre pensar que Brede, de vuelta de su inspección, no tardará en pasar, y hace nuevos esfuerzos y respira con dificultad.

Al principio, Axel lo toma a la ligera y sólo le incomoda que el miserable acaso le tenga prisionero, pues no teme nada por su salud, y menos por su vida. Siente, de todos modos, que la mano que le queda inhábil, poco a poco va haciéndose insensible bajo la presión del cuerpo, y que la pierna cogida entre las rocas se enfría y pierde su sensibilidad. Así y todo, no le va tan mal. Brede vendrá de un momento a otro.

Pero Brede no viene.

Arrecia la tempestad y se arremolina la nieve contra la cara de Axel. «El caso es más grave», piensa él, pero descuidado, como si con un guiño a sí mismo se dijera a través de la nieve: «¡Alerta! ¡Esto va a ponerse mal!» Al cabo de un rato da el primer grito de auxilio, que, en medio del fragor de la tormenta, no debe oírse de lejos; grita en dirección de la línea telegráfica, para que alcance a Brede. Allí tendido, paralizado, Axel sólo tiene pensamientos vanos: Si pudiera, por lo menos, alcanzar el hacha, se abriría camino. ¡Ah, si pudiera sacar la mano! Esta mano se apoya sobre algo puntiagudo –una piedra– que, poco a poco, amenaza perforarla. ¡Si aquella maldita piedra no estuviera allí! Pero no se ha oído decir nunca todavía que una piedra tuviera un rasgo conmovedor.

La ventisca arrecia y la nieve lo va cubriendo, sin que él pueda defenderse de los inocentes copos que se derriten al cabo de un rato sobre su cara; pero ésta se enfría, y desde entonces la nieve no se derrite. ¡Ahora sí que la situación se agrava!

Esta vez da dos gritos de auxilio consecutivos, y aguza el oído.

También el hacha va a quedar pronto cubierta de nieve; un trozo del mango es lo único que sobresale. Allá arriba ha quedado la mochila con las provisiones; si la tuviera al alcance de la mano, comería un buen bocado. No estaría tampoco de más llevar puesta la chaqueta que se había quitado, pues el frío va en aumento. Da un tercer grito potente, pidiendo auxilio.

¡Allí está Brede! Se ha parado y mira hacia donde parte el grito, como para enterarse de lo que sucede.

—¡Acércate y dame el hacha! —grita Axel con voz lastimera.

Brede mira a otra parte; ha adivinado el caso y se fija ahora en los hilos del telégrafo, mientras ve en sus labios la intención de ponerse a silbar. ¿Estaba loco?

—¡Acércate y dame el hacha! ¡Estoy debajo de un árbol sin poder salir! — repite Axel más fuerte.

Pero Brede se ha corregido de tal forma, y tan celoso es de su cargo, que no ve más que los hilos del telégrafo, y no cesa de silbar. ¡Y con qué animación y espíritu de venganza está silbando!

—¡Quieres asesinarme, ¿eh?, y te niegas a alargarme siquiera el hacha! — exclama Axel.

Pero Brede ha de recorrer, por lo visto, la línea, atento a su obligación, y desaparece entre los espesos y revueltos copos de nieve.

Bueno. ¡Así estamos! ¡Gran cosa sería si Axel consiguiera ahora tener la acción libre, lo preciso para echar mano del hacha! Expande el tórax, mueve

todo el cuerpo para sacudirse el peso colosal que lo mantiene amarrado al árbol; logra mover el árbol, y sacudirlo, pero únicamente consigue que caiga sobre él una capa más de nieve. Y, al cabo de varios intentos inútiles, renuncia a sus esfuerzos.

Oscurece. Brede no debe de estar lejos. Axel da un grito más, pidiendo auxilio.

—¿Quieres dejarme tendido aquí, asesino? —grita, desde el fondo del alma—. ¿No piensas en tu salvación? Si tan sólo me tendieras la mano, sábelo, te regalaría una vaca; pero eres un perro, Brede, y quieres que me muera. Voy a denunciarte, tan cierto como estoy aquí tendido; ¡sábelo! ¿No puedes acercarte y darme el hacha?

Silencio. Axel vuelve a esforzarse bajo el peso del árbol, logra levantarlo un poco con su cuerpo, pero esto hace que le caiga más nieve encima. Y así acaba entregándose a su suerte; respira fatigosamente, y le entra una como somnolencia. Allá en la cabaña muge su ganado, en ayunas desde la mañana. Y no será Barbro quien entre a darles el pienso, porque Barbro se ha escapado con las dos sortijas.

Declina el día, llega la tarde y la oscuridad y la noche. Mas, lo peor es el frío. La barba de Axel está cubierta de hielo, y pronto se le helarán también los ojos. ¡Ah! ¡Si tuviera la chaqueta que ha quedado colgada en aquel árbol! ¿Cómo es eso? Una de sus piernas está dormida, como muerta, hasta la cadera. «¡Todo está en las manos paternas de Dios!», dice Axel que, cuando quiere, se deja llevar por la piedad. Ha oscurecido. Bien; pero no hay necesidad de lámpara a la hora de la muerte. Le anima un sentimiento de ternura, de bondad, y para reconocerse bien humilde sonrío amable y bobamente ante los elementos como un bienaventurado. ¡Ésta es la nieve del Señor, la nieve inocente; ¿Qué necesidad tiene de denunciar a Brede?

Axel se apacigua; tiene cada vez más sueño, está como baldado, como bajo los efectos de una intoxicación; y todo es blanco ante sus ojos: monte y llanuras, grandes alas de horizonte, blancas velas, blancos cendales, blanco, blanco... ¿Qué es esto? ¡Tonterías! Él sabe muy bien que es la nieve; y que él yace al raso, como enterrado bajo la carga de un árbol. Y vuelve a gritar como un loco, al azar; de su velludo pecho poderoso salen rugidos que podrían oírse desde la choza donde está el ganado. Grita una y otra vez:

—¡Eres un cochino, Brede, un monstruo! ¿Has pensado en lo que haces dejándome sin auxilio? ¡Me darás el hacha! ¿Eres un mal bicho o un hombre? ¡Te va a costar caro!

Seguramente ha llegado a dormirse un rato. Se siente envarado e inerte; tiene los ojos muy abiertos, bordeados de hielo, pero abiertos; no puede parpadear. ¿Ha dormido tal vez unos minutos? ¿Una hora? ¡Sábelo Dios! Lo cierto es que ahora Oline está cerca de él. La oye.

—¡Alabado sea Jesucristo! ¿Vives todavía? —le pregunta. Y luego inquiere por qué está allí echado. ¿Es que se ha vuelto loco? ¡Es Oline, sí; Oline!

Oline tiene un olfato singular; tiene algo de chacal: cuando se acerca la desgracia lo capta en el viento y comparece. Sin este don, sin esta diligencia, ¿cómo hubiera podido salir adelante en la vida? Había recibido el mensaje de Axel —que él le envió, solicitando su ayuda—, y, a pesar de sus setenta años, emprendió la travesía de la sierra para ayudarle. La tormenta del día anterior la detuvo en Sellanraa, y había llegado hoy a Tierra de Luna. No encontró a nadie. Dio el pienso al ganado; atentos los oídos y los ojos, se paró en el umbral; ordeñó luego, y volvió a escuchar en el silencio.

Oyó gritos y se dijo: «Si no es Axel, es un ser del otro mundo; en ambos casos vale la pena otear, de escudriñar en el monte la eterna sabiduría del

Todopoderoso; a mí nada va a hacerme, pues no soy digna ni de desatar la correa de su zapato.»

Y Oline está allí ahora, junto a Axel.

—¿El hacha?

Oline socava y vuelve a socavar la nieve, y no la encuentra. Prueba de salir del paso sin ella; se esfuerza en levantar el tronco, pero su brazo parece el de un niño, y sólo consigue agitar un poco las ramas. En la oscuridad, vuelve a buscar el hacha, removiendo la nieve con manos y pies. Axel no puede señalar dónde estaba el hacha, y se lo explica de palabra. Pero el hacha no está allí.

—¡Si no fuera tan largo el trecho hasta Sellanraa...! —dice Axel.

Oline empieza a buscar por su cuenta, mientras Axel le grita que no, que no puede estar allí.

—Déjame que lo rebusque todo... ¿Qué es esto? —le pregunta de pronto.

—¿La has encontrado?

—Sí; con la ayuda del Omnipotente —responde Oline, con énfasis.

Axel no se alaba ya de nada; conviene en que tal vez su juicio flaquea; sus energías se agotan. «Pero, ¿qué va a hacer Axel con el hacha? —se pregunta Oline—. ¡Si no puede moverse!» Será ella, que ya ha tenido otras hachas en la mano y sabe lo que es cortar árboles, quien ha de librarle de aquella prisión.

Axel no puede andar: tiene como paralizada la mitad de una de sus piernas, y dolores en la espalda que casi le fuerzan a dar alaridos, y se cree hombre acabado, como si una parte de su cuerpo estuviera todavía bajo el peso del árbol. «¡Cosa más rara; no lo entiendo!», se dice Axel. Oline, en cambio, lo entiende muy bien, y lo explica en términos altisonantes: Ha librado a un hombre de la muerte, y, aunque el Omnipotente podía enviar sus cohortes de ángeles, no lo ha hecho, sino que se ha servido de ella como humilde

instrumento. ¿No reconoce también Axel la sabia mano divina? Y si Dios hubiera querido, hasta de un gusano de la tierra se hubiera servido.

—Estoy convencido de lo mismo —dice Axel—. Pero me encuentro raro.

—¿Raro? —dice Oline, y le aconseja paciencia, y que intente luego moverse, enderezarse y encogerse. Así, poco a poco, porque tiene entumecidas las articulaciones; y que se ponga la chaqueta, para entrar en calor. Y Oline sigue diciendo que no olvidará en toda su vida al ángel del Señor que la llamó la segunda vez que salió al umbral. Y cuando oyó en el bosque las llamadas de Axel. Todo había sido como en los tiempos del Paraíso, cuando las trompetas sonaban junto a las murallas de Jericó.

¡Prodigioso! Axel no pierde el tiempo mientras dura la charla; ha intentado poner en juego las articulaciones y andar unos pasos.

Apoyado en Oline, la auxiliadora de siempre, el camino hacia la casa le parece muy largo. Al cabo de un rato de andar encuentran a Brede.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Puedo ayudarte? —pregunta a Axel.

Éste calla, rechazándole. Ha prometido a Dios que no se vengará, que no denunciará a Brede, pero nada más. ¿A qué venía ahora Brede, desandando lo andado? ¿Había visto, quizá, la silueta de Oline en Tierra de Luna, y comprendió que le habían llamado la atención los clamores de auxilio?

—¿Tú por aquí, Oline? —pregunta Brede, parlanchín—. ¿Dónde le has encontrado? ¡Cómo! ¿Debajo de un árbol? ¿No es rara la suerte humana? He oído voces mientras estaba inspeccionando la línea telegráfica, y me he puesto en camino para auxiliar a quien fuera. ¿Y eres tú, Axel...? ¿Derribado debajo de un tronco?

Axel explica:

—Ni más ni menos; y tú lo has visto al pasar cerca de mí.

—¡Que Dios me perdone! —exclama Oline, ante una maldad tan negra.

Pero Brede da explicaciones:

—Verte, sí te he visto, pero bien podías haberme llamado. ¿Cómo no lo has hecho? Te he visto muy bien, pero he creído que te habías tumbado a descansar un rato.

—¡Cállate! —le grita Axel, amenazador—. Me has dejado sin auxilio intencionadamente.

Oline, para no sufrir detrimento en su fama de imprescindible, cuida de que Brede no se entremeta; no permitirá que se rebaje su obra salvadora en lo más mínimo. Impide que Brede extienda la mano para ayudar a Axel y hasta que le lleve la mochila o el hacha. ¡Ah! ¡En estos momentos Oline está única y enteramente al lado de Axel! Cuando, más tarde, vaya a casa de Brede, y tenga por delante una taza de café, estará incondicionalmente al lado de Brede.

—Deja al menos que lleve yo el hacha o la pala —dice Brede.

—No —interviene Oline, hablando por Axel—. Quiere llevarlo él mismo.

Pero Brede insiste.

—Habrías podido llamarme, Axel. No estamos tan reñidos como para negarte a hablar conmigo. ¿Dices que llamaste? Debiste hacerlo más fuerte, pues ya sabes la ventisca que había. Y, además, debiste hacerme señas con la mano.

—No tenía las manos libres —replicó Axel—. Bien habrás visto que estaba como pegado al suelo.

—No, no lo he visto. Nunca me había sucedido un caso tal. Deja que cargue con tus cosas, ¿oyes?

Pero Oline se lo impide:

—Déjale en paz. Está enfermo.

Entretanto, Axel ha recobrado la perfecta función de su juicio. Por lo que de Oline conoce, sabe que pesará como una carga en su porvenir el hecho de

que ella sea la única salvadora. Y Axel quiere repartir aquella gloria: que Brede se encargue de la mochila y de los aperos. Y Axel dice, entre otras cosas, que será un alivio si Brede le ayuda. Pero Oline no se conforma, y, asiendo de la mochila, se empeña en que sólo ella, y nadie más, ha de cargar con lo que sea. La simple astucia se ve contrariada por todos los lados. Axel se queda un rato parado, sin apoyo de nadie, y Brede, que ha tenido que renunciar a llevar la carga, no puede, en cambio, dejar de ser el apoyo de Axel, aunque éste ya no se tambalea. De este modo Brede presta apoyo al hombre débil, mientras Oline lleva la mochila. Obligada a encargarse de lo más ínfimo y menos lucido de aquella empresa, va cargada, rebasando despecho y maldad. ¿Qué se le había perdido a Brede por aquellos sitios?

Y dice Oline:

—Oye, Brede, ¿es cierto lo que cuentan? ¿Te han vendido tu finca?

—¿Por qué lo preguntas? —replica Brede, descarándose.

—Si pregunto es porque ignoraba que había de guardarse el secreto.

—¡Tonterías! Lo que procedía, Oline, era presentarte a la venta y hacer tu oferta.

—¿Yo? Te burlas de una pobre anciana.

—¿Entonces, no eres rica? —pregunta Brede—. Se susurra que heredaste la caja donde el viejo Sivert guardaba el capital. ¡Ja, ja!

No era precisamente para ablandar a Oline el que le recordaran la fracasada herencia, y así replicó:

—El viejo Sivert fue bueno conmigo a no poder más; ésta es la verdad. Pero, después de su muerte, fue despojado de todos sus bienes terrenales. Por experiencia sabes, Brede, lo que es verse expoliado y no tener un techo que te ampare. Pero el viejo Sivert tiene ahora magnas salas y palacios, mientras que

tú y yo, Brede, estamos todavía en esta tierra, y cualquiera puede hacer con nosotros lo que le dé la gana.

—Nada tengo que ver contigo —dice Brede. Y dirigiéndose a Axel— Estoy contento de haber pasado oportunamente para poder acompañarte a tu casa. ¿Voy demasiado aprisa?

—No.

Discutir con Oline, cruzarse de palabras con ella sería inútil. Nunca cedía, ni nadie estuvo a su altura en lo de mezclar lo celestial y lo terrenal en singular amasijo de maldad y de amistad, de veneno y de dulzura. Ahora ha de pasar por el trance de ver que es Brede quien ayuda a Axel a llegar a su casa.

—A lo que iba... —empieza Oline, dirigiéndose a Brede—. ¿No enseñaste a los caballeros que estuvieron un día en Sellanraa tus talegas llenas de piedras?

Brede, por su parte, dice a Axel:

—Si no tienes inconveniente, Axel, te llevaré auestas hasta tu casa.

—No —responde éste—; pero gracias por la buena intención.

Ya están llegando, y Oline entiende que si espera conseguir algo, no hay tiempo que perder.

—Mejor sería, Brede —dice a éste—, que hubieras salvado a Axel cuando le amenazaba la muerte. ¿Cómo se comprende que, viéndole en un trance tan apurado, y oyendo sus clamores, hayas pasado de largo?

—¡Ten la lengua, Oline! —exclama Brede.

Efectivamente, lo más cómodo para Oline hubiera sido callarse; hundiendo los pies en la nieve, jadeaba bajo la pesada carga, pero ni aun así, sabía tener la lengua. Había reservado para el fin el mejor naípe, el golpe más duro. Y se atrevió a descararse:

—¿Según parece, la Barbro se ha ido?

—Sí —responde Brede, sin darle importancia—. Gracias a esto, te beneficiarás este invierno.

Oline aprovecha la nueva oportunidad para dar a entender lo muy solicitada que era en todo el distrito. Tres colocaciones hubiera podido tener. Hasta en la casa rectoral habían requerido sus servicios. No sería ningún mal que Axel se enterara.

Le habían ofrecido tanto y cuanto para el invierno, a más de un par de zapatos nuevos, y el forraje para una oveja. No ignoraba que en Tierra de Luna daría con un amo excelente, que la remuneraría con esplendidez, y por lo mismo prefería su casa. No; Brede no tenía por qué desanimarse. El padre celestial había abierto hasta entonces a Oline una puerta tras otra, invitándola a franquearlas. Y aquella noche parecía que la intención divina hubiera sido ponerle delante la oportunidad de salvar a un hombre de la muerte.

Axel se siente ahora muy cansado; no puede mover la pierna. ¡Qué extraño! Hasta aquel momento había ido mejorando a medida que el calor y el movimiento daban nueva vida a sus miembros; y ahora no podía prescindir de la ayuda de Brede para mantenerse en pie. Su recaída había empezado en el punto en que Oline habló de la remuneración. ¿Quería Axel rebajar de nuevo su gloria? Dios lo sabe, cierto es que había recobrado toda la lucidez de su juicio. Al ver las paredes de su casa, Axel se para y dice:

—No creo que pueda llegar por mis propias fuerzas.

Brede, sin esperar más, se lo carga a la espalda. Y así llegan; Oline, rebotando hiel y veneno, y Axel, como desmayado, sobre la espalda de Brede.

—Pero, ¿cómo es esto? —observa Oline—. ¿La Barbro no estaba a punto de dar a luz?

Brede jadea bajo su carga. Los tres forman un cortejo singular. Axel se deja llevar a cuestas hasta el mismo umbral.

Brede jadea a no poder más.

—¿Tal vez fracasó el parto? —pregunta Oline.

Axel la interrumpe para decir a Brede:

—Realmente, no sé cómo hubiera llegado a casa esta noche, de no haber venido tú.

Pero no olvida tampoco a Oline.

—Gracias, Oline —le dice—; has sido la primera que me encontró. Os doy las gracias a los dos.

Así fue aquella noche en que Axel se salvó de la muerte.

Durante los dos días que siguieron al acontecimiento, Oline no sabía hablar de otra cosa, y Axel estaba muy ocupado para poder mantenerla a raya. Oline señalaba el sitio en que el ángel del Señor la advirtió para que se diera cuenta de los gritos de socorro. Axel tiene otras cosas en que pensar, en que emplear toda su energía de varón. Vuelve a trabajar en el bosque, y cuando da por terminada la tala, acarrea los troncos hasta la aserradora de Sellanraa.

Es una faena propia del invierno: llevar troncos para aserrar y volver con tablas cortadas a la medida. Pero hay que trabajar de prisa y concluir antes de Año Nuevo, cuando empiezan las fuertes heladas y la aserradora se queda paralizada. Todo va bien y el trabajo queda terminado oportunamente; cuando Sivert de Sellanraa vuelve del pueblo con el trineo vacío, no rehúsa el cargar un tronco para ayudar así al vecino. Ambos charlan un buen rato, mutuamente complacidos.

—¿Qué se dice de nuevo en el pueblo?

—Nada —responde Sivert—. Parece que va a llegar un nuevo colono.

¿Un nuevo colono? ¡Pues eso es algo más que nada! Pero así es el modo de hablar de Sivert. Cada año se establecía por allí un nuevo colono. Había ya cinco casas más abajo de Amplia Vista; en la parte de arriba, la colonización es más lenta, aunque hacia el Sur el suelo era menos pantanoso y más arable.

Fue Isak el colono que más lejos se había aventurado al fundar Sellanraa, el más valiente y el más sensato. Después vino Axel Ström. Ahora otro había comprado terrenos, una buena faja pantanosa que tendría que desecar, y una parte de bosque más abajo de Tierra de Luna, donde aquél era abundante.

—¿Has oído decir qué índole de hombre es? —pregunta Axel.

—No —responde Sivert—. Llega con casas desmontables, que instala en un santiamén.

—¿Hombre de dinero, entonces?

—Sí, seguramente; viene con su familia: esposa y tres hijos. Y posee ganado y caballos.

—Tiene dinero, pues —dice Axel—. ¿No has oído nada más?

—No. Tiene treinta y tres años.

—¿No sabes cómo se llama?

—Aron ha dicho. Ha puesto al sitio el nombre de Storborg.

—Storborg... Castillo Grande... Si no es pequeña la finca...

—Es de la costa, y cuentan que ha tenido hasta ahora negocio de pescado.

—Veremos —dice Axel— si demuestra entender de agricultura. ¿Y no has oído contar nada más de él?

—No. Ha pagado al contado la compra del terreno. No he oído más detalles; dicen, sí, que tiene una enormidad de dinero ganado en sus pesquerías. Y ahora quiere establecerse y hacer negocio aquí. Así dicen.

—¡Aquí! ¿Negocio?

Ésta era la noticia más sensacional, y ambos vecinos la trataron detalladamente. Era una gran novedad, quizá la mayor en la historia de la colonización de aquellos yermos. Pero, ¿con quién iba a negociar el nuevo colono? ¿Con las ocho fincas de aquel páramo? ¿O esperaba parroquianos del pueblo? Una tienda sería, de todos modos, un factor de importancia. Tal vez aumentaría la colonización y se elevaría el precio de los terrenos. ¿Quién podía adivinarlo?

¡Cómo hablaban del asunto sin cansarse! Tanto Axel como Sivert tenían sus intereses y sus fines, tan importantes como los de otro cualquiera; las tierras eran su mundo, y la labor cotidiana, las estaciones y las cosechas, eran sus aventuras. ¿Y no era una vida inquieta? Sí; y no poco. A veces, eran bien pocas las horas que podían conceder al descanso; otras veces, habían de pasar por alto las comidas. Pero lo soportaban bien. Tenían una salud a prueba de pasarse siete horas debajo de un tronco de pino, sin más consecuencias, siempre que conservaran enteros los huesos. ¿Que era una vida en un mundo de estrechos horizontes, sin perspectivas...? Acaso. ¡Pero qué perspectivas ofrecía ese Castillo Grande con su comercio allí en las tierras yermas!

Se habló del asunto hasta Navidad.

Axel había recibido una carta, un pliego oficial de tamaño grande, que ostentaba, por sello, la figura de un león. Se le ordenaba recoger en casa de Brede Olsen los alambres, el equipo y las herramientas, y ocuparse desde Año Nuevo de la inspección de la línea telegráfica.

Carros tirados por reatas de caballos bordean las tierras pantanosas, cargadas con las piezas para montar las casas transportables de los nuevos colonos. Un día tras otro, y un carro sucediendo a otro, descargan en el sitio que será conocido por el nombre de Castillo Grande –Storborg–. Y grande será la hacienda. Ahora, cuatro hombres están sacando piedras de la ladera para la construcción de un muro y de dos locales subterráneos.

Se suceden los acarreos, y llegan maderos ya labrados, que sólo esperan la primavera para ser ensamblados. Todo está numerado y no faltan ni puertas ni ventanas, ni una vidriera de colores para la tribuna. Y un día pasa un carro con una carga imponente de tablas. ¿Qué será? Un vecino de más abajo de Amplia Vista, procedente del Sur, sabe de qué se trata:

—Es para hacer una valla que rodee el jardín –dice.

El nuevo colono piensa, pues, poner un jardín, un jardín en aquellos sitios del yermo.

Todo aquello parecía prometedor. Nunca se había visto tal animación y tránsito por los pantanos, y eran no pocos los que se lucraban acarreando con sus caballos de tiro. Risueñas eran las perspectivas; corría de boca en boca que aquel colono comerciante, para el tráfico de sus mercancías del país y extranjeras, necesitaría muchos caballos que fueran a cargarlas en los muelles y las subieran.

Al parecer, aquello iba a resultar espléndido. Había llegado un joven capataz o apoderado que dirigía los acarreos; activo, animador, no le bastaban los caballos que había, pese a que faltaban ya pocos viajes para que el montaje entero de las casas pudiera emprenderse. Así se lo dijeron al jefe, pero éste les dio a entender que había en el mundo otros géneros a más de las casas desmontables.

Sivert de Sellanraa pasaba una vez, como de costumbre, con su carro vacío, y el apoderado le llamó:

—¿Por qué de vacío? Hubieras podido hacer un acarreo a Storborg.

—Hubiera podido, sí, pero no sabía nada —respondió Sivert.

—Es de Sellanraa; tienen dos caballos —susurró alguien al apoderado.

—¿Es verdad que tenéis dos caballos? —preguntó éste—. Ven con los dos, y acarrea para nosotros; hay buena ganancia.

—No estaría mal —opinó Sivert—; pero ahora precisamente no tenemos tiempo.

—¿No tienes tiempo para ganar dinero? —preguntó el apoderado.

No; no siempre les sobraba tiempo en Sellanraa, con las muchas faenas. Y esta vez tenían a jornal a dos obreros suecos que arrancaban piedra para un establo. Se trataba de una idea que acariciaba Isak desde hacía mucho tiempo. No cabía el ganado en el viejo cobertizo, que ahora se transformaría en un establo con dobles paredes de piedra, con su estercolero bien acondicionado.

¡Quedaba tanto por hacer! Cada cosa traía otra consigo. El hecho era que no concluían nunca de edificar. Isak tenía un taller de aserrar, y un molino, y un establo de verano. ¿Por qué no tener también una fragua? Por pequeña que fuese, evitaría los viajes al pueblo para recomponer un martillo o para comprar un par de herraduras. ¿Por qué no tener una fragua propia con su yunque

correspondiente? ¡Había tantas construcciones ya en Sellanraa! ¿Qué importaba una más?

La granja ha crecido enormemente y es preciso mantener una moza, así que Jensine se ha quedado de modo definitivo. Su padre, el herrero, pregunta por ella, de vez en cuando, y si volverá pronto al hogar, pero no insiste demasiado; es condescendiente, y tiene, además, sus intenciones. Sellanraa ocupa el punto más alto de la que fue tierra de nadie, y prospera, así en edificaciones como en cultivos. Los habitantes son los mismos. Ya no pasan por allí los lapones, dándose las de amos de lo que han colonizado los otros. Hace mucho tiempo que para no pasar por Sellanraa dan un gran rodeo. Se escurren como sabandijas en las horas de la noche. De vez en cuando desaparece de algún paraje alejado un cordero o una ternerita; siempre lejos, donde termina la hacienda de Sellanraa. Esto es inevitable y, naturalmente, resulta de poca importancia. Aunque Sivert reuniera condiciones de buen tirador, no tiene escopeta. Además, no se distingue como tirador; es jovial y pacífico y un pícaro bromista.

—Después de todo —dice él—, la caza del lapón está prohibida.

Sellanraa puede pagar el tributo de esas pérdidas poco importantes, siendo como es una hacienda extensa y próspera. Inger no está todo el año satisfecha de sí misma y de la vida de Sellanraa. Hizo una vez un gran viaje y, desde entonces, obra en ella una especie de pernicioso relajamiento que desaparece y vuelve. Es pronta y hacendosa como en sus mejores tiempos; es la mujer bonita y robusta para su marido, para el coloso. Pero ¿no tiene también algunos recuerdos de Drontheim? ¿No tiene a veces añoranzas? Sí; y más en invierno. Se despierta entonces en ella un condenado anhelo de gozar de la vida, y como no puede lanzarse a bailar sola, no hay baile en Sellanraa. ¿Pensamientos serios? ¿Un devocionario? Sí; pero lo otro es también —sábelo

Dios— hermoso, magnífico. Inger ha reducido sus pretensiones. Los albañiles suecos son forasteros, sus voces, nuevas allí, pero son gente de avanzada edad, de ánimo reposado, que trabajan y no juegan. Vale más esto que nada; traen animación a Sellanraa. Uno de ellos canta con voz magnífica. Inger se detiene a veces, para escucharle. El hombre se llama Hjalmar.

Pero con eso no está todo arreglado en Sellanraa. Hay, por ejemplo, el gran desengaño de Eleseus. En una carta decía que había cesado en su empleo con el ingeniero, pero que tendría otro muy pronto; era cuestión de paciencia. En una segunda carta notificaba que mientras esperaba un empleo de mayor categoría en un despacho, no podía vivir del aire. Entonces le mandaron un billete de cien coronas, y escribió, diciendo que esta cantidad había bastado para cubrir pequeñas deudas.

—Bien —dijo Isak—, pero tenemos de por medio los jornales de los albañiles y otros desembolsos. Pregunta a Eleseus si no prefiere venir a ayudarnos.

Inger escribió, pero Eleseus se negaba a volver, alegando que, antes de repetir el inútil viaje, prefería pasar hambre.

Como puede verse, no había en toda la ciudad una plaza vacante de cierta categoría en un despacho, y tal vez Eleseus no era tampoco bastante atrevido para abrirse camino. Dios sabe si carecía también de aptitudes. Diestro y aplicado en escribir, sí; pero, ¿tenía toda la capacidad requerida? ¿Y cómo saldría del paso, no teniéndola?

Cuando regresó a la ciudad con las doscientas coronas que llevaba de casa, le apremiaron todos aquellos con quienes tenía cuentas pendientes, y luego tuvo que comprar varias cosas imprescindibles: un bastón nuevo, por no bastarle el que había aprovechado de un paraguas, y una gorra de piel para el invierno, como todos sus camaradas la usaban, unos patines y un

mondadientes de plata, para presumir de elegancia en la tertulia, tomando un aperitivo y charlando. Mientras tuvo dinero convidaba a los demás lo mejor que podía. Así, para celebrar su regreso, invitó a los amigos únicamente con media docena de botellas de cerveza.

—¡Cómo! ¿Das a la camarera veinte ores? —le preguntaron—. Nosotros sólo le damos diez.

—Nunca se ha de ser tacaño —dijo Eleseus.

No se avenía con él la tacañería. Era el hijo de una gran hacienda; su padre, el margrave, poseía una inmensa extensión de monte, cuatro caballos, treinta vacas y tres máquinas segadoras. Eleseus no tenía el hábito de mentir, y no él, sino el ingeniero del distrito, para darse importancia, fue quien propagó la fábula del señorío de Sellanraa. A Eleseus no le contrariaba que algunos creyeran en ella. Ya que él mismo era un nadie, le complacía, al menos, la importancia de su padre, con el crédito consiguiente, que le permitía salir de apuros. Pero este crédito no podía durar. Uno de sus camaradas le procuró una colocación en el negocio de su padre. Tenía la tienda una clientela agrícola, y se vendían en ella los más variados artículos; era preferible esto a la cesantía completa. Resultaba desagradable para un muchacho tan adelantado estar detrás del mostrador de una quincallería, con un sueldo de principiante, él, que pretendía llegar a delegado. Pero se ganaba, al menos, la vida, y, en espera de cosa más digna de él, no estaba mal del todo. Eleseus era amable y servicial y gozaba de la simpatía de los parroquianos. A los de su casa les escribía diciendo que había pasado al ramo del comercio.

No fue pequeña la desilusión de su madre. Detrás de un mostrador, su Eleseus no era mucho más que el dependiente de la tienda del pueblo. Su prestigio descendía; antes de él nadie había abandonado el lugar para ocupar sitio distinguido en un despacho. Y ahora... ¿Había perdido de vista sus

grandes aspiraciones? Inger no era necia, y sabía la diferencia que hay entre lo ordinario y distinguido. Isak no salía de su simplicidad de ideas, y cada día contaba menos con Eleseus; su primogénito había desaparecido en cierto modo de su horizonte, y ya no podía concebir a Sellanraa repartida entre sus dos hijos el día que muriese.

Pasado el invierno llegaron ingenieros y trabajadores de Suecia, dispuestos a abrir caminos, levantar barracas, allanar terrenos y ponerse en relación con proveedores de comestibles, propietarios de caballos y de tierras y comerciantes marítimos. ¿Y a qué todo esto? ¿No estamos en aquellas tierras solitarias, del silencio y la inmovilidad? Sí; pero es que ahora iban a hacer un ensayo de industrialización de la mina de cobre. Por fin, la cosa se ponía en marcha. No habían sido inútiles los afanes de Geissler.

No eran esta vez los mismos señorones que un día subieron a Sellanraa; sólo había de aquéllos el viejo perito y el viejo ingeniero. Compraron a Isak todas sus tablas aserradas, dejándole únicamente las más indispensables; le compraron asimismo comestibles y bebidas; charlaban, se mostraban afectuosos y ponderaban las excelencias de Sellanraa. ¡Y hablaban de un funicular y de un ferrocarril aéreo! El aéreo iría de la sierra al mar.

—¿Por encima de todos los terrenos pantanosos? —preguntó Isak, que era un simple.

Rieron de buena gana y le aclararon que sería, no de aquel lado, sino partiendo de la otra vertiente, hasta llegar al mar, trecho más corto.

—El mineral bajará suspendido sobre el vacío en vagonetas de acero —le decían a Isak—. ¡Vas a ver qué grandioso! Pero antes, mientras no esté instalado el aéreo, transportaremos el mineral en carros, por un buen camino nuevo que abriremos. Y el transporte no resultará menos espléndido, pues se emplearán lo menos cincuenta caballos. Y los hombres que ves aquí no son

todos. ¡Bah! Llegarán muchos más de la otra vertiente: un batallón de obreros, barracas ya montadas, y comestibles, y toda clase de utensilios. Nos encontraremos todos en la cumbre. Danzan millones en la empresa, y el mineral va destinado a la América del Sur.

—¿No está metido también en esto el consejero de provincia? — preguntaba Isak.

—¿Qué consejero? ¡Ah, es cierto! Vendió su participación.

—¿Y uno que iba a explotar la mina?

—Vendió también. Veo que los recuerdas. Sí, vendieron todos su participación. Y los que las compraron han vuelto a vender. Ahora la mina de cobre pertenece a una gran Compañía de gente inmensamente rica.

—¿Y dónde para Geissler?

—¿Geissler? No le conozco.

—El delegado Geissler, que vendió la mina.

—¡Ah, ése! ¿Geissler se llamaba? ¡Dios sabe dónde está! ¿Te acuerdas todavía de él?

Vinieron luego las explosiones de los barrenos, y el removimiento de gran número de trabajadores, y esto duró todo el verano. Inger dirigía el simplísimo comercio con la venta de la leche y el queso, y le resultaba divertido de ver el ajetreo del negocio y el ver gente. Isak, en cambio, seguía andando a pasos descomunales y sonoros y labraba sus tierras, sin que nada distrajera su atención. Los dos albañiles y Sivert construían el nuevo establo, muy espacioso; construcción lenta, porque los trabajadores eran pocos, y Sivert no siempre podía ayudar, obligado a ocuparse de la labranza. Nunca como ahora les prestaban tan buen servicio la máquina segadora y las tres mozas, listas en la recolección del heno.

Todo prosperaba; el desierto despertaba a nueva vida, por todas partes sonaba el dinero.

¿No era la de Storborg una empresa de gran estilo? El tal Aron parecía un individuo despierto, que al tener noticia de los trabajos de excavación se había apresurado a establecer su comercio; él hacía y deshacía, como un Gobierno, como el mismo rey. Empezó poniendo a la venta toda clase de utensilios domésticos y ropa de faena para obreros. Los trabajadores de las minas, con buen jornal, no son tan tacaños que no compren algo más que lo estrictamente necesario; lo compran todo. Sobre todo en los días festivos la tienda de Storborg se llenaba de clientes, y Aron embolsaba de lo lindo. Detrás del mostrador le ayudaban su mujer y un dependiente, y él también atendía a la venta siempre que era preciso. Hasta muy entrada la noche, no se vaciaba el establecimiento. Así quedaba demostrado que los dueños de caballerías de la aldea no se equivocaron en sus previsiones. El tráfico de carros cargados de mercancías que salían de Storborg era considerable; la carretera hubo de ser desviada en varios puntos y arreglada. ¿Qué quedaba ahora del sendero que atravesaba el yermo en los primeros tiempos de Isak? Con su comercio y su carretera, Aron se convertía en el nuevo bienhechor de aquellos lugares. Aron era su nombre de pila; el verdadero apellido era Aronsen, o al menos el nombre que se daba a sí mismo y por el que le llamaba su esposa. Toda aquella familia vivía a lo grande, y les servían dos criadas y un mozo.

El suelo de Storborg no fue de momento cultivado, porque, medio por comodidad, medio por sobra de otros quehaceres, no era de creer que la emprendieran con los pantanos, aún no desecados, y los desmontes. En cambio, Aronsen se arregló un jardín rodeado con su valla y en el que se veían arbustos de grosella, flores y otros árboles; había en él una ancha avenida, por la cual se paseaba Aronsen, fumando su pipa, los días festivos. En último

término lucía la galería con sus cristales rojos, amarillos y azules. ¡Storborg! Por allí corrían los dos hijos y la hija de Aronsen, pequeños aún y muy guapos; la niña sería educada en todas las labores y costumbres del hogar de un comerciante; los muchachos se moverían en el mundo de los negocios. En suma, tres criaturas con un porvenir brillante.

No hubiera venido Aronsen del Sur si la idea del porvenir no le guiara. Podía haber seguido con su negocio de pescadería del que, teniendo suerte, obtenía pingües ganancias, pero no era tan distinguido como el actual; ni traía consigo la consideración y respeto generales que hace que los sombreros vuelen de la cabeza de la gente. Hasta aquí había remedado; en lo futuro quería navegar a la vela. Su frase favorita era: *born constant*. Y sus hijos habían de disfrutar aún más que *born constant*, decía; lo que significaba que tendrían una vida menos llena de trabajo que la suya.

Y he aquí que la realidad respondía al deseo: la gente le saludaba, pero no solamente a él y a su esposa, sino también a los niños. Bajaban los hombres de la mina; hacía tiempo que no veían más niños que los de Aronsen, y éstos les acompañaban brincando hasta el patio; los trabajadores hablaban con ellos tan amablemente como si tuvieran delante tres perros de aguas retozones. De buena gana les hubieran dado unas monedas, pero como eran los hijos del tendero, les obsequiaban de otro modo, tocando la armónica. Presentábase Gustaf, el tunante, con el sombrero caído sobre la oreja, con su charla que distraía a los niños. Éstos le reconocían al verle llegar y corrían a su encuentro; se cargaba sobre los hombros a los tres, y daba así unas vueltas de danza, jaleándose con animadas voces: sacaba luego del bolsillo la armónica, y sus melodías populares atraían pronto con su belleza a las sirvientas, que escuchaban a Gustaf con los ojos empañados de emoción. Bien sabía lo que se hacía el despreocupado mozo.

Aquel día entró en la tienda cencerreando con su dinero. Y llenó el zurrón de las cosas más diversas. De vuelta para su casa de los montes, al llegar a Sellanraa sacó y expuso aquella tienda ambulante: papel de cartas con adornos de flores, una pipa flamante, una camisa, un pañuelo del cuello con franjas, y dulces, que repartió entre el mujerío; y otros objetos centelleantes todavía: una cadena de reloj, un cortaplumas, un sinfín de cosas, entre otras unos cohetes, que destinaba para el domingo distraerse él y distraer a los demás. Inger le puso delante un vaso de leche, y el hombre bromeó un rato con Leopoldine y levantó en alto a la pequeña Rebecca.

—¿Concluiréis pronto con el establo? —preguntó a los dos albañiles, sus paisanos; respondieron ellos que les faltaba ayuda, y Gustaf se empeñaba en ayudarles.

—Iría muy bien —opinó Inger—, porque conviene que el ganado esté a cubierto en el otoño.

Gustaf encendió un cohete, al que siguieron los otros seis que tenía. Mujeres y niños retenían el aliento, admirados de aquella obra de magia y del brujo que la realizaba. Inger no había visto nunca un cohete, pero su singular relámpago le recordaba el gran mundo. ¿Qué significaba ahora una máquina de coser? Cuando Gustaf dio como final un concierto de armónica, Inger, de pura emoción, se hubiera marchado con él...

El trabajo en las minas sigue su curso. Y el mineral es transportado por caballos hasta la orilla del mar: ha salido ya un vapor con carga hacia Sudamérica, y ya hay otro esperando salir pronto. ¡Se trabaja en gran escala! Todos los que conservan en buena disposición las piernas suben al monte para ver el prodigio. Brede Olsen ha subido también con sus muestras de piedras, pero en vano, porque el perito ya había vuelto a Suecia. El domingo, los vecinos de la aldea suben a la mina como en romería. Axel Ström, que no puede holgar

nunca, aprovechando los días en que le cumple inspeccionar la línea telegráfica, ha estado varias veces allí. Ya no queda casi nadie que no haya visto el prodigio de cerca. E Inger Sellanraa –¿es posible?– se ha puesto sus mejores galas, y con el anillo de oro en el dedo va camino del monte. ¿Qué es lo que la lleva allí?

Nada pretende, ni le mueve siquiera la curiosidad de ver cómo excavan la roca. Va únicamente para que la vean. Al saber que otras mujeres iban allí se dijo que ella debía ir también. Tiene en el labio superior una cicatriz que la desfigura un poco; tiene hijos ya crecidos, pero quiere ir donde van las demás. La molesta que las otras mujeres sean jóvenes aún y pretende sobrepujarlas. No ha empezado todavía a engordar; es de aventajada talla y bien parecida. Naturalmente, su cara no es ya blanca y teñida de rosa, ni su cutis tiene aquella tersura de melocotón; ¡pero, ya se vería! Seguramente los hombres se acercarían a ella y con señales de asentimiento dirían: «¡Qué bien está!»

Los obreros se dirigen a ella con la mayor cordialidad. Inger les vende a menudo leche, y la conocen. La acompañan ahora y le enseñan las excavaciones, las barracas, los establos, la cocina, la despensa y la bodega. Los más atrevidos se le acercan demasiado, o la cogen unos momentos del brazo, pero a ella nada le importa, sino que la complace. Al subir o bajar unas gradas se levanta la falda hasta descubrir la pantorrilla, pero no le da ninguna importancia «¡Está bien!», piensan los trabajadores.

La buena de Inger, con todos sus años, infunde, pese a todo, cierta emoción. No era difícil adivinar que cualquier mirada que le viniera de aquellos hombres fogosos la recibía, por lo inesperada, con agradecimiento, y la devolvía. Como a tantas mujeres, le era grato sentirse en peligro. Tal vez había sido honrada hasta la fecha por falta de tentaciones.

¡La buena de Inger con todos sus años a cuestras...!

Se acercó también Gustaf. Había dejado a cargo de un camarada dos muchachos de la aldea, sólo para poder estar allí. Gustaf calculaba sus pasos; dio la mano a Inger con sobrado calor, pero no insistió más.

—Oye, Gustaf, ¿no vendrás para ayudarnos en la edificación del establo? —le preguntó Inger, sonrojándose.

Y él respondió que sí, que iría pronto.

Sus camaradas oyen la afirmación, y dicen que también ellos irán.

—¿No estaréis ocupados todo el invierno en el monte? —les pregunta Inger.

Los trabajadores responden, con reserva, que probablemente no. Gustaf, más audaz, dice riendo que, por de pronto, han escarbado ya el último resto de cobre.

—Tú bromeas —le dice Inger.

Y los otros replican que Gustaf debería andar con cuidado Y no hablar de aquel modo.

Pero Gustaf, despreocupado, no cesaba de reír y siguió hablando del asunto. En cuanto a Inger, Gustaf le había captado la voluntad sin mucho insistir. Otro joven tocaba el acordeón, pero no llegaba a tanto como Gustaf con su armónica. Un tercero, también un mozo hábil para todo, pretendió atraer la atención cantando con acompañamiento de acordeón una canción de memoria, pero, pese a su voz vibrante, no era nada de particular. Al cabo de un rato, Gustaf llevaba puesto en el meñique el anillo de oro de Inger. ¿Cómo era posible, si no había insistido? Sí, insistía, pero silenciosamente, como ella misma, que fingía no darse cuenta de que él estaba entreteniéndose con su mano. Después, cuando Inger saboreaba el café en la cocina de la barraca, oyó rumores de riña, y comprendió que aquello era, por decirlo así, en honor suyo.

Esto la excitaba, y, como una vieja perdiz blanca, se recreaba en aquel grato murmullo.

¿Cómo llegó Inger aquella noche de domingo a su casa? ¡Ah! Magníficamente, y no menos virtuosa que a la ida, ni más ni menos. Un numeroso grupo de hombres le daban escolta; se resistían a dejarla sola con Gustaf. ¡Ni cedían, ni querían ceder! Nunca tuvo Inger, ni allá en la gran ciudad, tanta diversión. Los hombres preguntaban, por fin, a Inger si no encontraba a faltar algo.

—Nada me falta.

—¿Y el anillo de oro? —dicen ellos.

Gustaf se ve obligado a quitárselo, delante de aquel ejército que le hace frente.

—Es una suerte que lo hayas encontrado —dice Inger; y se apresura a despedirse de su séquito.

Allá abajo, aquella multitud de tejados, es Sellanraa, su hogar. La mujer hacendosa despierta de nuevo en ella. Con la intención de velar por el ganado, toma una senda que pasa frente al establo de verano. Llega a un sitio que conoce muy bien: aquí depositó un día el cadáver de un recién nacido, en una fosa que abrió con sus manos y sobre la cual puso una crucecita. ¡Qué lejos quedaba todo! Y de esto se le va el pensamiento a si tal vez las muchachas habrán ordeñado y dejado todo a punto para la noche.

Avanza la labor de minería, pero hay rumores de que la mina no da lo que prometía. Se presenta de nuevo el perito que había ido a Suecia, acompañado de un segundo perito, con el cual horadan y barrenan y escudriñan a fondo. ¿Qué es lo que no va bien? El cobre no es lo suficientemente fino, pero la veta es delgada; aumenta en espesor hacia el Sur, precisamente donde acaban las lindes de la Compañía; allí, en terreno del

Estado, empieza a ser grueso y magnífico el filón. Los primeros compradores no habían reflexionado antes de comprar: fue como un consejo de familia: unos parientes que compran por especulación, sin cuidar de asegurarse la totalidad del monte, las muchas millas que median hasta el valle. Compraron la pequeña parte de Isak de Sellanraa y Geissler, para luego volver a venderla.

¿Y ahora qué recurso queda? Dueños, capataces y peritos saben muy bien que han de tratar, cuanto antes mejor, con el Estado; mandan, pues, una estafeta a Suecia, cartas y mapas, y corren luego a casa del delegado, para que les sea dada opción sobre la faja al lado sur del lago. Pero les salen al paso dificultades. La ley se cruza en su camino; son extranjeros y no pueden comprar directamente. Como ellos, sin embargo, ya lo sabían, estaban prevenidos. Pero al lado sur del monte —cosa que ignoraban— es terreno ya vendido.

—¿Vendido? —exclaman los próceres.

—Hace tiempo; algunos años.

—¿Y quién lo compró?

—Geissler.

—¿Quién es ese Geissler? ¡Ah, el famoso!

—Escrito y sellado lo tiene. Roca pelada —detalla el delegado—. Lo compró casi de balde.

—¡Pero, diantre, siempre nos tropezamos con ese Geissler! ¿Dónde está?

—Dios sabe dónde estará.

Los señores tuvieron que mandar un segundo correo a Suecia y averiguar también quién era el renombrado Geissler. Por de pronto no podían continuar los trabajos con todo el contingente de obreros.

Gustaf se presentó en Sellanraa por aquellos días; llevaba a la espalda todos sus bienes terrenales, y dijo:

—Aquí estoy.

Gustaf había dejado de servir en la Compañía; mejor dicho, el último domingo se había manifestado demasiado explícito respecto a la mina de cobre, y el capataz y el ingeniero tuvieron noticia de sus afirmaciones, y Gustaf quedó despedido. ¡Bueno, adiós entonces! Tal vez él mismo lo había querido así. Su ida a Sellanraa no despertaba, pues, ninguna sospecha. En seguida halló trabajo allí.

Piedra sobre piedra iban subiendo las paredes del nuevo corral. Un hombre que venía de la sierra fue colocado en la construcción. Ahora podían trabajar en dos turnos y la labor avanzaba rápidamente. Tendrían la cuadra terminada para cuando llegara el otoño.

Los mineros fueron bajando de la montaña; les habían despedido a todos y volvían a Suecia. La jornada de ensayo había tocado a su término. En la aldea la noticia iba como un suspiro de unos a otros vecinos. ¡Qué necios en no comprender que una explotación a prueba no es más que lo que su mismo nombre indica! El mal humor y tristes presagios cundían entre los aldeanos, el dinero se hacía más raro, bajaban los jornales, y el centro comercial de Storborg languidecía. ¿Qué era aquello? El negocio parecía llevar tan buena marcha; Aronsen se había procurado una bandera y un mástil para izarla, había comprado también una piel de oso blanco para el trineo de sus familiares, y a éstos les había equipado con las mejores ropas. Pero, aparte de estas pequeñeces, habían sucedido cosas más grandes: dos nuevos colonos compraban terrenos sin roturar, en lo más alto, entre Tierra de Luna y Sellanraa, lo cual no era poca cosa en aquel mundo apartado. Ambos colonos, ya instaladas sus barracas, desecaban y labraban. Gente hacendosa, prosperaron pronto. En el verano se habían provisto de víveres en Storborg, pero la última vez que bajaron, ya no había en la tienda casi nada. Si la

industria minera cesaba, ¿para qué los víveres de Aronsen? Tal vez el más apenado de todos era Aronsen; pues poco significaba el dinero que tuviera ante la escasez de artículos comerciales. A los que le decían que labrara la tierra, les respondía:

—¡Labrar la tierra! No he venido aquí con los míos para eso.

Acabó no pudiendo resistir más, y para convencerse por sus propios ojos subió un día a la mina. Era un domingo. Al pasar por Sellanraa solicitó la compañía de Isak, que no había puesto todavía los pies en aquella parte del monte desde su industrialización, aferrado como estaba al terruño. Inger abogó para que acompañara a Aronsen.

—Si te lo ruega, ¿por qué no has de ir con él? —le dijo.

Era domingo, y lejos de contrariarla que él estuviera un rato fuera de casa, le complacía quedarse sola varias horas. Isak salió, pues, con Aronsen.

Había mucho de nuevo que ver en el monte. A Isak le costaba orientarse en la nueva ciudad de barracas, de cocheras y de terrenos removidos. El ingeniero se constituyó en su guía. Acaso no estuviera muy animado el buen señor, pero trataba de luchar contra la pesadumbre que a la sazón reinaba en los contornos y en el pueblo.

Pareciéndole favorable la ocasión de hallarse juntos el margrave de Sellanraa y el comerciante de Storborg, les detallaba las clases de mineral: grava, pirita, pirita de cobre, conteniendo cobre, hierro y azufre. Sabía con todo detalle los minerales que contenía el monte; hasta encerraba algo de plata y oro. No se ocupaba uno de minas sin pleno conocimiento de la materia.

—¿Y ahora se acabó todo? —preguntó Aronsen.

—¿Acabar? —exclamó el ingeniero, sorprendido—. Con eso no sacaría nada Sudamérica.

Cesaba, sí, la jornada de ensayo, una vez conocida la naturaleza del mineral. Ahora seguiría la instalación del aéreo, y emprenderían luego la labor hacia la parte meridional. ¿No estaba enterado Isak del paradero de Geissler?

—No.

—Bien; ya le encontrarán. Y entonces —concluyó el ingeniero—, manos a la obra de nuevo, y con todos los bríos. ¿Quién dice que esto se acabó?

Isak se queda admirado, y hasta emocionado, viendo una maquinita que se mueve a pedal y reconoce al punto de lo que se trata: es una pequeña fragua transportable, sobre carriles, y que puede montarse donde mejor convenga.

—¿Cuánto cuesta una fragua como ésta? —pregunta Isak.

—¿Una fragua de campaña? No es cara.

Y el ingeniero le explica que es una de tantas. ¡Las máquinas e instalaciones que tienen en la costa es lo que hay que ver! Isak había de comprender que aquellos valles y aquellos desfiladeros de los montes requerían otro instrumental.

Siguen andando, y el ingeniero dice que piensa ponerse en camino para Suecia en seguida.

—¿Para volver? —le pregunta Aronsen.

—Naturalmente.

El ingeniero no sabía por qué iba a obligarle nadie —ni la Policía ni el Gobierno— a quedarse en su casa.

Isak se las arregló de manera que al cabo de un rato volvían a pararse delante de la pequeña fragua de montaña.

—¿Cuánto puede costar un fogarín como éste? —pregunta.

El ingeniero no recuerda el precio. En una industria importante, sin que sea barato un chisme así, no supone gran cosa. ¡El bueno del ingeniero! Él mismo está, tal vez, apesadumbrado en grado sumo. Si había de serle útil a

Isak aquella fragua, podía tomarla; la Compañía era lo bastante opulenta para hacerle este obsequio.

Una hora más tarde, Isak y Aronsen están de vuelta. Aronsen, más tranquilo, ha recobrado un poco la esperanza. Isak baja la cuesta cargado con el precioso instrumento de trabajo. ¡El viejo coloso estaba acostumbrado a andar con grandes cargas a cuestras! Rehusó el ofrecimiento del ingeniero, que se prestaba a mandarle la fragua a Sellanraa por medio de un trabajador. Isak, agradeciéndolo, no lo creía necesario. ¡La sorpresa que tendrían los suyos al verle volver con una fragua a la espalda! Pero fue Isak el sorprendido. Acababa de pararse en el patio de su casa un carro, llevando la carga más singular. Guiaba el caballo un vecino del pueblo, y junto al vehículo iba un caballero a quien Isak miraba sin pestañear, maravillado: era Geissler.

Otros motivos de sorpresa rodeaban a Isak, pero no era hombre para ocuparse de varias cosas a la vez. «¿Dónde está Inger?», se limitó a preguntar en el umbral de la cocina, pues deseaba que Geissler recibiera todos los honores de un huésped grato.

¿Inger? Había ido por grosellas, poco después de salir Isak. La acompañaba Gustaf, el sueco. Era tal su locura por el muchacho, que, a pesar de la estación, sentía en su interior el sol de verano, y su corazón florecía como en sus mejores tiempos.

—Ven, y llévame donde hay grosellas —le había pedido Gustaf.

¿Quién hubiera podido resistir? Corrió a su cuarto, y durante unos minutos refrenó sus pensamientos; pero él estaba abajo esperando; la tentación empezaba a morderle los talones; se compuso el peinado, se miró al espejo de todos lados y volvió a salir. ¿Y qué? ¿Quién habría obrado de otro modo? No siempre las mujeres son capaces de distinguir entre un hombre y otro hombre.

Inger y Gustaf cogen grosellas y más grosellas en el terreno pantanoso; suben y bajan los montones de tierra y, al hacerlo, ella levanta la falda y deja ver sus torneadas pantorrillas. Silencio alrededor; no silba ya la polla de las nieves que tiene la nidada crecida; hay rincones donde el suelo es blando entre los arbustos. No han andado todavía una hora y ya buscan descanso. Inger dice:

—¡Hay que ver cómo eres...!

Se siente muy débil frente a Gustaf, y le sonrío con una sonrisa apocada, porque se ha enamorado de él. ¡Qué dulce y amargo a la vez este enamoramiento! El decoro y la costumbre exigen que una mujer se guarde. Sí; mas, para al fin, ceder. Inger está muy enamorada, locamente enamorada. Le quiere bien, y toda su alma va hacia él. ¡Qué Inger!

—Cuando el establo esté cubierto te marcharás —le dice.

Gustaf afirma que no será tan pronto, que le queda todavía una semana.

—¿Nos volvemos a casa? —le pregunta Inger.

—No —responde él.

Cogen grosellas, y encuentran luego otros rincones entre las matas; y dice Inger:

—¡Estás loco, Gustaf!

Pasan las horas, y se han dormido entre aquellas matas. ¿Duermen en realidad? En aquel desierto... En el Edén... Inger se sienta, aguza el oído y habla:

—Diría que se oye un carro en el camino.

El sol va a su ocaso. Mientras regresan a casa, las colinas de brezo recobran un tono más oscuro. Inger tenía la idea fija de que se acercaba un carro; por eso, al pasar por sitios escondidos, que tanto ella como Gustaf ven con anhelo, no se detienen. Pero, ¿cómo defenderse durante todo el camino del loco muchacho que la acosa? Inger es débil, sonrío, y no sabe más que decir:

—Uno como tú no lo he visto en todos los días de mi vida.

Inger va sola al llegar a su casa. Y llega a tiempo, oportunísima; porque un minuto más hubiera podido traer malas consecuencias. Isak acaba de

atravesar el patio, cargado con su fragua, al lado de Aronsen. Un carro tirado por un caballo se para casi al mismo tiempo.

—¡Buenas tardes! —dice Geissler, y saluda también a Inger.

Se miran los tres. No podía pedirse mejor coincidencia. Ha vuelto Geissler después de años de ausencia; un poco más viejo, entrecanoso, pero animado como siempre; más cuidadoso en el vestir, luce un chaleco blanco, y su cadena de reloj es de oro. Bueno. ¡Que el diablo entienda a este hombre!

¿Ha tenido noticia de que algo acontecía en la mina de cobre, y viene para convencerse? Ahí está, despierto, señalando los campos y las construcciones con la mano, moviendo un poco la cabeza en señal de aprobación. Hay grandes cambios; el margrave ha ampliado su señorío. Geissler está satisfecho.

—¿Qué carga es ésa? —pregunta a Isak—. Se necesitaría un caballo para transportarla.

—Es un hornillo de herrero —responde él—. Me prestará un buen servicio en la casa.

Llama todavía «casa» a Sellanraa.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la ha regalado el ingeniero de arriba.

—¿Hay un ingeniero en la montaña? —preguntó Geissler, como si lo ignorara. ¿Qué acogida le haría el ingeniero?—. Me he enterado de que tienes una máquina segadora y, para completar, te traigo una rastrilladora —dice a Isak, señalándole el carro.

La máquina para el heno, roja y azul, como un rastrillo colosal, fue levantada del carro, y la contemplaron un rato. Isak unció el caballo a la máquina, para ensayarla sobre el suelo desnudo. Tenía la boca abierta de admiración. Los prodigios se sucedían en Sellanraa.

Hablaron de los trabajos de la mina recién abierta, del mineral.

—Allí han preguntado mucho por usted —dice Isak.

—¿Han preguntado? ¿Quién?

—El ingeniero, y todos los señores, dispuestos a averiguar dónde estaba.

Seguramente Isak exageraba la importancia de aquello. Geissler dijo con cierta altanería:

—Aquí estoy, si quieren algo de mí.

Al día siguiente volvieron de Suecia los dos correos, y con ellos, dos de los dueños de la explotación, montando sendos caballos. Tenían aspecto de personas distinguidas y acaudaladas. Pararon en Sellanraa el tiempo preciso para informarse del camino, sin apearse de la silla, y siguieron cuesta arriba. Hicieron como si no vieran a Geissler, aunque le tenían a dos pasos de ellos. Los dos correos descansaron cerca de una hora, conversaron con los albañiles que trabajaban en la obra del establo, se enteraron de que el señor del chaleco blanco y la cadena de oro era Geissler, y siguieron su ruta. Uno de ellos volvió aquella misma tarde para comunicar a Geissler que los señores le esperaban arriba.

—Aquí estoy si desean algo de mí —les dio por respuesta Geissler

¿Es que se había vuelto presuntuoso, como si tuviera el mundo en el bolsillo, o bien que el mensaje de palabra le pareció inadecuado? Lo cierto es que llegaba a Sellanraa en el momento en que le necesitaban, como si se hubiera enterado de todo.

Al recibir la respuesta, aquellos señores, de buena o mala gana, se pusieron en camino hacia Sellanraa, con el ingeniero y los dos peritos.

Pero sólo al cabo de unos rodeos pudo efectuarse la entrevista. Las perspectivas no parecían del todo favorables. Geissler se daba mucha importancia.

Aquellos señores rogaron cortésmente a Geissler que perdonara la llamada del día antes, pues estaban muy fatigados del viaje. No menos cortés, Geissler les dijo que hubiera subido de no encontrarse, a su vez, cansado. Y pasaron al asunto: ¿Estaba dispuesto Geissler a vender la parte de montaña que caía al sur del lago?

—¿Compran los señores por cuenta propia, o son intermediarios?

Algo maliciosa era la pregunta, ya que Geissler podía ver muy bien que aquellos señores distinguidos y bien nutridos no tenían trazas de intermediarios. Vino luego lo del precio. Geissler, no sin reflexionar un rato, dijo:

—Dos millones.

Sonrieron ellos. Pero Geissler no sonreía.

El ingeniero y los peritos habían explorado el terreno, habían practicado algunos agujeros empleando dinamita; y el resultado era éste: la presencia del cobre podía atribuirse a erupciones; estaba repartida muy desigualmente. Se desprendía de las exploraciones que el mineral era más copioso en las lindes entre la propiedad de la Compañía y la de Geissler; más allá volvía a disminuir. En la última media milla la escasez haría estéril cualquier excavación.

Geissler oyó el informe con máxima indiferencia. Sacó unos documentos que repasó atentamente, pero no había entre ellos ni un mapa siquiera y Dios sabe si se referían tampoco a la mina de cobre.

—No se ha ahondado bastante —dijo, como sacando una conclusión de sus papeles.

Los señores no contrariaron el parecer de Geissler, pero el ingeniero le preguntó cómo podía saberlo sin haber excavado. Geissler sonrió, como si

hubiera excavado lo menos a varios centenares de metros de profundidad y hubiera borrado luego la huella de los barrenos.

La conversación duró hasta el mediodía. Consultaron los señores el reloj. Geissler, durante esta conversación, llegó a rebajar a un cuarto de millón sus pretensiones, pero ni un maravedí menos. Por lo visto quedaba ofendido de que partieran de la suposición de que el vender le apremiaba. No; no se hallaba en tal necesidad. ¿No habían reparado que en distinción y grandeza poco le aventajaban? Los señores pretendían que ya era una bonita suma la de quince a veinte mil, a lo que Geissler respondió:

—Cuando se necesita el dinero... Pero más bonita suma es todavía doscientos cincuenta mil.

Uno de los señores, con la intención de rebajar a Geissler, dijo:

—Por cierto que le traemos saludos de los parientes que tiene en Suecia la señora Geissler.

—Gracias —dijo él.

—¡Un cuarto de millón! —remachó el otro, viendo fallado el intento de su compañero—. No se trata de una mina de oro, sino de cobre.

—Conforme: de cobre —asintió Geissler haciendo un gesto afirmativo.

Los capitalistas se impacientaban; cinco tapas de reloj saltaron y volvieron a cerrarse; ¡era mediodía, y se habían acabado las bromas! Subieron a caballo, sin solicitar comida en Sellanraa, y partieron hacia la explotación, donde comieron de lo suyo.

Tal fue la primera entrevista. Geissler se quedó solo en Sellanraa. ¿Qué cálculos había hecho? Tal vez ninguno; tal vez le era indiferente. No; reflexionaba, pero no quería exteriorizar ninguna inquietud. De sobremesa, dijo a Isak:

—Tenía la intención de dar una larga vuelta para ver todo eso, y llevarme a Sivert como la otra vez.

Accedió Isak en seguida, pero Geissler observó:

—No; tiene otros quehaceres.

—Os acompañaré —dijo Isak; y llamó a Sivert, quien dejó para otro rato su labor de albañil. Pero Geissler levantó la mano y dijo lacónicamente:

—¡No!

Pasó por el patio, se acercó varias veces a los albañiles, y entró en animada conversación con ellos, como si por él no hubiera pasado el asunto trascendental tratado hacía poco. Parecía como si, curtido por la larga sucesión de circunstancias inestables, no tuviera mucho que perder. Pero de ningún modo sufriría ahora una caída aparatosa. Esta vez había tenido suerte. Vendida antaño la parcela de mina a los parientes de su esposa, fue y compró en seguida todo el resto del monte. ¿Por qué? ¿Quiso molestar a los propietarios haciéndose su inmediato vecino? Se contentó al principio con una faja de terreno a la parte sur del lago donde se emplazaría la ciudad nueva en el caso de prosperar la explotación: pero se convirtió luego en propietario de todo el monte, porque así se ahorra los cuidados de precisar las lindes. Pasó a ser, por inercia, el rey de la montaña; el pequeño poblado de barracas y de cobertizos para las máquinas se convirtió en un reino que llegaba hasta el mar.

En Suecia, la parte de montaña vendida pasó de mano en mano y Geissler estaba al corriente de todo. Desde luego, los primeros poseedores habían comprado a tontas y a locas; el consejo de familia no era experto en la materia, y aquellos señores no se habían asegurado la porción conveniente del monte, preocupados únicamente en dar una suma definitiva a un cierto Geissler y, a la vez, quitárselo de encima. No eran tipos menos curiosos los actuales poseedores; gente poderosa, que se permitía, como diversión, la corazonada de

comprar quién sabe qué. Pero cuando la cosa se formalizó, al empezar la explotación de ensayo, topaban contra un muro: Geissler.

Son como niños, pensaba Geissler desde su altura, decidido y terco. Aquellos señores pretendían echarle encima un jarro de agua fría, creyendo que se hallaban ante un necesitado; de aquí que soltaran la proposicioncilla de las quince a las veinte mil coronas. Eran unos niños. No tenían idea de quién era Geissler.

Los compradores no volvieron a bajar del monte por aquel día, en la creencia de que era prudente no demostrar un celo excesivo. A la mañana siguiente, llevando consigo el caballo cargado con el equipaje, de vuelta para Suecia, se hicieron anunciar. Pero Geissler no estaba en la casa. ¿Se habría marchado? En caso de hallarle hubieran tratado con él sin apearse; así, hubieron de echar pie a tierra y aguardar. ¿Dónde estaría Geissler? Nadie lo sabía. Como andaba por todos lados, interesadísimo, la gente de Sellanraa no podía precisar dónde estuviera. Alguien le había visto hacía poco en el taller de aserrar. Salieron en su busca los dos peatones, pero debía de estar bastante lejos, porque no respondía al llamarle. Los señores consultaban sus relojes.

—No vamos a hacer el tonto esperando —decían—. Si pretende vender, que se quede al pie del cañón.

Pero su enojo se apaciguó, y llegaron a tomarlo en broma, para no desesperar. Tendrían que pernoctar en aquellos términos.

—¡Esto es enorme! —decían—. Nuestros allegados tendrán que venir un día a recoger aquí nuestros huesos.

Por fin, apareció Geissler. Había querido ver toda la hacienda y, como última cosa, el establo de verano.

—Me parece que no es bastante capaz —dijo a Isak—. ¿Cuántas cabezas de ganado tienes en total allá arriba?

Hablaba con Isak, sin preocuparse de los señores, que esperaban reloj en mano. Tenía Geissler aquel día un color rojizo especial en las mejillas, como por efecto de alguna bebida fuerte.

—¡Uf! ¡Me he acalorado andando! —decía.

—Esperábamos hallarle aquí —dijo uno de los señores.

Y replicó Geissler:

—Los señores no me lo indicaron; en tal caso, no hubiera salido.

¿Y del asunto, qué había? ¿Estaría hoy dispuesto a aceptar una oferta razonable? No todos los días le brindan a uno de quince a veinte mil coronas. ¿O, tal vez sí? Esta nueva alusión mortificó bastante a Geissler. ¿Aquéllos eran modales? Seguramente le hubieran hablado de otro modo, a no estar incomodados, y Geissler no se habría puesto pálido si antes no hubiera estado en un lugar apartado, donde se había puesto rojo. Palidece Geissler, y replica con frialdad:

—No quiero aludir a lo que los señores puedan pagar, pero sé muy bien lo que yo quiero cobrar. No estoy dispuesto a oír por más tiempo esas puerilidades sobre el precio de la montaña. Mantengo el precio de ayer.

—¿Un cuarto de millón de coronas?

—Sí.

Los señores montaron a caballo, y uno de ellos insistió:

—Escuche usted, Geissler. Subiremos hasta veinticinco mil.

—Les veo en la misma disposición jocosa de ayer —replicó Geissler—. Voy a hacer una contraposición muy formal: ¿Quieren ustedes venderme la porción de terreno excavado?

Quedaron sorprendidos, pero coincidieron en responder que era digno de estudio.

—Cuando estén dispuestos, compraré —declaró Geissler.

¡Qué hombre este Geissler! El patio estaba lleno de gente, que oyeron sus palabras: la gente de Sellanraa, los albañiles, los capitalistas y los dos peatones. Tal vez le sería difícil procurarse el dinero para un negocio tal. ¡Pero Dios sabe si al fin y al cabo tenía medios! ¿Quién le entendía? Lo cierto es que con sus pocas palabras promovió entre los capitalistas una especie de motín. ¿Se proponía burlarse de ellos? ¿O era un procedimiento con el que intentara subir la importancia de la mina?

Reflexionaron, empezaron a hablarse en voz baja y se apearon de nuevo. El ingeniero intervino; le parecía deplorable aceptar, y habló como hombre que tiene plenos poderes. Todo el patio se veía ahora lleno de gente que escuchaba.

—No vendemos —declaró el ingeniero con marcada decisión.

—¿No? —preguntaron los señores.

—¡No!

Secretearon un rato, y luego, decididamente, subieron a caballo.

—Veinticinco mil —gritó uno de los capitalistas. Geissler no se dignó responder; dio media vuelta y volvió a reunirse con los albañiles.

Y así transcurrió la última entrevista. Geissler arrostraba las consecuencias, indiferente; iba y venía, y hablaba de las cosas más diversas. Ahora absorbía su atención la faena de los albañiles que transportaban al establo en construcción las robustas vigas. Acabarían la construcción aquella misma semana, pondrían un tejado provisional y, más adelante, coronarían el establo con un henil.

Isak no quería que Sivert trabajara aquel día, a fin de estar a punto para acompañar a Geissler en cualquier momento. Fue una previsión inútil, porque Geissler abandonó, o tal vez olvidó sus anteriores propósitos. Provisto de unos

viveres que Inger le procuró, se puso aquella tarde en camino hacia la aldea, y no se presentó a cenar.

Al pasar junto a las dos nuevas alquerías más abajo de Sellanraa, habló con sus moradores. Llegó hasta Tierra de Luna para ver lo que Axel Ström había llevado a cabo en los últimos años. No había prosperado gran cosa, pero sí hecho arables algunas tierras más.

—¿Tienes un caballo? —le preguntó Geissler.

—Sí.

—Abajo, más hacia el Sur —continuó Geissler—, tengo yo una máquina segadora y un arado mecánico del tipo más nuevo; mandaré que te lo suban.

—¡Cómo! —exclamó Axel, preocupado en seguida con el pago a plazos, pues no podía imaginar tal generosidad.

—Yo te los regalo —le dijo Geissler.

—¡No es posible! —decía Axel.

—Pero a condición de que ayudes a los dos vecinos en la roturación de un pedazo de tierra virgen —explicó Geissler.

—Sin falta —prometió Axel. Pero no podía formarse una idea cabal de Geissler.

»¿Entonces, vos tenéis hacienda y máquinas en el Sur? —le preguntó.

—¡Ah, tengo de todo! —respondió Geissler.

Tal vez exageraba, pero él era así por naturaleza. La segadora y el arado podía comprarlos en cualquier ciudad y mandarlos a Tierra de Luna. Habló después largo y tendido con Axel Ström de los colonos restantes, del negocio de Storborg y del hermano de Axel, un joven recién casado, que empezaba ahora en Amplia Vista a desecar el terreno. Axel se quejó de la imposibilidad de hacerse con una sirvienta hacendosa; una tenía, vieja y no muy dispuesta, y así y todo, feliz podía considerarse si no le abandonaba. Durante cierto

tiempo, en el verano, se vio obligado a trabajar día y noche. Tal vez en Heligolandia, su tierra natal, podría encontrarse una moza apta, pero esto suponía el pago del viaje, además del salario. ¡Los gastos eran tantos! Le confesó también que estaba arrepentido de la inspección de la línea telegráfica que tenía a su cargo.

—Es una ocupación para gente como Brede —dijo Geissler.

—¡Muy bien dicho! —asintió Axel. Y expuso cómo la necesidad, la falta de dinero, le obligaba.

—¿Cuántas vacas tienes? —preguntó Geissler.

—Cuatro y un novillo. Está muy lejos Sellanraa para llevar allí las vacas.

Pero algo más importante le oprimía el corazón a Axel, algo que ansiaba consultar con Geissler. Había actualmente en curso una información contra Barbro. El hecho, como era de esperar, había sido descubierto. A pesar del tiempo del embarazo, Barbro salió de Tierra de Luna ya sin señales de ello y sin que nada se supiera de su hijo. ¿Qué misterio era ése? Cuando Geissler vio de lo que se trataba dijo sencillamente:

—Ven.

Se llevó a Ström lejos de las paredes de las casas. Con aire de gran importancia, y como investido de una autoridad de magistrado, echó a andar. Sentáronse a la orilla del bosque, y Geissler dijo:

—Empieza a contar.

Sí; el hecho se había descubierto, como era de esperar. Aquellos sitios no eran ya un desierto, y además Oline estaba allí. ¿Qué tenía que ver Oline con aquel asunto? ¡Oh, la Oline! Para colmo de males, Brede se había indispuerto con ella. Oline no era ahora fácil de esquivar; vivía allí mismo y podía sonsacar poco a poco al mismo Axel. Oline se interesaba por todo lo sospechoso, y hasta vivía, en parte, de lo sospechoso. ¡Cuestión de tener olfato! Oline era ya

demasiado vieja para las labores domésticas y para cuidar del ganado en Tierra de Luna. Pero, ¿cómo abandonar tranquilamente un sitio en el que se ocultaba un secreto tan grande? Concluidas las faenas invernales, se deslomó todavía aquel verano trabajando; tuvo que esforzarse mucho, pero aguantaba, con el único fin de dar algún informe a propósito de una hija de Brede. Apenas la primavera empezó a derretir la nieve, Oline ya olfateaba los alrededores, y dio con el montoncito de tierra junto al arroyo, y descubrió que la hierba había sido puesta en tepes,¹¹ para recubrir un hoyo. Y un día tuvo la dicha de sorprender a Axel pisando la pequeña sepultura para alisarla. Axel, pues, estaba también enterado. Oline movía la cabeza entrecana. ¡Había llegado su hora!

La animosidad de Oline no se dirigía contra Axel, hombre sin maldad, con el que podía convivir. Es verdad que era muy estricto, y contaba los quesos, y tenía contados los copos de lana. Oline no tenía, pues, mano libre en la casa. ¿Se había mostrado generoso Axel en pago del salvamento? Cierto que no; al contrario: se obstinó en repartir el mérito. Si Oline no se hubiera acercado –decía– se habría helado durante la noche; pero también ponderaba mucho el apoyo que le prestó Brede para volver a su casa. ¡Éste era el modo de agradecer de Axel! Oline opinaba que el Todopoderoso tiene motivos para indignarse contra los hombres. ¿No podía Axel coger por la soguilla una de sus vacas y decir: «Esta vaca es para ti, Oline»? Pero, nada de eso.

Ahora se vería si no lo pagaba más caro que con una vaca.

Todo el verano estuvo Oline espiando a cada caminante que pasaba cerca de la casa; acercábase para susurrarle algo, y le demostraba la mayor confianza.

¹¹ Pedazo de tierra cubierto de césped y muy trabado con las raíces de esta hierba, que, cortado generalmente en forma prismática, sirve para hacer paredes y malecones.

—¡Ni una palabra a nadie! —le decía como despedida.

Oline bajó también un par de veces al pueblo. Desde entonces se susurraban ciertas noticias en el vecindario, como una brisa que rozara las mejillas y penetrara en los oídos; hasta los chicos de la escuela de Amplia Vista empezaban a hacerse señas y hablarse al oído. El delegado no pudo menos de tomar cartas en el asunto: se creyó obligado a ocuparse del caso y redactar un informe. Un día se presentó en Tierra de Luna llevando unos protocolos y, asistido por su acompañante, investigó y extendió el informe. Volvió al cabo de tres semanas, y esta vez removió el montoncito de tierra coronado de hierba junto al arroyo y sacó el cadáver del niño.

Oline permaneció a su lado, oficiosa e indispensable, y se cobró estos buenos oficios haciendo al delegado un sinfín de preguntas que él respondía. Entre otras cosas, afirmó que tal vez Axel estaba en peligro de ser detenido. Juntó las manos Oline sobre la ignominia en medio de la cual había caído, y protestó diciendo que ansiaba estar lejos, muy lejos de allí.

—¿Y ella, Barbro? —preguntó con la voz ahogada.

—La muchacha ya está detenida en Bergen —dijo el delegado—. La justicia tendrá que seguir su curso.

Y, llevándose el cadáver del niño, se puso en camino para la aldea.

No era, pues, de extrañar la excitación de Axel. Había hecho al delegado, sin mentir, las relaciones consiguientes. El niño era su hijo, y él mismo le había abierto aquella fosa. Ahora, por medio de Geissler, se enteraba Axel de lo que seguiría. Seguramente sería llamado a la ciudad para someterle a un interrogatorio más exigente, y sufriría, con toda probabilidad, otras contrariedades.

Geissler no era ya el de unas horas antes. La detallada narración le había causado fatiga y sopor; su ánimo era muy distinto del de la mañana. Consultó el reloj, se puso en pie y dijo:

—Se ha de reflexionar seriamente sobre el caso; así lo haré y recibirás mi respuesta antes de que me marche.

Y se despidió. De vuelta a Sellanraa, entrada la noche, cenó frugalmente y se retiró; durmió bien y se levantó tarde. La entrevista con los empresarios suecos de la mina le había agotado por lo visto. Dos días más tarde se dispuso a partir. Recobrada su grandeza y superioridad, pagó con generosidad el albergue y regaló a la pequeña Rebecca una moneda nueva de una corona.

Espetó a Isak un discurso:

—Lo mismo da si esta vez no ha prosperado la venta: ya llegará el día. Entretanto, queda allá arriba paralizada la empresa. ¡Qué niñería! ¡Creyeron que me dejaría engañar como un chino! ¿No oíste? ¡Veinticinco mil coronas era su oferta!

—Sí —convenía Isak. Con un movimiento de cabeza pareció querer ahuyentar Geissler toda idea de oferta infamante.

—Tampoco ha de ser tan perjudicial a esta comarca —expuso— la paralización de la empresa; al contrario, será una oportunidad para que la gente ponga más empeño en el cultivo de sus tierras. Allá en el pueblo, sí, han de notarlo: este verano todavía ha corrido en grande el dinero; había buenos trajes y golosinas para todos. Esto ha terminado. Entiende, Isak, que si la aldea hubiera sabido mantenerse en buenas relaciones conmigo, otro gallo les cantara. Ahora soy yo el que manda.

En realidad, Geissler no tenía aspecto de poder mandar tanto; salía con un paquetito en la mano, que contenía la comida para la ruta, y el chaleco no era ya de un blanco deslumbrador. Dios sabe si su buena esposa le había

ayudado para subvenir a los gastos de ropa y viaje, con el resto de aquellas cuarenta mil coronas cobradas un día. El hecho es que Geissler vuelve a su casa sin un céntimo.

Geissler no se olvidó de entrar de paso en casa de Axel.

—He meditado sobre tu asunto. Como sigue ya el curso legal, tú, por de pronto, no puedes emprender nada. Comparecerás para un interrogatorio y tendrás que declarar.

Geissler lo decía por hablar; acaso no había pensado más en ello. Axel, desalentado, sólo sabía decir que sí a todo. Pero Geissler se creció a lo último, enarcó las cejas y afirmó reflexivamente:

—Veremos si me llevo a la ciudad para el día de la vista de la causa.

—¡Ah, si os fuera posible...! —exclamó Axel.

Y un momento después, Geissler decidía:

—Yo me las arreglaré para robar tiempo al tiempo. Por hoy, adiós. Te mandaré las máquinas.

Y partió. ¿Sería aquél su último viaje por aquellas tierras?

6

La última brigada de obreros baja del monte. Han cesado los trabajos en la mina, y el monte vuelve a quedar despoblado.

El establo de Sellanraa, ya terminado, tiene un techo provisional de césped para el invierno. La construcción está dispuesta en una serie de departamentos, con un gran espacio central, luz abundante e higiénicas instalaciones. El local casi no desmerece de lo que exigirían seres humanos. Isak había dormido antaño sobre aquel mismo terreno, en su cabaña, rodeado de unas pocas chozas; ahora no se ve en Sellanraa una cabaña siquiera. Los dos albañiles no se han marchado todavía, pero Gustaf pretexto que no entiende nada de la labor de madera y piensa despedirse; se ha demostrado muy apto en las faenas de mampostería, y con un vigor de oso para levantar pesadas cargas. Sus conciertos de armónica habían amenizado las veladas y se le vio siempre a punto de ayudar a las mujeres que iban a buscar agua al río con sus pesadas cubas. Esta vez está decidido a marcharse; no es su fuerte, según dice, la obra de madera. Parece deseoso de salir de allí.

—Podrías quedarte hasta mañana —le dice Inger.

No; ya no hay labor para él, y, además, tendrá compañía con los últimos grupos de obreros que parten aquel día, para atravesar la sierra.

—¿Quién me ayudará ahora cuando vaya por agua? —le dice Inger con una sonrisa amarga.

Gustaf, con su presteza habitual, encuentra una solución; pronuncia el nombre de Hjalmar, el más joven de los dos albañiles.

Y en tono despectivo, Inger repite:

—¡Hjalmar!

Pero, de pronto, se reprime y, con la intención de excitar a Gustaf, dice:

—Convengamos en que Hjalmar no es tan despreciable. Y da gusto oírle cantar por esos parajes.

—¡Un muchacho endiabado! —apoya Gustaf, sin morder el cebo.

Insiste Inger en que Gustaf se quede al menos hasta la madrugada. Él alega que de hacerlo así perdería la compañía de los mineros.

¡Oh! ¡Gustaf estaba ya harto de todo!

El gusto de escamotearla a los camaradas y tenerla para sí durante el par de semanas que había trabajado allí, no podía pagarse con nada. Pero ahora echaba de menos otros horizontes y otras ocupaciones; tal vez le esperaba la novia que dejara allí, en su país. ¿Se quedaría en Sellanraa, holgando, sólo por amor de Inger? Eran tan sólidas las razones para terminar, que Inger debería apreciarlas; pero ésta se había vuelto audaz, y ya no pensaba en responsabilidades, y nada le importaba. Y eso que sólo había intimado con Gustaf en aquellos días en que estaban levantando el establo.

La congoja de Inger es auténtica. Tan lejos va en su desviada fidelidad, que se llena de pena. Y no es bueno esto para ella, porque no lo exageraba, no, sino que está sencilla y sinceramente enamorada. Y tampoco se avergüenza de esto. Es una mujer en el colmo de la lozanía, pero también de la flaqueza; tiene, como la Naturaleza que la rodea, el fuego otoñal en las venas. Mientras prepara las provisiones de boca para Gustaf, su pecho se agita con vehementes deseos. No se detiene en pensar si son o no lícitos o de perniciosas consecuencias; se entrega, simplemente, codiciosa, deseosa de gozar. Aunque

Isak, como la otra vez, la levantara hasta el techo para arrojarla contra el suelo, no por esto se abstendría.

Sale con las provisiones y se las da a Gustaf. Había dejado al pie de la escalera un cubo de madera que Gustaf le ayudaría a bajar al río por última vez. Acaso querría decirle aún algo, o meterle algo en el bolsillo: quién sabe si el anillo de oro. ¡Todo podía esperarse de ella! Pero había llegado al final y agradeciendo la solicitud de la mujer, Gustaf se despide de ella y se va.

Así se queda Inger. De pronto, grita fuerte, innecesariamente fuerte.

—¡Hjalmar!

Suena como un grito de júbilo desafiador, como un clamor de auxilio.

Gustaf sigue andando...

Durante todo el otoño las labores acostumbradas se llevan a cabo hasta los confines del pueblo; desentiérranse las patatas, se entra la mies y andan las vacas sueltas por los prados.

Hay ocho granjas y el trabajo apremia en todas; pero en el centro comercial de Storborg no tienen ganado, ni cultivan bancales, tienen solamente un jardín; y el tráfico ha cesado. No hay labor que apremie en Storborg.

En Sellanraa cuentan con una nueva hortaliza: los nabos, de hojas verdes gigantescas, que se agitan. Es casi imposible mantener a raya a las vacas que derriban las vallas y se precipitan mugiendo como locas sobre las plantaciones de nabos; Leopoldine y la pequeña Rebecca han de amparar el campo; la pequeña Rebecca, con una vara en la mano, ahuyenta celosamente a las vacas. El padre deja un momento la labor para tocar las manos y los pies de la niña, y le pregunta si tiene frío. Leopoldine es casi una niña mayor, y hace labor de

calceta para el invierno sin descuidar la vigilancia. Nació en Drontheim, y tenía cinco años cuando llegó a Sellanraa. El recuerdo de una gran ciudad con mucha gente y el largo viaje en un vapor, pasa en ella cada vez más a último término; ahora es una campesina, y no conoce otro gran mundo que el pueblo, a cuya iglesia va algunas veces; en ella tomó la primera comunión el año anterior.

En Sellanraa toca hacer varios trabajos secundarios, como el de la reparación del camino al pueblo, que en algunos puntos está poco menos que intransitable para los carros. Como la tierra no se ha helado todavía, una mañana empiezan Isak y Sivert a abrir zanjas junto al camino; quedan un par de fajas pantanosas que es preciso desecar.

Axel Ström les había prometido participar en la faena, ya que él tiene también un caballo, y utiliza el camino. Pero le reclama en la ciudad un asunto apremiante. No se sabe qué, pero es urgente, según dice él mismo. En su lugar, manda a Fredrik, su hermano, el de Amplia Vista, para que trabaje en el camino.

Joven, recién casado, de carácter jovial, Fredrik era amigo de bromear, mas no por eso menos apto para el trabajo. Él y Sivert se asemejaban bastante. Al subir aquella mañana, Fredrik se había detenido en casa de su vecino Aronsen, el de Storborg, y estaba imbuido de lo que el comerciante le había dicho. La cosa empezó al pedirle Fredrik un rollo de tabaco.

—Si uno me queda, para ti ha de ser —respondióle Aronsen.

—¿Tanto escasea?

—Sí; y yo no lo solicito, porque no queda ya quien compre tabaco.

¿Cuánto dirás que gano en la venta de un rollo de tabaco?

Aronsen estaba del humor más negro. Opinaba que la Compañía minera sueca le había tomado el pelo. Se había afincado en aquellas soledades para comerciar y he aquí que la mina dejaba de ser explotada.

Fredrik sonreía plácidamente al hacer mención de Aronsen, y se burla de él:

—No se le ha ocurrido cultivar ni un pedazo de tierra, ni tan sólo dispone de forraje para el ganado; ¡ha de comprarlo! Estuvo en casa a comprar heno y le dije que no teníamos heno para la venta. «Entonces —preguntó Aronsen—, ¿no necesitas dinero?» Se cree que con tener dinero ya se tiene todo. Tiró sobre la mesa un billete de cien coronas, y dijo: «¡Ahí va dinero!» «El dinero es algo muy bonito» —dije yo—. «Eso es *born constant*», recalcó él.

A Fredrik le parecía que Aronsen disparataba a ratos, y su esposa andaba todos los días de faena con un reloj en la mano, como si no quisiera olvidar una hora trascendental. ¿Qué hora sería ésa?

—¿No te ha hablado Aronsen de uno llamado Geissler? —pregunta Isak.

—Sí. Se trata de uno que se opone a vender su parte de terreno minero, que tal vez no tiene en la bolsa ni cinco coronas. ¡Matarlo debieran! —Es cuestión de esperar un poco —le aconsejaba yo—. Tal vez venderá más adelante. —No lo creas —me decía Aronsen—. Sé, como comerciante, que cuando una parte pide doscientos cincuenta mil y la otra ofrece veinticinco mil, la diferencia excesiva hace fracasar la venta. Y concluyó: —¡Ojalá no hubiera puesto nunca los pies, con mi familia, en este rincón! —¿Piensa usted vender? —le pregunté—. Ésta es mi idea —me respondió él—. ¡Esos pantanos, este antro de miseria, este yermo...! ¡Ni una corona entra en todo el día en el cajón!

El caso de Aronsen más bien movía a los tres hombres a risa que a compasión.

—¿Crees de veras que venderá? —preguntó Isak.

—Sí, lo creo. Ha despedido ya a su criado. Huelga decir que es un tipo cómico; despide al criado, que podía servirle para cortar leña en previsión del invierno y para entrar el heno con su caballo, y, en cambio, se queda con el dependiente de la tienda. Lo que ha dicho de que no vende ni por valor de una corona diaria puede ser verdad, porque su tienda está vacía, pero entonces, ¿qué necesidad tiene del dependiente? Creo que es por pura fanfarronería, sólo para que la gente vea un hombre de pie delante del pupitre, escribiendo en unos libros grandes. ¡Ja, ja! Aronsen debe de estar algo loco.

Los tres hombres trabajan hasta el mediodía, comen de sus provisiones y se entretienen un rato conversando. Tienen asuntos que comunicarse: la suerte y las desdichas de la comarca y de quienes la están colonizando. No son bagatelas, pero tratan de ello con pleno sosiego; son hombres sensatos, cuyos nervios no están gastados, y no hacen lo que no deben hacer. Ahora, en el otoño, se extiende el silencio en torno a los bosques, los montes guardan su inmovilidad apacible, y el sol brilla en su lugar; por la noche vuelven las estrellas y la luna. Todas estas cosas permanecen invariables y amables, como un abrazo. Aquí los hombres tienen todavía tiempo para descansar sobre las matas de brezo, haciéndose almohada del brazo.

Fredrik habla de Amplia Vista y de cómo no había podido dar allí todo su rendimiento.

—Bastante has hecho —le responde Isak—. Lo vi el día que estuve allá abajo.

Este elogio del primero que cultivó aquellos parajes, del gigante, es muy alentador para Fredrik, el cual pregunta lealmente:

—¿Lo decís de veras? En lo sucesivo iré mejor. Este año he topado con frecuentes obstáculos. La vivienda exigía reparaciones, dejaba pasar el agua y el aire, y hubiera ido de mal en peor; tuve que derribar la barraca del heno y

levantarla de nuevo, el establo resultaba pequeño, ya que Brede no tenía en su tiempo, como yo ahora, vacas y terneros –dice Fredrik enorgullecido.

—¿Te gusta este lugar? –pregunta Isak.

—Sí; y también a mi mujer, y no sé por qué no nos iba a agradar. La vista es extensa y podemos seguir con los ojos la carretera en toda su pendiente. Los abedules y los sauces que están cerca de la casa, a nuestro parecer, hacen muy buen efecto y, si tengo tiempo, pienso plantar más árboles en el otro lado del patio. Es mucho lo que hemos podido desecar desde que en la primavera abrí las primeras zanjias. Ya veremos lo que saldrá este año. ¿Si nos agrada el sitio? Tener casa y tierras, ¿cómo no ha de agradarnos a mi mujer y a mí?

—¿Pero es que pensáis ser solamente dos toda la vida? –pregunta Sivert con astucia.

—Mira, también puede darse el caso de que lleguemos a ser más – responde Fredrik alegremente—. Y si de agradar hablamos, nunca vi a mi mujer tan buena de salud como en estos sitios.

Trabajan hasta que oscurece; algunos ratos dejan su posición encorvada y, erguidos, charlan un poco.

—¿Entonces no te dieron tabaco? –pregunta Sivert.

—No, ni lo siento tampoco, porque no fumo.

—¿No fumas?

—No; sólo he ido a la tienda de Aronsen para oír lo que dice.

Y ambos pícaros se echan a reír regocijadamente.

Durante el camino, de vuelta a la casa, padre e hijo permanecen callados, como de costumbre. Pero Isak acariciaba alguna idea, porque dice de pronto:

—Tú, Sivert.

—¿Eh? –responde éste.

—No; nada de particular –dice Isak.

Andan un rato más, y vuelve a hablar el padre:

—Si no tiene género, ¿puede Aronsen hacer su negocio?

—Claro que no —contesta Sivert—. Pero tampoco hay tantos hombres a quien vendérselo.

—¿Te parece? Quizá tengas razón.

A Sivert le extrañan un poco las palabras del padre, y éste prosigue:

—Ocho granjas hay ahora, pero pueden aumentar más y más. ¡Quién sabe!

Crece la sorpresa de Sivert. ¿En qué estará pensando su padre? ¿En nada? Vuelven a andar un largo trecho; casi llegan a la casa. Isak carraspea, y pregunta:

—¿Cuánto crees que pediría Aronsen por su finca?

—Depende —responde Sivert—. ¿Estás dispuesto a comprarla? —añade en son de burla.

Pero pronto adivina lo que pretende su padre. ¡En Eleseus está pensando el viejo! Y es que nunca le ha olvidado; le ha tenido grabado en su pensamiento, lo mismo que la madre, pero a su modo, más cerca de la tierra... y también más cerca de Sellanraa.

—El precio —dice Sivert— será, seguramente, accesible.

Por esta afirmación conoce el padre que le han comprendido y, como si temiera haberse excedido, dice inmediatamente algo sobre la reparación del camino, y cuán grato le será quitarse pronto de encima esa faena.

Durante los días siguientes, Sivert y su madre anduvieron con secretillos, se consultaban, tenían mucho que hablar en voz baja y escribieron también una carta. Llegado el sábado, Sivert manifestó el deseo de bajar al pueblo.

—¿Otra vez al pueblo? No harás más que romper zapatos sin necesidad — amonestó el padre muy enojado y con cara demasiado seria, pues no dejaba de adivinar que Sivert iba a Correos.

—Pienso ir a la iglesia —decía Sivert, no hallando pretexto mejor.

Y el padre se conformó:

—Vete, si no puede ser de otro modo.

¿Qué mejor, pues iba a la iglesia, que enganchar el caballo y tomar consigo a la pequeña Rebecca? Sería la primera vez en la vida que le daban este gusto, bien merecido. Ella había sido la celosa guardiana del campo de nabos, y, además, la flor y la perla de toda la hacienda. Se unció el caballo, y Jensine, la sirvienta, se encargó de la niña, a todo lo cual accedió Sivert.

Mientras están fuera sucede que el dependiente de la tienda de Storborg llega a Sellanraa. ¿Qué será? No hay nada de particular en que Aronsen mande a Andresen, su dependiente. Esto no promueve ahora la excitación que en otros tiempos, cuando la vista de un forastero resultaba una rareza en la colina de Sellanraa. Ahora Inger es dueña de sí misma y conserva la calma.

¡Qué cosa aquel devocionario! Era como un guía, como un brazo alrededor del cuello. Cuando Inger se había perdido entre las matas de grosella, volvió a encontrarse a sí misma pensando en su habitación y en el devocionario. Ahora, de nuevo reconcentrada y temerosa de Dios, piensa una vez más en los años lejanos, cuando al pincharse con el alfiler, en sus horas de costura, decía: «¡Diablo!» Lo aprendió de sus compañeras allá, en la sala de trabajo, alrededor de la gran mesa. Ahora, cuando se pincha, chupa la sangre sin pronunciar una sílaba. No es poco el dominio que se necesita para este cambio. Pero Inger va más lejos. Cuando el establo de sillares estuvo construido y se hubieron alejado los trabajadores y todo Sellanraa se veía de nuevo solitario y abandonado, tuvo una crisis; sufrió y lloró mucho, pero no

cargó sobre otro, sino sobre sí misma, el peso de la culpa. Era un sincero acto de humildad. ¡Si al menos hubiera podido hablar con Isak para alivio de su corazón! Pero nadie en Sellanraa comunicaba sus sentimientos ni confesaba sus faltas. Esmerábase ahora, en cambio, en el trato con su marido; a las horas de la comida no le llamaba desde el umbral, sino que salía y llegaba al sitio donde él trabajaba; por la noche repasaba sus ropas y cosía los botones. Y hasta fue más lejos. Una noche, estando ya acostada, se apoyó sobre el codo y dijo:

—Tú, Isak.

—¿Qué hay? —preguntó él.

—¿Estás despierto?

—Sí.

—¡Ah, no es nada de particular! —empieza Inger—. Solamente, que no he sido como debí ser.

—¿Qué? —pregunta Isak con involuntario sobresalto, apoyándose igualmente sobre el codo.

Hablaron largo rato. Inger tiene el corazón rebotante de buenas disposiciones: quiere ser una mujer excelente.

—No he sido respecto a ti como debí ser —le dice—. Y esto me da mucha pena.

Estas palabras sencillas conmueven al coloso, que quisiera consolar a Inger. En realidad, no comprende bien todo aquello, pero sí entiende como para saber que no hay otra igual.

—No has de llorar por eso —le dice—. Ninguno de nosotros es como debería.

—Es cierto que no —dice ella, agradecida.

¡Oh! ¡Isak tenía un modo tan sano de tratar las cosas...! Cuando ella estaba a punto de caer, sabía levantarla. ¿Quién es como debiera ser? Tenía razón. El mismo dios del corazón, con ser tal, se lanza en busca de aventuras, como bien podemos verlo. ¡Es un pillo! Un día se sumerge en una opulencia de rosas y se mece en este tálamo y se relame los labios, y otro día se ha clavado una espina en el pie y se la arranca con la desesperación en el semblante. ¿Y se muere de esto? Ni pensarlo. Está tan sano como antes. ¡Estaría bueno que muriera de una cosa así!

También Inger se repuso del todo, sobreponiéndose, pero no deja sus horas de devoción, y halla consuelo en ellas. Día tras día es hacendosa, y perseverante, y bondadosa; aprecia a Isak más que a ningún otro hombre, y no desea otro que no sea él. Naturalmente, no tiene el aspecto de uno de esos hombres habilísimos, ni sabe cantar, pero es como debe ser. ¡Ya lo creo! Y así quedaba probado una vez más que es gran ganancia ser temeroso de Dios y contentarse con poco.

Hete aquí que ha venido a Sellanraa el dependiente de la tienda de Storborg, un muchacho llamado Andresen. Era domingo. Inger no pierde la serenidad. Ni siquiera quiere servirle ella misma la leche. Como la sirvienta no está en casa, envía a Leopoldine. Ésta entra gentilmente con el cuenco de leche y le dice:

—Aquí, por favor —y se sonroja, aunque lleva el vestido de los domingos, y no tenía motivos para avergonzarse.

—Gracias; es demasiado obsequio —dice Andresen—. ¿Está en casa tu padre?

—Sí, por ahí anda, en los campos.

Andresen bebió la leche, se pasó el pañuelo por los labios, y consultó el reloj.

—¿Caen muy lejos las minas?

—Una hora apenas.

—Tengo encargo de Aronsen (estoy empleado en su tienda) de ir a dar una ojeada.

—¡Ah!

—Ya me conoces; has comprado allí algunas veces.

—Sí.

—Te recuerdo muy bien; dos veces has comprado en la tienda.

—Es más de lo que podía esperar, que usted se acuerde de mí —dijo Leopoldine.

Y de esto solo pareció quedar sin fuerzas, y tuvo que apoyarse en una silla. Pero a Andresen le sobraban arrestos.

—¿Por qué no habría de guardar memoria de ti? —le dijo. Y a continuación—: ¿No podrías subir tú a las minas conmigo?

Poco a poco, a Leopoldine le pareció que los objetos que veía se teñían de rojo y se volvían raros; vacilaba el suelo bajo sus pies y el dependiente Andresen hablaba como desde lejos:

—¿No tienes tiempo?

—No —dijo ella.

Su madre, al verla entrar en la cocina, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

¡Ah, no! ¡Nada, no! Ahora le tocaba a Leopoldine sentirse turbada. Empezaba su tiempo. Bonita, redondeada, hacía poco que había tomado la primera comunión; una hermosa ofrenda. Gorjeaba un pájaro en su corazón, tenía las manos afiladas de su madre, llenas de ternura y de feminidad. ¿Sabía bailar Leopoldine? Sí. Era un misterio en qué rincón de Sellanraa aprendieron

el baile, pero Sivert sabía bailar y Leopoldine también. Era un modo de danza surgido en aquellas tierras solitarias; un dar vueltas a fuerza de músculos, aunque aquello se llamara chotis, mazurca, rin o vals. ¿Y por qué no había de acicalarse y enamorarse Leopoldine y soñar con ojos abiertos? Pues igual que las demás. Cuando recibió la confirmación, su madre le prestó el anillo de oro, y no había vanidad en eso; es que hacía bonito; y al día siguiente, sólo después que hubo tomado la comunión, se puso el anillo. La hija del hombre importante, del margrave, podía presentarse ante el altar con un anillo de oro.

Cuando Andresen, el dependiente, bajaba del monte, se cruzó con Isak, que le invitó a entrar en la casa. Después de la comida, servido el café, reunidos todos, el dependiente expuso cómo Aronsen le había encargado que subiera a las minas para hacerse cargo de si había señales de que se reanudara el trabajo. Dios sabe si el dependiente no mentía descaradamente al asegurar que le habían mandado; tal vez había venido por iniciativa propia. También era dudoso que en tan poco tiempo hubiera llegado a las minas y estuviera ya de vuelta.

—Así, por fuera, no se puede apreciar si la Compañía está dispuesta a volver a la explotación —dijo Isak.

Y el dependiente de Aronsen convino en ello. Pero su dueño le mandaba allí, y, al fin y al cabo, siempre ven mejor cuatro ojos que dos.

Inger no supo contenerse.

—¿Es cierto lo que dice la gente —preguntó— de que Aronsen va a vender?

—Algunas veces habla de vender —respondió el dependiente—. Y un hombre como él puede hacer lo que se le antoje; dinero tiene para todo.

—¿Tanto?

—Sí —responde el dependiente, reforzándolo con el gesto—. Le basta para todo.

Una vez más, Inger no pudo callar:

—¿Cuánto pide por la hacienda?

Tal vez más curioso que Inger, esta vez es Isak quien interviene; pero la idea de comprar Storborg no ha de parecer salida de él, y finge no dar importancia al asunto.

—¿A qué esas preguntas, Inger? —dice a su mujer.

—Yo preguntaba por preguntar —dice Inger.

Ambos miran ansiosos al dependiente, esperando una respuesta, que, por fin, llega.

Del precio nada sabe, pero sí lo que ha dicho el mismo Aronsen que le cuesta Storborg.

—¿Y cuánto es? —pregunta Inger, no pudiendo tener la lengua.

—Mil seiscientas coronas —contesta el dependiente.

—¡Oh! —exclama Inger, juntando las manos; porque, si de algo carecen las mujeres, es de agudeza o buen juicio acerca del precio de una hacienda. Pero es que en aquellos parajes mil seiscientas coronas no es poco, e Inger teme que Isak se deje intimidar por el precio. Pero Isak es incommovible como la roca, y se limita a decir:

—Será por las grandes edificaciones.

—Sí —conviene el dependiente Andresen—; las grandes edificaciones hacen subir el precio.

Antes de que Andresen se despida, Leopoldine ha salido. Es muy raro, pero se le haría imposible dar la mano a Andresen. Ha escogido un buen observatorio: el establo; vigila detrás de una de las ventanas. Lleva al cuello una cinta de seda azul, que antes no poseía, y lo chocante es que haya hallado

el tiempo para ponérsela. Andresen pasa cerca. Es más bien pequeño y metido en carnes, ligero al andar, barbirrubio, y la ventaja en unos ocho a diez años. Al modo de ver de Leopoldine, es un hombre muy agradable.

Aquella noche del domingo al lunes, regresaron los que habían ido a la iglesia. Todo había ido muy bien. Durante las últimas horas, la pequeña Rebecca se durmió, y dormida la sacaron del carro para meterla en casa. Sivert se ha enterado de algunas novedades, pero al preguntarle su madre: «¿Qué se cuenta?», se limita a decir: «Nada de importancia. Axel tiene ahora una máquina segadora y un arado moderno.»

—¿Qué dices? —exclama el padre con gran interés—. ¿Los has visto?

—Los he visto en el desembarcadero.

—¡Ah! Por eso se fue a la ciudad —comenta el padre.

Sivert, rebotante de otras novedades que sólo él sabe, no suelta una palabra más. ¡Ya podían estar sus padres en la creencia de que Axel había ido a la ciudad para eso!, el padre ni la madre lo creían así. También ellos habían oído murmurar algo a propósito de otro infanticidio.

—Vete a la cama —dice el padre, al fin.

Sivert, henchido de noticias y orgulloso de ello, se va a su cuarto y se acuesta.

Axel ha sido citado, el delegado ha salido con él. Asunto grave, tan grave que la señora del delegado Heyerdahl, que, realmente, ya tenía otro pequeño, lo dejó al cuidado ajeno para ir a decir tres verdades al Tribunal.

Zumbaban las habladurías, recorrían el pueblo toda clase de rumores, y Sivert vio inmediatamente que se trataba de un nuevo infanticidio perpetrado ya hacía tiempo. Cesaban las conversaciones al acercarse él a un grupo, y a no

ser quien era, tal vez le hubieran vuelto la espalda. Era una dicha ser Sivert; en primer lugar, proceder de una gran hacienda, ser vástago de un hombre rico y, en segundo lugar, ser considerado como un muchacho de valía y buen trabajador. Era estimado y respetado por los otros y siempre había recibido muestras del favor popular. ¡Con tal que Jensine no se enterara de ciertas cosas hasta la hora de su vuelta a Sellanraa! La ansiedad de Sivert era justificada. También las gentes del yermo pueden sofocarse y palidecer. Vio a Jensine salir de la iglesia con la pequeña Rebecca; ella le vio igualmente a él, pero no se detuvo. Decidió esperar un rato y guiar luego el carruaje hasta la fragua, para recoger a su hermanita Rebecca y a la moza.

En casa del herrero están comiendo. Ruegan a Sivert que acepte algo; él lo agradece y pretexto que ya ha comido. Sabían que iría a aquella hora, y nada les habría costado esperarle un poco. «Así hubieran procedido en Sellanraa —se dijo—. Pero aquí, no.»

—Claro —dice la esposa del herrero—, estás acostumbrado a una vida más regalada.

—¿Ha habido algo nuevo en la iglesia? —le pregunta el herrero, aunque él también había estado allá.

Ya sentadas en el carro Jensine y la pequeña Rebecca, la esposa del cerrajero dice a su hija:

—Bueno, Jensine, no pases demasiado tiempo sin venir por casa.

«Esto puede entenderse de dos modos distintos», pensó Sivert. Pero no quiso entremeterse. Tal vez se habría decidido a responder si aquellas palabras hubieran sido un poco más concretas. Ahora frunce el entrecejo y espera... Nada; nadie hace un comentario...

Rueda el carruaje y la única que tiene algo que contar es la pequeña Rebecca, impresionada por el acontecimiento de su ida a la iglesia, el aspecto

del párroco, revestido de su ropa talar negra que lleva encima una cruz plateada, el resplandor de las luces y los acordes del órgano. Al cabo de un buen rato, Jensine rompe a hablar:

—¡El caso de Barbro es una ignominia!

Sivert pregunta:

—¿Qué ha querido decir tu madre al preguntarte si volverán a verte pronto en casa?

—¿Qué ha querido decir?

—Sí. ¿Es que tienes intención de abandonarnos?

—Tarde o temprano he de volverme a mi casa —dice Jensine.

Sivert detiene el caballo:

—¿Quieres que nos volvamos ahora mismo?

Jensine le mira; está pálida como un muerto.

—No —responde la muchacha, y se echa a llorar.

La pequeña Rebecca mira al uno y luego al otro, sorprendida. ¡Ah! La pequeña Rebecca fue altamente útil en aquel viaje: tomó partido a favor de Jensine, la acariciaba. Y acabó por hacerla sonreír. Ni el mismo Sivert logró frenar la sonrisa cuando la niña le amenazó con bajar del carro y buscarse un palo para pegarle.

—Ahora he de preguntar —puntualiza Jensine— lo que has querido decir.

Sin detenerse a reflexionar, Sivert responde:

—He querido decir que si estás decidida a dejarnos, tendremos que ver de arreglarnos prescindiendo de ti.

Al cabo de un buen rato, Jensine dice:

—Claro que Leopoldine es ya lo bastante crecida, y puede hacer mi trabajo.

Fue un viaje lleno de melancolía.

Un hombre atraviesa la comarca de las tierras solitarias. El tiempo está revuelto; las lluvias de otoño han empezado. Pero no por eso se preocupa el caminante; es gozosa su expresión y lo es su ánimo. Axel Ström vuelve del juicio; ha salido absuelto, y está contento. En primer lugar, una máquina segadora y un arado le esperan en el muelle del desembarcadero; en segundo lugar, le han absuelto, pues no ha tenido parte en el infanticidio. Así va bien.

Pero, ¡qué horas de congoja! Mientras estaba allá declarando, aquel hombre formado en la faena cotidiana se vio encarado con la labor más dura de su vida. Ningún provecho sacaría de abultar la culpa de Barbro y, por lo mismo, cuidaba de pesar las palabras que tuvieron que sacarle a fuerza de preguntas. La mayor parte de las veces respondía con un sí o un no. ¿No bastaba? ¿Era necesario dar al hecho más amplitud de la que tenía? A veces pareció que la cosa iba de veras: la alta autoridad resultaba impresionante con su toga negra, y con unas palabras hubiera podido dar un giro peligroso al asunto, y tal vez cargar al hombre con una cadena. Pero eran gente simpática y no querían su perdición. Además, se habían puesto en juego influencias muy poderosas para salvar a Barbro, y esto redundaba en su provecho.

¿Qué podía pasarle más de lo ya acaecido?

No era de esperar que a Barbro se le ocurriera hacer declaraciones comprometedoras para el que había sido su amo y amante; Barbro no era tan

tonta y no ignoraba que él tenía conocimiento así del último infanticidio como del otro anterior. Además, hacía astutamente el elogio de Axel y decía que no había tenido la menor noticia de su parto hasta que todo estuvo consumado. Según ella, Axel tenía su modo de ser peculiar, y no en todo estaban de acuerdo, pero era hombre callado y de un proceder intachable; si abrió una nueva fosa y depositó en ella el cadáver –y esto mucho tiempo después–, fue porque juzgó que la primera fosa estaba en sitio húmedo, lo cual era evidente.

¿Qué podría sucederle a Axel si Barbro cargaba sobre sí misma toda la culpa? Muy poderosas influencias respaldaban a Barbro; la señora del delegado Heyerdahl la respaldaba.

No escatimaba diligencias, iba de un lado a otro, exigió ser oída como testigo y pronunció un verdadero discurso delante del Tribunal. Al llegarle el turno, se situó delante de los estrados como una señora toda distinción; trató en toda su extensión el tema del infanticidio, dando ante el Tribunal una verdadera conferencia, como si tuviera previo permiso para ello. Opíñese de la señora delegada como se quiera, lo cierto es que tenía dotes oratorias y era una sabia en política y en cuestiones sociales. ¿De dónde sacaba aquellas palabras? A ratos parecía que el presidente iba a intentar insinuarle que fuera más directamente al asunto, pero no tenía valor de interrumpirla, y la dejaba hablar. Al final, la señora exigió algunas aclaraciones pertinentes y presentó a la mesa una proposición que resultó sensacional.

Prescindiendo de tecnicismos legales el discurso fue como sigue:

«Nosotras, las mujeres, somos la mitad desgraciada y oprimida de la Humanidad. Los hombres hacen las leyes prescindiendo de nuestra opinión. Pero, ¿podrá nunca un hombre tener conocimiento de lo que significa para una mujer dar a luz un hijo? ¿Ha sentido nunca su angustia, ha sentido los indecibles dolores y ha prorrumpido en sus alaridos?

»En el caso actual nos encontramos ante una muchacha de servicio que ha dado a luz un hijo. No es casada, y, por lo tanto, ha de procurar encubrir su estado durante todo el tiempo del embarazo. ¿Y por qué ha de encubrirlo? Por los prejuicios de la sociedad humana. Esta sociedad tiene en oprobio a la soltera que lleva un hijo en sus entrañas. Esta sociedad no la ampara; lejos de ello, la persigue y la cubre de ignominia y de desprecio. ¿No es esto horrible? Sí lo es, y ninguna persona de corazón dejará de indignarse ante una actitud así. La muchacha, no solamente ha de dar a luz el hijo, cosa que es en sí un trance apurado; no, encima de esto se la señala como delincuente. Sólo he de decir que para esta joven que vemos en el banquillo, fue una suerte que su hijo, por un azar desdichado, viniera al mundo en medio de la corriente de un río y muriera ahogado. Fue una suerte para ella y para la criatura. Mientras la sociedad sea como es en nuestros días, una madre soltera tendría que ser declarada libre de pena, aun cuando sacrifique premeditadamente a su hijo. (En este punto del discurso salió de la Presidencia un murmullo de contrariedad.)

»O tal vez, si una pena se le impusiera, que ésta fuese insignificante – prosiguió la señora delegada–. No hay que decir que todos convenimos en que la vida del niño merece respeto. Pero, ¿no existiría entre todas las leyes humanas una siquiera favorable a la madre desventurada? Prueben de imaginarse ustedes una sola vez lo que ha pasado por ella de cabo a cabo del embarazo, los tormentos que ha sufrido para disimular su estado, y el no hallar ninguna solución ni para sí misma ni para su hijo. No hay, sencillamente, nadie capaz de imaginárselo. La madre no desea ni para sí misma ni para aquella criatura de sus entrañas algo tan malo como resultaría el vivir; la ignominia se le hace insoportable y madura en ella el plan de matar a su hijo. Da a luz en sitio apartado, y durante veinticuatro horas es tal su desatino que

no se puede hacer responsable de sus actos. Por decirlo así, sin juicio está. Mientras le duelen todavía cada hueso y cada músculo en el cuerpo, a causa del alumbramiento, se le impone matar al hijo y hacer desaparecer su cuerpo. ¡Prueben de imaginarse ustedes; por un momento, la fuerza de voluntad que necesita para este paso! Pero, naturalmente, todos anhelamos que el recién nacido viva, y es muy de lamentar que la vida de algunos sea extinguida. ¡La sociedad es la única culpable, esta sociedad sin remedio posible, inclemente, calumniadora, que persigue con ensañamiento y está siempre dispuesta a oprimir por todos los medios a la madre soltera!

»Pero, aun a pesar del trato que les da la sociedad, las desdichadas madres pueden realzarse. Muy a menudo, esas madres vergonzantes empiezan a desplegar sus mejores y más nobles facultades después de su deslíz. El Tribunal podría informarse de esta verdad por medio de las directoras de los asilos en los cuales son acogidos madre e hijo. Queda probado por la experiencia que son precisamente las muchachas que la sociedad impele a matar a su hijo, las más excelentes como guardadoras de niños. Esto habría de darnos a todos materia para útiles reflexiones.

»Otro aspecto del asunto es éste: ¿Por qué el hombre ha de salir libre de condena? La madre que ha cometido un infanticidio es declarada culpable y encerrada en la prisión, y, en cambio, a él, al padre, al seductor, no le pasa nada. En cuanto es él quien engendró la criatura, tiene parte en el delito, y, a ser sinceros, la parte más grave: sin él no hubiera existido la desgracia. ¿Cómo es que sale enteramente libre? ¡Porque son los hombres los que han hecho las leyes!; he aquí la respuesta. ¡Tenemos que clamar al Cielo pidiéndole amparo contra esas leyes de los hombres! No habrá enmienda mientras nosotras sigamos sin derecho a intervenir en las elecciones y en las asambleas legislativas.

»Pero –prosigue la señora del delegado Heyerdahl– si esta ley cruel pesa sobre la culpable –más o menos culpable– madre soltera, que comete un infanticidio, ¿qué habremos de decir de la inocente acusada sin haberlo cometido? ¿Qué satisfacción da la sociedad a esta su víctima? ¡Ninguna satisfacción! Atestiguo que conozco a la joven aquí presente; la conozco desde que era niña; la tuve a mi servicio, y su padre es un alguacil de mi marido. Nosotras, las mujeres, nos permitimos pensar y sentir de un modo opuesto al de los hombres con sus acusaciones y persecuciones: nos permitimos opinar sobre las cosas. La muchacha que aquí vemos ha sido detenida y privada de su libertad, acusada, en primer lugar, de haber dado a luz en secreto a su hijo, y, en segundo lugar, de haber matado a su hijo recién nacido. No dudo ni un instante de que ninguna de las dos cosas ha hecho ella. El Tribunal llegará a la misma conclusión, clara como la luz del sol. ¿En secreto se dice? Fue en pleno día cuando dio a luz. Aceptado que estuviera sola. ¿Quién hubiera podido estar a su lado? Vivía en lo más alto del despoblado, y el único ser que había allí a más de ella era un hombre, y mal podía llamarle para que la ayudara en un trance tal. Nosotras, las mujeres, nos rebelamos contra el solo pensamiento de aquella posibilidad, y bajamos los ojos avergonzadas. Se pretende asimismo que ella mató al recién nacido. Nació sobre el arroyo de agua helada, cuando la madre yacía. ¿Cómo es que fue ella al arroyo? Es una muchacha de servicio, es decir, una esclava, tiene sus quehaceres cotidianos. Y su intento era hacer provisión de enebro para restregar los ordeñaderos. Al atravesar el río resbala y cae. Se queda allí en medio de la corriente, sin poder levantarse, y el hijo viene al mundo en esas circunstancias, y muere ahogado.»

La señora del delegado hace una pausa. En los semblantes de los jueces y de los oyentes podía ver reflejado el efecto de su elocuencia; pesaba el silencio

en la sala, y Barbro, emocionada, se secaba las lágrimas. La señora del delegado concluye:

«Nosotras, las mujeres, tenemos corazón. Por mi parte, he confiado los propios hijos a manos ajenas para poder acudir y prestar testimonio a favor de la joven acusada. Las leyes de los varones no pueden prohibir a una mujer el pensamiento. Yo pienso que esta joven ya tiene castigo bastante, no habiendo hecho nada malo. Poned en libertad a la acusada, y yo la acogeré en mi casa, y será el aya más excelente que haya tenido en mi vida.»

Aquí terminó su discurso la señora del delegado.

El presidente observó: «¿No saldrían, según el discurso de la señora delegada, de las madres que matan a sus recién nacidos las más excelentes guardadoras de niños?» Del todo no estaba disconforme el presidente con la señora del delegado Heyerdahl; él sentía también de un modo humano, con una suavidad completamente sacerdotal. Mientras el fiscal dirigía un par de preguntas más a la testigo, el presidente, sentado con toda tranquilidad en su sillón, tomaba notas.

Fue una vista matinal no muy extensa, pues eran pocos los testigos que interrogar, y el caso se presentaba claro. Axel Ström estaba allí con las mejores esperanzas, mientras el fiscal y la señora Heyerdahl parecían de acuerdo en marearle a propósito de haber enterrado el cadáver del niño en vez de dar parte de su muerte. Riguroso fue el interrogatorio, y tal vez no hubiera sabido explicar muy bien aquel punto si no se hubiera dado cuenta de la presencia de Geissler en el fondo de la sala. Sí, allí estaba sentado Geissler. Esto fue para Axel como un apoyo; ya no se sentía solo y abandonado ante los magistrados aquellos, dispuestos a acosarle a preguntas. Geissler le animaba con un movimiento de cabeza.

Sí; Geissler había acudido a la ciudad. No se había anunciado como testigo, pero allí estaba. Antes de que empezara la vista dedicó unos días a enterarse bien del caso y tomar nota de lo que sabía por el informe de Axel en Tierra de Luna. A su parecer, la mayor parte de los documentos aportados eran papeles mojados. De sus investigaciones sacaba que el nombrado Heyerdahl, el delegado, era hombre de cortos alcances. ¡Poner como encubridor del infanticidio a Axel Ström! El asno, el muy necio, no tenía la más mínima idea de lo que es la vida de un colono en despoblado; no veía que precisamente aquella criatura era el vínculo que reafirmaría la adhesión y la ayuda femenina en la hacienda de Axel.

Geissler habló con el fiscal, pero sacó la impresión de que no había necesidad. Quería ayudar a restablecer a Axel en su hacienda, pero éste no necesitaba ayuda, ya que las perspectivas se presentaban favorables a Barbro; si la absolvían, la complicidad de Axel caía por su base. Ahora todo estribaba en las declaraciones de los testigos.

Una vez oídos los pocos testigos: el delegado, Axel, un perito y un par de muchachas de la demarcación –Oline no fue llamada–, hubo un descanso, durante el cual Geissler se acercó al fiscal. Éste veía para Barbro perspectivas risueñas. El testimonio de la señora del delegado Heyerdahl había sido de una influencia decisiva. Ahora faltaba oír al Jurado.

—¿Se interesa usted por la joven? –preguntó el fiscal.

—En cierto modo –respondió Geissler–. Propiamente, el mayor interés va a su marido.

—¿La joven ha servido también en casa de usted?

—No; no ha servido en mi casa.

—¡Ah, vamos! Usted se interesa por el marido. Pero, ¿y la joven? El Tribunal está a su lado.

—No; la joven no ha prestado servicios en mi casa.

—El hombre es más sospechoso —dice el fiscal—. Va solo, y entierra el cuerpo del niño en medio del bosque. Decididamente, es sospechoso.

—Quiso enterrar la criatura de un modo decoroso —dice Geissler—, porque la primera vez no fue así. Tengamos en cuenta que Barbro, como mujer, no tenía el vigor suficiente para abrir la fosa en el estado de debilidad en que se hallaba.

—En principio —prosigue el fiscal— nos hemos dejado guiar por una idea de humanidad respecto a este infanticidio. No quisiera, como juez, tomar sobre mí la responsabilidad de condenar a esa joven, y tal como está el asunto no puedo proponer su condena.

—Es muy satisfactorio —dijo Geissler, con una inclinación. Y el fiscal prosiguió:

—Como juez, debo condenar a la madre soltera que da muerte a su hijo. Mas, como ser humano, como particular, no puedo por menos que formularme esta pregunta: ¿Es ella, en realidad, la verdadera culpable?

—Es muy interesante la coincidencia de opinión entre el señor fiscal y la dama que hoy ha prestado testimonio.

—¡Ah! ¡Aquella señora! Al menos ha estado elocuente. Pero, ¿a qué tantas condenas? Una madre no casada ha sufrido ya tormentos tan indecibles, y de tal modo se la rebaja en todas las relaciones humanas, por culpa de la dureza y la brutalidad de la gente, que es bastante este castigo.

Geissler se puso en pie y dijo como conclusión.

—Sí; ¿pero los hijos...?

—No hay duda que es muy triste —respondió el fiscal—. Los hijos nacidos en circunstancias tales son, generalmente, unos desventurados.

Geissler pretendía tal vez excitar un poco a aquel hombre bien nutrido, o quería hacerse pasar por profundo y raro.

—Erasmus —dijo— fue un hijo ilegítimo.

—¿Erasmus?

—Erasmus de Rotterdam.

—¡Ah!

—Y Leonardo fue un hijo ilegítimo.

—¿Leonardo de Vinci? Bien; hay excepciones, naturalmente, pero no hacen más que confirmar la regla. En principio.

—Amparamos a los pájaros, a los animales domésticos —continuó Geissler—, y parece algo raro que se desatienda el amparo de los niños que no se pueden valer.

El fiscal recogió con pausa y dignidad unos papeles, como para indicar que se había hablado bastante.

—Sí —afirmó distraído—; es evidente.

Geissler, luego de testimoniar su gratitud por aquella conversación extraordinaria llena de enseñanzas con que se había visto honrado, salió.

Se sentó en la sala para no llegar tarde. Se sentía halagado por su poder secreto. Él sabía algo de una cierta camisa rasgada, con que envolver el ramojo para escobas, y del cadáver de un recién nacido que flotó cierto día en el fiordo de una ciudad. Podía hacer saltar a los jueces con una sola palabra, tan eficaz como mil puñales. Pero Geissler no tenía intención de decir nada que no fuera oportuno. El mismo acusador público estaba al lado de la acusada. No cabía pedir más.

Al reanudarse el juicio, la sala se llenó de público.

Resultaba una encantadora comedia en aquella ciudad pequeña la seriedad exhortadora del fiscal, la elocuencia sensiblera del defensor. Los

señores del Jurado escuchaban para saber qué pensar acerca de Barbro y de la muerte de su hijo.

No era tan sencillo llegar a una conclusión. El fiscal, hombre de buena presencia y también bueno en el fondo, seguramente, debía de sentirse desazonado por algo, quién sabe si por la responsabilidad de sostener un punto de vista en la administración de justicia noruega. Su cambio no era fácil de comprender: menos tolerante en la sesión de la mañana, reprendió severamente el delito –en el caso de que existiera– y decía que de las declaraciones el hecho aparecía oscuro. Sus asesores habían de decidir. Él se limitaría a llamar la atención sobre tres puntos: El primero, aclarar si se hallaban ante un nacimiento encubierto. Esperaba que la pregunta resultaría clara para los jueces. (Aquí se permitió algunas observaciones.) El segundo punto era el hecho de haber salido provista la acusada de un jirón de camisa. ¿Tenía la intención de darle una determinada utilidad? (Se extendió bastante sobre este punto.) El tercer punto era el entierro a escondidas, muy sospechoso. Ya que no se dio parte de la muerte ni al párroco ni al delegado. En esto pasa a primer término la responsabilidad del hombre aquí presente, y es de la mayor importancia que los señores del Jurado se orienten sobre este punto. Porque es evidente que el hombre estaba enterado, y que al proceder a sepultar al niño por su propia mano, se hacía cómplice de un delito de su sirvienta, del cual entró a ser sabedor.

Se oyó un carraspeo en la sala. Axel Ström se daba cuenta de que estaba de nuevo en peligro; al levantar los ojos, no coincidió con la suya ni una sola mirada; todas iban dirigidas al que estaba hablando. Pero en último término, Geissler, presente una vez más, al parecer reflexivo, y como si fuera a reventar de arrogancia, tenía la cabeza echada hacia atrás, vuelta la cara al techo, y el labio inferior provocativo. Aquella enorme diferencia ante la seriedad de los

jueces y aquel carraspeo dirigido al cielo, resultaron alentadores para Axel, que volvió a hallarse menos solo ante el mundo hostil.

Por fin, el asunto tomó otro rumbo. El fiscal creyó haber llegado al colmo de la maldad y la sospecha amontonadas sobre Axel, y se le vio cambiar totalmente de rumbo. Sí; el señor fiscal se abstenía hasta de proponer la condena de Barbro. Declaró que no podía proponer la condena de la acusada, después de las declaraciones de los testigos.

«¡Esto va bien! –pensaba Axel–. Aquí se acaba la historia.»

Entró luego en escena el defensor, un joven versado en jurisprudencia, cuya designación le permitía lucirse en un caso magnífico. Al acabar su actuación todas las voces proclamaban al unísono que nunca un hombre se había sentido tan seguro de la defensa de una inocente. ¡Lástima que en la sesión de la mañana la señora del delegado Heyerdahl se le hubiera adelantado robándole alguno de sus argumentos! Estaba descontento de que le hubiera agotado el tema de la sociedad. ¡Ah! ¡La sociedad era también su caballo de batalla! Le enojaba que la Presidencia no hubiese hecho callar a la señora de Heyerdahl. Después de aquel verdadero discurso de defensa, ¿qué le quedaba a él por decir?

Empezó por los primeros pasos de Barbro Brede en este mundo: de modesta cuna, hija de padres emprendedores y dignos de todo aprecio, la habían puesto a servir desde jovencita, siendo la del delegado la primera casa en que sirvió: «Hemos oído esta mañana la opinión que tiene de ella su antigua ama, la señora de Heyerdahl, opinión que no puede ser más brillante.» Después, Barbro se trasladó a Bergen. El defensor se extiende sobre el testimonio favorable de los dos oficinistas de Bergen, en cuya casa la acusada desempeñó un cargo de confianza. Después, Barbro había vuelto al hogar, y es

en la casa de un agricultor solterón, donde, siendo ama de llaves, empezó su desdicha.

De este hombre llevó un hijo en sus entrañas «con la mayor delicadeza, para no zaherir a nadie, el señor fiscal ha aludido a la posibilidad de un alumbramiento en secreto». ¿Ocultó o disimuló Barbro su embarazo? Las dos testigos, vecinas de la aldea natal de Barbro, conocieron su estado; al ser preguntada, no mintió, como suelen hacerlo muchas jóvenes en semejante caso. Fuera de esta vez, nadie más preguntó a Barbro. No fue a confesar su desliz a casa de su ama, porque no la tenía; era ella como dueña en la casa. Tenía, empero, un amo, pero una joven no va a ir a su amo con semejantes secretos; lleva sola su cruz a costas, no habla del caso a nadie ni al oído siquiera, y vive retirada como una trapense; no se esconde, pero se queda en la soledad.

Nace el hijo; es un muchacho bien conformado, que vive y respira; pero se ahoga en el arroyo. Ya conocen los señores del Jurado las detalladas circunstancias del nacimiento: Anda la madre por las cercanías del arroyo, cae en medio de la corriente, y allí da a luz, imposibilitada de salvar al hijo por el estado de postración en que se encuentra; le es imposible incorporarse. Sólo más tarde consigue ganar la orilla. Ahora bien; no se ha podido descubrir ninguna señal de violencia en el niño; nadie deseaba su muerte; se ahogó en el arroyo. Una explicación natural de su muerte.

Su Señoría el fiscal ha aludido a una prenda de ropa; ha dicho que uno de los puntos oscuros era el haber salido la acusada provista de la tela rasgada de una camisa, nada tan claro como esa pretendida oscuridad; se llevó el jirón de tela para envolver en ella los ramos de enebro que pensaba cortar. Lo mismo pudo llevarse la funda de una almohada, pero encontró a mano aquel trozo de camisa; algo tenía que llevarse para no verse obligada a andar con el enebro en

las manos. Con respecto a esto, el Tribunal podía estar absolutamente tranquilo.

Otro punto había susceptible de aclaración. ¿Se dispensaron a la acusada el apoyo y los cuidados que su estado en aquel entonces requería? ¿Le tuvo su dueño los miramientos que merecía? Si lo hizo, obró bien. En el interrogatorio la joven ha hablado con gratitud de su amo, lo cual resulta tanto en favor del hombre como del juicio recto y noble de la acusada. El hombre, Axel Ström, en sus respuestas, no ha hecho cargos a la acusada, con lo cual ha obrado bien, por no decir con prudencia, porque la absolución de ella significa la suya. Onerarla con un exceso de culpa le arrastraría a la perdición, si es que ella resultaba condenada.

«En el asunto de que tratamos –continuó el abogado defensor–, es imposible estudiar a fondo las actas del proceso sin sentirse sobrecogido de compasión por esa joven y su desamparo. No obstante, no necesita mendigar compasión; basta que se apele a la justicia y al razonamiento. Ella y su amo son como prometidos, pero la disparidad de caracteres e intereses opuestos excluyen el casamiento. En lo futuro, la joven no podía hallar la dicha al lado de aquel hombre.» No era grato hablar de ello, pero volviendo a lo de la prenda de ropa interior que se llevó la joven, examinado más detenidamente, uno había de preguntarse por qué no tomó una camisa suya en vez de la de su amo. «El mismo que os habla se preguntaba al principio: ¿Fue el llamado Axel quien puso aquella camisa a su disposición? En esto –observa el defensor– podría asomar una posibilidad de que el hombre tuviera participación en el caso.»

En el fondo de la sala se oye nuevamente el carraspeo. Resonó tan fuerte, tan secamente que el abogado defensor se calló, y todos los ojos buscaron al

causante de la interrupción. El presidente lanzó una mirada escrutadora en aquella dirección.

«Pero también sobre este punto –continuó el defensor, una vez recobrado el dominio de sí mismo– podemos estar completamente tranquilos, gracias a la misma acusada. No le hubiera sido difícil, en este particular, quitarse de encima la mitad de la culpa, pero no se ha aprovechado de tal posibilidad. Con toda precisión ha librado a Axel Ström de la sospecha que sobre él pesaba como sabedor de que la camisa era suya y no de la joven –la que ésta se había llevado al arroyo– entiéndase: la que tomó para envolver el enebro cortado en el bosque. No existe el menor motivo para dudar de las palabras de la acusada que han sido en esto, como en todo, firmes. Si hubiera recibido aquel jirón de la camisa de manos del hombre, esto podría hacer suponer un infanticidio ya consumado; y la acusada, con su amor a la verdad, no quiere contribuir a que sobre el hombre caiga la marca del delincuente no merecida. En principio sus afirmaciones son francas y sinceras, y ni un solo momento ha intentado echar ninguna culpa a otros. Este hermoso rasgo de bondad para con todos es constante en ella, y se demuestra, por ejemplo, en el esmero, en el cariñoso cuidado con que amortajó el cuerpecito muerto, tal y como lo encontró bajo tierra el delegado.»

Aquí, el presidente se permite hacer observar, para poner las cosas en su punto, que era la fosa número dos la que encontró el delegado, y que era Axel quien había depositado en ella el cuerpo del niño.

«En efecto, así es –dijo el defensor, con todo el respeto debido a la justicia–. Así es; pero el mismo Axel ha declarado que no hizo más que levantar el cadáver y dejarlo en la nueva fosa. Y no cabe duda de que una mujer sabe mejor que un hombre envolver el cuerpo de un niño. ¿Y quién

podría envolverlo mejor?: ¡Indiscutiblemente, una madre con sus manos amorosas!»

El presidente da muestras de aprobación.

«¿Y no hubiera podido esta muchacha, supuesto que fuera de malas entrañas –continúa el defensor–, haber enterrado al niño, sencillamente, desnudo? Llegaré al extremo de decir que hubiera podido meterlo en el cubo de la basura, o dejarlo al pie de un árbol, para que se helara, suponiendo que no estuviera ya muerto. O podía haberlo hecho desaparecer echándolo al horno y quemándole estando sola. Pudiera haberse acercado, si no, al arroyo de Sellanraa, y allí tirarlo al agua. Pero la madre que tenemos delante no ha hecho nada de eso; envolvió cuidadosamente el cuerpecito y lo enterró. Tan bien, y con tal cariño envuelto como estaba, cuando fue encontrado, obliga a afirmar que no pudo ser un hombre, sino una mujer quien lo envolviera.

»Ahora –concluía el abogado defensor– toca a los señores del Jurado juzgar qué parte de culpa tiene la joven Barbro.» Y afirmó a renglón seguido, que, a su parecer, no podía imputársele ni la más mínima culpa. A lo sumo, el Jurado puede condenarla por no haber dado parte oficialmente de la muerte. Pero, la criatura murió en aquel sitio confinado, muchas millas lejos de las oficinas donde se registran los nacimientos y defunciones, y dormía el sueño perdurable en aquella fosa rústica con tal amor excavada. Si delito había en enterrarlo así, la acusada lo compartía con el padre de la criatura, y tal culpa era en todo caso, perdonable. Cada día se evitaba más y mejor castigar a los delincuentes, para, en vez de eso, corregirles. En tiempos antiguos –resabios de la ley de la venganza en el Antiguo Testamento: «ojo por ojo y diente por diente»– eran muchas las cosas punibles. Actualmente, otro espíritu presidía la legislación; la jurisprudencia moderna se humanizaba y procuraba situarse en el lugar del delincuente.

«¡No condenéis, pues, a esta joven! –clamaba el abogado defensor–. ¡No se trata aquí de echar la mano encima de una delincuente más! ¡No; se trata de devolver a la sociedad humana un miembro más, sano y útil!» Luego de estas palabras, el defensor aludió a la nueva colocación que a la acusada habíale sido ofrecida y en la que cumpliría con el mayor esmero. «La esposa del delegado Heyerdahl, por rica experiencia maternal y porque conocía a Barbro desde muchos años atrás, le había abierto de par en par las puertas de su casa. Que el Jurado poseído de su responsabilidad, dictase ahora la condena o el indulto.» Por fin, el defensor agradeció al fiscal el no haber propuesto la condena, en lo cual se reconocía lo profundísimo de su humana comprensión.

El abogado defensor se sentó.

Lo restante duró poco. La relación fue un breve resumen del caso, volviendo sobre lo mismo, considerado desde dos puntos de vista, y en estilo seco, tedioso y solemne. Todo había ido muy bien, y así el fiscal como el abogado defensor habían contribuido a facilitar la misión de la presidencia.

Se encendieron dos lámparas que colgaban del techo, y daban una luz mezquina bajo la cual el presidente lograba apenas leer sus anotaciones. Criticó duramente que la muerte del niño no hubiese sido comunicada a las autoridades civil y eclesiástica, pero, dadas las circunstancias expuestas y considerada la extrema debilidad de la madre, esto era obligación del padre de la criatura. Ahora cumplía a los señores del Jurado decidir si existían la ocultación del nacimiento y el infanticidio. Todo fue explicado una vez más de cabo a rabo. Siguió la exhortación usual a la responsabilidad ante los fines con que había sido instituido el Tribunal y, por fin, el conocido consejo de decidir, en caso de duda, a favor de la acusada.

Ahora todo estaba claro.

El Jurado abandonó la sala y se retiró para deliberar sobre el pliego de preguntas que a uno de sus miembros había sido confiado. Al cabo de cinco minutos comparecieron de nuevo con un «No» al lado de cada interrogación. La joven Barbro no había matado a su hijo.

El presidente pronunció unas palabras y declaró que la joven Barbro quedaba en libertad.

Los oyentes salieron de la sala. La comedia había terminado.

Alguien coge a Axel por el brazo: Es Geissler.

—Bien; ya estás libre del asunto este —le dice.

—Sí —repite Axel.

—Y te han citado bien inútilmente.

—Sí —repite Axel.

Pero entretanto había cobrado ánimos y continuó:

—En medio de todo, estoy contento de haber salido del lance a este precio.

—¡No hubiera faltado más! —exclamó Geissler, recalcando cada palabra.

Axel tuvo la impresión de que Geissler había intervenido. Sabe Dios si, al final, había orientado Geissler al Tribunal, llevándole a lograr aquel buen resultado que él mismo deseaba.

Lo que podía asegurar Axel era que todo aquel día Geissler le había prestado apoyo.

—Os doy mil gracias —le dijo, e intentaba estrecharle la mano, pero Geissler preguntó:

—¿De qué las gracias?

—Pues... por todo lo que habéis hecho por mí.

Geissler rechazó el agradecimiento.

—No he hecho nada que valga la pena.

Pero aquella gratitud seguramente no le contrariaba; era como si la obtuviera después de haberla esperado.

—No tengo ahora tiempo para hablar contigo —agregó—. ¿Sales mañana para tu casa? ¡Magnífico! ¡Ve con Dios, y hasta la vista!

Y Geissler siguió su camino, calle abajo.

En el mismo barco en que volvía Axel a su casa venían también el delegado y su esposa. Barbro, y las dos muchachas que fueron llamadas a declarar.

—¿No estás muy contento del resultado? —preguntó a Axel la señora delegada.

Él le manifestó su alegría de que la historia hubiera llegado al final. El delegado tomó la palabra:

—Es el segundo proceso por infanticidio que he tenido en la jurisdicción; el primero iba contra Inger de Sellanraa, y ahora nos hemos librado del segundo. No; la justicia no puede cerrar los ojos ante tales casos; merece satisfacción.

Pero la señora delegada tenía el convencimiento de que Axel no podía mirarla con buenos ojos por sus manifestaciones del día anterior, y ahora quería borrar la impresión, quería arreglarlo.

—Si ayer hablé contra ti, ya comprenderás por qué —le dijo.

—Desde luego —respondió Axel.

—Estoy segura de que lo comprendiste así. No ibas a creer que quisiera perjudicarte. Siempre te he tenido por un hombre intachable, te lo aseguro.

—Bien —fue toda la respuesta de Axel, contento y conmovido a la vez.

—Sí, por tal te he tenido —prosiguió la señora delegada—, pero me veía obligada a echarte encima una pequeña parte de culpa; de no ser así, hubieran condenado a Barbro, y a ti con ella. Tuve la mejor intención.

—Sí, es evidente, y os doy las gracias.

—Yo y nadie más fui la que recorrió la ciudad, de Herodes a Pilato, para influir a favor de vosotros dos. Debes de haber comprendido que si todos ante el Tribunal tuvimos que cargar un poco la mano sobre ti, fue en pro de la libertad de ambos.

—Sí —dijo Axel.

—Y ni un momento habrás creído que estuviera contra ti, ¿verdad? ¡Contra ti! Yo que te considero como un hombre de los mejores.

¡Qué bien le hacía esto a Axel después de tantas humillaciones! Tan conmovido estaba, que su único anhelo era regalar algo a la señora delegada, que le demostrara su gratitud: tal vez un cuarto de una res recién sacrificada en el otoño; tenía un buey joven.

La señora del delegado Heyerdahl hizo honor a su palabra: tomó a Barbro en su casa. Ya durante la travesía se hizo cargo de ella: no permitía que sufriera del frío o que le faltara nada; no toleró que coqueteara con el piloto. La primera vez que esto sucedió, la señora de Heyerdahl no dijo nada, pero llamó a Barbro. Esto no impidió que Barbro volviera pronto al lado del piloto, y coqueteara con él, ladeando la cabeza, y hablándole en el dialecto de Bergen, bañada la cara de una sonrisa venturosa. Volvió a llamarla la señora de Heyerdahl y le dijo:

—No puede ser de mi agrado, Barbro, que te pongas a hablar con hombres. Piensa en lo que has hecho y de dónde vienes.

—He sabido que es de Bergen y por eso he hablado un rato con él; nada más —replicó Barbro.

Axel no hablaba con la moza. Le complacía, no obstante, ver que su piel era fina y clara, que los dientes postizos le daban buen aspecto. No llevaba puestos los anillos.

Y ahora Axel recorre de nuevo las tierras solitarias. Ventea y llueve, pero él está radiante; ha visto en el desembarcadero la máquina segadora y el arado. ¡Cosas de Geissler! Allá en la ciudad no le había dicho nada del envío. Era un señor extraño.

El descanso no es duradero en el hogar de Axel; con las tormentas otoñales le sobrevinieron una labor penosa y unas molestias que él mismo se había aca-
reado: el telégrafo instalado en su casa le anunciaba averías en la línea.

La codicia le había perdido al aceptar la inspección de la línea. Le costaba disgustos desde el principio. Brede Olsen le había amenazado en cierto modo, cuando fue a su casa para recoger el material y las herramientas destinadas a la línea telegráfica.

—¿No piensas ya —le había dicho— en que te salvé la vida este invierno?

—Me salvó la vida Oline —replicó Axel.

—¿No fui yo quien te cargó sobre su pobre espalda y te llevó a tu casa? Por remate, no se te ocurrió otra cosa que comprar mi granja en subasta, dejándome sin techo para el invierno.

Brede estaba hondamente afligido.

—Anda con tu telégrafo y con todo lo demás —añadió—. Yo y mi familia iremos al pueblo y allí montaremos lo que tú no entiendes; algo así como un hotel y un café. ¡Ah! ¿Crees que no prosperaremos? Mi esposa podrá vender toda clase de víveres y a mí me será fácil también negociar, y ganar mucho más que tú. A ti, en particular, he de decirte, Axel, que podría fastidiarte con una serie de jugarretas, porque conozco muy bien todo lo referente al telégrafo: podría derribar postes, y romper hilos, y ya te veo saliendo a escape,

obligado a abandonar las labores del campo más apremiantes. Para tu gobierno te lo digo.

Ahora mismo tendría que haber bajado Axel al pueblo para recoger las máquinas en el desembarcadero y subirlas a su hacienda. ¡Hermosas como un cuadro, con sus colores y sus reflejos dorados! Podría tenerlas en casa hoy mismo, y contemplarlas, y estudiar su funcionamiento, pero la reparación urgente de la línea telegráfica se lo impedía. Claro que esto era un ingreso más.

Arriba, en el monte, encuentra a Aronsen. Parado en medio de la tempestad, semeja una aparición. ¿Qué le llamará por aquellos riscos? Seguramente no había tenido sosiego hasta subir y hacer él mismo un reconocimiento de las minas. El negociante Aronsen se preocupaba de sí mismo y de su porvenir. El monte abandonado le ofrece un cuadro de miseria y de destrucción: máquinas oxidadas, instrumentos de trabajo, carros, mucho de ello a la intemperie, y todo en la desolación. En varios puntos, pegados en las paredes de las barracas, se veían unos carteles escritos a mano, prohibiendo deteriorar las viviendas, el instrumental y los vehículos de la Compañía, o llevarse cualquier objeto.

Axel entabla conversación con el airado comerciante, preguntándole:

—¿Va usted de caza?

—¡Ah, si yo diera con él! —responde Aronsen.

—¿A quién se refiere?

—¿A quién, sino al hombre que me pierde y pierde a todos los que por ahí viven? Al que no quiere vender su parte de monte, impidiendo así la circulación y la industria que prodigarían el bienestar.

—¿Se refiere usted a Geissler?

—Sí, al tal Geissler me refiero.

—Estaba en la ciudad hace pocos días, y hubiera podido entrevistarse usted con él. Pero, según mi humilde opinión, no juzgo que se le pueda hacer responsable.

—¿Cómo que no? —pregunta Aronsen enfurecido.

—Temo que le hubiera hallado usted impenetrable, demasiado respetado por todos.

Discutieron un rato sobre esta afirmación. Aronsen se acaloraba cada vez más. Axel preguntó en tono de chanza:

—¿No nos irá a dejar usted solos en estos despoblados? ¿Se va usted para siempre?

—¿Crees tú, acaso, que quiero pudrirme en medio de vuestras charlas, no ganando ni el tabaco para mi pipa? —exclamó Aronsen, de mal humor—. Si me proporcionas un comprador, vendo en el acto.

—¿Un comprador? —exclama Axel—. La tierra de su propiedad es buena, con tal que usted la cultive. Le daría para vivir.

—¿No estás oyendo que no me gusta cavar la tierra? —gritó Aronsen, en medio de la tormenta—. Tengo mejores ocupaciones.

Axel sostenía que no era imposible dar con un comprador por aquellos montes, pero Aronsen hacía escarnio hasta de la sola idea de esta posibilidad.

—No hay en este yermo un solo hombre con dinero bastante.

—No diré aquí mismo, pero hay otras granjas.

—Aquí no hay más que pobreza y tacañería —gritaba Aronsen, furioso.

—Puede ser. Pero, en Sellanraa, pongo por caso, Isak podría pagarlo en el acto —rebatía Axel, ofendido.

—No lo creo —replicó Aronsen.

—Poco me importa lo que usted crea —dijo Axel, dispuesto a continuar su ruta. Pero Aronsen le llamó:

—¡Espera un momento! ¿Dices de veras que Isak podría librarme de Storborg?

—Sí —respondió Axel—. De cinco Storborg por lo que hace al dinero y a las condiciones.

En su ascensión Aronsen había soslayado a Sellanraa, no queriendo ser visto. Ahora entró en la casa y conversó con Isak.

—No —decía Isak, moviendo la cabeza—. No he pensado ni remotamente en eso.

Pero cuando Eleseus llegó por Navidad, Isak no parecía tan displicente. Por sí mismo no se había detenido nunca a acariciar una locura semejante; la ocurrencia de la compra de Storborg brotó en Isak cuando su hijo Eleseus declaró que era empresa para él. Entonces Isak empezó a echar sus cálculos.

El mismo Eleseus vacilaba. No estaba en contra, pero tampoco en pro. Si se quedaba en su tierra, él dejaría, en cierto modo, de ser él. Aquel sitio no era la ciudad.

En el otoño, cuando la gente del lugar había sido citada al gran interrogatorio en la ciudad, evitó ir porque le incomodaba encontrarse con aquellos pueblerinos que pertenecían a otro mundo. ¿E iba a volver ahora a aquel mundo?

Su madre quería que lo compraran. Sivert también. Y así ambos se unieron a Eleseus y un buen día bajaron en su vehículo a Storborg para ver de cerca aquella grandeza.

Aronsen, empero, ante la posibilidad de poder desprenderse de su finca, parecía otro por completo. No necesitaba vender, dijo. Y si se marchaba, podía dejar la finca sola, una finca *born constant*, una finca soberbia que vendería sin dificultad el día que se lo propusiera.

—Además —afirmaba Aronsen—, no me pagaréis lo que voy a pedir.

Anduvieron por toda la casa, vieron la cuadra, el granero y los mezquinos restos de géneros: armónicas, cadenas de reloj, cajas forradas de papel color de rosa, lámparas colgantes con prismas, en fin, mercancías que no comprarían los labriegos. Además, había quedado un resto de telas de algodón y varios cajones de clavos.

Eleseus se daba importancia examinándolo todo como un experto.

—Esta clase de mercancías no me sirven para nada —dijo.

—Tampoco hace falta que las compréis —replicó Aronsen.

—Pero os ofrezco quince mil coronas por la finca tal como está, con géneros, animales y todo, en fin —dijo Eleseus.

¡Oh! Le era indiferente a Eleseus. Si nombró un precio, fue únicamente por burla y por darse tono.

Volvieron a casa sin haber cerrado trato alguno. La oferta de Eleseus había sido algo denigrante y con ella había ofendido a Aronsen.

—No hago caso de lo que dices —manifestó Aronsen, tuteando a aquel botarate que pretendía enseñar al comerciante Aronsen a distinguir entre mercancías.

—No sé que hayamos comido juntos en el mismo plato —le replicó Eleseus con el mismo enojo.

¡Aquello podría dar lugar a una enemistad perpetua!

¿Pero por qué se había hinchado tanto Aronsen desde el primer momento y había hecho como si no necesitara vender? Es que Aronsen tenía sus motivos, porque abrigaba, otra vez, una especie de esperanza.

Abajo, en la aldea, se había celebrado una reunión destinada a deliberar sobre la situación que creaba la negativa de Geissler con respecto a vender su terreno. No padecían de ello solamente los alrededores; toda la jurisdicción luchaba con la muerte. Pero, ¿por qué no podía la gente seguir viviendo tan

bien o tan mal como antes de que se emprendiera la explotación de ensayo? No; no se avenían a ello, una vez acostumbrados a la sémola fina y al pan blanco, al buen paño, a los elevados jornales. Se habían acostumbrado a una vida regalada y a tener mucho dinero. Pero el chorro de oro se había agotado, o, semejante a un banco de arenques, se había perdido en la inmensidad del mar. ¿Qué hacer, Dios santo, en medio de aquella crisis?

No cabía duda de que el ex delegado Geissler quería vengarse de la aldea por el apoyo que había prestado a la autoridad que le destituyó. No había duda tampoco de que la aldea había rebajado los méritos de quien no sería tan necio, cuando, poniendo el insignificante obstáculo de exigir un cuarto de millón como precio de una gran extensión de monte, lograba detener la prosperidad común. ¿No era poderoso de veras? Axel Ström, el de la Tierra de Luna, sabía algo de esto. Barbro, la hija de Brede, había sido llamada a un juicio allá en la ciudad y había vuelto a su casa absuelta; y Geissler había asistido al juicio. Y quien se atreviese a decir que Geissler había abandonado toda actividad y que estaba arruinado como cualquier perdulario, que fuera a contemplar las máquinas caras que había regalado a Axel.

Geissler tenía en su mano la suerte de aquella comarca. Era forzoso entenderse con él. ¿Por cuánto vendería su parte del monte, como último precio? Aclararlo era un primer paso imprescindible. Los suecos le habían ofrecido veinticinco mil coronas, que él rehusó. Pero, ¿y si el pueblo, la comunidad, aportaba el resto, a fin de que la operación se realizara? No tratándose de una suma tan absurda, valía la pena. Lo mismo el comerciante que residía abajo en la costa, que Aronsen, el de Storborg, contribuirían también secretamente con su aportación, y andando el tiempo este desembolso redundaría en su beneficio.

Por fin, salieron dos hombres comisionados para hablar con Geissler, cuya vuelta era esperada.

Aronsen recobraba las esperanzas y se disponía a tratar con altivez al hombre dispuesto a comprar Storborg. Pero su soberbia iba a verse pronto aplacada. Al cabo de una semana volvieron los dos delegados con una negativa rotunda. Lo peor del caso, desde un principio, fue que uno de los comisionados era Brede Olsen, porque, como disponía de tiempo suficiente... Encontraron a Geissler realmente, pero no había hecho sino mover la cabeza y reírse. Les dijo:

—Volved a casa.

Pero les pagó el viaje de vuelta.

Así, pues, la comarca entera quedaba condenada a sucumbir.

Aronsen, luego de haber estado furioso cierto tiempo y sabiendo cada vez menos lo que convenía hacer, subió un día a Sellanraa y remató la operación. Eleseus obtuvo lo que deseaba por veinticinco mil coronas: una granja con sus paredes, su ganado y sus géneros. Al tomar posesión, se descubrió, por cierto, que la esposa de Aronsen había retirado la existencia de lana casi en su totalidad; pero un hombre como Eleseus no se ocupaba de pequeñeces semejantes.

—No seamos tacaños —era su lema.

En principio, Eleseus respiraba júbilo. Su destino estaba, pues, determinado; aquellas tierras solitarias serían su tumba. Abandonaría sus grandes planes. Ya no era un oficinista, ni podía aspirar a ser delegado; ni siquiera un caballero de la ciudad. Jactábase delante de su padre y de los demás de la casa de haber obtenido Storborg por el precio que él mismo ofreció, lo cual probaba su pericia en la materia. Pero el triunfo fue pasajero. Tuvo la satisfacción de que entrara también en el contrato el dependiente Andresen,

porque Aronsen no necesitaba ya sus servicios. Le halagó mucho que Andresen le preguntara si le permitía quedarse. Por primera vez se sentía amo y señor.

—Puedes quedarte —le dijo—. Necesito aquí un representante para cuando salga de viaje de negocios y para entablar relaciones con Bergen y Drontheim.

Y Andresen no era mal representante. Eleseus se dio cuenta en seguida de que era activo y vigilante cuando su amo estaba ausente. Únicamente, a poco de llegar a las tierras yermas, se las había dado Andresen de gran señor, y la culpa era de su antiguo dueño, Aronsen. Ahora la situación había variado. Cuando en la primavera los aguazales se hubieron deshelado un poco, Sivert de Sellanraa bajó a Storborg y empezó a abrir zanjas en el terreno de su hermano, y Andresen, el dependiente... fue también a ayudar en los pantanos a Sivert... por el motivo que fuera, pero nadie se lo exigía. Y es que era un hombre así. No estaba el suelo deshelado del todo, y las zanjas no podían cavarse muy hondas, pero hicieron al menos la mitad de la labor, que ya era mucha. Isak había querido en su tiempo desaguazar a Storborg para convertirlo en tierra de cultivo. En cuanto al negocio de la pequeña tienda, ya cumpliría su objetivo si los colonos vecinos podían prescindir de bajar al pueblo para comprar hasta un insignificante carrete de hilo.

Sivert y Andresen, pues, abrían zanjas y, de vez en cuando, recobraban aliento y entablaban animada conversación. Andresen se hallaba en posesión, no se sabe cómo, de una moneda de oro de veinte coronas, y Sivert codiciaba aquella pieza reluciente. Andresen no quería desprenderse de ella; la guardaba envuelta en un papel de seda dentro del baúl. Sivert propuso que se pelearan por ella y quedara para el vencedor, pero Andresen no se atrevió a entrar en ese juego. Entonces Sivert le ofreció por ella un billete de veinte coronas y además, trabajar él solo en el desagüe. Pero Andresen se creyó ofendido.

—¡Para que luego vayas y cuentes a los de tu casa —dijo— que no soy capaz de trabajar los aguazales!

Por fin, se pusieron de acuerdo: Sivert fue aquella noche a Sellanraa, y su padre le dio el papel moneda.

¡Capricho de una juventud rebosante de vida! Una noche en vela para ir y volver: dos millas de camino y, el día siguiente, de sol a sol, la labor acostumbrada, poca importancia tenían para el joven que anhelaba la moneda de oro. No quedaba excluida la posibilidad de que Andresen se burlara un poco de él y de su buen negocio; Sivert conocía un remedio para este caso: decir a Andresen unas palabras acerca de Leopoldine, por ejemplo: «¡Es verdad! Se me ha olvidado darte recuerdos de Leopoldine.» y Andresen quedaría sofocado y sin palabra.

Fueron días alegres para los dos aquellos pasados entre burlas y veras; disputando por broma, trabajando y vuelta a discutir. A veces, Eleseus se les juntaba dispuesto a ayudarles, pero se fatigaba en seguida; no era muy vigoroso ni tenía gran fuerza de voluntad. Un muchacho todo amabilidad, si se daba el caso, por ejemplo, que el zumbón de Sivert dijera:

—Ahí viene Oline. Vuelve a la tienda, y véndele media libra de café.

Y Eleseus iba y vendía a Oline cualquier insignificancia. Y mientras tanto no tenía que destripar terrones.

Sí; la pobre Oline necesitaba, de vez en cuando, unos granos de café, cuando, por una rareza, Axel le había dado dinero o ella disponía de un queso de cabra pequeño para trocarlo por algo. Esta vez se la veía algo cambiada. Para un anciano los quehaceres en Tierra de Luna resultaban en exceso pesados, la devoraban pero no tanto como para que se quejara del peso de la edad. ¡Ah! ¡Si a Axel se le hubiera ocurrido despedirla, ya le habría dicho cuatro verdades! Curtida, invencible, cumplía su trabajo y le sobraba tiempo

para platicar agradablemente con los vecinos, resarciéndose de lo que tenía que callar en la casa, pues Axel no era un orador, precisamente.

Oline no estaba conforme con el resultado del proceso que concedía a Barbro el indulto en toda la línea. Que la hija de Brede saliera sin pena de lo que a Inger de Sellanraa le costara ocho años de prisión, Oline no podía concebirlo, y le sobrevénía una rabieta, que no tenía nada de cristiana, cada vez que pensaba cómo «habían sido tan buenos para otra». «Pero el Todopoderoso no ha dado todavía su fallo», observaba Oline cabeceando. Y quería significar con esto un futuro castigo posible, venido del cielo. Como es de suponer, Oline no podía callar su despecho y, principalmente, cuando tenía alguna diferencia con su amo, le hacía, a su manera, alusiones y vaticinios.

—No sé cómo habrá cambiado hoy la ley contra los pecadores de Sodoma y Gomorra —decía, por ejemplo—. Yo me atengo a la Palabra de Dios, tan cándida soy.

Axel estaba más que harto de su ama de llaves, y, de no necesitarla, la habría mandado a freír espárragos. Con la constancia de las cosas, volvía la primavera y, tras ella, la recolección del heno. Y he aquí que Axel tuvo que valerse solo. ¡Qué perspectivas! Su cuñada de Amplia Vista había escrito a Heligolandia, su país, en busca de una mujer apta para ayudarle en todo; pero no tuvo éxito. De todos modos, Axel habría tenido que pagarle el viaje.

Había sido un acto reprobable el de Barbro el quitarse de encima el hijito y dejarle luego a él solo; dos inviernos y un verano hacía que Oline regía la casa, y, al parecer, había para tiempo. Pero, Barbro, la mala persona, ¿qué caso hacía de esta situación? Aquel mismo invierno, allá en el pueblo, había cambiado algunas palabras con ella, pero lejos de que le rodaran las lágrimas y se le helaran en las mejillas, permaneció indiferente.

—¿Qué ha sido de los anillos que te di? —le preguntó él.

—¿Anillos? —respondió ella.

—Sí; anillos.

—Ya no los tengo.

—¿Conque, no los tienes?

—Todo había concluido entre nosotros —dijo ella—; por lo tanto, no era propio lucir los anillos.

—Quisiera saber lo que ha sido de ellos.

—¿Los quieres? —preguntó ella—. No te hubiera creído tan bajo.

Reflexionó Axel un momento, y luego dijo:

—Te hubiera podido dar una compensación. No hiciste bien en desprenderte de ellos tontamente.

Nada. Barbro ni siquiera daba a Axel la oportunidad para recuperar el anillo de oro y el de plata.

No era ella ni dura ni fea. Llevaba un largo delantal a pliegues, con tirantes, y le rodeaba la garganta un cuello blanco tieso, que realzaba su lindo perfil. Pretendía la voz pública que tenía ahora un nuevo compromiso en el pueblo, pero esto, tal vez, era infundado. La señora delegada no dejaba de tenerla bien sujeta, tanto, que aquel año no le permitió ir al baile de Navidad.

Nadie aventajaba en lo vigilante a la señora delegada; mientras Axel discutía en la calle con su antigua sirvienta, a propósito de aquellos dos anillos, se les interpuso la señora delegada:

—Tendrías que ir por algo a la tienda —dijo a Barbro. Y, dirigiéndose luego a Axel—: ¿No podrías venderme una porción de carne fresca?

Limitose Axel a carraspear, y esto y un saludo cortés, fue, por lo pronto, toda su respuesta.

Era, no obstante, la señora delegada quien le había puesto por las nubes aquel otoño. Esto bien merecía ser correspondido. Hacía tiempo que Axel

conocía los usos de los agricultores para con los próceres, y en aquella ocasión pasada se le había ocurrido en seguida pensar en un buey joven que hubiera podido sacrificar. Pero pasó un día, y siguieron otros, y un mes, y varios meses; pasó el otoño, y la res vivía aún. Ningún mal le vendría por conservar una res para sí; regalándosela, empobrecería sin duda, pues era una res magnífica.

Carraspeó, pues, Axel, dio los buenos días, y respondió luego que no tenía ninguna res disponible. Como adivinándole el pensamiento, la señora delegada le dijo:

—He oído decir que tienes un buey joven. ¿Lo guardas para criarlo?

—Sí. Voy a criarlo.

—Bien. ¿Y no tendrías algún carnero?

—No, por ahora no. Es que sólo me he quedado con las reses que puedo criar.

—Bueno. Entonces nada —agregó la señora del delegado, y se marchó.

Camino de su casa en el carruaje, Axel pensaba en la conversación, y temía haberse portado tontamente. La señora delegada en momentos en pro, y otros en contra de él, había sido una testigo de calidad que contribuyó a salvarle del peligro de aquella enmarañada historia del cadáver de un niño enterrado en el bosque de su propiedad. Valía la pena de sacrificar un carnero, al fin. Cosa curiosa, esta idea coincidía con la memoria de Barbro; si él ofrecía al ama de Barbro el carnero, de rechazo impresionaría en favor suyo a Barbro.

Sucedieron de nuevo los días, y ningún mal le sobrevino por la demora. Cuando bajó de nuevo al pueblo, no llevaba ningún carnero. Eso no. Pero en el último momento había cogido un cordero, un cordero grande, por cierto, es decir, una res valiosa. Al presentarse delante de la señora delegada le dijo:

—Los carneros tienen la carne dura, y he querido ofrecerle algo de la mejor calidad.

Pero la señora delegada no quería saber nada de regalos.

—Dime lo que te he de dar por el cordero.

Poseída de un civismo austero, aquella señora no admitía que le pagaran lo que hacía por el prójimo. Y la cosa acabó realmente así: que Axel recibió buenos dineros por su cordero.

No vio a Barbro. Seguramente la señora, al enterarse de la llegada de Axel, procuró alejarla. Bueno. Barbro le había robado aquel año y medio que la estuvo necesitando como ayuda.

En la primavera aconteció algo tan inesperado como, a la vez, importante. Iba a reanudarse el trabajo en las minas de cobre. Geissler había vendido su terreno. ¿Había sucedido lo increíble? El tal Geissler era un señor desconcertante, del cual lo mismo podía esperarse que actuara como que se cruzara de brazos, o que moviera la cabeza en señal de afirmación. Una vez más todo un pueblo sonreía por obra y virtud suya.

¿Le había movido, al fin, su conciencia a no permitir por más tiempo que, por culpa de él, los aldeanos vivieran en la escasez, alimentándose de papillas? ¿O bien había embolsado su cuarto de millón? También podía ser que Geissler necesitara dinero y tuviera que vender por necesidad. Al fin y al cabo, veinticinco mil o cincuenta mil coronas no son una bagatela. Por lo demás, se decía que su hijo había firmado la venta en su nombre.

El caso es que la empresa volvía a ponerse en marcha. Estaba allí el ingeniero de antes con otros trabajadores, y se reanudaron los mismos trabajos. Los mismos, pero enfocados de otro modo; al contrario que la primera vez. Todo estaba en el mayor orden. Volvieron los suecos, con brigadas de obreros, con dinamita y con dinero. Y también volvió Aronsen, el comerciante, dispuesto a comprar por segunda vez Storborg.

—No —declaró Eleseus—; no lo vendo.

—Usted venderá, seguramente, cuando el precio le parezca suficientemente aceptable.

—No; tampoco venderé entonces.

No; Eleseus no quería vender Storborg.

La cosa era que su suerte, en aquellos sitios apartados, como comerciante, no le parecía ahora tan mísera; tenía un hermoso mirador de cristales de colores y un dependiente que le hacía el trabajo mientras él se iba de viaje. Viajaba en primera, con gente distinguida. En más de una ocasión le vino la idea de hacer un viaje a América. Pero ya bastaban para alimentar sus recuerdos los viajes de negocios a las ciudades del Sur donde entablaba relaciones. No es que Eleseus llevara una vida opulenta, y fuera en un barco de su propiedad o celebrara orgías. ¿Orgías, Eleseus? Era, en realidad, de carácter raro; le tenían sin cuidado las muchachas; las dejaba a un lado, como si no le hablaran al sentido. Se portaba, eso sí, como hijo que era del margrave: viajaba en primera y adquiría variados artículos. Volvía cada vez de sus rutas un poco más refinado y exigente; últimamente volvió calzando botines.

—¿Llevas dos pares de zapatos? —le preguntaron.

—Sí; se me enfrían fácilmente los pies —les explicó Eleseus. Y la gente le compadecía.

¡Días venturosos, de señorío y de ocio! No; no vendería Storborg. No era caso de volver a la pequeña ciudad, obligado a tratar con los labriegos como dependiente de una quincallería. Ahora tenía un dependiente a sus órdenes. Además, confiaba en que la actividad industrial se desarrollaría pronto enormemente en Storborg; habían vuelto los suecos, que inundarían de dinero la comarca, y sería una necesidad vender ahora. A Aronsen le despachaba cada

vez con negativas y el comerciante estaba vencido y espantado de su propia necesidad que le llevó a abandonar aquellas tierras.

Pero, ¡ay...! Aronsen no tenía por qué extremar los reproches que se hacía, y Eleseus no hubiera hecho mal en moderar sus grandes esperanzas. En cuanto a los colonos y los vecinos de la aldea en general, no tenían por qué confiar demasiado en el porvenir, ni frotarse las manos sonriendo, como hacen los angelitos porque son bienaventurados. ¡Quién lo creyera! La excavación de la mina no podía empezar mejor pero era al otro lado del monte, a dos millas, en el extremo sur de la propiedad de Geissler, en un distrito en el que nada tenían que ver los moradores de la otra parte. Desde allí, el trabajo seguiría poco a poco hacia el Norte, hasta llegar al primer yacimiento de cobre, hasta el de Isak. Entonces sí podría convertirse en una bendición para colonizadores y aldeanos. Pero en el mejor de los casos, eso tardaría años, tal vez generaciones.

Fue este convencimiento como la más terrible explosión de dinamita, ensordecedora, desvanecedora. Los aldeanos cayeron en la aflicción y el desasosiego. Escarnecían la memoria de Geissler: el maldito Geissler que volvía a burlarse de ellos. Algunos asistieron de mala gana a una reunión, y enviaron luego a la Compañía, al ingeniero de las minas, una representación de personas de confianza. A nada condujo este paso. El ingeniero les expuso cómo y por qué el trabajo debía empezar en el lado sur. El sitio era más cercano al mar, y así podían prescindir del funicular aéreo y dejar reducido a casi nada el transporte. Era imprescindible que el trabajo empezara por la parte sur. Holgaban las discusiones.

Aronsen subió en seguida al nuevo terreno de actividad, al manantial de oro. Pretendía llevarse al dependiente Andresen.

—¿Quieres quedarte en este yermo? —le decía—. Ganarás yendo conmigo.

Pero el dependiente no quería, aunque parezca increíble, abandonar el yermo. Algo le atraía, le arraigaba allí. Andresen había cambiado, sin duda porque las tierras yermas eran como siempre. La gente y las circunstancias eran las de antes. Desaparecía la industria minera, pero no por esto perdió el seso ninguno de los pobladores; tenían sus cultivos, sus cosechas, su ganado. No abundaba la moneda como antes, pero tenían todo lo necesario para vivir, todo absolutamente. Ni Eleseus desconfiaba; lo peor era que, llevado por el primer entusiasmo, se había cargado de una porción de artículos invendibles, que ahora quedaban como adorno en la tienda, y para honrarle.

No; los habitantes del yermo estaban lejos de perder el juicio. Hallaban sano el aire de aquellos sitios; bastábales con que un cierto número de personas admiraran sus trajes y vestidos; no echaban de menos las piedras preciosas, y en cuanto al vino, lo conocían por lo de las bodas de Caná. El habitante del yermo no penaba por los hijos a los que había de renunciar. El arte, los periódicos, el atavío, la política, valían según el precio que la gente quería darles, y nada más. Pero la bendición de las cosechas tenía que ganarse a fuerza de músculos, a cualquier precio, y aquí estaba el principio base, la fuente de todo y de todos.

¿Quién decía que la vida del colono era vacía y triste? ¡Nada de esto! El campesino reconocía unas fuerzas superiores, tenía sus sueños, sus ilusiones, sus afectos. Un día, al anochecer, Sivert anda por la orilla del río y, de pronto, se detiene. Flotan en el agua dos patos salvajes, macho y hembra. Le han notado; se han dado cuenta de la presencia del hombre y están recelosos; una de las aves dice algo: emite unas voces, una melodía en tres tonos; y la otra le responde. Inmediatamente, levantan las alas los dos patos y vuelan corriente arriba, a un tiro de piedra, donde vuelven a posarse en el agua. Es el mismo lenguaje que la otra vez: ¡algo tan etéreo, tan del cielo! Sivert, parado en la

orilla, contempla los dos patos, les sigue en su vuelo al reino de los sueños. Ha resonado algo en su interior, una onda de dulzura ha inundado su pecho. Algo ya vivido, de una belleza y una fuerza primitivas únicas, cuya imagen real se hubiera borrado, renace en él. Vuelve a su casa despacio y no habla a nadie de lo visto, porque las palabras terrenales no bastan. Esto fue lo que sucedió un día a Sivert de Sellanraa, un joven sin talento extraordinario.

Y no fue ésta la única aventura. Otra le tocaría vivir, que promovió cierto desorden en la vida interior de Sivert: el despido de Jensine, la sirvienta de Sellanraa.

Sí; un día, por su propia decisión, Jensine se despidió de Sellanraa. Nadie pretendía que Jensine fuera una cualquiera. Cierta domingo Sivert le había ofrecido dar una vuelta con el carruaje y volverla a su casa. Entonces la muchacha lloró; pero más tarde le remordieron las lágrimas y no dejaba de proclamarlo así, marchándose.

Nada podía complacer tanto a Inger como el verse libre de Jensine; estaba ya algo descontenta de sus servicios. No hubiera podido reprocharle nada en concreto, pero parecía mirarla con hostilidad y como si con su presencia le hiciera insostenible la casa. Esto podía relacionarse muy bien con el estado de ánimo de Inger, todo el invierno apesadumbrada y ensimismada.

—¿Quieres marcharte? Está bien. Vete.

Aquello era una bendición, era la respuesta a sus oraciones nocturnas. Quedaban en la casa otras dos mujeres. ¿Qué precisión tenía de aquella lozana Jensine, ya casadera? «Como yo en otros tiempos», decía Inger entre sí.

Su gran piedad no decaía. No era de naturaleza disoluta. Es cierto que había catado, ligeramente, los goces de la pasión, pero nada de seguir así siempre. ¡Ni pensarlo! Inger rechazaba los repugnantes pensamientos contrarios a este convencimiento. Dios sea loado, ya no estaban allí los

trabajadores de la mina. La virtud era, no solamente tolerable, sino necesaria, un bien necesario, una gracia.

Pero el mundo era malo. Allí estaba Leopoldine, una niña, un germen, desbordante de salud, y de pecado. En cuanto un brazo le rodeara el talle se desvanecería. ¡Qué asco! Tenía ahora granitos en la cara, muestra de una sangre ardiente. La madre se acordaba muy bien de que así había empezado a andar su propia sangre. No es que condenara a la hija por esos granitos en la cara, pero hubiera querido que desaparecieran. ¿Qué necesidad tenía el tal Andresen, el dependiente, de subir los domingos a Sellanraa y hablar con Isak de los cultivos? ¿Habríanse imaginado uno y otro que Leopoldine no se daba cuenta de nada?

Loca era la juventud treinta, cuarenta años atrás; pero ahora había empeorado.

—Tenemos la primavera encima —dijo un día Isak—, y Jensine ya no está en casa. ¿A quién emplearemos en las labores del verano?

—Leopoldine y yo trabajaremos —afirmó Inger—. Día y noche trabajaré si conviene —gritaba Inger, excitada, a punto de llorar.

Isak no se explicaba esta explosión; pero tenía sus planes y, dirigiéndose con azada y pico a la orilla del bosque, la emprendió contra una piedra. Isak no podía comprender cómo la moza Jensine les había abandonado. Era muy apta. En principio, Isak sólo comprendía lo inmediato, el trabajo, la tarea que se cumple de un modo natural y noble. Corpulento, vigoroso, nadie menos astral que Isak; comía como todo un hombre, le aprovechaba, y por esto era raro que perdiera la serenidad.

Muchas piedras había allí, pero tenía que comenzar por una de ellas. Isak ve acercarse el día en que será preciso levantar una casita, un hogar que sea el suyo y el de Inger. Allanaría un poco el terreno. Sivert está en Storborg, y se

evita así darle explicaciones. Naturalmente, vendrá el día en que Sivert necesitaría lo edificado hasta la fecha, y para entonces conviene que los padres tengan a punto una vivienda. Era cosa de nunca acabar eso de las construcciones; faltaba también el henil contiguo al establo de mampostería; pero todo el material de madera estaba a punto.

Ahora daba con esa piedra, que, por lo que asomaba, no parecía ser muy grande. Pero no se movía. Cavó más hondo y tanteó de nuevo. Nada. Fue a su casa por una pala para quitar la tierra sobrante. Cavó luego de nuevo, y probó, pero sin resultado. «Esto sí que es un bloque», pensó Isak, sin impacientarse. No se cansaba de cavar, y la piedra parecía cada vez más profundamente hincada en la tierra, y no había por dónde embestirla. Sería fastidioso verse obligado a hacerla saltar con dinamita. Al agujerearla se oírían los golpes de lejos, y esto llamaría la atención en la casa. No contento con cavar, Isak recurrió a la palanca. Nada. Cavó de nuevo; empezaba a molestarle la piedra aquella, y arrugaba la frente, con los ojos puestos en ella, como si sólo estuviera allí para examinarla y la hallara muy estúpida. Empezó a criticarla: no había por dónde coger aquella piedra, redonda y necia, que hasta parecía deformada. ¿La haría saltar? Ni pensarlo. No valía la pena de derrochar la pólvora a más de las fuerzas. Como temiendo que pudiera ser superior a sus facultades, estuvo tentado de dejarla en su sitio. Cavaba Isak, bañado en sudor. ¿Con qué resultado? Por fin asestó la punta de la palanca en la parte inferior y probó sus fuerzas. La piedra no se movía. La técnica no podía ser más exacta, pero el resultado no respondía. ¿Qué sucedía? ¿Se habría hecho viejo? ¡Je, je! ¡Tenía gracia! ¡Qué ridiculez! El otro día había notado síntomas de que sus fuerzas disminuían. Es decir, no lo había notado, no le preocupaba, eran imaginaciones... Se acerca a la piedra, decidido a levantarla.

No era una nonada el acto de echarse Isak sobre una palanca haciendo fuerza. Allí está encorvado, y hace presión y más presión ciclópeamente; con una fuerza extraordinaria, con un torso que parece llegar a las rodillas. Estaba como revestido de una pompa, de una magnificencia singulares; su ecuador era colosal.

Pero la piedra no se movía.

Nada daba resultado; tuvo que cavar más hondo. ¿Haría saltar la piedra? ¡Cállate! No; cavaría más hondo. Su celo aumentaba. La piedra había de salir de la tierra. No se puede decir que hubiera pizca de perversidad en este tozudo empeño; era el rudo cariño de agricultor que quiere hacer la tierra productiva. La escena resultaba algo cómica. Isak empezó por dar un rodeo para ver la piedra, y haciendo pala de sus manos, apartó la tierra. Pero en todo eso no había traza de caricia. Se acaloraba en el empeño. ¿Y si tomara otra vez la palanca? La colocó donde creía que podía dar mejor resultado. Nada. ¡Qué provocación, qué obstinación de piedra! Tal vez ahora. Isak empieza a confiar, el trabajador de la tierra tiene la sensación de que la piedra no es ya invencible. La palanca resbala y derriba a Isak, «¡Maldita sea!», dice sin querer. Al mismo tiempo, la gorra se le ha caído a un lado de la cara, dándole un aspecto de pícaro. Isak escupió.

Comparece Inger.

—Es hora de comer, Isak —le indica, con el mayor agrado.

—Sí —responde él; pero no quiere que se acerque más ni admite el diálogo.

Sin darse cuenta de nada, Inger se adelanta.

—¿Qué nuevo plan tienes? —le pregunta, deseosa de halagarle, poniendo en evidencia que cada día sale con algo inesperado y grandioso. Pero Isak está encolerizado, lo está en grado sumo, y le responde:

—No lo sé.

A Inger todo se le va en preguntas y en noticias, y no se mueve del sitio, la muy necia.

—Ya lo has visto —contesta Isak—; no he de negarte que quiero levantar esta piedra.

—¿Quieres sacar la piedra? —pregunta ella.

—Sí.

—¿No podría ayudarte?

Isak mueve la cabeza en ademán negativo, pero el rasgo de Inger le parece generoso y no puede rehusarlo.

—Si quieres esperarte un poco... —le dice, apresurándose en busca del martillo de forja y de un escoplo.

Si escogiendo el punto rompiera un poco la piedra demasiado lisa, la palanca hallaría mejor apoyo. Inger aguanta el cincel y el hombre da unos golpes. Va bien; saltan los tasquiles.

—Gracias por haberme ayudado —dice Isak—. Y podéis empezar a comer, porque primero he de sacar esta piedra.

Pero Inger no se va. Y, en el fondo, a Isak le complace verla allí, contemplando su labor, como solía hacerlo en otros tiempos. Isak ha encontrado un magnífico punto de apoyo para la palanca, y se esfuerza... y la piedra se mueve.

—¡Se mueve! —exclama Inger.

—¡Bromas, no! —reconviene Isak.

—¿Yo, bromas? ¡Se mueve, te digo!

Sí; ya había logrado que la piedra se moviera; la había ganado en su favor, y ahora trabajaban a dos. Isak levanta la palanca y la piedra se mueve un poco, pero nada más. Isak repite un rato más el juego, pero el resultado es

nulo. De pronto, se da cuenta de que no se trata de si el peso de su cuerpo basta. ¡Es que no tiene ya el vigor de antaño! Ahí está el punto flaco. ¿Qué puede el peso de su cuerpo sin la flexibilidad requerida? No significa nada echarse encima de la palanca hasta romperla. Tenía, al parecer, menos fuerzas. Y esta convicción llenaba de amargura el alma del hombre sufrido. ¡Si al menos Inger no hubiera estado delante!

De pronto echa mano al martillo. La cólera se había apoderado de él y estaba dispuesto a recurrir a la violencia. La gorra se inclina todavía sobre una oreja, dándole un aspecto de bandolero. A grandes trancos, da una vuelta alrededor de la piedra, como si quisiera demostrarle a ésta con quién se las había. Dijérase que se dispone a dejarla convertida en ruinas. ¿Qué le impedía hacerlo? Romper una piedra odiada a muerte es cuestión de pura fórmula. Pero, ¿y si la piedra oponía resistencia? ¿Y si no se dejaba convencer? ¡Ya se vería quién de los dos era el superviviente! Adivinando lo que bulle en él, Inger dice, un poco atemorizada:

—¿Y si los dos nos abalanzáramos sobre la vigueta? (Por vigueta entendía la palanca.)

—¡No! —grita Isak enfurecido. Pero, después de reflexionar, concede—: Ya que estás aquí... No entiendo por qué no vuelves a casa. ¡Vamos a probar!

Y logran remover la piedra, que cae de lado. ¡Albricias!

—¡Uf! —resopla Isak.

Entonces se manifiesta a sus ojos algo inesperado: el lado inferior de la piedra es una superficie plana, lisa como un pavimento. Aquella piedra no es más que la mitad de una piedra, cuya otra parte no puede estar lejos. Isak sabía que puede suceder muy bien que las dos mitades de una piedra ocupen en la tierra un asiento distinto cada una, tal vez a causa del hielo que al cabo de larguísimo tiempo ha separado las dos partes. El hallazgo le complace

extraordinariamente. La piedra es la más adecuada para el umbral. Una fuerte suma de dinero no hubiera llenado de tal satisfacción el alma del habitante de aquellos sitios.

—Es un umbral excelente —anuncia con orgullo.

Y ella, crédula, exclama:

—No comprendo cómo pudiste adivinar la piedra.

Isak carraspea y dice:

—¿Crees tú que he estado cavando la tierra por nada?

Vuelven juntos a casa. Isak rodeado de una aureola inmerecida, no muy distinta de la auténtica. Isak explica a Inger cómo había estado mucho tiempo en busca de una piedra apta para el umbral hasta que, por fin, la ha encontrado. Desde ahora ya no será sospechoso verle trabajar en el terreno edificado; podrá desmontar cuanto quiera, pretextando que busca la otra mitad de la piedra. Y cuando Sivert llegó, Isak hasta solicitó su ayuda.

Pero si ya no podía ir solo para sacar una piedra, es que todo cambiaba; y con ello la cosa se ponía seria, y era preciso construir de prisa. La vejez había alcanzado a Isak y empezaba a estar a punto para que le echaran al desván. Fue extinguiéndose, al paso de los días, el triunfo que se atribuyera al hallar la piedra para el pretendido umbral. Fue un falso triunfo, y efímero. E Isak empezó a andar algo encorvado.

¿No hubo, acaso, en su vida un tiempo en que su atención, su fino oído captaba en seguida las palabras «piedra» o «zanja» que alguien decía? En aquel entonces debía guardarse quien, siquiera con la mirada, intentara rebajar la importancia del desagüe de un pantano. Ahora, más lento, más ponderado, empezaba a considerarlo todo con tranquilidad. Sí; ¡Dios santo, nada era como antes! El antiguo yermo aparecía transformado. No estaba allí en aquel entonces la línea telegráfica, atravesando el bosque; arriba, junto al lago, las

rocas del monte quedaban enteras y sin excavar. ¿Y la gente? ¿Decía todavía: «¡Dios os guarde!», al entrar, y: «¡Quedad con Dios!», al despedirse? Ahora saludaba con un ademán y, a veces, ni aun eso.

Pero antes tampoco había en Sellanraa más que una choza de tierra de turba. ¿Y ahora? Y antes tampoco existía un margrave. Ciertamente. Mas, ¿qué era ahora el margrave? Un viejo triste y reseco. ¿De qué sirve comer y tener buenos intestinos si lo que se come no se transforma en fuerza? Quien gozaba ahora de todo su vigor era Sivert; y suerte de ello. Pero, ¿qué no sería si pudieran reunirse las fuerzas de entrambos? ¿Qué sentido tenía que su ruedecita empezara a moverse más lentamente? Había trabajado como todo un hombre, llevado sobre sus espaldas cargas de acémila. Y ahora tenía que demostrar constancia en sentarse aquí y allá en un taburete.

Isak está descontento. Isak está melancólico. Allá, en la colina, yace en el suelo un viejo sombrero de marinero. El viento lo ha arrastrado hasta aquel sitio, o tal vez los niños, cuando aún jugaban. Año tras año, el sombrero se va pudriendo. Fue un sombrero vistoso de marinero, de color amarillo. Isak se acuerda de que al llegar él a casa, Inger dijo que el sombrero era un buen sombrero de marino. Un par de años más tarde Isak lo había dado a teñir de negro charolado, y el ala de verde, a un pintor que residía en la aldea. A Inger le pareció más bonito que antes; todo le agradaba.

¡Qué tiempos, qué tiempos aquéllos! Él abatía troncos y los ojos de Inger le seguían en la faena; fue el tiempo más hermoso de su vida. Y al llegar abril y mayo, él e Inger se enamoraban, como los pájaros, como los animales que recorren el monte. Y en mayo sembraba él el grano, y enterraba las patatas, y estaba ocupado de día y de noche. Trabajo y descanso, amor y ensueño. No desmerecía él entonces en vigor de su primer toro, una bestia preciosa, grande

y luciente como un rey, cuando echaba a andar con toda su magnificencia. Pero los años no devuelven aquel mayo. Eso se acabó.

Durante unos días Isak estuvo decaído. Días sombríos. En nada hallaba gusto, ni tenía fuerzas de empezar por el henil su plan de construcción. Sivert lo haría tarde o temprano. Sería mejor construir una morada donde quedar arrinconado. No pudo ocultar a Sivert por mucho tiempo el destino que pensaba dar a aquel terreno que se extendía al borde del bosque.

—Esta piedra —expuso— es buena para cuando nos decidamos a emprender las obras; y ésta es también buena.

El semblante de Sivert no se inmutó.

—¡Hermosos sillares! —dijo.

—¡Ya lo creo! Hemos estado desmontando tanto tiempo, a la caza de la segunda piedra para el umbral, que ha resultado un magnífico terreno edificable.

—No será mal terreno, es verdad —aprueba Sivert, dejando resbalar la mirada por su extensión.

—¿No te parece? Podríamos construir una casita para los visitantes; para cuando vengan forasteros.

—Sí.

—Podría tener una sala y un dormitorio. Nos vemos privados de hacer un buen papel cuando vienen personas como aquellos señores de Suecia. ¿Qué te parece si pusiéramos también una cocinita, por si quieren utilizarla?

—Sí; una cocinita es imprescindible. Que no se rían de nosotros.

—¿Tú crees...?

Y calló el padre. Sivert era un muchacho despierto, a quien nada pasaba por alto de lo que los señores de Suecia necesitan.

—Si estuviera en tu lugar, levantaría un granero, adosado a la pared norte. Sería muy cómodo para ellos, si dispusieran del granero, para tender la ropa en él.

Callan y prosiguen en la selección de los sillares. Al cabo de un rato, pregunta el padre:

—¿No ha vuelto Eleseus?

Sivert responde evasivamente:

—Llegará pronto.

Sucedía con Eleseus que estaba a menudo fuera de casa. Por su gusto lo hubiera pasado siempre de viaje. ¿No podía encargarse por carta los artículos que compraba en sus viajes? Claro que así los obtenía a mejores precios, pero ¿cuánto le costaban los viajes? ¿Su modo de pensar era tan original! ¿Qué haría con tanto paño de algodón y cintas de seda para capotitas de bautizo, y largas pipas, y sombreros de paja blancos y negros? No era género para los labriegos, y los parroquianos del pueblo únicamente subían a Storborg cuando no tenían dinero. Eleseus era, a su modo, muy listo, y bastaba ver con qué soltura escribía o echaba cuentas sobre la pizarra.

—¿Si yo tuviera tu cabeza! —le decía la gente.

Y era cierto que le quedaban a deber mucho dinero. Los aldeanos no acababan nunca de pagar deudas, y hasta un pordiosero como Brede Olsen subió a Storborg aquel invierno dispuesto a comprar de fiado algodón, café, melaza y velas.

Isak ha gastado ya mucho dinero con Eleseus, y su negocio, y sus viajes; poco le queda de la reserva de lo que sacó de la venta de su zona minera. ¿Y luego, qué?

—¿Cómo piensas que acabará lo de Eleseus? —pregunta repentinamente.

—¿Cómo acabará? —repite Sivert para ganar tiempo.

—Parece que no le resulta.

—Él está muy esperanzado —observa Sivert.

—¿Habéis tratado del asunto?

—No; me lo ha dicho Andresen.

El padre reflexiona y mueve la cabeza.

—Eso no marcha —dice—. ¡Lástima de Eleseus!

Y el padre, que ya no estaba muy animado, se pone cada vez más sombrío.

Sivert sale ahora con una noticia:

—Vendrán otros colonos.

—¿Cómo!

—Sí; dos nuevos colonos. Han comprado más arriba de nuestra hacienda.

Isak se queda parado, empuñando la azada. Es una noticia de las mejores.

—Entonces, ya somos diez labradores de estas soledades —puntualiza.

Se informa más detalladamente de dónde se instalan, pues tiene en la cabeza toda la geografía de aquellos contornos. Y hace gestos de aprobación.

—Sí; bien pensado —concluye—. Tienen allí un bosque que les dará buena leña y buenos troncos. El terreno se inclina hacia el Sudeste.

Nada detiene a los nuevos pobladores; llegaba cada vez más gente nueva. La industria minera quedó interrumpida, sí; pero, lejos de resentirse del hecho, la agricultura medraba, y no tenían razón los que aseguraban que aquella comarca estaba muerta. Al contrario, cundía la vida: dos nuevos colonos, cuatro brazos más, campos, praderas, casas. ¡Oh, las verdes lomas rodeadas de su bosque; las barracas; las fuentes; los niños y los animales...! Crece el trigo en lo que fueron charcas donde sólo medraba la cola de caballo; las campanillas azules se balancean en las colinas, el sol dora los tréboles que crecen al pie de las casas. Y hay unos seres humanos que animan aquellos

espacios y hablan y piensan, al unísono, con el cielo y la tierra. He aquí el primero que se estableciera en las regiones solitarias. A su llegada se hundía hasta la rodilla en los charcos y entre los brezos; encontró una cuesta soleada y allí se afincó. Otros llegaron después de él y trazaron un sendero a través de la inculta tierra de nadie; y otros, después, hicieron de la senda una carretera. Isak tiene motivos para sentirse satisfecho y palpar de orgullo, porque es él quien asentó los fundamentos, él es el margrave.

—Sí, sí —dice Isak—; pero no podemos eternizarnos en el desmante de este terreno si pretendemos que el almacén para el forraje quede cubierto este año.

Y esto lo dijo llevado de una alegría y de una animación repentinas.

Una mujer sigue su camino, cuesta arriba, a través de la comarca solitaria. Cae una llovizna de estío; pero ella no se preocupa, porque en otras cosas tiene puesto el pensamiento; ansía saber si... Es Barbro, la hija de Brede; motivos le sobran para estar ansiosa, pues ignora cómo pueda acabar la aventura. La señora del delegado la ha despedido. Así están las cosas.

Da un rodeo para no acercarse a las granjas. Le sería desagradable encontrar a sus habitantes. Cualquiera de ellos adivinaría al momento el fin de su viaje, pues va cargada con un lío de ropa a la espalda. Sí; va hacia Tierra de Luna, y allí piensa quedarse.

Diez meses, que no es poco, ha servido a la señora delegada; no es poco, porque estuvo contando los días y las noches. Pero si piensa en la sujeción y en los pensamientos que vuelan y vuelan, aquello había sido una eternidad. Al principio, todo iba bien: la señora Heyerdahl se cuidaba mucho de Barbro, le regalaba delantales y otras prendas y era una dicha que la mandaran a tiendas ataviada con lindos vestidos. Había pasado la infancia en la aldea y conocía a sus vecinos desde los años aquellos en que iba a la escuela y besaba a los muchachos y hacía mil juegos con guijarros y conchas.

Durante dos meses todo fue como una seda. Pero luego la señora Heyerdahl vigilaba cada vez más, y al empezar las fiestas de Navidad se mostró muy severa con ella. ¿Para qué todo esto sino para empeorar las

buenas relaciones? No lo habría aguantado Barbro de no haberle quedado libres ciertas horas de la noche: de las dos a las seis podía estar casi segura de la impunidad, y se permitía ciertos placeres durante esas horas. Pero, ¿qué clase de muchacha era la cocinera, que no delataba a Barbro? Era la criada vulgar y se permitía también salir sin permiso. Y la una vigilaba en ausencia de la otra.

Pasó tiempo antes de que las descubriesen. No era Barbro de las que llevan escrito en la frente que ya no tienen nada que perder. ¿Perder? Barbro se resistía cuanto era necesario. Cuando un mozo la invitaba para un baile de Navidad, la primera vez decía que no, la segunda también; pero la tercera vez prometía:

—Veremos si puedo ir de dos a seis.

Así debe contestar una muchacha decente sin hacerse peor de lo que es y sin mostrar desvergüenza. Servicial y asidua, como buena sirvienta, no conoció otros placeres que divertirse locamente. Y no deseaba más. La señora delegada le hacía largos sermones y le prestaba libros. ¡Qué necia! ¡Prestar libros educadores a Barbro que había estado en Bergen, y leído periódicos, y frecuentado el teatro! ¡Ella no era una pueblerina cualquiera!

Algo debió sospechar la señora delegada. Un día, a las tres de la madrugada, se sitúa a la puerta del cuarto de las muchachas, y la llama:

—¡Barbro!

—¡Sí! —responde la cocinera.

—¿No está Barbro? ¡Abre!

La cocinera abre y da una explicación acordada:

—Barbro ha tenido precisión de ir a su casa.

—¿A su casa? Son las tres de la madrugada —dice la señora Heyerdahl, sin salir de su asombro.

A la mañana siguiente hubo un severo interrogatorio. Llamaron a Brede y le preguntaron:

—¿Ha estado Barbro con vosotros la pasada noche, a las tres?

Brede, aunque cogido de sorpresa, responde inmediatamente:

—Sí, a las tres. Hemos estado levantados hasta muy tarde, porque urgía hablar de algo muy importante —dice el padre de Barbro.

La señora declaró con solemnidad:

—Barbro no saldrá nunca más de noche.

—No; claro que no —responde Brede.

—Al menos mientras esté en mi casa —puntualiza el ama.

—¿Has oído, Barbro? lo mismo que yo te he dicho —añade el padre.

—Si llegara el caso, puedes ir a casa de tus padres por la mañana —insistió la señora delegada.

Pero no por eso abandona sus recelos la vigilante señora. Deja pasar una semana, y un día se levanta a las cuatro de la madrugada para hacer una prueba.

—¡Barbro!

La que ha salido esta vez es la cocinera. Barbro está en la casa, y el cuarto brilla como un ascua. La señora tuvo que recurrir a un pretexto verosímil:

—¿Entraste la ropa puesta a secar?

—Sí.

—Es conveniente, porque viene una tormenta. Buenas noches.

Le fastidiaba mucho a la señora Heyerdahl que su marido tuviera que despertarla en plena noche para llamar al cuarto de las sirvientas y enterarse de si estaban allí o habían salido. Sucediera lo que sucediera, no lo volvió a hacer.

Si la suerte contraria no se hubiera entrometido, Barbro habría podido acabar el año sin reñir con su señora. Pero sobrevino la catástrofe.

Fue por la mañana temprano; Barbro y la cocinera habían discutido un poco –o no tan poco–. Increpábanse en voz más alta cada vez, olvidando que la señora podía estar cerca. La cocinera se había portado mal, cambiando el turno de la escapatoria, por ser domingo. ¿Y qué excusa dio? ¿Pretextó acaso que había tenido que salir para despedirse de una hermana que partía para América? Nada de esto; lo único que se le había ocurrido decir es que estaba en su derecho disponiendo de aquella noche del domingo.

—¡No tienes honra ni sombra de verdad en el cuerpo, mala persona! –la increpó Barbro.

La señora Heyerdahl espiaba detrás de la puerta. Tal vez su primera intención había sido pedir explicaciones de aquellas voces, y hasta respondió a los buenos días de las muchachas. Pero de pronto fijó la mirada en el pecho de Barbro, se inclinó para ver más de cerca y, en medio del terror de las muchachas, la señora Heyerdahl dio un grito y retrocedió hasta la puerta. «Pero, ¿que será eso?», piensa Barbro, mirándose de arriba abajo. ¡Señores, si no era más que un piojo! Barbro no puede reprimir una sonrisa, y como le es familiar el reaccionar ante circunstancias no ordinarias, se sacude el piojo.

—¡No! ¡Al suelo, no! –grita la señora delegada–. ¿Estás loca? ¡Coge en seguida ese bicho!

Barbro empieza a buscar y, dueña ya de sí misma, finge haber dado con el piojo y lo echa a la lumbre de la cocina con un gesto teatral.

—¿De dónde ha salido ese piojo? –pregunta la señora, excitada.

—¿De dónde? –dice Barbro.

—Sí; quiero saber dónde has estado, de dónde lo has traído. ¡Responde!

Aquí cometió Barbro el error de no responder: «En la tienda.» Hubiera sido lo más acertado. Pero, no; respondió que, tal vez, habría traído el piojo la cocinera. Ésta se sublevó:

—¿Quién? ¿Yo? Ya te bastas tú sola para traer piojos.

—¡Pero eres tú la que ha pasado la noche fuera! —dijo Barbro.

Otro error; nunca debió decirlo. A la cocinera le pareció que ya no había para qué sujetar la lengua, y salió a la luz todo lo que se refería a las lamentables noches pasadas fuera de casa. Sube de punto la excitación de la señora Heyerdahl, que se dirige, no a la cocinera, sino a Barbro, la muchacha de la cual había salido fiadora. Tal vez se habría salvado todo si Barbro, inclinando la cabeza, como la caña al paso del viento, se hubiera postrado jurando que no lo haría más. Pero no fue así. La señora Heyerdahl tuvo que recordar a su sirvienta cómo se había desvelado por ella, y Barbro respondió de malos modos. Sí. ¡Tan tonta fue! O, ¿quién sabe?, acaso fuera lista y quería llevar lejos la cosa, para marcharse de una vez.

—Te salvé de las garras del león —le decía la señora Heyerdahl.

—En cuanto a eso —replicó Barbro—, preferiría que no lo hubiese hecho.

—¿Así me lo agradeces?

—¿Qué sacamos con hablar más? —dijo Barbro—. Tal vez habría pagado con unos meses de prisión, y asunto concluido.

La señora Heyerdahl se queda un momento estupefacta; abre la boca y la vuelve a cerrar. La primera palabra que pronuncia es para despedirla.

—Como queráis —responde Barbro.

En los días que siguieron a la catástrofe, Barbro ha vivido en casa de sus padres. No podía durar mucho aquello. Sus padres navegaban ahora viento en popa; la madre regentaba un cafetín muy concurrido; pero Barbro no podía vivir de esto, y tenía, por otra parte, sus buenos motivos que le hacían desear

una situación más estable. He aquí por qué aquel día, con su hatillo a la espalda, se había puesto en camino hacia las tierras solitarias. ¿Volvería a admitirla Axel? El domingo anterior ella misma había hecho publicar las amonestaciones.

Llueve, pero Barbro anda decidida, sin hacer caso del barro. Aún no ha llegado el día de San Olaf, y el sol alumbra hasta muy tarde. ¡La pobre Barbro! No repara en fatigas; tiene una intención fija; persigue un fin, y por eso acepta la primera lucha. En el fondo, nunca rehuyó las fatigas, ni fue ociosa, y por eso es una criatura bella y fina. Todo lo comprende en seguida, pero, a veces, emplea en perjuicio esa comprensión. No se hace ilusiones; ha aprendido a salir del fuego para caer en las brasas, sin que tales andanzas hayan perjudicado ciertas buenas cualidades suyas. No dará gran importancia a la muerte de un niño; pero un niño vivo no lo pasaría mal bajo sus cuidados. Además, tiene oído para la música, rasguea la guitarra acordadamente y canta con voz un poco ronca, que presta a su canto una melancolía agradable. Es tan generosa en todo que ha llegado a darse perdidamente sin sentir siquiera lo que perdía. De vez en cuando, llora sobre esto o lo de más allá, como si su corazón fuera a romperse; esto proviene de las emotivas canciones que entona, y es en ella poesía y suave gozo de la melancolía con que ha engañado a menudo a otros y a sí misma. Si esta noche tuviera la guitarra tocaría en ella algo para Axel.

Se las arregla de modo que atraviesa el patio de Tierra de Luna cuando todo duerme. ¡Vamos! Axel ya ha empezado a guadañar en los alrededores de la casa y a almacenar una parte del heno seco. Barbro supone que Oline ocupa su cuarto de siempre, y que Axel duerme en el henil, donde ella dormía antaño. Se escurre como ladrón nocturno, da con la puerta conocida y llama con voz discreta.

—¡Axel!

—¿Qué hay? —pregunta Axel en el acto.

—Soy yo, Barbro —y entra en el henil—. ¿No podrías recogerme por esta noche?

Axel, en paños menores, la mira. Es hombre de lento pensar.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Adónde vas?

—Eso depende de si te falta alguien para las faenas del verano —responde ella.

Axel pregunta, después de meditarlo:

—¿Has dejado tu colocación?

—Sí. En casa del delegado no me verán más.

—Bien podría hacerme falta alguien que me ayudara en verano —dice Axel—. Pero, ¿estás dispuesta a volver?

—No te preocupes por mí; mañana seguiré mi ruta. Mañana iré a Sellanraa y luego al otro lado de la sierra, donde tengo una colocación.

—¿Vas a salario?

—Sí.

—Bien podría ser que necesitara alguien este verano —repite Axel.

Barbro está calada de la lluvia, y va a mudarse con la ropa que lleva en el hatillo.

—No te preocupes de que esté delante —dice Axel, apartándose un poco.

Barbro se quita las ropas mojadas y, entretanto, hablan. Axel vuelve repetidamente la cara hacia ella.

—Ahora te ruego que salgas un poco fuera.

—¿Salir? —pregunta él.

En realidad no convidaba el tiempo a exponerse al raso. Axel, que no se ha movido, no acierta a quitar los ojos de la muchacha. «¡Es fantástico!»,

piensa el mozo. Y Barbro, como ensimismada, permanece, entretanto, inactiva.

Más tarde, sentados ambos sobre el heno, se comunican sus impresiones. Sí; no hay duda de que Axel necesitará una ayuda para el verano.

—Así me lo dijeron —asiente Barbro.

Aquel año Axel había tenido que segar y recoger el heno él solo; ya podía imaginarse Barbro sus apuros. Efectivamente, Barbro se hacía cargo de todo. Pero ella misma le había dejado un día sin su ayuda femenina y Axel no sabía olvidarlo; como tampoco el que se hubiera llevado los dos anillos. Para más vergüenza, no había podido quitarse de encima el periódico de Bergen, y hubo de pagar un año entero de suscripción.

—Era un periódico malísimo —dice Barbro dándole toda la razón.

Vencido por su condescendencia, Axel se sentía ablandado. Convino en que Barbro no estaba tan fuera de la razón al incomodarse por el hecho de que él hubiera quitado de manos de su padre la inspección de la línea telegráfica.

—Tu padre podrá recobrar el cargo —puntualizó—, porque yo pierdo tiempo en él.

—Sí —dijo Barbro.

Axel meditó un rato y le preguntó:

—Entonces, ¿piensas permanecer aquí solamente este verano?

—Será como tú quieras —respondió Barbro.

—¿Lo dices sinceramente?

—Sí; tu voluntad es la mía. No has de dudar más tiempo de mí.

—Bien.

—Sí. Y he previsto ya que nos echaran las amonestaciones en la iglesia.

¡Vaya! La noticia no era mala. Axel, echado, reflexionaba. Sí; esta vez iba de veras, y si no le traicionaba, tendría en casa mujer propia y ayuda para toda la vida.

—Hubiera podido tener una mujer de mi país —dijo—. Pero se trataba de pagarle el viaje de vuelta de América.

—¿Es que está en América? —preguntó Barbro.

—Cabalmente; fue allá el año pasado; pero no le gusta.

—No has de preocuparte más de ella —declara Barbro—. ¿Qué sería de mí? —y empieza a llorar.

—No he cerrado ningún trato con ella —aclara.

Ahora, Barbro, no queriendo ser menos, confesó que en Bergen hubiera podido casarse con uno que estaba al frente de una famosa cervecería, y muy considerado.

—Tal vez está penando todavía por mí —dice Barbro, sollozando—. Pero mira, Axel, cuando dos se han querido como tú y yo... Yo no puedo olvidar por más que tú me hayas olvidado.

—¿Quién? ¿Yo? —replica Axel—. No, si es por eso no has de llorar, porque nunca te he olvidado.

—¡Ah!

La confesión de Axel ayuda mucho a la moza.

—¿Qué tonterías! —dice ésta—. ¡Gastar tanto dinero para un pasaje desde América, cuando te basta mi ayuda!

Y le desaconseja el proyecto. Barbro parecía haberse metido en la cabeza hacerle feliz ella sola.

En el transcurso de la noche se ponen de acuerdo. Se conocían tiempo ha, y no era ésta la primera vez que hablaban de todo. Ajustaron la imprescindible boda para antes de la festividad de San Olaf y de la recolección del heno.

Holgaba todo disimulo, y era Barbro la que instaba con mayor celo. A Axel no le chocó ni le infundió sospechas, antes bien se sentía halagado con aquellas prisas, y atizaba la llama. Era un morador del país solitario, un hombre curtido por la intemperie; no era puntilloso ni sutil. La necesidad le obligaba a muchas cosas y él buscaba su propio provecho. Además, Barbro le parecía ahora más bella, una mujer nueva, más incitante que antaño, como la manzana madura para morder en ella. Las amonestaciones habían sido publicadas.

Ambos guardaban silencio sobre lo del cadáver del niño y el proceso.

Hablaban, en cambio, de Oline, y de cómo podrían quitársela de encima.

—Es preciso que salga de esta casa. No tenemos que agradecerle nada. Es una mujer murmuradora y llena de maldad.

Pero reconocían que era difícil librarse de ella.

Así que vio a Barbro aquella mañana, Oline adivinó lo que iba a suceder; le amargó, pero, disimulando, saludó a Barbro y le acercó una silla. Al correr de los días el mismo Axel iba por agua, entraba la leña, ahorrando así a las mujeres los trabajos más pesados. Oline había decidido quedarse en Tierra de Luna hasta su muerte, pero la llegada de Barbro desbarataba sus planes.

—Si hubiera en casa unos granos de café, te lo habría preparado —dijo a Barbro—. ¿Piensas ir a la sierra?

—No —respondió la moza.

—¡Ah! ¿No vas más lejos?

—No.

—Te diré que poco me importa. Entonces, ¿vas a la aldea de nuevo?

—Tampoco; esta vez me quedo aquí.

—¿Lo has pensado bien?

—Así parece.

La vieja espera un rato mientras trabaja en ella su instinto político.

—Entonces podré marcharme de aquí —anuncia—. Y me alegro.

—¿Un amo tan severo ha sido Axel para ti?

—¿Severo? ¿Él? Mira, no te burles de una vieja que sólo espera ya su eterna salvación. Como un padre ha sido Axel para mí, día tras día; como la Providencia. Decir lo contrario sería mentir. Pero no tengo aquí a ninguno de los míos, y me siento abandonada en un hogar extraño; todos mis allegados viven al otro lado de los montes.

Y no obstante, Oline se quedó en Tierra de Luna. Hasta después de la boda no podían prescindir de ella. Oline se resistió un tiempo, pero acabó accediendo, según decía, para complacerles y guardar la casa y el ganado durante los días de ausencia por las fiestas de la boda. Fueron dos días. Volvieron los recién casados, y Oline no se movía del sitio, aplazando de un día a otro la partida; una vez pretextaba una indisposición, otra vez parecía que iba a llover. Halagaba a Barbro diciéndole que en lo tocante a alimentación Tierra de Luna estaba mejor que nunca, y que ni del café tenían necesidad de privarse. Oline apelaba a todos los medios; pedía consejo a Barbro en cosas que conocía mejor que ella:

—¿Qué te parece? ¿He de ordeñar las vacas por el orden que ocupan en el establo, o bien empiezo por *Bordelin*?

—Como te plazca.

—¿No lo decía yo? —ponderaba Oline—. Conoces el mundo; has alternado con gente encumbrada y distinguida, y no te falta aprender nada. A mí, desdichada, no me ha ido tan bien.

No, Oline no retrocedía ante nada, y todo lo trataba con su política especial. Ponderaba a Barbro la buena amistad que le unía con Brede Olsen, su padre. ¡Qué horas felices había pasado platicando con él! Era Brede un

hombre de gran gentileza, tan amable, que no le había oído nunca una sola palabra áspera.

Pero ni Axel ni Barbro se conformaban con tener en casa por más tiempo a Oline, y Barbro le quitaba las faenas de las manos.

Oline no protestaba, pero con mirada de mala intención y alterada la voz decía:

—Bien sé que sois gente importante. Axel hizo en otoño un viaje a la ciudad. ¿No os visteis allí? ¡Claro! ¡Si estabas en Bergen! A él le llamaban a la ciudad sus negocios: la compra de la máquina segadora y el arado. ¿Qué son los de Sellanraa a vuestro lado? ¡No hay comparación!

Oline tiraba algunas indirectas. Pero ni esto le valía; sus amos no la temían. Un día le declaró Axel que era tiempo de que se marchara.

—¿Marcharme? —preguntó Oline—, ¿Y, cómo? ¿A gatas?

Con el pretexto de que su salud no era del todo buena y que las piernas no la obedecían, se negó a volver a su casa. Y mal no le iba, en verdad; privada de moverse en su campo de actividad habitual, decayó, y se puso seriamente enferma. Todavía se arrastró por el cortijo una semana, bajo las miradas furiosas de Axel. Ella, para darle más rabia, se complacía en no irse de allí. Y, por fin, se vio obligada a meterse en cama.

Lejos de esperar en silencio el desenlace, hablaba horas enteras y aseguraba que se repondría pronto. Quiso que la viera el doctor, lujo desconocido en aquellos parajes.

—¡El doctor! —exclamó Axel—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué? —dijo Oline, ablandando la voz, como sin comprender nada. Toda dulzura, aseguró que no quería ser una carga para nadie, y que pagaría al doctor de su bolsillo.

—¡Ah! ¿Puedes pagarle tú? —preguntó Axel.

—¿Crees que no puedo pagar? —replicó ella—. Además, no vais a permitir que acabe a los ojos del Redentor como una bestia.

Aquí Barbro intervino, preguntando:

—Pero, ¿qué mal es el tuyo? Te sirvo yo misma las comidas; es verdad que te he quitado el café, con la mejor intención...

—¿Eres tú, Barbro? —dijo Oline, volviendo los ojos hacia ella. La apariencia de la vieja era realmente lastimosa; tenía extraviada la mirada—. Será verdad lo que dices, Barbro, y una cucharadita de café, una gota, agravaría seguramente mi estado.

—No pensarías en el café si fueras como yo —dijo Barbro.

—¿No lo decía? Nunca has deseado la muerte de nadie, sino que se enmiende y viva... Pero, ¡qué veo! ¿Estás encinta, Barbro?

—¿Yo? —exclamó ésta. Y añadió con rabia—: Con tu charlatanería sólo sirves para la basura.

La enferma calla un momento, ensimismada, su boca tiembla, como para dibujar una sonrisa que no logra.

—Esta noche he oído que alguien daba voces —declara.

—No está en su juicio —susurra Axel.

—Muy cuerda estoy —replica Oline—. Era como si alguien pidiera auxilio. La voz venía del bosque o del arroyo. ¡Cosa más rara! Como el grito de un recién nacido. ¿Ha salido Barbro?

—Sí —dijo Axel—. Ya está harta de tus necesidades.

—No son necesidades; no estoy fuera de mi juicio, como pretendéis — afirma Oline—. No permitirá el Todopoderoso que me presente ahora ante el trono del Cordero con todo lo que sé de Tierra de Luna. Irás por el doctor, Axel, y así me repondré más pronto. ¿Cuál es la vaca que piensas regalarme?

—¿Qué vaca?

—La que me prometiste. ¿Es *Bordelin*?

—Estás hablando sandeces —dice Axel.

—Tú sabes muy bien que me prometiste una vaca el día que te salvé la vida.

—No; no lo sé.

Oline levanta la cabeza y le mira fijamente. Los pocos cabellos que le quedan son grises, y la cabeza se asienta sobre un largo cuello de pájaro; su aspecto es horrible, de bruja. Axel retrocede hacia la puerta dispuesto a emprender la retirada;

—Bien —prosigue la enferma—. Así eres tú. No hablemos más. También viviré sin la vaca, y no insistiré. Pero es bueno que te hayas manifestado como quien realmente eres. Lo sabré para otra vez.

Oline murió aquella misma noche, no se sabe a qué hora; al entrar en su cuarto, por la mañana, la hallaron ya fría.

¡La vieja Oline! Nació... Murió...

Ni Axel ni Barbro sufrieron un disgusto al enterrarla para siempre. No tendrían que estar en guardia; vivirían más desahogadamente. A Barbro vuelve a molestarle el dolor de muelas. Lo demás va bien, pero no es poca molestia verse obligada a llevar eternamente un paño de lana alrededor de la boca y tener que apartarlo al hablar. Axel no concibe un dolor de muelas tan pertinaz. Ya había notado con qué precaución mascaba.

—Pero, ¿no te habían puesto unos dientes postizos? ¿Y te duelen también?

—¡Déjate de bromas! —replica Barbro incomodada, sin considerar lo sincero de la pregunta. Y le informa, en medio de la desazón—: ¿No has visto cómo estoy?

Axel no comprende; se fija detenidamente en ella, y su vientre un poco turgente.

—¿No será que estás encinta?

—¡Ea! ¡Bien lo sabes! —responde ella.

Algo aturdido, se queda mirándola y echa sus cuentas; una semana, dos semanas; en la tercera.

—¡Qué he de saber yo!

Excitada por el diálogo, Barbro empieza a llorar amargamente en voz alta:

—¡Entiérrame pues, y así te deshaces de mí! —grita.

No; Axel no deseaba ver enterrada a su mujer. Es un hombre robusto que busca su provecho. No tiene la menor gana de andar entre rosas.

—Así, ¿no podrás trabajar en el campo este verano?

—¿Cómo que no podré trabajar? —replica ella espantada.

¡Las sonrisas que una mujer puede improvisar! Circula por su cuerpo un sentimiento de gozo histérico, mientras dice a Axel:

—¡Por dos voy a trabajar! Verás cómo podré hacer todo cuanto me propongas, Axel; y más todavía. Hasta que no pueda más, y feliz seré si te veo contento.

Hubo todavía lágrimas, y más sonrisas, y más ternuras. Ahora no tenían que temer de nadie. Puertas de par en par, el calor del verano, el zumbido de las moscas... Complaciente, abnegada, la voluntad de Axel era exactamente la suya.

Una vez puesto el sol, Axel ensaya la máquina segadora; quiere resegar todavía un pedazo para la mañana siguiente. Barbro sale, y se le acerca, como deseosa de solventar algo muy importante.

—Axel —dice—, ¿cómo se te ocurrió requerir a alguien de América? Hubiera llegado aquí en invierno; ¿y de qué te habría servido?

Esta idea se le ocurrió a Barbro y fue con ella a su marido, como si fuera necesario.

No lo era, en verdad. Desde un principio entendió Axel que metiendo de nuevo en casa a Barbro, le quedaba garantizada la ayuda femenina para todo un año. Es un hombre que no fluctúa, que no vive en la luna. Tiene mujer propia en el hogar, y no desdeña el continuar con su tarea de inspector de la línea telegráfica por una temporada más. Este cuidado representa al cabo de un año un ingreso que le viene muy bien para compensar el rendimiento de su granja, no tan abundante como él quisiera. Vive en la realidad y todo lo calcula y relaciona. Brede, que es ahora su suegro, no le ha de perjudicar en su ejercicio de inspector de línea.

La felicidad empieza a derramar sus dones sobre Axel.

11

Pasa el tiempo; acabó el invierno y llega la primavera. Isak tuvo que bajar un día al pueblo. En casa le preguntaban a qué iba.

—No lo sé en concreto —respondió. Pero limpió el carruaje, asentó el pescante y emprendió la bajada. Como era de esperar, iba provisto de víveres para Eleseus, y se los daría a su paso por Storborg. No salía carro de Sellanraa que no llevara algo para Eleseus.

No era un acontecimiento de poca monta la bajada de Isak. Ahora escaseaba sus visitas porque Sivert iba en su lugar. En las dos primeras granjas, los moradores se dicen al verle:

—Es Isak. A qué viene su ida al pueblo, quisiera saber...

A su paso por Tierra de Luna, Barbro está al pie de la casa con un niño en brazos.

«Esta vez es él mismo quien va a la aldea», piensa Barbro.

En Storborg, Isak detiene el carruaje.

—¿Está en casa Eleseus?

Eleseus se presenta. No ha salido todavía de viaje, pero su intención es esperar la primavera para visitar las ciudades del Sur.

—Tu madre te manda esto. No sé qué es; seguramente no será nada de particular.

—¿No hay también una carta o algo parecido?

—Sí —responde el padre, buscando en los bolsillos.

—Será de la pequeña Rebecca.

Eleseus toma la carta que esperaba, que abulta bastante.

—Lástima —dice a su padre— que vengas dos días demasiado pronto. Pero si puedes esperar un poco cargarás mi baúl.

Isak se ha apeado y cuida del caballo. Luego da una vuelta por los campos. Andresen, el dependiente, no parece mal agricultor en las tierras de Eleseus. Es verdad que Sivert le ha prestado buena ayuda con los caballos de Sellanraa, pero también ha desguazado Andresen por sus propios puños, al lado de un jornalero, que ha rellenado las zanjas de piedras. A Storborg le bastará hogaño el forraje de cosecha propia, y tal vez otro año Eleseus tendrá un caballo suyo. Y todo esto se lo debería al amor por la agricultura que demuestra Andresen.

Al cabo de un rato Eleseus anuncia a su padre que tiene el baúl a punto. Y a él se le ve dispuesto también a partir; viste un traje azul y lleva un cuello blanco, botines y un bastón en la mano. Llegará al pueblo dos días antes de la salida del vapor correo. Pero le es igual detenerse en el pueblo. ¿Qué más da que esté allí o en otro sitio?

Salen padre e hijo en el carro de Isak. El dependiente Andresen les desea buen viaje desde la puerta de la tienda.

Isak piensa en el hijo; quiere dejar todo el pescante para él, pero Eleseus no lo permite y se sienta a su lado. En Amplia Vista, Eleseus recuerda de pronto que ha olvidado algo.

—¿Qué es? —pregunta el padre. Eleseus no quiere decir abiertamente que ha olvidado el paraguas, y se limita a responder:

—No importa. Sigue adelante.

—¿Volvemos por ello?

—No. Sigue.

¡Maldita memoria! Esta vez tenían la culpa las prisas, al ver que el padre se impacientaba alrededor de la casa. En Drontheim compraría uno nuevo. Ningún mal había en tener dos paraguas. Pero está de tal modo indignado consigo mismo que baja del asiento y sigue a pie detrás del carro.

Como el padre a cada palabra ha de volver la cara y hablarle por encima del hombro, la conversación es entrecortada.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunta el padre. Y responde Eleseus:

—Unas tres semanas; cuatro, a lo sumo.

El padre expone su asombro de que en una gran ciudad la gente no se pierda. Eleseus le explica cómo él la ha recorrido y no se ha perdido nunca. El padre dice que no es del caso que vaya él solo sentado en el pescante.

—Estoy harto, sube ahora tú un rato.

Ya pasan a la altura de las dos últimas fincas del valle más cercanas al pueblo y se nota la proximidad de éste. Las dos nuevas colonias lucen visillos blancos en las ventanillas del cuarto que mira a la carretera y en el entramado del techo del henil hay un asta para la bandera que ondea al conmemorarse la fiesta del Diecisiete de Mayo.

—Hoy es el mismo Isak quien baja a la aldea —comenta la gente de ambas granjas al ver pasar el carro.

Por fin, Eleseus logra apartar el pensamiento de sí mismo y de sus cosas, y pregunta:

—¿Qué plan tienes para hoy?

Isak dice después de carraspear:

—No tengo, propiamente, ninguno.

Ya que Eleseus se disponía a hacer un viaje, no estaba de más que se enterara de las disposiciones de su padre, el cual declara que irá a recoger a Jensine, la del herrero.

—¿Te das ese trabajo habiéndolo podido hacer Sivert? —pregunta Eleseus. Y es que no veía más allá de sus narices y no tenía en cuenta que Sivert no vendría a buscar a la que tan orgullosa se había mostrado, y había abandonado Sellanraa. El henaje no había ido bien el año pasado. Inger se había esforzado de veras, Leopoldine había ayudado y, además, tenía el rastrillo mecánico tirado por un caballo. Pero el hecho era, en parte, de clase especial y, además, los prados estaban lejos. Sellanraa era, actualmente, una extensa heredad, y las mujeres tenían otras obligaciones: el numeroso ganado requería cuidados, las comidas exigían puntualidad y la elaboración de la mantequilla y del queso una asidua atención; y lo mismo el lavado y el amasar y cocer el pan. Madre e hija hacían un trabajo excesivo: No quería Isak otro verano como aquél. Decidió que Jensine volviera a Sellanraa, si estaba disponible. Más juiciosa que antes, Inger no se oponía a ello.

—Por mi parte —dijo— puedes hacer lo que quieras.

¡Oh! Se había vuelto ahora más dócil; no es ninguna minucia eso de recobrar el juicio. Pasados sus últimos ardores pasionales (el invierno había enfriado sus ímpetus), le quedaba sólo el ardor necesario para usos domésticos. Se conservaba muy bien, hermosa y gallarda, tal vez porque su florecimiento fue más bien tardío. Dios sabe cómo vienen esas cosas; todo tiene sus causas, y nunca una sola. ¿Y no la alababa sobremanera la mujer del herrero del pueblo? La primavera de Inger tuvo la contrariedad de su labio partido; luego le robaron seis años de su verano en medio de una atmósfera artificial; pero con la sangre ardiente que tenía, su otoño había de dar brotes silvestres. Inger es mejor que la esposa del herrero, una de las que con más

encono le hicieron reproches; algo maleada, algo torcida, sí, pero una naturaleza buena y valiosa.

Padre e hijo llegan ahora a la posada de Brede Olsen. Ha oscurecido. Llevan el caballo a la barraca y ellos entran en el local.

Brede Olsen ha alquilado aquella casa. Es un anexo propiedad del tendero; tiene dos salas y dos dormitorios. Está bastante bien y además el sitio es estratégico. El café tiene parroquianos fijos y se ve, además, frecuentado por los viajeros que esperan el vapor correo.

La fortuna parece, por fin, sonreír a Brede; ha dado con lo suyo, y se lo ha de agradecer a su esposa. Fue ella la que tuvo la idea de abrir un café y una posada, mientras allá en la memorable venta pública de Amplia Vista estaba expendiendo unas tazas de café. En aquella ocasión la entretuvo y complació sobremanera el ver correr la moneda entre sus dedos. Desde que se han establecido, todo ha ido viento en popa. Tiene ella un café en toda forma, tiene un albergue, cuyas alabanzas cantan los viajeros que pasan por él. Naturalmente, su segunda hija, que ha salido muy dispuesta, la ayuda mucho; pero, como es natural, su permanencia en el hogar es sólo cuestión de tiempo. Entretanto, todo sigue su ordenado curso, y eso es lo esencial. El principio fue decididamente afortunado, y más lo fuera si el tendero hubiese podido proveerles de un surtido constante de roscas y otras pastas para tomar el café; la gente que acudió en los días de la celebración del Diecisiete de Mayo, pedía en vano aquellas pastas. Fue una lección para el tendero.

Brede y los suyos viven lo mejor que pueden de su propia industria. Algunas de las comidas consisten en café y sobrantes de pastas, pero también esto mantiene el cuerpo y el espíritu, y los pequeños adquieren un aspecto más que fino, distinguido, por decirlo así.

«No todo el que quiere puede vivir de café y pastas», dicen los del pueblo. Los Brede tienen hasta un perro que ronda a los huéspedes para cazar algún bocado, y le luce el pelo. Un perro como aquél es una buena propaganda en una posada.

Brede Olsen, jefe de la industriosa familia, ha medrado. Vuelve a ser el alguacil y compañante del delegado, y durante algún tiempo ejerció gran actividad en esos oficios. Desde que en el otoño su hija Barbro tuvo diferencias con la señora delegada, y fue despedida por culpa de cosa tan pequeña como es un piojo, los señores no volvieron a mirar a Brede con tan buenos ojos. No ha perdido mucho con esto, pues tiene otros señores que le solicitan, principalmente para hacer rabiar a la señora delegada; el doctor le tiene como el mejor de los cocheros, y la señora del pastor no posee todos los cerdos que Brede quisiera degollar. Éstas son sus propias palabras.

A veces hace el hombre de cocinero, y entonces no todos parecen tan bien nutridos como el perro. Gracias a Dios, Brede sabe conformarse: «Los pequeños crecen cada día más —dice— y no importa que lleguen otros.»

Los mayores se bastan a sí mismos y, de vez en cuando, mandan algo, por poco que sea, a los padres. Barbro, casada en Tierra de Luna, y Helges, ocupado en las pesquerías del arenque, mandan especies o dinero siempre que pueden, y hasta Katrine, la que está en casa y atiende a los huéspedes, dio a su padre, en momentos azarosos, un billete de cinco coronas. «¡Vaya muchacha!», decía Brede elogioso sin preguntar de quién y por qué había obtenido ella aquel billete. Que los hijos tuvieran afecto a los padres, y los asistieran. ¡Así debía ser!

De su hijo Helges no está muy contento. A veces, plantado en la tienda, desarrolla Brede, delante de los que quieran escucharle, los puntos de vista acerca de los deberes de los hijos para con sus padres: «Si fuma un poco y

bebe una copita de vez en cuando, no le he de contrariar; todos hemos sido jóvenes. ¡Pero que nos escriba una carta tras otra y que no nos mande más que saludos...! Su madre llora por culpa de él. Esto no es justo. Antiguamente, los hijos, con lo que ganaban por sus servicios, ayudaban a sus padres. Así debería ser siempre. ¿No les han llevado el padre y la madre en sus entrañas? ¿No han padecido sudores de sangre hasta verles crecidos? Esto no deberían olvidarlo nunca.»

Como si hubiera oído este discurso de su padre, llegó, precisamente entonces, una carta de Helges con un billete de cincuenta coronas. Y entonces pareció que la familia Brede emprendía un tren de señorío; se les vio comer carne y pescado al mediodía, y además, un buen día apareció una lámpara de prismas de cristal colgada en el centro de la mejor habitación de la posada.

Pasaron los días. ¿Qué más podían desear? Vivían al día —y, a veces, ni aun eso—; pero sin grandes cuidados. ¿Puede pedirse más?

—¡Una visita poco frecuente! —exclamó Brede; y condujo a padre e hijo al cuarto donde había colgado la lámpara de prismas—. Pero, ¿qué veo? ¿Tú Isak, también de viaje?

—No; he bajado para una diligencia en casa del herrero.

—¡Ah! Entonces es Eleseus el que emprende uno de esos viajes a las ciudades.

Acostumbrado a la vida de fonda, Eleseus se dispone a acomodarse; cuelga el abrigo y el bastón y pide café. El padre de Eleseus lleva consigo algo de comer. Katrine sirve el café.

—¡Oh, no! No permitiré que paguéis —les dice Brede—. He sido vuestro huésped en Sellanraa, y a Eleseus le soy también deudor. No aceptes nada, Katrine.

Pero Eleseus saca el bolso, paga y da veinte ores de propina.

—¡Nada! ¡A callar!

Por lo demás, habla con Katrine únicamente lo indispensable; prefiere conversar con Brede. Isak ha ido a casa del herrero. No; a Eleseus no le atraen las muchachas; una vez le trataron mal, y ya no quiere nada con ellas. Es dudoso que haya sentido alguna vez impulsos de amor que valga la pena mencionar; pues no le preocupan las muchachas. Un hombre singular entre los de aquellos parajes, es Eleseus; un señorito de manos delgadas de escribiente, y con un sentido femenino respecto a las ropas de uso: paraguas, bastones, chanclos de goma. Es tieso y raro: un solterón extravagante. Su labio superior no llega a cubrirse del vello suficiente para un bigote que merezca tal nombre. Es probable que la Naturaleza le dotara de cualidades normales, y que él, luego, al moverse en cierto ambiente no natural, se hubiera convertido en un cretino. ¿Fue tal su aplicación en el trabajo de escritorio y de mostrador que el manantial de sus cualidades de origen se había secado? Es posible. Sea como quiera, allí está Eleseus, con su soltura y su falta de pasión, algo endeble, algo indiferente, y siguiendo más y más su mal camino. Podría envidiar a cualquiera de aquellos colonos que le rodean, pero ya ni siquiera es capaz de ello.

Katrine, acostumbrada a bromear con los huéspedes, pretende que hay alguna novia que le atrae hacia el Sur.

—Tengo otros asuntos en que pensar —responde Eleseus—. Quiero negociar y entablar nuevas relaciones.

Brede amonesta a su hija:

—No has de insistir tanto, Katrine, con personas distinguidas.

¿Y Eleseus? ¡Oh! Le agrada aquella cortesía y corresponde a ella haciéndose el benévolo y clemente.

Llama a Brede, por broma, ¡Excelentísimo Señor! y se da importancia. Habla de que ha olvidado el paraguas en casa.

—He echado de menos el paraguas, precisamente al pasar al lado de Amplia Vista.

Brede dice:

—Espero que esta noche aceptaréis un vaso de *Toddy* en casa de nuestro tendero.

Y Eleseus responde:

—Si estuviera solo, sí. Pero está aquí mi padre.

Brede, campechano como nunca, no cesa de hablar:

—Pasado mañana —anuncia— espero a uno que regresa a América.

—¿Ha estado aquí de paso?

—Sí; es del pueblo de arriba. Hacía muchos años que no había estado en casa, y esta vez ha pasado en ella todo un invierno. Han bajado su maleta en un carro. Es una maleta enorme.

—También he pensado alguna vez en ir a América —dice Eleseus con sinceridad.

—¿Usted? —exclama Brede—. Usted no necesita ir a América.

—No para eternizarme allí —observa Eleseus—. Al menos ahora pienso así. Tantos viajes he hecho, que también podría emprender éste.

—Claro —responde Brede—. Y allí, en América, debe de ganarse una locura de dinero. Pongamos por caso el hombre que le digo. Arriba, en su aldea, ha costado este invierno fiesta tras fiesta en las Navidades, y, cuando viene aquí, suele decir: «Ponedme una caldera de café, y todas las pastas que tengáis.» Así trata las cosas. ¿Vamos a ver su maleta?

Salieron al pasillo para contemplarla. Era una verdadera maravilla del mundo. Una gran maleta brillante de metales y chapeada por todos lados, con tres cerraduras suplementarias de resorte, a más de la principal.

—A prueba de robo —decía Brede, como si él hubiera hecho la prueba.

Volvieron al interior. Eleseus estaba ahora muy callado. Aquel magnate de la sierra con sus viajes le anonadaba. Y Brede, al parecer, sólo sabía pensar en él. Eleseus pidió más café, y para dárselas de rico, pidió pasteles para que los comiera el perro. Así y todo, se sentía pequeño, aplastado. ¿Qué era su maleta en comparación con aquel portento? Allí estaba, recubierta de hule negro, ya desgastada, con los cantos abollados. Tenía que comprarse una maleta magnífica en la ciudad. ¡Ya verían!

—No le deis nada al perro —dijo Brede.

Y Eleseus, que volvía a sentirse humano, se daba importancia.

—Está tremendo de gordo este perro —indicó.

Al cabo de un rato de saltar de un tema a otro, interrumpió la conversación, fue al cobertizo para ocuparse del caballo, y allí abrió la carta que llevaba en el bolsillo. No había mirado aún el dinero que contenía. Las cartas que recibía de su casa solían contener unos billetes, como contribución a sus gastos de viaje. Esta vez sólo había un gran pedazo de papel gris pintarrajeado, obsequio de la pequeña Rebecca a su querido hermano Eleseus, y una carta de su madre. ¿Y qué más? Nada más. Ni rastro de dinero.

La madre le comunicaba que no había podido pedir dinero a su padre, pues quedaba ya bien poco del producto de la venta de los terrenos del cobre. Todo se había ido en la compra de Storborg, y, luego, en la de los diversos artículos y en los frecuentes viajes. Esta vez tendría que mirar de procurarse él mismo el dinero para el viaje, dado que el que quedaba disponible debía

destinarse a sus hermanos, que no podían tampoco quedarse sin un céntimo. Buen viaje y cariñosos saludos.

Ni rastro de dinero.

El que tenía Eleseus no le bastaba para el viaje. Fue bien poco lo que había podido reunir rebuscando en todos los cajones. ¡Qué necio había sido! Hacía sólo unos días, había remitido a su proveedor de Bergen un giro postal, y pagado, además, algunas facturas. También hubieran podido esperar. Naturalmente, cometió una imprudencia al disponerse a viajar sin abrir antes la carta. Hubiera podido ahorrarse la bajada al pueblo con su mísero equipaje. Y ahora...

Volvió Isak, logrado ya el objeto de su visita en casa del herrero: Jensine subiría al día siguiente con él a Sellanraa.

Jensine no se puso tonta ni se había hecho rogar demasiado, comprendiendo en seguida la utilidad de su ayuda en Sellanraa durante las labores estivales. Otra buena noticia.

En cuanto a Eleseus, mientras habla su padre piensa en sus asuntos. Señala al padre la recia y lujosa maleta del americano y dice:

—¡Qué feliz sería si pudiera estar en este momento en el lugar de donde procede esa maleta!

Y el padre responde:

—Sí. No sería eso lo peor...

Al amanecer, se dispone Isak a volver a casa; desayuna, engancha el caballo, pasa por delante de la fragua para recoger a Jensine y carga su baúl, y se dirige hacia Sellanraa. Eleseus les sigue largo rato con la mirada, y cuando el carruaje se ha perdido detrás de los árboles, paga a Katrine lo que debe, le da una propina y le dice:

—Guarda mi equipaje hasta que vuelva.

¿Hacia dónde se dirige? No le queda más recurso que volver a casa. Emprende la cuesta, procurando no perder de vista a su padre y a Jensine, pero sin que le vean a él. Anda, y anda, y ahora empieza, realmente, a envidiar a cada uno de aquellos campesinos.

¡Lástima de Eleseus! La vida le ha trastornado por completo.

¿No está al frente de una tienda en Storborg? Sí, pero nada significa ser allí el dueño. Son demasiados aquellos viajes de placer con el fin de adquirir relaciones comerciales, y el viajar como a él le agrada resulta caro. «No hay que ser tacaño», éste es su lema; y da veinte ores de propina, cuando bastarían diez. El negocio no puede mantener a un dueño tan generoso. Y, así, necesita la ayuda familiar. Ahora se cosechan en Storborg patatas, heno y cereales para el gasto casero, pero de Sellanraa han de enviar algo para comerlo con el pan. ¿Y esto es todo? Sivert trae muchos de los artículos de la costa, sin cobrar nada. ¿Hay más todavía? Su madre ha de insistir con Isak cada vez que Eleseus necesita dinero para un viaje. ¿Esto es todo, en fin?

Aún viene lo peor.

Eleseus hace un negocio como un necio. Tan halagado se siente de que los vecinos del pueblo suban a proveerse en su tienda, que se presta a venderles fiado. Cuando esto se divulga, va cada día en aumento el número de parroquianos, y Eleseus, complaciente, no se cansa de fiarles.

Su tienda se llena y se vacía. Todo esto es muy costoso. ¿Quién paga? El padre.

Al principio fue la madre su más leal intercesora: Eleseus era el más ilustrado de la familia y debían ayudarle a salir adelante. Hacía notar a Isak lo barato que había comprado Storborg y cómo Eleseus dijo en seguida con precisión lo que daría por ello. Cuando el padre indicaba que el negocio de Eleseus iba resultando una pura comedia, la madre replicaba: «Eso es hablar

por hablar.» Y acto seguido se expresaba en tales términos que no parecía sino que Isak trataba a Eleseus demasiado familiarmente.

También ella había viajado; se hacía cargo de que no era aquél el ambiente de Eleseus, el cual tenía hábitos más finos, se había movido en las varias esferas de la sociedad y no podía encontrar en las montañas a sus iguales. Es cierto que fiaba demasiado a los parroquianos, pero no lo hacía con malicia, ni para abusar de sus padres, sino por una disposición distinguida y bondadosa que le movía a beneficiar a los que le rodeaban. ¡Señores! ¿Es que también era el único que usaba pañuelos blancos, que había que lavar a cada paso? La gente se acercaba a él confiadamente, pidiendo crédito, y si él lo hubiera negado, el alto concepto que de él tenían se hubiera desvanecido. Y además tenía sus deberes como único hombre de ciudad y como cerebro genial entre todos los habitantes de la comarca.

Así lo consideraba la madre. Pero el padre, que no entendía de esto ni pizca, le abrió un día los ojos y los oídos al decirle:

—Mira; esto es lo que queda del dinero de la venta del terreno del cobre.

—¡Ah! ¿Y en qué se ha ido tanto dinero?

—En Eleseus.

La madre juntó las manos y exclamó:

—¡Es hora de que haga uso del cerebro!

¡Pobre Eleseus! Está confuso, estropeado. Más le valiera haberse contentado con ser un labrador entre ellos; ahora es el hombre que ha aprendido a escribir, pero que no tiene ni espíritu de empresa, ni profundidad. Pero tampoco es un facineroso; no es hombre de amoríos, ni codicioso; no es, realmente, nada, ni siquiera un gran malhechor.

Aquel joven tenía algo de desgraciado, algo de condenado, como si estuviera lastimado en su interior. Mejor fuera que allá, en su adolescencia, el

bueno del ingeniero del distrito no le hubiera descubierto y llevado a la ciudad para hacerle hombre. Fue como cortar las raíces al niño, y de ello se resintió siempre. Todo lo que emprenda llevará este sello: un no sé qué de lastimado, de desgarrado, una mancha oscura sobre un fondo claro.

Eleseus camina y camina. Isak y Jensine ya han pasado cerca de Storborg. Eleseus da un rodeo y no se acerca a su casa. ¿Qué iba a hacer en la tienda? Los dos del carruaje llegan a Sellanraa al anochecer, y Eleseus va casi pegado a ellos. Ve a Sivert que acaba de salir al patio y mira atónito a Jensine; se dan las manos, ríen un poco, y luego Sivert conduce el caballo a la cuadra.

Eleseus se arriesga. Él, el orgullo de la familia, se arriesga. Más que andar, se desliza, y encuentra a Sivert en la cuadra.

—Soy yo —le dice.

—¿Cómo! ¿Tú también aquí? —exclama Sivert, atónito una vez más.

En voz baja, los dos hermanos debaten sobre la conveniencia de que Sivert entere a la madre y la convenza de que le procure el dinero para el viaje; la salvación. Esta noche realizará lo que tantas veces ha pensado; saldrá para América; esta misma noche. Es preciso convencer a la madre.

—¿Pero América...! —dice Sivert—. No; no debes hacer eso.

—En absoluto. En seguida me vuelvo y llegaré todavía a tiempo para tomar el vapor correo.

—¿Pero antes comerás algo?

—No tengo apetito.

—¿No quieres dormir un rato?

—No.

Sivert aprecia a su hermano, e intenta disuadirle; pero Eleseus tiene tesón... por primera vez en su vida. Sivert está completamente aturdido; antes le había sobrecogido un poco la vista de Jensine, y ahora, Eleseus quiere

dejarles, quiere abandonar aquellos sitios, como quien dice, abandonar el mundo.

—¿Y Storborg? —pregunta Sivert.

—Puede quedar para Andresen —responde Eleseus.

—¿Para Andresen? ¿Cómo se entiende?

—¿No se ha de casar con Leopoldine?

—No lo sé. Sí; será probable.

El diálogo se hace cada vez más confidencial. Sivert opina que lo mejor será que salga el padre y que Eleseus hable con él.

—¡No, no! —susurra Eleseus.

No se siente capaz de afrontar tales peligros. Siempre ha necesitado de intermediarios.

—Ya sabes cómo es madre —le hace notar Sivert—. Con ella no llegarás a ningún acuerdo; tal serán su llanto y sus cosas. Ella no debe enterarse.

—No —aprueba Eleseus—, que no se entere.

Sivert entra en la casa y, al cabo de una eternidad, vuelve con dinero, con mucho dinero.

—Mira; es todo lo que él tiene. ¿Crees que bastará? Cuéntalo; él no lo ha contado.

—¿Y qué ha dicho?

—Poca cosa. Ahora me esperas un rato más; voy a echarme algo encima, y te acompaño.

—Es preferible que vayas a descansar.

—¿Cómo! ¿Temes, tal vez, quedarte solo a oscuras en la cuadra? —pregunta Sivert, intentando echarlo a broma.

Al cabo de poco vuelve, ya vestido, para acompañarle, y lleva la mochila del padre llena de provisiones. A los primeros pasos, el padre se les pone súbitamente delante.

—¿Qué he oído? ¿Quieres ir tan lejos? —interroga.

—Sí —responde Eleseus—, pero volveré.

—Bueno. Te estoy deteniendo tontamente —murmura el viejo, y da media vuelta—. ¡Buen viaje! —grita luego con voz extraña, ronca, y se va prestamente.

Cuesta abajo caminan los dos hermanos, y no tardan en sentarse para comer. Eleseus tiene un apetito tal que apenas logra satisfacerlo. ¡Noche magnífica de primavera! Los urogallos en celo dejan oír su voz en todas las colinas, y esta voz familiar pesa unos momentos en el ánimo del emigrante.

—¡Qué buen tiempo! —observa—. Ahora, te vuelves a casa, Sivert.

—Bien —contesta éste.

Pero continúa andando al lado de su hermano. Pasan por Storborg, por Amplia Vista, y durante el camino les acompañan los gritos de los urogallos en celo desde aquella y la otra colina. No se parecen a las músicas de la ciudad, no, pero son el pregón que anuncia la primavera. De pronto, oyen cantar un pájaro, el primero, en la copa de un árbol; despierta a otros, y empiezan a llamar y responder de todos lados. Es más que un cántico; es un himno. El emigrante siente surgir en su alma una sombra de nostalgia, un algo de desamparo. Nadie tan en sazón como él para irse a América.

—Ahora sí que has de volverte a casa, Sivert —dice.

—Si te empeñas... —responde éste.

Se han sentado a la entrada del bosque y contemplan el pueblo allá abajo, la casa del tendero, el desembarcadero, la posada de Brede. Al lado del vapor correo se mueven algunos viajeros.

—¡No puedo esperar más aquí! —exclama Eleseus, poniéndose en pie.

—Es una gran lástima que te vayas tan lejos —dice Sivert.

—Ya volveré. Pero entonces no vendré con una maleta de hule.

Al despedirse, Sivert pone en la mano de su hermano una cosa pequeña envuelta en un papel.

—¿Qué es esto? —pregunta Eleseus.

Sivert evita la respuesta, diciéndole:

—Escribe a menudo.

Y se va. Eleseus abre el papel y examina el objeto: es la moneda de oro, veinte coronas.

—No puedo aceptarlo —grita a su hermano.

Pero Sivert no se detiene. Anda unos momentos; después vuelve atrás y se sitúa de nuevo a la entrada del bosque. Alrededor del vapor correo aumenta la animación; ve cómo la gente se dispone a entrar en el barco; ve también a su hermano. Y el barco sale. Allí va Eleseus para América.

Y no volvió nunca más.

Un grupo singular sube hacia Sellanraa: tal vez un grupo algo ridículo, pero tampoco ridículo en absoluto. Son tres hombres con enormes cargas sobre las espaldas, con sacos que les cuelgan por delante y detrás. Mientras andan en fila, cruzan palabras chistosas entre ellos, sin hacer gran caso del cansancio. Andresen, el dependiente, abre la marcha del que podría llamarse su grupo; se ha equipado él, y ha equipado a Sivert de Sellanraa, y a un tercero, Fredrik Ström de Amplia Vista. ¡Qué diablillo ese dependiente Andresen, que casi toca al suelo de puro encorvado! Parece que el cuello de la chaqueta se le vaya a rasgar espalda abajo. Pero aguanta su carga, ¡vaya si la aguanta!

No ha comprado Storborg, con la tienda, porque no tiene dinero, y opta por la posibilidad de adquirirlo gratis si se espera un poco. Por de pronto, ha tomado Storborg en arriendo, y se ha hecho cargo del negocio.

Practicado el examen de las existencias, ha encontrado una porción de artículos invendibles, desde cepillos de dientes hasta centros de mesa bordados, e incluso unos pajaritos de alambre que pían al apretarles en el punto conveniente.

Ha emprendido ahora la caminata con todas aquellas mercancías, para vendérselas a los mineros que están al otro lado del monte. Sabe muy bien, desde los tiempos de Aronsen, que los mineros con dinero compran todo lo

imaginable. Sólo le amarga haber tenido que dejar en la tienda seis caballos de balancín que Eleseus había comprado la última vez que fue a Bergen.

La caravana llega al patio de Sellanraa, y los tres hombres dejan su carga en el suelo. Corto es el descanso; después de haber bebido un vaso de leche y bromeado a propósito de la finca, vuelven a tomar la carga y siguen su ruta. No han salido por capricho. Van decididamente en dirección Sur, a través del bosque, vacilantes bajo la carga.

Andan hasta el mediodía, comen, y vuelven a andar hasta que es de noche. Encienden una hoguera y acampan allí para dormir un rato. Sivert duerme sentado sobre una piedra, a la que llama su butaca. Sivert tiene experiencia de la vida en aquellos sitios; el sol ha dado todo el día en aquella piedra, y uno puede sentarse y dormir encima de ella. Sus camaradas, con menos experiencia, se acuestan sobre los brezales y se despiertan entre escalofríos y estornudos. Luego toman el desayuno y vuelven a andar.

Es hora de aguzar el oído por si oyen explosiones. Piensan hallar gente y dar con las minas en el curso de aquel día. Seguramente la labor avanza ya del lado del mar, en dirección a Sellanraa. No oyen explosión alguna. Andan hasta el mediodía y no encuentran un alma. De vez en cuando, observan en el terreno unos grandes boquetes que, por vía de exploración, los trabajadores han abierto. ¿Cómo se compagina todo eso? ¿Será que a este lado de la montaña hay tanto mineral que los trabajadores apenas avanzan al otro lado?

Por la tarde dan con otros boquetes, pero no encuentran a nadie. Andan hasta que llega la noche. Divisan el mar, allá abajo. Atraviesan un yermo de hoyos abandonados. No oyen ningún estampido. Es raro aquello. Encienden una hoguera y acampan. Antes de acostarse, deliberan. ¿Será que habrán dado ya por acabada la tarea en aquel sector? ¿Tendrán que volverse atrás con toda la carga?

—¡Ni pensarlo! —dice Andresen, el dependiente.

Al día siguiente llega un hombre al campamento, un hombre pálido y cariacontecido que frunce las cejas y les mira.

—¿Eres tú, Andresen? —pregunta.

Es Aronsen, el comerciante Aronsen; no se opone a que la caravana le ofrezca café y algo de comer, y se sienta entre los tres.

—He visto humo y he querido averiguar qué sucedía —les dice—. He pensado: Habrán recobrado el juicio y vuelven a trabajar. ¡Y sois vosotros! ¿Adónde vais?

—Nos quedamos aquí.

—¿Qué lleváis en vuestros sacos?

—Varios artículos.

—¿Artículos? —vocea Aronsen—. ¿Pensáis vender algo? Aquí no vive nadie. Partieron el último sábado.

—¿Quién?

—Todos ellos. Está todo vacío, abandonado. Y, además, yo tengo artículos suficientes; la tienda llena. Podéis comprar en mi tienda.

A Aronsen le ha ido mal otra vez. Lo de las minas se ha concluido.

Le calman con unos sorbos de café y le asedian a preguntas.

Aronsen, anonadado, mueve la cabeza y exclama:

—¡Todo iba bien; no cesaba de vender y de ganar dinero; todo el distrito estaba en su apogeo, y podían permitirse la sémola fina, una escuela nueva, lámparas de prismas de cristal y calzado primoroso! Pero aquellos señores entendieron de pronto que ya no valía la pena de explorar, y abandonaron el campo. ¿Era cierto que ya no valía la pena? Bien la había valido hasta entonces, ¿verdad? ¿No salía a la luz a cada barreno el mineral de cobre? Era sencillamente un engaño. Y no consideran que con esto ponen en el mayor

aprieto a un hombre como yo –decía Aronsen–. Pero, ¿será cierto lo que se murmura? Que Geissler es el culpable de todo; llegó, justamente, cuando los trabajos se interrumpieron; como si lo olfateara.

—¿Está aquí Geissler? –preguntó Andresen.

—¡Que si está aquí...! –respondió Aronsen–. ¡Un tiro se merece! Llegó un día en el vapor correo, y preguntó al ingeniero: «¿Qué, cómo va esto? — Bien, a mi entender –responde el ingeniero–. Pero vuelve Geissler: —¿Conque va bien? —A mi entender, no puede ir mejor –insiste el ingeniero–. ¡Ilusiones!» –dice Geissler–. Y he aquí que al abrir la correspondencia, aparecen una carta y un telegrama dirigidos al ingeniero, diciéndole que el trabajo no compensa los gastos, y que cese.

Los que componen la caravana se miran unos a otros, pero el cabecilla, el taimado Andresen, no pierde los estribos.

—¡Volveos atrás! –aconseja Aronsen.

—¡De ningún modo! –dice Andresen, mientras mete en el saco la cafetera.

Aronsen mira de hito en hito a los tres, uno después de otro, y concluye:

—¡Estáis locos!

Bien poco caso hace Andresen de su antiguo principal. Ahora el dueño es él. Todos saben de su expedición a comarcas lejanas, y, si desiste de ella, su reputación iría por los suelos.

—Pero, ¿adónde vais? –pregunta Aronsen exacerbadamente.

—No sé –miente Andresen, que tiene, no obstante, sus planes y esperanzas de colocar los artículos con que van cargados–. ¡Vamos! –dice a sus camaradas.

Aquella mañana Aronsen había querido prolongar su descanso para convencerse de si las excavaciones mineras habían sido abandonadas y de si

quedaba allí un solo hombre. Pero se lo impidieron aquellos obstinados buhoneros empeñados en seguir adelante. Aronsen quiere disuadirles de que pasen más allá. Está furioso, desesperado, y se pone delante de la caravana, que avanza cuesta abajo, increpándoles y deteniéndoles, en defensa de sus dominios. Y así llega la caravana al poblado de las barracas.

Todo se ve desierto, triste. Los útiles y las máquinas más importantes están a cubierto, pero por todos lados hay vigas, tablas, carros rotos, cajas y toneles. En algunas casas un letrero prohíbe la entrada.

—Ya veis; ¡ni un hombre! —exclamó Aronsen—. ¿Qué intentáis?

Y les amenaza con fatales presagios, y con el nombre del delegado; y él mismo, para cerciorarse de que no venden artículos fuera de lo legal, les seguirá los pasos. ¡Para eso existen las cárceles y las galeras! *Born constant*.

De pronto, alguien llama por su nombre a Sivert; no toda la ciudad está abandonada y muerta. En una esquina un hombre les saluda; tambaleándose bajo la carga, Sivert se acerca a él y le reconoce en seguida: es Geissler.

—¡Qué singular encuentro! —exclama.

Tiene la cara rosada, vivaracha, pero, a pleno sol primaveral, los ojos parecen enfermos detrás de los cristales de unas gafas ahumadas. Habla con la animación de siempre.

—¡Feliz encuentro! —dice—. Esto me ahorrará el trecho que queda hasta Sellanraa. ¡Tengo tantos asuntos en que pensar! ¿Cuántas fincas hay ahora en el antiguo desierto?

—Diez.

—¡Diez! Esto me deja satisfecho. Treinta y dos mil hombres como tu padre hacen falta en nuestro país. Lo he calculado —dice.

—¿Vienes, Sivert? —le llaman los de la caravana.

—No —se interpone Geissler rápidamente.

—Ya os alcanzaré —les grita Sivert, dejando la carga en el suelo.

Geissler y Sivert se sientan. Geissler está como inspirado, y apenas deja lugar a las cortas respuestas de Sivert.

—Muy singular es el encuentro —insiste—. No salgo de esta idea. He tenido un buen viaje y ahora doy contigo, y puedo ahorrarme la ida a Sellanraa. ¿Cómo os va por casa?

—Bien, gracias.

—¿Tenéis ya el henil montado sobre el establo de piedra?

—Sí.

—Yo estoy sobrecargado; los negocios se multiplican y me aturden. Mira, Sivert, estamos sentados sobre las ruinas de una ciudad. Los hombres la construyeron en contra de su propio provecho. En realidad, soy yo la causa de todo, o sea, uno de los mediadores en una pequeña comedia del Destino. La cosa empezó al encontrar tu padre unas piedras, que tú, que entonces eras un niño, tenías de juguete. Así empezó. Yo sabía muy bien que aquellas piedras no tenían más valor que el que los hombres les atribuían. Pues bien; le puse precio y las compré. Desde entonces las piedras circularon de mano en mano, y fueron saqueando a la gente. Pasó el tiempo. Hace pocos días que vuelvo a estar aquí. ¿Y sabes para qué? Quiero volver a comprar las piedras.

Calla Geissler y mira a Sivert. De pronto, ve el enorme saco y pregunta:

—¿Qué llevas ahí?

—Varios artículos —responde Sivert—. Queremos venderlos en el distrito de abajo.

Geissler no hace gran caso de la respuesta; tal vez ni la ha oído. Y continúa:

—Voy, pues, a comprar las piedras una vez más. Antaño mi hijo compró en mi lugar; es un muchacho de tu edad, y nada más. En la familia él es el

rayo. Yo soy la niebla. Soy de los que conocen lo que conviene, pero no lo hacen. Él es el rayo; y ahora está al servicio de la industria. Yo soy algo, pero él no es nada; es, solamente, el rayo, el hombre dinámico de nuestro tiempo. Pero el rayo, como tal, es estéril. Pongamos vuestro caso, el de los Sellanraa. Veis todos los días que las montañas azules no son invenciones, son las viejas montañas que se alzan desde tiempos remotos, pero son vuestras compañeras. Así vais al unísono con ellas y con la anchura del espacio, y habéis sido arraigados. No tenéis necesidad de empuñar la espada, y sin proteger vuestra cabeza con un yelmo y con mano desarmada, atravesáis la vida rodeados de aventuras. Mira, ahí está la Naturaleza: es tuya y de los tuyos. El hombre y la Naturaleza no se hacen la guerra; se dan la razón recíprocamente; no entran en competencias ni corren a porfía detrás de ningún prejuicio, sino que andan del brazo. Así os veo; gente de Sellanraa, coronados de prosperidad. Las montañas, el bosque, las praderas, el cielo y las estrellas, todo esto no está sujeto a medidas mezquinas. Es inconmensurable. Hazme caso, Sivert, y conténtate con tu suerte. Tenéis todo lo que necesitáis para vivir, y todo aquello que es objeto y fin de vuestra vida; nacéis y engendráis nuevas generaciones. Sois necesarios en la tierra. No todos lo son; vosotros sí: la tierra necesita de vosotros. Sois los que mantenéis la vida. Vosotros sois así, que a una generación sigue la otra, y cuando una se extingue, la siguiente pasa a ocupar su lugar. Y esto es lo que se llama vida eterna. ¿Y qué tenéis, en cambio? Tenéis una existencia legal y honrada, una existencia en armonía con todos los demás. ¿Y qué más tenéis? Nada os subyuga ni os domina, gente de Sellanraa; tenéis paz, y poder, y dominio; estáis rodeados de la inmensa bondad. Esto es lo que tenéis a cambio. Descansáis sobre un seno cálido, y jugáis con una blanda mano maternal, y bebéis hasta apagar la sed. Pienso en tu padre, que es uno de los treinta y dos mil. Y tantos otros, ¿qué somos? Yo

soy algo: soy la niebla; estoy aquí, estoy allá, voy y vuelvo y, a veces, soy la lluvia que cae sobre tierras sedientas. Pero, ¿los otros? Mi hijo es el rayo, que no es, realmente, nada –un resplandor fugaz y estéril– y sabe hacer negocios. Mi hijo es el tipo de hombre de nuestro tiempo; cree sinceramente lo que su tiempo le ha enseñado, lo que le han enseñado el judío y el yanqui; yo lo veo y muevo la cabeza. En mí no hay nada de misterioso; sólo en el seno de mi familia soy la niebla. Y muevo, disconforme, la cabeza. Y es que a mí, Sivert, me falta el don de obrar sin escrúpulos. Si tuviera este don podría ser también el rayo. Así, soy la niebla.

Geissler vuelve en sí y pregunta:

—¿Habéis puesto ya el henil encima del establo de sillares?

—Sí. Y mi padre ha levantado, además, otro cuerpo de vivienda.

—¿Uno más?

—Sí; para el caso de que tengamos visita. «Por si viniera Geissler» ha dicho, a veces, mi padre.

—Entonces –dice Geissler, después de reflexionar–, tendré que ir. Dilo así a tu padre. ¡Pero son tantos mis asuntos! Ahora he subido aquí y he hablado con el ingeniero: «Salude a aquellos señores de Suecia –le he dicho– y anúncieles que soy comprador». Veremos lo que sucede. A mí todo me da lo mismo; no hay prisa. ¡Hubieras visto al ingeniero! Había venido manteniendo en actividad la empresa, con hombres, y caballos, y dinero, máquinas y, en fin, con todo; creía obrar bien, y no hubiera podido proceder de otro modo. Él cree que cuantas más piedras se conviertan en dinero mejor será, y que hace algo meritorio propagando el dinero por toda la comarca. Pero lo que hace con él sin darse cuenta, es precipitar su ocaso. No es dinero lo que necesita la comarca; le sobra el dinero. Hombres como tu padre es lo que necesita. Si nos detenemos a examinar el proceder de aquellos que hacen del medio un fin y se

jactan de ello, no podremos menos de considerarles enfermos o locos; no trabajan, no conocen el arado; sólo conocen los dados. Pero, ¿es que no tienen mérito alguno? Se aniquilan a sí mismos con su propia necesidad. Míralos. ¿No ves cómo todo se lo sacrifican a ella? No es petulancia ni arrojo lo que les mueve: es el miedo. ¿Sabes lo que es juego de azar? Es el miedo que hace asomar el sudor a la frente. El mal de esos hombres que se oponen a nadar al compás de la vida; pretenden ir más de prisa, introducirse en la vida a manera de cuñas. Pero llega un día que sus flancos dicen: «¡Alto! ¿No oyes crujir? ¡Busca una salida! ¡Guarda los flancos!» Y la vida les aniquila, modosamente, pero sin remisión. Y aquí comienzan los lamentos contra la vida, y la rabia contra la vida. Cada cual a su gusto, algunos tienen sus motivos para quejarse, otros no; pero, juzgar la vida con rigor no debería hacerla ninguno, antes bien, ser clemente con ella y defenderla. Bastaría pensar con qué compañeros tienen que hacer el juego.

»Dejemos esto –dice Geissler al cabo de un momento, volviendo a su tono ordinario.

Se le ve cansado; bosteza.

—Me debes todavía un largo paseo por el monte. ¿Te acuerdas, querido Sivert? Tengo buena memoria. Me acuerdo de cuando tenía año y medio. Estaba en el puente del henil de la granja de Garmo, en Lom, y percibía un olor determinado. Y aún no he olvidado aquel olor. Pero dejemos esto aparte. Si no vinieras cargado con este saco podríamos emprender ahora el paseo. ¿Qué llevas en el saco?

—Artículos que Andresen pondrá a la venta.

—Soy, pues, un hombre –insiste Geissler– que conoce lo bueno, pero no lo ejecuta. Y entiéndase esto al pie de la letra. Yo soy la niebla. Tal vez uno de estos días compraré el terreno; no es imposible. Pero, en tal caso, no me

detengo y digo mirando al cielo: «¡Aéreo! ¡Sudamérica!» Así lo hacen los jugadores. Las gentes de por ahí pretenden que soy un diablo, por el solo hecho de haber sabido que la quiebra era inminente. No hay nada de misterioso en mi persona. La cosa es muy sencilla: los nuevos yacimientos de cobre en Montana. Los yanquis son jugadores más astutos que nosotros; con su competencia con la América del Sur nos dejan secos. Nuestro mineral es demasiado pobre. Mi hijo es el rayo, y oyó cantar la noticia a un pajarillo. Y entonces aparecía por aquí. Nada tan sencillo. Aventajé a los señores de Suecia en dos horas. Nada más que esto.

Geissler vuelve a bostezar, y dice:

—Si estás decidido a bajar, vamos allá.

Han emprendido el descenso. Geissler se rezaga un poco, y se le ve cansado y flojo. La caravana se ha detenido en el desembarcadero, y Fredrik Ström, despierto como siempre, la emprende con Aronsen.

—Se me acabó el tabaco —dice—. ¿Tiene tabaco?

Y Aronsen vocea:

—¡Ya te daré tabaco!

Fredrik suelta la carcajada, y le consuela:

—No lo tome tan a pechos, Aronsen. Una vez vendidos esos artículos en su presencia, volveremos cada mochuelo a su olivo.

—¡Ten esa lengua, víbora! —grita Aronsen, visiblemente airado.

—¡Ja, ja, ja! No se desazone así. Que le veamos tan tranquilo como un paisaje.

Geissler está cansado, muy cansado; ya no le valen siquiera las gafas ahumadas y ha de entornar los ojos, molestando por el sol espléndido de primavera.

—Adiós, querido Sivert —dice de pronto—. No; esta vez no podré llegar a Sellanraa, díselo a tu padre. Tengo mucho que hacer. Pero dile que iré en otra ocasión.

Aronsen, detrás de él, escupe y dice:

—¡Un tiro se merece!

En tres días la caravana vende hasta los sacos, y todo a precios muy favorables. Fue un negocio. Los vecinos de la jurisdicción, a pesar de la quiebra tenían el bolsillo repleto, y por rutina de comprar, compraban como cosa necesaria hasta los pajaritos de alambre, que colocaban sobre la cómoda, y las plegaderas de calidad superior, para cortar las hojas de sus calendarios. Aronsen rabiaba:

—¡Como si no tuviera yo cosas tan bonitas en mi tienda!

El tendero Aronsen estaba en ascuas; se empeñaba en vigilar a los buhoneros, pero ellos se separaron, cada uno iba por su cuenta, de modo que hubiera tenido que hacerse pedazos para correr detrás de los tres. Tuvo que abandonar la pista de Fredrik Ström, cuya boca calificaba él de desvergonzada; luego, la de Sivert, quien ni siquiera le contestaba, mientras vendía y vendía. Entonces siguió los pasos de su viejo dependiente Andresen, y se dedicó a desacreditarle de casa en casa. Pero Andresen conocía muy bien al que fue su amo, y sabía que no era entendido en el ramo de artículos de venta prohibida.

—¿Conque el hilo inglés no entra en la prohibición? —dudaba Aronsen, haciéndose el inteligente.

—¡Que si entra! —replica Andresen—. Pero lo bueno es que no hay en mi saco ni sombra de ese hilo. Allá en mi tierra, sí, puedo venderlo. Mirad, ni un solo ovillo.

—No insistiré, pero quedas enterado de que también yo sé lo que entra en la prohibición, y de que tú a mí no me engañas.

Un día entero aguantó Aronsen, pero, al fin, se cansó también de seguir los pasos de Andresen, y se volvió a su casa.

La suerte les favoreció. Estaban de moda entonces los moños postizos, y el dependiente Andresen era maestro en la materia. Los vendía y, en caso apurado, los vendía de tono claro a las de pelo oscuro, y si de algo se quejaba era de no tenerlos en otoño más claro todavía, o bien grises, que eran los más caros. Cada día, al anochecer, se reunían los tres jóvenes en un lugar determinado, informaban y se ayudaban en el caso de los objetos no vendidos. A Andresen le era grato sentarse, con una lima en la mano, y limaba de una escopeta de caza una marca de fábrica alemana, o hacía desaparecer el nombre Faber de unos lápices. Era el mismo cuco de siempre.

Sivert era una decepción; no es que fuera perezoso y no colocara la mercancía; al contrario, colocaba mucho, pero sacaba poco dinero.

—No hablas bastante —le decía Andresen.

Tenía razón. Sivert no hacía discursos. Era el labrador de las tierras solitarias: apacible y corto de palabras. ¿A qué charlar tanto? El anhelo de Sivert era haberlo rematado todo el domingo para volver a casa, porque las labores apremiaban.

—Jensine tira de él —pretendía Fredrik Ström.

Al mismo Fredrik le llamaban sus obligaciones, y no tenía tiempo que perder. Esto no fue obstáculo para que el último día acudiera, una vez más, a Aronsen para hacerle rabiar.

—Voy a venderle los sacos vacíos —dijo.

Andresen y Sivert le esperaban fuera. Oyeron el diálogo, las voces que salían de la tienda, y, de vez en cuando, las risas de Fredrik. Por fin, vieron

abrirse la puerta de la tienda, como señal de que Aronsen invitaba a Fredrik a que saliera. Pero éste continuaba hablando, y lo último que oyeron fue la proposición que hacía de negociar los caballos de balancín.

La caravana –tres jóvenes decididos y sanos– volvía a los hogares. Iban cantando; se permitían un breve sueño; y volvían a andar. Cuando el sábado llegaron a Sellanraa, Isak había empezado a sembrar. El tiempo era propicio para esta faena: aire húmedo, el sol asomaba de vez en cuando y un arco iris gigantesco se combaba en el firmamento.

La caravana se disolvió. ¡Adiós! ¡Adiós!

Allí va Isak atravesando el campo. Sembrando. Un coloso, un tronco. Va vestido con la lana que le proporcionan sus rebaños, y calza zapatos de la piel de sus propios terneros y vacas. Conforme al uso piadoso, va con la cabeza descubierta mientras siembra. Es calvo en la parte superior del cráneo, pero una corona que forman sus cabellos y su barba encuadra su cabeza. Es Isak, el margrave.

Rara vez sabía la fecha exacta en que vivía. ¿Para qué? Holgaba el acordarse de plazos ni apremios. En su calendario había unas cruces que señalaban cuándo había de parir una vaca. Sabía que para San Olaf, en el otoño, convenía haber entrado el heno; sabía cuándo tenía lugar, por primavera, la feria de ganados; y que tres semanas después el oso salía de su cueva; y que la semilla había de estar ya en la tierra. Sabía lo indispensable.

Es campesino de las tierras solitarias hasta la médula y agricultor de pies a cabeza. Un resucitado de tiempos remotos que señala hacia el futuro, un hombre de los primeros tiempos de la agricultura, un labriego de novecientos años de edad y, pese a ello, el hombre del día.

No; ya no le quedaba nada del dinero de la venta del terreno del cobre; el viento se lo había llevado. Y una vez abandonada de nuevo la mina, ¿a quién

le quedaba algo? Pero lo que fue un día tierra de nadie subsiste y tiene diez granjas, y espera centenares de ellas.

¿Qué es lo que aquí no crece y prospera? Aquí crece y prospera todo: hombres, y bestias y los frutos de la tierra. Isak estaba sembrando. El sol de la tarde ilumina el grano que la mano desparrama y cae en los surcos como una lluvia de oro. Llega Sivert y se pone a rastrillar, y luego apisona con el cilindro, y luego vuelve a rastrillar. Allí están el bosque y las montañas, contemplando. Todo es potencia y grandeza. Aquí todo se relaciona y encuentra una finalidad.

Clin, clin... clin, dicen las esquilas de las vacas en las laderas. Se van acercando los rebaños, camino del establo. Son quince vacas y cuarenta y cinco cabezas de ganado menor: sesenta en total. Andan las mujeres con los ordeñaderos, que llevan colgados sobre los hombros por medio de un yugo; Leopoldine, Jensine y la pequeña Rebecca. Las tres van con los pies desnudos. No se ve entre ellas a la mujer del margrave, Inger; permanece en la casa cuidando de la cena. Alta, augusta, anda por la casa, como una vestal que guarda el fuego sagrado en un sencillo fogón de cocina. Inger hizo un día un viaje por el ancho mar, y estuvo en la ciudad. Ahora está de nuevo en el hogar. Vasto es el mundo y lleno de puntitos inquietos. Inger tomó parte en esa inquietud. Y cuando estuvo entre la multitud humana no fue casi nada; sólo un ser humano entre muchos...

Y cae la tarde.

FIN